
El
TURCO
que me
rechazó
Hermanos Multimillonarios - Libro 1
BIA CARVALHO

El TURCO que me rechazó

Hermanos Multimillonarios - Libro 1

BIA CARVALHO

Todos los derechos reservados. De acuerdo con la Ley de Derechos de Autor, la digitalización, carga y distribución electrónica de cualquier parte de este libro sin el permiso de la autora constituye piratería ilegal y un robo a la propiedad intelectual del autor. Gracias por apoyar los derechos de la autora.

Este e-book es una obra de ficción. Aunque puede haber referencias a eventos históricos reales o lugares existentes, los nombres, personajes, sitios e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos, hechos o lugares es pura coincidencia.

Primera Edición: 2025

Rio de Janeiro – RJ

Portada: LA Design

Diagramación: Independiente

Traduccion: Natacha Baraldi

SIGUE A LA AUTORA EN LAS REDES SOCIALES

Instagram: @Biacarvalhoautora

Facebook: https://www.facebook.com/biacarvalho.autora.7

Amazon: https://acesse.vc/v2/267e47181b

Sitio web:
https://biacarvalhoautora.my.canva.site/elturcoquemerechazo

Tik Tok: https://www.tiktok.com/@biacarvalhoautora

SINOPSIS

Kerem Çelik es un CEO multimillonario del sector de la construcción, al frente de una de las empresas más prestigiosas de Turquía. Es frío e implacable, marcado por un pasado complicado. La historia de su familia es peculiar: él y sus hermanos fueron abandonados por su madre, criados por separado, y todos luchan con el resentimiento profundo que sienten hacia ella.

Cuando esta madre muere, los cuatro se reencuentran en el pequeño pueblo de Maple Creek, donde ella vivía. La idea era quedarse solo un día, para el funeral, pero se ven sorprendidos por una revelación que acaba reteniéndolos allí durante tres meses.

Norah Massery es camarera en el bar que pertenecía a la madre de Kerem. Rechazada por casi todo el pueblo, sufrió un accidente tiempo atrás que cambió su vida por completo y le cerró muchas puertas. Lo último que esperaba era involucrarse con el hijo de la única persona que le tendió la mano cuando más lo necesitaba.

Mucho menos esperaba que él se fuera del pueblo después de tres meses, incluso después de que ambos se enamoraran, dejándola embarazada, algo que descubre poco tiempo después de su partida.

Cuando Norah y su hija se ven en peligro, ella tragará su orgullo y viajará a Turquía en busca del hombre que la abandonó, con el único objetivo de mantener a su bebé a salvo.

¿Pero serán los sentimientos que aún existen entre ellos lo suficientemente fuertes como para hacerles entender que están destinados a estar juntos?

SUMARIO

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
EPÍLOGO
CENA EXTRA – ZAYD

DEDICATORIA

Para la querida Lizandra Almeida. ¡Que tu viaje a Turquía sea maravilloso!

Para Ana Paula Toledo e Isabelle Christo, mis fieles mosqueteras. Gracias por existir y por permitirme tomar vacaciones por primera vez en años. ¡Las amo!

PLAYLIST:

¡Escucha la playlist que inspiró el libro!

Abre la aplicación de Spotify en tu celular, ve a “Buscar”, haz clic en la cámara y apunta el celular hacia este código.

O usa el Link:

https://open.spotify.com/playlist/1K4JGWkl5L3oH5whHy6ZTy?si=JL0SZmrwQ3i66ED3D_dCDQ

NOTA DE LA AUTORA

Queridas lectoras,
Necesito confesar algo: a finales del año pasado, estaba completamente agotada. Fue un año lleno de lanzamientos, plazos y momentos intensos, que me llevaron al punto de necesitar una pausa. Planeé tomarme unas vacaciones, pero antes siquiera de poder poner los pies en alto, una idea me tomó por sorpresa.

Iba a ser una historia ligera, más delicada, algo que me ayudara a relajarme.

Y lo fue… hasta cierto punto.

Porque, como siempre, mis personajes decidieron tomar el control. Trajeron intensidad, drama y una historia de amor tan profunda que terminé completamente inmersa. Lo que iba a ser algo sencillo se transformó en algo intenso, lleno de emociones y lazos irrompibles.

Esta historia trata de una familia con una dinámica peculiar, pero con hermanos que, a pesar de todas las dificultades, se aman profundamente. Solo que la vida, terca como es, nunca deja mucho espacio para que lo demuestren.

Me enamoré perdidamente de este nuevo universo y deseo con todo mi corazón que ustedes también lo abracen con cariño. Esta familia ocupa un lugar muy especial en mi corazón, y no puedo esperar para contar todas las historias que aún tengo para compartir.

Que este nuevo año les traiga luminosidad, sueños cumplidos y muchos libros para calentar nuestras almas. Les deseo una lectura maravillosa y llena de emociones.

Gracias por acompañarme siempre en este viaje.

Con cariño,

Bia



Ilustración por: Dan Souza

CAPÍTULO 1



KEREM

—Hemos llegado, señor —anunció mi chofer, deteniendo el auto frente a la casa que era nuestro destino.

La paciencia o la tolerancia no eran precisamente características de mi personalidad, así que solo resoplé, pero por suerte logré controlar mi necesidad de responder que no hacía falta que me avisara, ya que conocía ese lugar como la palma de mi mano.

Más que mis hermanos, probablemente, porque fui el único que vivió allí, en esa casa, aunque fuera por muy poco tiempo.

Era curioso pensar que alguien pudiera guardar recuerdos de cuando tenía apenas cinco años, pero yo recordaba cada rincón de ese lugar. El aroma del pastel de canela que ella hacía; casi podía oír su voz tarareando.

También recordaba las noches de llanto interminables y las botellas que veía esparcidas por todos los rincones.

La vez que la vi desmayada, borracha, en su cuarto.

Yo era solo un niño, sin saber qué hacer, completamente aterrorizado, corriendo a la casa de la vecina para pedir ayuda. Pero nadie me ayudó.

Al volver a casa, ocurrió el accidente...

Desde entonces, el abandono.

Mi hermano Esteban tenía apenas un año, y casi lo perdimos. Fue entonces cuando mi madre simplemente se rindió...

Ella renunció a ser madre, pero aún así tuvo otros dos hijos después de nosotros.

Estábamos repartidos por el mundo, porque así era como le gustaba vivir: explorando culturas, países, gastando el dinero que mi abuelo le había dejado como herencia.

Era sorprendente que no hubiera tenido más hijos, pero éramos cuatro. Todos hombres. Cada uno con un origen y nacionalidad distintos.

Hacía dos años que no nos reuníamos. La última había sido en su cumpleaños número sesenta. Era triste pensar que nuestro encuentro, para el cual había volado a Estados Unidos y pasado dos horas en auto hasta llegar a Maple Creek -la ciudad donde ella vivía- era para asistir a su funeral.

Salí del auto sin quitarme los lentes oscuros, dándome cuenta de que no era el primero en llegar. Había otro auto estacionado en la entrada, y supuse que debía ser de Esteban. De todos nosotros, el segundo hijo de Rosemary Winstead -el español- era el más propenso a llegar a la ciudad en un auto como ese: un Lamborghini naranja, que combinaba perfectamente con su personalidad... peculiar.

—Gracias, Peter. De aquí en adelante seguiré solo —le dije al chofer enviado por la empresa que contraté.

Me detuve un momento frente a la puerta de la casa, mirándola, dudando un instante. No podía darme el lujo de no entrar, no solo porque no era algo que yo solía hacer, sino porque era un momento delicado, tanto para mí como para mis hermanos.

Estaba allí por ellos.

Finalmente abrí la puerta y me encontré con la figura esbelta de Esteban de pie, frente a la chimenea de la casa, donde nuestra madre parecía coleccionar portarretratos. La última vez que estuve allí, tenía fotos de los cuatro esparcidas por todas partes pero, en su mayoría, estaban apiladas allí, junto a las de sus viajes por el mundo.

Me movía con el mayor cuidado posible, para que mi entrada no se notara tan rápido, pero mi pie tropezó con una tabla suelta del suelo que hizo un ruido indeseado. Esteban se dio vuelta rápidamente hacia mí.

Sus ojos almendrados estaban enrojecidos, como si hubiera estado llorando mucho. También estaban hinchados. De todos nosotros, Esteban siempre fue el más sensible. Por eso afirmaba que se enamoraba muy rápido. Que su corazón blando lo llevaba a relaciones fugaces, no porque fuera un mujeriego, sino porque amaba demasiado.

Era un maldito cara dura, eso sí.

Pero nadie podía negar que era el más leal, y mantenía el lazo que aún nos unía. El que insistía en que nos reuniéramos siempre que fuera posible, ya sea en el cumpleaños de nuestra madre o en alguna otra fecha especial.

Tampoco fue una sorpresa que fuera él quien diera el primer paso y se lanzara sobre mí en un abrazo que me dejó

completamente paralizado.

Yo no era un hombre de demostraciones de afecto. Ni siquiera con Esteban, que probablemente era la persona que más apreciaba en el mundo. No era de abrazos ni de caricias. Los besos eran solo para las mujeres con quienes me involucraba, y la mayoría de mis relaciones eran de una sola noche, porque vincularme con alguien no estaba en mis planes.

Mi matrimonio era con mi trabajo. Y seguiría siendo así por un buen tiempo.

—No puedo creer que se haya ido, Kerem. Hablé con ella la semana pasada y todo estaba bien.

—Infarto. Es algo que pasa de repente, lamentablemente.

Esteban se apartó, secándose las lágrimas con el dorso de la mano, sacudiendo la cabeza.

—Lo sé, pero aún era joven. Le quedaba tanto por vivir.

—Tuvo una buena vida. Hizo lo que quiso, viajó, conoció casi todo el mundo.

Mi hermano alzó el rostro hacia mí, frunciendo el ceño.

—Sé que no eres tan frío. Que no estás tan poco conmovido por su partida. No puede ser... conozco a mi hermano.

—Tienes otros dos además de mí. Tal vez me estás confundiendo. —Me acerqué a Esteban, dándole un par de palmadas en el hombro—. Yo soy el frío e insensible. No lo olvides.

Dicho eso, me alejé, porque ya podía escuchar el sonido de ruedas aplastando las piedras de la entrada de la casa. Me acerqué a la ventana, corrí la cortina y vi el rostro de Petrus, nuestro hermano menor, llegando.

Él detuvo el auto y dudó, igual que yo. Cuando bajó, también con gafas oscuras, en lugar de entrar, encendió un cigarrillo y se apoyó en el vehículo, ganando tiempo.

Ninguno de los dos quería estar allí. Eso era evidente.

Mientras Esteban aún lloraba sus penas, mirando las fotos de nuestra madre, yo me quedé quieto en el mismo lugar, observando a Petrus, empezando a preguntarme si realmente iba a entrar o si se quedaría ahí parado, mirando al vacío, hasta que se diera por vencido, volviera a subir al coche y se fuera sin siquiera mirarnos.

Decidí no intervenir. Yo también quería irme, solo que no tenía el valor para hacerlo. Si Petrus lo tenía, que se fuera, que siguiera su camino fingiendo que nada había pasado.

Pero sería muy raro que hubiese volado desde Atenas hasta un pueblito perdido en Nueva Jersey solo para contemplar el jardín de la casa de nuestra madre y marcharse.

Vi el momento exacto en que soltó una última calada, tiró el resto del cigarrillo al suelo, lo aplastó y se quitó las gafas, dirigiéndose hacia la puerta.

Al entrar lo primero que vio fue a mí.

—¿Nadie te dijo que ese hábito de fumar va a terminar matándote? —pregunté con cara de mal humor.

Petrus se encogió de hombros.

—¿Nunca te dijeron que es feo andar espiando a los demás?

Era una costumbre entre nosotros provocarnos, así que enseguida, Petrus, al igual que Esteban, me abrazó. No era tan emotivo como nuestro hermano español, pero sabía demostrar mejor sus sentimientos que yo. Tanto los buenos como los malos. Por eso era considerado el rebelde, el problemático.

Su padre era dueño de una cadena de hoteles en Atenas y en Santorini, y eran bastante mediáticos porque también formaban parte de una de las familias más poderosas de su país. A la prensa le encantaba el hecho de que Petrus siempre fuera noticia, debido a sus interminables salidas nocturnas, sus relaciones con actrices y modelos famosas, así como sus borracheras que terminaban en enormes escándalos.

A pesar de eso, era bueno en su trabajo, y su padre lo había puesto como director de marketing de la empresa, y pronto lo nombraría CEO cuando se jubilara.

Al ver que Petrus había llegado, Esteban se acercó y lo abrazó.

—¡Hermanito! ¿Estás tomando anabólicos? ¡Estás malditamente fuerte! —Incluso entre lágrimas, Esteban sonrió y le dio una palmadita en la espalda a Petrus.

Ellos se llevaban mucho mejor que yo.

—¿Y Zayd? ¿Alguien habló con él? —pregunté en inglés. Cuando estábamos juntos, ese era el idioma que usábamos para comunicarnos.

—Lo he llamado dos veces y nada —informó Esteban.

—Yo le escribí esta mañana y tampoco contestó —añadió Petrus.

—Si no salimos ahora, no llegaremos a tiempo; no podemos retrasarnos.

Los otros dos asintieron, y Petrus se ofreció para enviarle otro mensaje a Zayd, avisándole que iríamos directo al cementerio.

Cada uno fue en su auto, porque la mayoría de nosotros pensaba salir del cementerio directamente hacia el aeropuerto, de

regreso a casa lo más pronto posible. Por más que Esteban fuera el más sentimental y siempre propusiera que nos quedáramos un poco más para compartir, esa vez dudaba de que lo hiciera.

Llegamos al cementerio y, ya reunidos, nos dirigimos a la capilla donde tendría lugar el velorio. Pensé que estaría más vacío, pero había varias personas alrededor.

Personas que comenzaron a murmurar en cuanto entramos, todos juntos, excepto Zayd.

Yo no era un tipo de muchos amigos, porque sabía que apegarse podía causar más problemas que beneficios. Muchos de los habitantes de esa ciudad hablaban mal de mi madre a sus espaldas, por su naturaleza libre. Muchos la juzgaban por haber dejado a sus cuatro hijos, cada uno con su padre.

La verdad es que nosotros también lo hacíamos, aunque entendiéramos sus motivos.

Una única persona destacaba en medio de los demás, no solo por ser una chica joven, un rostro que no conocía, sino porque parecía realmente conmovida, llorando a mares.

Era joven. No podía tener mucho más de veinte años, y en eso también contrastaba mucho con el resto de las personas que habían asistido a la ceremonia.

Vi a una de las mujeres, la más chismosa de la ciudad, dar un codazo a la hermana que estaba a su lado. Eran dos señoras de más de setenta años, que nunca se habían casado y pasaban los días sentadas en la puerta de su casa hablando de la vida ajena.

Cuando una de ellas usó la cabeza para señalar en una dirección, vi que Zayd finalmente había llegado.

Fue una conmoción, sin dudas. Ese era el tipo de reacción que mi hermano provocaba en la gente, especialmente en las

mujeres. Todos nosotros teníamos éxito con ellas y éramos atractivos, pero Zayd tenía genes muy exóticos. Su piel era morena, de ascendencia árabe, y era muy alto, muy fuerte, con ojos intensamente azules.

No dejaban de murmurar, ni siquiera cuando él se paró a nuestro lado. Pero eso no importaba. Estábamos todos allí, como a nuestra madre le hubiera gustado.

Eso logró conmover incluso mi corazón de piedra, y por unos instantes, me permití sentir. Por la pérdida, por la cercanía con mis hermanos y por el pasado, que nunca podría volver.

CAPÍTULO 2



KEREM

El velorio fue muy bonito, y acompañamos el cortejo cargando el ataúd, cada uno sosteniendo una manija. Fue nuestra forma de rendir homenaje a la mujer por la que los cuatro sentíamos cosas muy contradictorias.

Zayd todavía no había dicho una palabra. No era nada nuevo, porque siempre fue el más callado de nosotros, el más misterioso.

Cuando nos reencontramos, ya de vuelta en la capilla después de recibir las condolencias, Esteban puso un brazo sobre mi hombro y el otro sobre el de Petrus.

—Esta puede ser nuestra última oportunidad de pasar un tiempo juntos —dijo, encendiendo una alarma en mi mente.

Tenía razón, sin duda. Nunca nos habíamos reunido salvo en los cumpleaños de nuestra madre. ¿Seguiríamos en contacto ahora que ella ya no estaba?

—Solo sería una copa. En el pub de ella.

La primera persona que me llamó para avisarme de su muerte fue George, su novio. El bar quedó a su cargo, por supuesto, y ninguno de nosotros dudaba que lo abriría, no solo como homenaje, sino porque estaría demasiado destrozado para quedarse sin hacer nada.

—No sé... un último homenaje. Algo que a ella le hubiera gustado. Siempre quiso ver a sus hijos bebiendo juntos y... —siguió Esteban.

—Si hubiera querido eso, debería haberse quedado con nosotros —fue Zayd quien habló, lleno de amargura. Su voz fue cortante, sombría, pero luego respiró hondo y corrigió—. No es que no quiera estar con ustedes. Solo que necesito volver a Darqash lo antes posible. Como saben, mi padre tampoco anda muy bien de salud.

Jamal Faris Al-Sayed, el padre de Zayd, era el jeque de Darqash, el país de origen de mi hermano. Un hombre duro y muy conservador. Se tomaba las reglas de su país al pie de la letra, lo que sin duda contribuía al mal humor de su hijo.

—Solo una noche, Zayd. Mañana se van.

—Yo me apunto —respondió Petrus, encogiéndose de hombros con las manos en los bolsillos del pantalón.

Esteban me miró con cara de súplica.

—Mierda, creo que no tengo opción, ¿verdad? —dije, y solté un gruñido.

—O sea, Zayd, solo faltas tú.

Esteban sabía insistir cuando quería. Conociéndolo, sabía que atormentaría a Zayd si decía que no.

—Está bien, vamos.

Cada uno fue en su auto, y fuimos directamente al pub The Willow House, que mi madre había comprado hacía unos diez años, cuando finalmente decidió quedarse quieta y dejar de viajar. En esa época, empezó a mostrar los primeros signos de arritmia y decidió regresar a su ciudad natal, echar raíces y tener un negocio. Pero Rosemary Winstead no podría haber comprado una tiendita o un restaurante o algo tranquilo. No. Abrió el pub más concurrido de Maple Creek.

El The Willow House lucía igual a como lo recordaba, aunque al mismo tiempo, había algo distinto, tal vez por el tiempo que había pasado. Era como si se hubiera deteriorado un poco, envejecido, como si fuera una persona.

Cuando estacioné, vi el viejo árbol de sauce afuera, con sus ramas largas y ondulantes casi tocando el suelo, como siempre lo había hecho, inspirando el nombre del pub. La fachada de ladrillos estaba un poco más desgastada, y las enredaderas trepaban por las paredes, ahora más densas que antes. Una luz cálida entraba a través de los grandes ventanales, derramándose sobre la acera e iluminando el viejo cartel de madera con letras doradas.

Fui el primero de los cuatro en llegar y entré directamente. Adentro me recibió el ambiente rústico de siempre, con la chimenea de piedra y la barra de madera oscura que ya había presenciado muchas noches animadas.

Una música Country sonaba en la rockola, pero casi se perdía entre las voces fuertes de varios hombres que veían un partido de fútbol americano en la televisión, entre los Green Bay Packers y los Chicago Bears. Dos de ellos discutían acaloradamente, y podría jurar que no tardarían en agarrarse a golpes.

—Noche ideal para una reunión de los hermanos Winstead —resopló Petrus, apareciendo a mi lado.

—Como si tú no estuvieras acostumbrado a terminar en peleas de bar.

—Ah, yo lo hago, pero con mucho más estilo, sin dudas.

Esteban también se acercó y vi que se quedó embobado con la TV. Zayd, por su parte, pasó junto a nosotros murmurando.

—Terminemos con esto de una vez.

Sin detenerse, se dirigió a la barra y se sentó en uno de los bancos altos.

Aunque sin muchas ganas, hice lo mismo, y los otros dos me siguieron.

—Bueno, bueno, los hermanos Winstead en persona... —Del otro lado de la barra vi un rostro familiar.

Conocía a George Stone desde que tenía memoria. Su apariencia había cambiado con los años: las canas, algunas arrugas, pero lo que nunca cambió fue su amor por mi madre. Fueron mejores amigos durante mucho tiempo, pero sabía que desde que ella se estableció definitivamente en Maple Creek, George se convirtió en su pareja. O sea, esperó años por un amor que no sabía si se concretaría.

Se había casado, quedó viudo, pero mi madre siempre fue su objetivo.

Me sorprendió que no hubiera aparecido en el velorio, pero por las ojeras y los ojos hinchados, no me cabía duda de que estaba sufriendo mucho.

Rodeó la barra para saludarnos, y Esteban fue el primero en abrazarlo.

Cuando fue mi turno -porque, coincidencia o no, me dejó para el final-, se detuvo un poco más. Nuestra relación era distinta. Como

fui el único que vivió en Maple Creek hasta casi los seis años, George fue una figura paterna para mí por mucho tiempo.

Yo hubiera querido abrazarlo con más entusiasmo, pero nada de esa ciudad me hacía querer ablandar mi corazón.

—Lo siento mucho, chicos —dijo, con verdadero pesar.

—Tú perdiste más que nosotros, George. La verdad es que apenas la conocíamos —soltó Petrus, siempre sincero. Era lo que todos pensábamos, aunque no todos se animaban a decirlo.

—Lo sé. Sé que el resentimiento de ustedes es grande. Pero, aun así, quiero mostrarles algo. Ella lo dejó para ustedes y me pidió que lo entregara si tenía la oportunidad.

Nos miramos entre nosotros. Vi que Zayd se ponía más impaciente, pero la mayoría de nosotros asintió. Ya estábamos allí, no había mucho más que hacer.

George nos invitó a subir a su apartamento, ubicado arriba del pub, prometiendo que no estaríamos allí más de quince minutos.

Al pasar, vimos a una chica cuyo rostro me parecía familiar. Me detuve unos segundos al reconocerla: era la joven que estaba en el funeral, la que lloraba desconsoladamente. Limpiaba una mesa y se detuvo a mirarnos, como si fuéramos una procesión extraña. Todos vestidos de negro, en fila, con cara poco amistosas.

Era difícil no notar que era una mujer muy hermosa, aunque no estuviera interesado en fijarme en eso.

Tenía el cabello oscuro, unos enormes ojos castaños -aún rojos e hinchados de tanto llorar-, cejas marcadas, bien delineadas, y unos labios carnosos que parecían muy rosados, incluso sin lápiz labial.

La chica nos miraba como si nos guardara rencor, frunciendo la nariz con desprecio cuando me miraba específicamente a mí.

¿Qué diablos había hecho yo para que me mirara de esa forma? Ni siquiera sabía quién era.

—¿Norah? ¿Me cubres unos minutos? —le preguntó George, lo que me permitió saber su nombre.

No recordaba que mi madre me hubiera hablado de nadie con ese nombre. Debía ser una empleada nueva del pub o algo por el estilo. Nada que mereciera mi atención.

Subimos las escaleras hasta el apartamento de George.

—Pueden pasar, la puerta está sin llave.

Esas eran las ventajas de vivir en un pueblo pequeño como Maple Creek. En Estambul, las cosas eran distintas. En mi mansión, teníamos una garita con guardias atentos a cualquier movimiento sospechoso.

Aun así, me gustaba el ritmo de una ciudad grande, los edificios, la vida que no se detiene. No sabía si podría soportar vivir en un lugar tan tranquilo. Me moriría de aburrimiento en menos de una semana.

El apartamento de George era pequeño, pero ordenado y con un aire más femenino del que imaginaba, lo que me llevó a preguntarme.

¿Vivía allí con mi madre? Porque ella tenía su casa, pero...

Bueno, si estaban enamorados...

No era algo que quisiera pensar en ese momento.

—Pueden sentarse... —Dijo eso y se apresuró a quitar algunas cosas del sofá. Había sillas también, y cada uno de nosotros

se acomodó—. Es... un video. Ella dejó un video para que lo vean. Me pidió que se los mostrara personalmente.

George estaba visiblemente incómodo. Avergonzado. Solía ser un tipo callado, reservado, y me imaginaba que tener que imponernos ese momento no debía estar siendo nada fácil para él.

Sacó un Pen drive, lo conectó al televisor y empezó a buscar el archivo.

—¿Puedo ponerlo? —preguntó, aún dudando.

Asentimos, luego de mirarnos entre nosotros, y lo primero que vimos en la pantalla fue la imagen de nuestra madre.

Sentí un nudo en el pecho más fuerte de lo que imaginé al verla allí, en la pantalla de televisión, pareciendo algo asustada.

—¿Puedo comenzar? —le preguntó a alguien a su lado, y escuchamos la voz de George decir "puedes". Nuestra madre aclaró la garganta y volvió los ojos a la cámara—. Espero que estén todos ahí. Es importante que me escuchen, por favor. No me siento segura. Nuestro alcalde, Derby Maiden, me ha estado amenazando porque estoy defendiendo algunas propiedades de la ciudad que él quiere demoler para construir un centro comercial. Es una causa noble. Entre esas propiedades hay un refugio de animales rescatados y un orfanato. Son edificios viejos, cedidos por la municipalidad hace años, antes de que ese desgraciado asumiera el cargo. Ustedes son lo suficientemente poderosos como para asumir esta responsabilidad. Sé que es mucho pedir, porque tienen sus vidas, cada uno en sus países, pero necesito ayuda. Hay vidas en peligro. Es mi última alternativa, hijos... por favor.

¿Qué diablos estaba pasando? ¿Qué le había pasado realmente?

CAPÍTULO 3



KEREM

Miré a mis hermanos y noté que todos tenían la misma expresión de desconcierto que yo.

—¿La estaban amenazando? —Petrus fue el primero en hablar, frunciendo el ceño—. Entonces, ¿quién garantiza que ese infarto no fue provocado? Existen venenos que causan eso, ¿no?

Era impresionante que Petrus hubiera llegado al mismo pensamiento que yo.

—No, espera, espera... —Esteban se levantó de golpe, alzando las manos, cerrando los ojos y mostrando que estaba completamente perdido—. ¿Están diciendo que nuestra madre pudo haber sido asesinada? —Se volvió hacia George—. ¿Tú qué piensas, George?

Con los brazos cruzados, sentado en el apoyabrazos del sofá, él se encogió de hombros.

—¿Qué puedo saber yo? Soy un don nadie en esta ciudad, un ex alcohólico al que nadie toma en serio. La gente solo ve lo que quiere ver y escucha lo que quiere escuchar. No tengo poder para levantar una acusación tan seria contra un tipo mucho más poderoso que yo.

Mis pensamientos se desordenaron. Yo había ido al maldito Maple Creek para enterrar a mi madre, no para empezar a sospechar que pudiera haber sido... asesinada.

—Mira, George, ¿qué sabes tú de todo esto? —Intenté organizar mis ideas y, por suerte, logré hacer una pregunta más o menos coherente.

—Sé que tu madre era muy activa en esas dos organizaciones, como voluntaria. Ese desgraciado de Derby Maiden primero intentó sobornarla para que abandonara la causa, y luego empezó con amenazas. Se detuvo un tiempo, y ella incluso creyó que todo se había calmado, que él iba a desistir, pero yo no. Le pedí que tuviera cuidado.

—¿Dónde murió? —preguntó Zayd.

—Aquí, en el bar.

—¿Donde cualquiera podía tener acceso a su bebida? —concluyó Esteban, con una mano en la cintura, caminando de un lado a otro—. Creo *que lo entiendo muy bien.*

Esteban había entendido, y yo también, pero necesitábamos ser prudentes. Así que cuando lo vi marcharse con decisión hacia la salida del apartamento, lo detuve.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a la casa de ese capullo[1]. Le voy a sacar la verdad a golpes si hace falta.

—¡Ey, ey, ey! ¡Cálmate! Las cosas no se hacen así —le dije, sujetándolo. Estaba ya fuera de sí, con la sangre española hirviéndole en las venas. Esteban era solo un poco más alto que yo, también fuerte, pero yo era un poco más musculoso. Sin embargo, Zayd se interpuso, y bueno... él era un gigante.

—Cálmate, Esteban. No podemos actuar así. No si queremos averiguar qué pasó. Derby tiene mucho poder en esta ciudad.

—Nosotros tenemos poder en todo el maldito mundo —dijo Petrus, algo alterado también.

—No importa. Necesitamos una investigación.

—Y no tendremos tiempo para hacerla. No desde otro país, al menos.

—¿George no puede encargarse de eso? —Zayd era siempre práctico.

—¿Para que lo maten a él también? ¿No creen que la gente tendría mucho más miedo si fuéramos nosotros cuatro?

—¿Entonces qué propones, Esteban? ¿Que nos quedemos aquí? —Fue una pregunta que esperaba que él respondiera con un no rotundo, pero mi hermano español asintió.

—¿Por qué no? Dos meses, como máximo. Tenemos recursos para hacer que la investigación avance rápido.

—¡Esteban! —Zayd lo reprendió.

—Era nuestra madre. Es nuestro deber. Pero más que eso, ¿podrán volver a sus vidas normales con esta duda? ¿Con esta sospecha en la cabeza?

Respiré hondo, sabiendo que ya tenía la respuesta. No podría lidiar con la inquietud. No podría cargar con la culpa si un criminal salía impune, sobre todo por haberle quitado la vida a mi madre.

A la maldita madre que, con todo, era la única que teníamos.

—Kerem, tú me vas a entender. Sé que ninguno de nosotros ha superado las heridas que nuestra madre nos causó, pero esto aquí es una situación diferente.

—No puedo quedarme aquí. Mucho menos por más de un mes. —Zayd empezó a reír—. Es ridículo. Deben imaginar que, como heredero del jeque de Darqash, no puedo darme el lujo de pasar tanto tiempo en otro país, y menos con mi padre enfermo. Si me quedo tanto tiempo fuera, cuando regrese ya tendré una prometida sin siquiera haberla visto antes de la boda.

—Vuelve casado entonces —dijo finalmente Petrus, después de un buen rato en silencio.

—¿Qué? —dijimos los tres al unísono.

—Solo fue una idea —Petrus se encogió de hombros, casi con inocencia.

Pero mira... estoy de acuerdo con Esteban. Creo que puedo quedarme un tiempo.

No era difícil juzgar la respuesta de Petrus, sobre todo por lo rápido que la soltó. Las cosas entre él y su padre no iban bien. Claro que venir a Maple Creek no debía haber sido su primera opción, pero era una vía de escape decente.

—¿Kerem? —Esteban volvió a dirigirse a mí, esperando mi decisión.

—Yo... tengo la empresa. No sé si puedo...

—Eres el maldito CEO. Puedes viajar algunas veces si surge algo urgente, pero puedes manejarlo todo de forma remota.

Esteban tenía razón. Era una excusa débil, especialmente viniendo de nosotros, que teníamos total autonomía en nuestros

negocios. Quizá el único que realmente tenía un motivo válido era Zayd, por la situación delicada con su padre.

—Puedo quedarme. Un mes, no más —afirmé, intentando sonar firme, aunque sabía que nada se resolvería tan pronto, y que no me iría hasta cerrar ese asunto.

Todas las miradas se volvieron hacia Zayd. Él seguía impasible, con la postura de quien domina el mundo. Pierna cruzada sobre la rodilla, codo apoyado en el brazo del sillón, relajado y altivo.

—Ya di mi respuesta, y no voy a cambiarla. Serán ustedes tres quienes se encarguen de esto. Yo no soy necesario.

—Ella también era tu madre —le soltó Petrus, algo dolido.

Zayd se encogió de hombros una vez más.

—Tampoco es que ella lo recordara mucho.

—Más respeto. No es el momento para eso —lo interrumpió Esteban.

Zayd podía ser explosivo cuando quería, así que me preparé para una discusión, pero ambos se controlaron. Al menos en ese momento.

—¿Saben qué? Creo que no debería estar participando de esta conversación. No puedo fingir que todo está bien. No es nada contra ustedes, pero creo que terminaría generando conflicto entre nosotros, porque nuestras opiniones son muy diferentes —dijo Zayd mientras se levantaba.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Esteban.

—Me voy. Me hospedaré en alguna ciudad cercana y mañana regreso a casa. Como dije, no es nada contra ustedes...

Esteban intentó detenerlo, pero lo sujeté.

—No. Déjalo —afirmé, y Esteban se relajó.

No serviría de nada obligar a alguien a hacer lo que no quiere. Menos aún entre nosotros, que éramos cuatro cabezas duras.

Con la ausencia de Zayd, todos nos quedamos más callados. George nos animó a bajar al bar a tomar unos tragos, para relajarnos un poco. Algo que parecía imposible. Todo se había decidido demasiado rápido, y todos teníamos responsabilidades en nuestros respectivos países.

Al día siguiente habría que tomar decisiones, resolver pendientes y comenzar esa investigación que ni siquiera sabíamos cómo llevar adelante.

¿Cuánto tiempo nos tomaría descubrir la verdad? ¿Cuánto tiempo íbamos a quedar atrapados en Maple Creek?

Al bajar las escaleras, lo primero que vi fue nuevamente el rostro de la chica —esa tal Norah—, que acababa de servir una mesa y regresaba tras la barra mientras nosotros nos acomodábamos frente a ella. No pude evitar notar que cojeaba levemente de una pierna. No sabía si era algo temporal o permanente.

Aunque no cambiaba nada. En conjunto, era muy, muy hermosa. Ese tipo de belleza natural que no era fácil de encontrar. Tenía el cabello atado en una coleta alta y parecía no usar maquillaje, pero seguía viéndose preciosa. Delicada, incluso en medio de un bar lleno de hombres cargados de testosterona.

—Chicos, esta es Norah. Trabaja con nosotros hace un par de años. Ella los va a atender. Cuídenla, ¿sí? Tengo que ir a la cocina a supervisar unas cosas.

George nos dio una palmada en el hombro a cada uno y se fue.

—Buenas noches. ¿Qué van a tomar? —preguntó la chica, de mala gana. Tan bonita como antipática.

Pero ¿quién era yo para juzgarla?

—Un gin tonic —Petrus fue rápido en pedir, bastante ajeno a todo.

—Un whisky, sin hielo —dije yo, muy serio, mirándola con atención.

Esteban, por supuesto, abrió su mejor sonrisa encantadora.

—¿Qué me sugieres, *cariño*?

Justo en ese momento, George regresó apresuradamente solo para decir:

—Contrólate, Esteban. Tu madre era muy protectora con Norah. Nada de tonterías con ella.

El mensaje fue claro, y Esteban se encogió de hombros, alzando las manos como si se rindiera. Como si no pudiera evitar esa necesidad suya de coquetear con todas las mujeres a su alrededor.

—Voy a pedir lo mismo que mi hermano —dijo, señalándome.

La chica no necesitó anotar nada y se alejó sin decir palabra.

—Un poco malhumorada, ¿no? Pero bonita. Muy bonita —comentó Esteban.

—Oíste a George, ¿no? Mantén las manos lejos. Además... nuestra madre acaba de morir. ¿No eras tú el que la respetaba tanto? —le reprochó Petrus.

Debería significar algo recibir un sermón de nuestro hermano más rebelde.

Los tragos llegaron minutos después y nos tomamos un tiempo para chocar los vasos en un brindis casi silencioso.

Casi, porque Esteban hizo los honores.

—Por ella.

No necesitábamos aclaraciones. Todos sabíamos a quién se refería. Rosemary Winstead podía haber sido como fue, distraída y con una vida desordenada, pero era nuestra sangre. Podría habernos abandonado cuando más la necesitábamos, pero por desgracia, nuestros sentimientos hacia ella existían. Sería difícil negarlos, porque era la única madre que teníamos.

Tomamos un trago, permanecimos en silencio por un rato, como si fuera una forma de honrarla. Cada uno con sus recuerdos -quizás yo tenía algunos más-, y nadie podía negar que ella tenía una forma única de mantenerse presente en nuestras vidas, incluso a continentes de distancia.

Aunque no quisiera admitirlo, su ausencia se iba a sentir.

—Una duda genuina: ¿dónde vamos a hospedarnos? ¿En su casa? —preguntó Petrus.

—Claro. ¿Dónde más?

—Hay hoteles en la ciudad. Tal vez casas para alquilar por temporada. No sé si es buena idea que estemos todos juntos —afirmé.

—¿Por qué no? ¿No creen que podría ser una buena forma de conectarnos de verdad? Somos hermanos, carajo.

Me rasqué la cabeza, mirando a Petrus, que se adelantó a responder.

—Mira... podemos quedarnos allá esta noche y tal vez la siguiente, luego veremos cómo funcionan las cosas.

¿Cuándo fue que nuestro hermano menor se convirtió en la voz de la razón?

—Está bien. Pero si alguno de ustedes aparece desnudo frente a mí solo para hacerme cambiar de idea sobre vivir juntos, va a llevarse un puñetazo.

Puse los ojos en blanco con impaciencia. Amaba a mis hermanos, pero estaba seguro de que no aguantaría vivir con ellos tanto tiempo. Iba a empezar a buscar otra opción de inmediato y me mudaría sin decir nada.

No solo porque no me gustaba tener compañía, y porque tenía una rutina muy marcada, sino porque ese lugar me traía recuerdos que prefería no revivir. Cada rincón me llevaría otra vez a aquella noche, al terror de lo que vivimos. Esteban no recordaba nada, pero yo sí.

Empecé a pensar que era una pésima idea quedarme tanto tiempo en esa ciudad, pero ya había dado mi palabra. No iba a echarme atrás.

CAPÍTULO 4



NORAH

Entré a la cocina bufando. El día estaba siendo un caos. Mientras atendía a los imbéciles que siempre aparecían en The Willow House con sus bromas diarias y comentarios irrespetuosos, todavía tenía que lidiar con el duelo.

Contener las lágrimas cuando en realidad quería llorar por alguien querido que se había ido era demasiado doloroso. Era como aguantar la respiración por demasiado tiempo: inevitable e incómodo, pero algo que tenía que hacer.

Nunca fui de derrumbarme, y tampoco quería empezar justo en ese momento. Rosemary fue la única persona que estuvo a mi lado cuando nadie más se preocupó por mí, y tal vez la única a la que realmente amé, pero llorar por eso no iba a cambiar nada. Su ausencia era un dolor que sabía que iba a cargar, pero no tenía sentido perderme en él. Al fin y al cabo, si hubiera sido al revés, ella habría seguido adelante, como siempre hacía.

Y yo... bueno, iba a aprender a hacer lo mismo.

Aun así, justo después de servir los dos vasos de whisky, antes de preparar el gin tonic, apoyé las manos sobre la mesada del fregadero, bajando la cabeza e intentando controlar mi respiración, que parecía demasiado inestable.

—Te dije que no debías venir hoy. Podrías haberte quedado descansando —la voz de George llenó el ambiente.

—¿Y dejarte solo con Andy y Paul? Habría sido un desastre.

—Nos las habríamos arreglado.

Puse cara de culo en respuesta, porque los dos sabíamos que eso no era cierto. Paul era el único mesero además de mí, después de que Stacy se alejara por su embarazo. Volvería dentro de un mes, pero mientras eso no pasara, era imposible faltar. Un solo camarero no daba abasto. Mucho menos en una noche de partido.

Solo para corroborar lo que dije, los idiotas de afuera gritaron, haciéndome dar un salto.

Y por si fuera poco, todavía teníamos a los hijos de Rosemary allí... si una noche podía ser peor que esa, ya no sabía qué haría.

Suspiré y tomé el vaso, sin el menor entusiasmo, para preparar la maldita bebida de ese que sabía que se llamaba Petrus. Vertí la ginebra y luego la tónica, sin cuidado alguno, solo para terminar rápido. Coloqué unas rodajas de limón encima, como quien cumple con un ritual vacío, y me quedé mirando el vaso.

—No seas ruda con ellos, niña. Son buenos muchachos —aconsejó George, y lo miré con impaciencia mientras colocaba los tragos en la bandeja que llevaría al mostrador.

—Inhumanos, eso es lo que son. Rosemary estaba pasándola realmente mal en los últimos tiempos y ninguno vino a ayudarla.

—No lo sabían. Ella no les contó.

—Si no les contó fue porque no confiaba. ¿Cómo puede ser que una mujer tenga cuatro hijos poderosos -uno de ellos, incluso, hijo de un jeque- y no use esa influencia para joder al miserable de Derby? Seguro que ya sabía que no podía contar con ellos, que no iban a dejar sus mansiones y sus jets privados para venir a Maple Creek a hacer algo por su madre.

—No es tan simple.

—Si yo tuviera una madre como Rosemary, jamás la habría abandonado.

—Tú sabes lo que pasó. Fue al revés y...

—¡George! —exclamé, indignada—. ¿De qué lado estás? Rose era tu compañera.

—No solo mi compañera, sino mi mejor amiga desde hace años. Por eso mismo sé muy bien cómo era su relación con los hijos, y las cosas son mucho más complicadas de lo que te imaginas.

Soltando un soplido, otra vez impaciente, tomé la bandeja y la llevé a los hombres, que esperaban en silencio absoluto.

Serví a cada uno de ellos y mi mirada recayó, al final, en el mayor.

Sabía su nombre, era Kerem. Él era el hijo turco de Rose. De todos, era de quien ella hablaba con más reticencia, porque había alguna historia más pesada entre ellos. No tenía idea de qué había pasado, porque nunca la presioné para que hablara de algo que claramente le resultaba difícil, así que sacaba mis propias conclusiones.

Todos eran guapos de una forma que debería estar prohibida. Cada uno con su tipo de belleza. Esteban, el español, debía medir como dos metros, todo musculoso y con una sonrisa que te mojaba

los calzones. Tenía los ojos almendrados y la piel con ese bronceado típico de pasar horas en las playas de la costa gallega.

Petrus, el griego y el más joven, tenía unos ojos que variaban entre azul y gris, además de una boca pecaminosamente bien formada. Su mandíbula era marcada y tenía una expresión de chico abandonado, aunque su rostro también irradiaba una masculinidad muy fuerte.

Zayd, el que ya se había ido, era, sin duda, el más atractivo de los cuatro. Una mezcla exótica de belleza árabe con unos ojos azules muy claros, que contrastaban de forma única con el dorado de su piel. Era altísimo, muy fuerte, y tenía una postura de príncipe, lo que, de hecho, era.

Y luego estaba Kerem, con sus ojos verdes, el cabello rizado, siempre en un desorden perfectamente controlado, como si solo pasara la mano para acomodarlo y eso bastara. Era elegante, ligeramente misterioso y muy serio. El mayor, el más responsable, por quien yo sentía más resentimiento, porque presencié una pelea entre él y Rose que la dejó devastada.

—Espero que disfruten las bebidas —dije, tomando la bandeja y alejándome de inmediato, casi como si pudieran contagiarme alguna enfermedad.

Me refugié en la cocina unos minutos, sentándome en un rincón y dejando salir finalmente el llanto que había estado conteniendo.

Me senté en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared fría, sintiendo cómo las lágrimas pesadas caían en silencio, y cada una parecía aliviar un poco el nudo en mi pecho. Era extraño permitirme ese momento de debilidad, pero en ese instante, sin nadie viéndome, podía bajar la guardia y dejar que el peso se derramara con las lágrimas.

No logré quedarme allí mucho más de diez minutos, porque Paul apareció pidiéndome ayuda. Era una buena persona, pero extremadamente desorganizado y algo distraído, lo que hacía que confundiera los pedidos. En un día intenso como ese, eso no podía pasar.

Secándome las lágrimas, me puse de pie, tomé mi libreta, mi lápiz, y salí al salón, esperando que nadie notara lo rojos que estaban mis ojos.

Fui a la única mesa que no quería atender por nada del mundo, porque era la más problemática, pero Paul habría hecho un desastre con ellos: eran unos seis idiotas que adoraban burlarse de él.

Y de mí también, claro.

Eran unos babosos de la universidad local, que acababan de salir de un partido, sudados y llenos de testosterona como para repartir. Siempre llegaban hambrientos, ansiosos por una cerveza y con un ego del demonio, solo porque habían ganado un juego.

Se creían los héroes del pueblo.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudar? —pregunté, colocándome junto a la mesa, pero lo suficientemente lejos como para estar a salvo.

—Ah, miren quién nos va a atender hoy, chicos. La renguita bonita.

Parpadeé varias veces y respiré hondo, tratando de soportarlo. Solo sería por un rato..

Solo por un rato.

—Antes de pedir, muñeca, ¿podemos preguntarte algo? En serio, es una duda que tengo desde hace tiempo.

No respondí nada. Tenía ganas de decirle que no, pero era un cliente, y tenía que quedarme callada y aguantar.

—Tim Maiden... ¿tenía la verga grande o chica? Ya sabes, ustedes salían y todo eso...

Los otros idiotas empezaron a reírse. Juro que traté de controlarme para no soltar una grosería, pero fue más fuerte que yo:

—No sabía que te interesaba tanto la verga de otro hombre.

Algunos aullaron, burlándose del amigo, y este me miró con esa arrogancia típica de quarterback que se cree el centro del universo.

—Es que quiero saber si puedes con una bien grande. Así, cuando te penetre yo, no termines toda adolorida y cojeando más todavía.

Sentí la sangre hervirme y la cara arder.

No merecía ese tipo de humillación, y sabía que no trataban así a cualquier chica, por más imbéciles que fueran con la mayoría. El problema conmigo era más profundo.

Yo había matado a su amigo. Tim Maiden estaba conmigo en el coche cuando sufrimos el accidente.

El coche que yo *conducía*. Él era el antiguo quarterback, el héroe del pueblo, hijo del alcalde.

Por eso Maple Creek me odiaba: porque yo era la responsable de la muerte del chico de oro del pueblo.

—Por favor, solo hagan sus pedidos... —intenté, con voz baja, pero no me escucharon y siguieron riéndose y diciendo barbaridades.

Tenía que mantenerme firme, porque era mi trabajo, pero con el peso de ese día, me sentía al borde del colapso.

—¿Algún problema por aquí? —Levanté la cabeza que había bajado, en un gesto sumiso que detestaba, y vi a los tres hijos de Rosemary acercarse a la mesa.

Kerem no me quitaba los ojos de encima, pero fue Petrus quien habló.

—No hay problema, solo estábamos hablando con la señorita. —Uno de los idiotas del equipo extendió la mano y la puso sobre mi pierna.

—No creo que ella quiera que la toquen, así que será mejor que quites la mano antes de que uno de nosotros te la arranque —fue Kerem quien habló, con una voz tan impasible como si simplemente comentara el clima.

—¿Y Tú quién carajo eres para hablarme así? —El más grandote de la mesa se puso de pie, probablemente listo para enfrentar a los chicos, y yo me sentí aún más avergonzada, pero otro del equipo le sujetó el brazo.

—Son los hijos de Rosemary... Ya sabes quiénes son.

Todos se calmaron de inmediato. Era el tipo de poder que da el dinero. El respeto que solo alguien realmente influyente puede generar.

Le lancé una mirada a Kerem que esperaba fuera de agradecimiento.

—Si tienes algún problema, puedes hablar con nosotros, ¿sí? —dijo Esteban, con un guiño, y los tres regresaron a su mesa.

Kerem aún me miraba. Y yo lo miraba a él.

¿Qué demonios acababa de pasar? Acababan de defenderme los Winstead.

No podía estar más sorprendida.

CAPÍTULO 5



KEREM

Casi podía oír la casa susurrando "bienvenido de vuelta", como una maldición. Si creyera en ese tipo de cosas, sin duda habría salido corriendo de allí, imaginando que iba a perseguirme por las noches.

Los recuerdos nunca dejaron de acecharme, y habría sido mucho peor si me hubiera quedado a vivir allí. Tal vez, al final de cuentas, lo mejor que mi madre hizo por mí fue entregarme a mi padre y darme una vida nueva, después de todo lo que había presenciado.

Si observaba con atención cada rincón de la casa, en algunos lugares más discretos aún podía ver las manchas del fuego. Restos

del incendio que cambió mi vida y, de forma indirecta, la de mis hermanos.

El incendio que yo causé.

—¿Kerem? ¿Alguna preferencia de habitación? —preguntó Esteban, una vez más salvándome de los pensamientos que amenazaban con consumirme cada vez que lo permitía.

—Ah... no. Será solo por una noche.

—¿Una noche? ¿qué quieres decir?

—Bueno, imagino que tanto ustedes como yo no estamos pensando en quedarnos aquí.

—¿Y a dónde vamos a ir? —Mi hermano español cruzó los brazos sobre el pecho, como desafiándome a darle una respuesta.

—A un hotel, alquilar otra casa. Cada uno por su lado, tal vez. O un departamento. —Sabía que encontrar un departamento en Maple Creek era tan difícil como encontrar una casa en el centro de Nueva York, pero podíamos intentarlo. Sin duda debía haber edificios nuevos en la ciudad, ya que el desgraciado del alcalde estaba tan empeñado en modernizar el lugar.

—¿De verdad lo ves necesario? Esta puede ser nuestra única oportunidad de pasar tiempo juntos. De conocernos mejor.

Suspiré, pensando que Esteban era más sensible de lo que recordaba. Demasiado sensible.

—Petrus, ¿tú qué opinas? —le pregunté al griego, que estaba muy tranquilo, fumando cerca de una ventana.

—Me da igual... Solo quiero un lugar donde dormir, porque estoy hecho polvo.

De todos nosotros, él fue el que más bebió. No hasta emborracharse, pero probablemente estaba escondiendo más sentimientos de los que quería mostrar.

Eché otro vistazo a la casa. Era una buena propiedad, con seis habitaciones, ocho baños, una cocina equipada y una sala espaciosa. Tenía un altillo con algunos aparatos de ejercicio, además de un buen patio con una piscina de tamaño decente.

No había nada malo con la casa, sobre todo porque estaba bien cuidada, limpia y bien ubicada. El problema era lo que significaba para mí.

Aun así, estaba de acuerdo con Petrus. Estaba demasiado cansado para pensar en otra cosa.

—Yo también quiero dormir. No necesitamos decidir nada hoy, ¿de acuerdo? Dormimos aquí y mañana lo hablamos.

Esteban pareció aceptar mi propuesta sin más protestas, y subimos después de que Petrus apagara su cigarrillo. Cada uno tomó una habitación, y yo terminé quedándome con la de nuestra madre. Todas las demás tenían camas matrimoniales y baño privado, lo cual no sería un problema, pero al ser el mayor, a mis hermanos les pareció justo darme la suite principal.

Era, de hecho, la más cómoda, pero ni de cerca la que me haría sentir mejor.

No había traído mucha ropa conmigo, pero por suerte llevaba una pequeña maleta con algo para dormir, por si acaso, así que logré darme una ducha y ponerme algo más cómodo. Me acosté en la cama y me quedé mirando el techo por un buen rato, intentando no dejarme arrastrar por las memorias del pasado que esa casa evocaba.

Me giré de un lado a otro, intentando encontrar una posición. Podría echarle la culpa al colchón, que claramente no era tan

cómodo como el de mi casa, uno king size de los más caros del mercado, pero no era el caso.

El problema era otro.

Me giré hacia la mesa de noche y encontré el portarretrato que mi madre mantenía allí. Era un cuadro con cuatro fotos, una de cada hijo cuando era pequeño. Fotos de ocasiones en las que ella estuvo presente, pero por poco tiempo.

La casa estaba llena de esas imágenes. ¿Por qué demonios no nos prestó más atención? ¿Por qué no intentó más contacto, no pidió que viniéramos o no nos hizo visitas sorpresa? Podría habernos pedido que pagáramos los pasajes; teníamos los medios para hacerlo.

Con Zayd habría sido más difícil, porque su relación con el jeque era más compleja y nada amigable, pero nuestros padres no la tratarían mal. Mucho menos el de Esteban, con quien logró mantener una buena amistad. O el de Petrus, que parecía amarla tanto que nunca volvió a casarse.

Eran historias muy distintas, y mi madre pareció vivir todas ellas con mucha intensidad. Había muchos vacíos en el pasado de mi familia, y quizás nunca descubriríamos la verdad, ya que ella ya no estaba para contárnosla.

Con ese torbellino de pensamientos terminé durmiéndome en un sueño pesado y lleno de pesadillas que me despertaron varias veces durante la noche, con el corazón acelerado, hasta que decidí rendirme. Eran poco más de las seis de la mañana, y noté que nadie más se había levantado. Mejor así.

Si mis hermanos mantenían los mismos hábitos de siempre, ninguno se levantaría antes de las diez.

Decidí ir a la cocina a preparar un café, al menos para mí, esperando que me ayudara a funcionar un poco mejor después de

las pocas horas que había dormido.

Lo que no esperaba era ser sorprendido por la llegada de Zayd, que dio dos golpecitos en la puerta antes de entrar.

Era casi del tamaño de la puerta, pero lo que llamaba más la atención que su estatura era su ceño fruncido.

Levanté una ceja al mirarlo.

—No esperaba una visita... y menos a esta hora —comenté, más como provocación que otra cosa. Claro que no estaba allí solo para despedirse.

Zayd se dejó caer en el sofá, pareciendo más cansado que cualquiera de nosotros.

—¿Dónde pasaste la noche? —pregunté, preocupado.

—Por ahí. Poco después de nuestra conversación de ayer me quedé en el auto, como un idiota, pensando si había tomado la decisión correcta. Llamé a mi padre y obtuve la respuesta.

—¿Qué respuesta?

—Que me consideraba un imbécil por seguir preocupándome por mi madre después de que ella demostrara su carácter al abandonarme y negarse a casarse con él, incluso después de haberle dado un heredero. —Hizo una pausa—.También dejó bien claro que, en cuanto vuelva, mi matrimonio ya estará arreglado. Con una buena princesa árabe de un país vecino. Una mujer que apenas conozco.

—Eso es una mierda.

—Sí, pero no puede obligarme a casarme mientras esté aquí...

—Mmm —respondí, entendiendo muy bien adónde quería llegar—. Zayd, sé que no tengo moral para darte consejos, ni siquiera siendo tu hermano mayor, pero creo que no es buena idea usar el problema con nuestra madre como excusa para huir de esa situación.

—¡No es lo que voy a hacer! —se indignó—. Ya estaba pensando en quedarme, incluso sin saber lo que él planeaba. Fue un castigo por haber venido, sin dudas, pero no tenía idea. No hasta la llamada de ayer. Estoy cansado de ser su alfombra, de tener que seguir cada protocolo que *él* creó.

Asentí, esperando que hablara en serio.

—A pesar de todo esto, Kerem... ¿te cuento un secreto? —empezó, levantando una ceja y acercándose unos centímetros, como si realmente fuera a decirme algo que no quería que nadie más oyera—. Todos nosotros estamos aquí huyendo de algo. Si lo piensas bien, también vas a encontrar tu motivo.

Dicho eso, se levantó y fue a la cocina, probablemente a servirse el café que yo acababa de preparar.

Me dio rabia tener que admitir que tenía razón, porque, en efecto, tenía muchas cosas de las cuales escapar. Principalmente, de la culpa por haber abandonado no solo a nuestra madre, sino también a todos ellos.

—¿Entonces decidieron quedarse aquí? —Zayd rompió el silencio otra vez, apoyándose en la mesada de la cocina con su taza de café en la mano. Le dio un sorbo y puso cara de asco—. Mierda, esto está horrible.

Me encogí de hombros.

—Hace por lo menos diez años que no preparo café. Tengo a alguien que lo hace por mí. Imagino que tú también.

—Sí. Así como podría tener a alguien que me limpie el culo, siendo quien soy, pero hay cosas que prefiero seguir haciendo yo mismo.

—Claro. Olvidé que eres un maldito príncipe.

Era hasta desconcertante pensar en eso, pero era la verdad. Por absurdo que pareciera.

Incluso siendo un príncipe, al final parecía muy a gusto en la cocina.

—Tengo mi propio departamento en Darqash, no vivo en el palacio. Aparte de una señora que lo limpia dos veces por semana, no tengo a nadie que me haga las cosas. Por eso me liberé. Odiaba que todos estuvieran dispuestos a servirme todo el tiempo, incluso cuando yo quería estar solo.

No era un concepto muy distinto al mío. Aunque no fuera heredero de un trono como él, mi posición como CEO me convertía en un blanco constante de aduladores por todos lados. Dentro de la empresa era un infierno. Antes de que mi padre falleciera, la gente me trataba con un poco más de normalidad. Después de que se fue, se volvió insoportable.

Fuera de la empresa, en eventos y en todo lugar de Turquía donde mi apellido era conocido y respetado, todos querían agradarme.

De hecho, habría alguien para limpiarme el culo si así lo pidiera.

Tener momentos de paz, cuando se tiene tanto poder, momentos en los que es posible pensar y disfrutar de la propia compañía, es algo muy raro.

Zayd preparó el café y me sirvió. Sin duda estaba mucho mejor que el mío.

—¿Vas a decirme que también sabes cocinar? —bromeé, y él se encogió de hombros otra vez.

—Un poco. Nada elaborado, pero no creo que vayamos a morir de hambre.

—¿Así que estás dispuesto a quedarte aquí?

—No veo por qué no. Es una buena casa. No creo que encontremos un hotel de cinco estrellas por aquí.

—No, no vamos a encontrarlo.

—Por mí, podemos quedarnos.

Bueno, yo no iba a ser el único en arruinar ese clima de reconciliación entre hermanos.

—Sea como sea, incluso con tus dotes de amo de casa, tenemos que contratar a alguien. No vamos a tener tiempo, porque necesitaremos trabajar.

—Estoy de acuerdo.

—¿De acuerdo con qué? —la voz de Esteban surgió mientras escuchábamos pasos bajando por las escaleras. Petrus también ya estaba despierto.

—¿Antes de las diez? ¿Ocurrió algún milagro? —pregunté intentando burlarme de los dos.

—No sé si lo recuerdas, pero nosotros trabajamos —dijo Petrus, pasando junto a mí y yendo directo a la cafetera.

Tomó su café, dio un sorbo y puso cara de deleite.

—Guau, esto está muy bueno.

Zayd me miró con una expresión casi arrogante, como si ya esperara el elogio.

Pronto estábamos los cuatro sentados en el porche de la casa. Dos en sillas y los otros dos en los escalones, en silencio, casi en paz. El sol ya había salido hacía un rato, pero todavía regalaba colores inusuales al cielo, dejándolo casi dorado.

—Me había olvidado de lo bonito que es esto —comentó Esteban.

Él solo vivió en esa casa hasta el año y poco más, pero ya habíamos visitado a nuestra madre en otras ocasiones. No era la primera vez que nos sentábamos así en ese porche. No sabía si era solo yo, pero el sentimiento de ausencia se hizo más fuerte. El hecho de que ella no apareciera en cualquier momento y nos dijera algo, actuando más como una amiga que como una madre.

Tal vez los demás pensaban algo similar, pero ninguno se atrevió a decirlo.

—Así que este será nuestro hogar por algunos meses —fue Petrus quien habló, y todos estuvimos de acuerdo.

—Espero no arrepentirme. Petrus ronca. Creo que voy a tener que comprar tapones para los oídos, porque...

Petrus le dio un puñetazo en el brazo a Esteban.

—¡Ey! No seas un niño mimado, estoy diciendo la verdad.

—¡Qué carajo!

—Voy a grabarte esta noche para que escuches. ¿Será que alguna de tus chicas aguanta la sinfonía del demonio?

Un puñetazo más, pero ambos se reían. Miré a Zayd que los observaba con una sonrisa en su rostro.

Ese era el tipo de armonía que debería existir entre cuatro hermanos. Una que nos fue arrebatada muy pronto.

Una pena. Nos habríamos llevado muy bien.

CAPÍTULO 6



KEREM

El resto del día estuvo reservado para resolver asuntos burocráticos. Liberé a mis empleados, permitiéndoles volver a Turquía. Habría pedido a mi ama de llaves que viniera hasta aquí para ayudarnos con la casa, pero no le haría eso, ya no era una mujer joven.

Tendríamos que contratar a otra persona. El problema sería encontrarla.

Logré que algunos de mis objetos personales fueran empacados por mi asistente y enviados de urgencia por FEDEX, pero aún así necesitaría comprar algunas cosas, al menos para sobrevivir un par de días en caso de que tardaran en llegar.

Tomé mi auto y fui al centro de Maple Creek, deteniéndome en una tienda de artículos variados para el hogar, la más grande de la ciudad.

Ciertamente no iba a encontrar ropa como la que solía usar, pero no necesitaba andar con trajes Armani en un pueblo pequeño.

Aun así, compré una camisa formal y otra tipo polo para mis videollamadas, un pantalón de jean, calcetines, ropa interior, un short, dos camisetas ligeras y algo para dormir.

La casa estaba bien equipada con toallas y sábanas, así que no me preocupaba por eso.

Esteban y Zayd se encargaron de hacer las compras de comida y artículos de higiene, mientras Petrus fue a hablar con George para pedirle recomendaciones sobre alguien que pudiera trabajar con nosotros durante ese tiempo. Seguramente conocía a alguien.

En cuanto regresara a casa, contactaría con un investigador privado que me había recomendado un amigo estadounidense. Se llamaba Jaden Jenkins y trabajaba para la élite de Estados Unidos, incluidos millonarios y políticos. Tal vez el caso no necesitara a alguien de tan alto nivel, pero si nuestro dinero podía pagar al mejor, queríamos al mejor.

Todo parecía estar en orden y encaminado. Lo que quedaba por ver era si íbamos a llevarnos bien o si ese período sería un desastre que terminaría por destruir aún más nuestra familia.

Llegué a Maple's, la tienda en cuestión, y tomé un carrito en el estacionamiento, después de haber estacionado mi auto.

Fui caminando por los pasillos, tomando todo lo que creí necesitar con urgencia, sin olvidar algunos artículos para trabajar, como una libreta, una agenda y bolígrafos, porque tenía un lado analógico que me gustaba mantener vivo.

La tienda era bastante completa y espaciosa, con pasillos bien organizados. Había algunos vendedores dispersos que no parecían muy simpáticos, pero me guiaron hacia lo que necesitaba sin dificultad.

De alguna forma, tardé un poco más de lo necesario, no porque estuviera perdiendo el tiempo, sino porque lo sentí como un paseo... casi agradable.

Hacía tanto que no salía a comprar mis propias cosas que terminé encontrando cierto placer en una tarea tan simple. Lo que me llevó de nuevo a la conversación con Zayd sobre tener gente que haga todo por ti, hasta un punto casi enfermizo.

No era yo quien compraba mi propia ropa. Ni siquiera mis artículos de oficina. No pisaba un supermercado desde hacía años. No tenía idea de los precios; simplemente dejaba mi tarjeta de crédito en manos de mi secretaria o mi ama de llaves y llenaba mi rutina con trabajo. Las únicas cosas que me permitía hacer por mí mismo eran el gimnasio-porque sabía que me hacía bien para liberar el estrés- y sexo ocasional y casual.

Mi vida se había vuelto vacía y ni cuenta me había dado. Era una máquina, ejecutando una rutina incansable e ininterrumpida, día tras día. Incluso mis días libres estaban programados con eventos donde debía hacer relaciones públicas con gente que pudiera beneficiar mi negocio.

Era deprimente.

Aún estaba pensando en eso, paseando por los pasillos con una lentitud casi perezosa, cuando oí un alboroto en otra parte de la tienda que llamó mi atención.

—Lo vi con mis propios ojos. Lo sacó del estante y lo metió en el bolso —gritaba una mujer.

No tenía esa curiosidad morbosa como para acercar el carrito hasta el grupo de gente, pero un rostro familiar entre ellos captó mi atención.

Era Norah, la chica que trabajaba en el bar de mi madre.

Con ella estaba una de las mujeres que había asistido al funeral, una de las chismosas que susurraba sobre mí y mis hermanos, y era la misma que ahora gritaba a todo pulmón.

También había dos guardias de seguridad de la tienda con ellas.

Me mantuve atento, porque aquello no pintaba nada bien.

—¡Señora Morgestern, yo no robé nada! —dijo Norah, indignada.

No solo estaba indignada, también un poco nerviosa.

—¿Estás llamándome mentirosa, muchacha?

—Y usted me está llamando ladrona.

—Ah, pero yo soy una ciudadana respetable en este pueblo. Voy a la iglesia, todos me conocen. Soy buena vecina, pago mis cuentas y nunca he lastimado a nadie. No puedo decir lo mismo de ti, que corrompiste a un buen chico y además...

—Basta, señora —interrumpió uno de los guardias. Luego se dirigió a Norah—. ¿Le importaría abrir su bolso para que lo revisemos?

—No debería hacerlo, porque no robé nada, ¡pero quien nada debe, nada teme!

Visiblemente molesta, Norah entregó su bolso al guardia.

Fue un momento vergonzoso que no podía ni imaginar tener que pasar, pero ella mantenía la cabeza en alto, incluso con la incomodidad de ver a dos hombres revolviendo sus pertenencias y sacando todo, incluso un tampón.

—¡Ahí está! ¡¡El bolígrafo que agarró! —la mujer mayor volvió a gritar, señalando algo.

—¡Pero yo no robé nada! ¡Ya tenía ese bolígrafo! La señora ni siquiera dijo nada acerca de que fuera un bolígrafo. Había dicho que era un bloc.

—Me equivoqué. Era ese bolígrafo, sí.

Estaba más que claro que la mujer quería meterse con ella, y no tenía idea del porqué. Un guardia miró al otro, sin saber qué hacer, hasta que me acerqué, indignado por tanta injusticia.

—¿Algún problema por aquí?

En circunstancias normales no me habría metido, pero mi deseo de dejar a esa mujer en evidencia era tan grande que no me importaba darle un escarmiento si era necesario.

—Ah, señor Winstead, qué bueno que...

—Çelik. Ese es mi apellido. No uso el de mi madre desde hace mucho.

—Bueno, es más difícil de pronunciar —dijo, intentando ser simpática y sonriente—. ¿Puedo llamarte Kerem, entonces? Te vi nacer.

—No. Dígame señor Çelik.

Recordaba muy bien cómo trataba a mi madre en el pasado, las cosas que decía sobre ella y cómo no nos ayudó cuando más lo necesitábamos.

Miré a Norah y vi que sus ojos estaban un poco vidriosos. Eso me molestó aún más.

—Voy a ahorrarme las explicaciones, porque escuché todo el alboroto. Creo que puedo servir de testigo. —La señora mayor sonrió, creyendo que iba a ponerme de su lado, pero mis intenciones eran otras—. Estuve ayer en The Willow House y esta chica me atendió. Estoy absolutamente seguro de que anotó nuestros pedidos

con este mismo bolígrafo. Lo que hace imposible que la haya robado hoy. Usted está mintiendo.

El mundo pareció detenerse por un segundo. Todos me miraron, cada uno con una expresión distinta.

La mujer, boquiabierta, se quedó paralizada, sin entender nada. Los guardias se miraron entre ellos, impasibles, como dos vagos que no querían hacer su trabajo.

Y luego estaba Norah.

Me miraba como si yo fuera un extraterrestre, tratando de leer mis expresiones, buscando algo que ni yo sabía qué era.

Tal vez intentaba descifrar mis intenciones, sobre todo porque sabía que no estaba diciendo la verdad completa.

Probablemente ni siquiera había usado ese bolígrafo el día anterior y ella lo sabía. Ni yo recordaba si había anotado algo o si simplemente se lo aprendió de memoria. Aun así, podía jurar que no había robado nada, y que esa mujer solo quería incriminarla sin motivo.

—¡Me estás llamando mentirosa! —Esa vez lo afirmó, no lo preguntó.

Me encogí de hombros.

—Si usted está inventando que alguien robó algo de una tienda, es una mentira. Si lo hace con frecuencia, entonces es una mentirosa. —Hice una pausa, mirándola, tratando de entender sus motivaciones—. ¿Llegó a pensar que esta chica podría acabar en la cárcel por esto?

—¡Es donde debería estar! —Casi gruñó. Miré a Norah y vi que apartó la mirada, avergonzada.

—¿También pensó que esta broma de mal gusto podría causarle una demanda?

Ahí sí toqué un nervio.

—Yo... me equivoqué... no lo hice a propósito.

—Muchos juicios comienzan por errores como ese. Incluso esa acusación de que ella debería estar en la cárcel también es motivo para una demanda. Soy abogado, y estaría dispuesto a representar a la señorita... —La miré, esperando un apellido.

—Massery.

—Estaría dispuesto a representar a la señorita Massery, si desea demandarla. —Volví a mirar a Norah. Pude ver el rastro de una sonrisa apareciendo en sus labios—. ¿Es esa tu intención?

Ella dudó. Y disfrutó el momento.

—Tal vez. Lo pensaré detenidamente.

—¡Chica insolente! Ten un poco de vergüenza porque...

—Cuidado con lo que dice, señora. Podría sumarle otra demanda a su lista.

Furiosa, la mujer me miró, y juro que habría querido abofetearme si no temiera que también pudiera demandarla por eso.

Hacía mucho que no me divertía tanto con algo así. Fue delicioso ver a la mujer marcharse enfadada, acompañada por los guardias, dejándonos en paz.

La seguí con la mirada, pero enseguida volví la vista hacia la joven, con quien ahora me había quedado solo.

—¿Estás bien? —pregunté, al notar que casi se había echado a llorar antes. Lo que había pasado no era algo tan sencillo.

—Estoy bien. Ya debería estar acostumbrada, pero aún me afecta un poco.

—¿Acostumbrada? ¿Esto pasa seguido?

—Desde hace un tiempo.

—Disculpa la indiscreción, pero... ¿por qué?

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo. ¿Tomamos un café? En realidad quería hablar contigo no solo sobre esto, sino también sobre mi madre. Vamos a intentar descubrir qué pasaba entre ella y el alcalde, y creo que podrías tener algunas cosas que compartir.

Ella me miró con atención otra vez, todavía dudosa. Era una mujer desconfiada, sin duda, pero por cómo la trataban en el pueblo, no podía juzgarla.

—Está bien. Acepto.

Perfecto. Era un buen comienzo.

CAPÍTULO 7



NORAH

Esto tenía que *parar.* No fue nada agradable empezar a ver una figura heroica en Kerem Çelik.

No era un tipo amigable. No era amable. No era un caballero.

Pero se estaba pareciendo demasiado a uno.

Después del escándalo, decidí ni siquiera comprar lo que había ido a buscar a esa tienda. Quería mantenerme lo más lejos posible de esa gente. Podía vivir con la bombilla de la cocina quemada. Nada que la linterna del celular no pudiera solucionar.

Ese era uno de los tantos problemas de vivir en un pueblo pequeño. Había pocas tiendas, y todos se conocían. Todo lo que quería era volverme invisible, tratar de dejar atrás mi pasado, pero era difícil cuando casi todos los días alguien soltaba alguna mierda que me recordaba todas las cosas horribles que me habían pasado.

Me quedé parada afuera de la tienda, esperando que Kerem terminara de pagar sus compras. Por la cantidad de cosas que había

llevado, empecé a pensar que iba a quedarse en Maple Creek por un buen tiempo.

Con los brazos cruzados, trataba de ver el avance de la fila desde el vidrio, sintiéndome demasiado impaciente. No podía quedarme quieta, simplemente no lograba decidir si era mejor quedarme o desaparecer antes de que las cosas se pusieran un poco incómodas.

Me llevé un dedo a la boca, intentando calmarme mientras mordía la piel del borde de la uña, aún tratando de decidir... pero ya era demasiado tarde. Ahí estaba Kerem, con sus bolsas, haciéndome una seña con la cabeza para que lo siguiera hasta el auto.

Todavía tenía tiempo de pensar en una excusa. Podía ser fácil… decir que había dejado ropa en la lavadora, o que tenía un compromiso... Pero sabía que le debía eso a Rosemary. No solo el hecho de intentar tener una conversación con su hijo, sino también ayudarlo a descubrir todo lo posible sobre su muerte.

Si realmente la habían asesinado, era mi deber aportar todo lo que pudiera a la investigación.

No pude evitar notar que él esperó pacientemente a que me acercara, mucho menos ignoré su mirada hacia mi pierna, la que cojeaba.

Había dos tipos de personas: las que miraban mi pequeña discapacidad con desprecio, creyendo que merecía lo que me había pasado -y eran solo los de Maple Creek y alrededores, que conocían la historia del accidente-. Y estaban los que me miraban con lástima, como si quisieran cargarme en brazos todo el tiempo para que no tuviera que pasar por eso.

Yo no era una víctima. Era una sobreviviente. Pudo haber sido mucho peor, pero yo estaba caminando, manteniendo mi independencia y siguiendo adelante.

Kerem no pertenecía a ninguno de esos dos grupos. Solo miró, lo notó y lo ignoró. No porque pareciera indiferente -o tal vez sí-, sino porque respetaba que eso era parte de mí.

En un mundo donde la gente cree que tiene derecho a juzgar o a salvarte, él estaba haciendo lo que nadie más hacía: verme como era, sin tratar de cambiar nada.

Kerem me abrió la puerta, en un gesto caballeroso, y me subí al auto, poniéndome el cinturón. Pronto encendió el motor.

—¿Alguna sugerencia de lugar? —preguntó mientras conducía.

—Yo diría que hagamos un café en The Willow House. No soy muy fan de la mayoría de los locales de este pueblo, y creo que sería un escándalo si aparecemos juntos en uno de ellos.

—No me importan los escándalos.

—Y no deberían importarte. En poco tiempo vas a irte de aquí, pero yo no.

—Entonces vamos al Willow.

—Gracias. Prometo preparar un café decente.

Solía cumplir mis promesas. Tanto que vi la expresión de deleite en el rostro de Kerem al darle el primer sorbo.

Claro que no dijo nada, porque no era precisamente simpático, mucho menos en ese aspecto.

—¿Qué querías saber sobre Derby? Supongo que por eso estamos aquí, ¿no? —Preferí ir directo al tema antes de que él decidiera hacerme preguntas sobre mi problema con la gente de Maple Creek.

—George nos contó algo, pero sentí que ese tema le afecta demasiado.

—Así es. George y Derby tienen asuntos que van más allá de la historia con Rosemary. Cosas que no me corresponde contar. Si alguna vez quieres saberlo tendrás que preguntarle.

—Lo haré. Pero lo que me interesa ahora es saber qué tienes para decir sobre Derby. ¿Qué problema tenía con mi madre?

—¿Además del hecho de que siempre estuvo loco por ella?

Eso despertó el interés de Kerem al punto de hacerlo levantar una ceja.

—¿Cómo sabes eso?

—Mira… confía en mí. Conocía muy bien a esa familia —El tono con el que respondí fue firme, porque quería hacerle entender que no debía hacer más preguntas.

Al menos Kerem no parecía ser de los insistentes.

—¿Crees que eso influyó? ¿Pudo haber sido algo más pasional?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Creo que hay muchos factores. Ese puede haber sido uno, además de la codicia y la costumbre de Rose de meterse en situaciones arriesgadas por defender a otras personas. Incluso a algunas que ni conocía bien.

Como yo… pero eso, por supuesto, no se lo dije. No quería que surgieran más preguntas que no estaba dispuesta a responder.

Tampoco iba a decir que yo podía haber sido uno de los motivos por los cuales Derby llegó a odiar a Rose. Cuando ella me acogió, fue como si hubiera elegido un bando en esa pelea, cuando

todo el resto del pueblo había elegido otro. Era como la pelea de David contra Goliat.

¿Quién era yo comparada con el hombre más poderoso del pueblo?

—¿Ella le tenía miedo? —preguntó Kerem, con cierta cautela.

¿Estaba sintiendo culpa o solo era impresión mía?

No podía olvidar que él le había dado la espalda a su madre, igual que sus hermanos. No importaba si ella se había equivocado, siempre sería su sangre.

Si yo tuviera una madre...

Mejor no entrar en eso.

—¿Miedo? —Solté una risa, desviando la mirada, un poco nostálgica—. Rose no le tenía miedo a nada.

La envidiaba. Con el mayor respeto posible, porque la amaba como a una madre. Pero deseaba ser como ella: valiente, de esas personas a las que no les importa lo que piensen los demás, que tienen respuestas ácidas en la punta de la lengua y que siempre siguen a su corazón.

La criticaron toda la vida por cómo trató a sus hijos, por su forma libre de amar, por sus elecciones, incluso cuando eligió estar con George, un hombre pobre, en lugar de aceptar el interés del alcalde del pueblo.

Las mujeres de Maple Creek la odiaban por eso también. Por ser la mujer deseada por un hombre rico y atractivo al que ellas deseaban desesperadamente.

Pero Rose solo hacía lo que quería.

Y yo quería ser como ella.

—Lo que tenía era rabia. Hasta que se volvió una piedra en su zapato, él solo la molestaba con indirectas y la acosaba, de una forma bastante abusiva, pero inofensiva. Se la pasaba jodiendo a George por cualquier cosa, y los dos llegaron a los golpes una vez. Te imaginas quién ganó, ¿no?

Kerem asintió.

Incluso con la edad que tenía, George era un tipazo. Grande, aún fuerte, y nada que ver con ese tipo todo estirado que era Derby. Sin contar que amaba a Rose desde hacía años, así que haría cualquier cosa por defenderla.

Decidí que, aunque tenía muchas sospechas, nunca insistiría en que investigara más a fondo la muerte de Rose, porque sabía que si descubría que efectivamente había sido un asesinato, mataría a Derby. Y entonces estaría en completos problemas.

—¿Crees que hay algo más detrás de ese interés de Derby en deshacerse de las ONG, o solo era un capricho? —Kerem parecía estar masticando una idea, porque su expresión era muy seria, muy concentrada.

—Estoy segura. No sé qué exactamente, pero con toda certeza estaba ganando mucho dinero por fuera con esas nuevas construcciones que quería traer al pueblo. No sé de dónde viene ese dinero, así que si estás pensando en investigar algo, creo que sería un buen lugar para empezar.

Kerem volvió a asentir lentamente con la cabeza, como si estuviera de acuerdo conmigo.

Para mí, esa imagen era una esperanza. La historia de Rose no se enterraría con ella. Si había algún culpable por su muerte, iba a terminar en la cárcel. No importaba que fuera rico y poderoso, sus hijos lo eran más.

Ella podría descansar en paz. Se haría justicia, no me cabía duda.

CAPÍTULO 8



NORAH

Los lunes eran mis días libres, así que normalmente me gustaba quedarme en casa descansando, solo que cuando una de tus mejores amigas cumple años, es difícil escapar de una "noche de chicas".

Para ser sincera, también era importante para mí estar con ellas. Las únicas personas, además de Rosemary, en ese maldito pueblo que mostraban algo de consideración y respeto por mí.

Siempre fuimos inseparables desde el momento en que nos conocimos. Deborah, Louise y Jessica. Esa noche iba a encontrarme con las dos primeras, porque la tercera estaba fuera del pueblo. Se había ido de Maple Creek después de quedar embarazada y prefirió seguir su vida como madre soltera en otro lugar.

¿Quién podría juzgarla?

Deborah estaba casada desde los dieciséis años con el mismo hombre y tenía tres hijos. Pero su esposo era un tipo muy, muy

buena onda y siempre la animaba a divertirse, y él se encargaba de los niños.

Louise, por su parte, era mi compañera de cuarto. En teoría, deberíamos vernos todos los días, pero nuestros horarios casi nunca coincidían. Ella llegaba a casa cuando yo me iba, y las dos trabajábamos los fines de semana. Ella cantaba y se la pasaba dando shows en los pueblos de alrededor para complementar sus ingresos.

En las pocas veces que coincidíamos en casa, dormíamos más que otra cosa. Aun así, nos llevábamos bien y nos dejábamos notitas con frases motivacionales. O desmotivacionales.

Louise era mi mejor amiga. Era divertida, graciosa, todo lo que yo no era. O todo lo que dejé de ser después del accidente.

Deborah, en cambio, era la típica mamá del grupo. Protectora, nos cuidaba y siempre estaba lista para escuchar y dar consejos. Jessica era la más tranquila, la más inocente de las cuatro. Justamente por eso nos sorprendió tanto cuando apareció embarazada, sin decirnos quién era el padre de su hijo.

Hasta ese momento, todavía no sabíamos quién era. Jessica insistía en que no lo conocíamos, pero seguro era alguien del pueblo.

¿O no?

—Deberíamos haber ido al Willow —se quejó Deborah, impaciente, porque nuestro pedido estaba tardando.

—¡Claro que no! ¿Y hacer que Norah pase su noche libre en el mismo lugar donde trabaja? Ni loca —respondió Louise, indignada.

—Bueno, eso es verdad. Pero al menos allí el servicio es mejor que aquí.

—Solo es mejor porque *soy yo* la que atiende. Cuando no estoy, todo el mundo dice que es un desastre.

Deborah se encogió de hombros y agarró el celular. Sabía que estaba revisando sus mensajes para ver cómo estaban sus hijos, aunque estuvieran con su papá y ella hubiera salido de casa hacía menos de treinta minutos.

—Bueno, ¿y qué hay de nuevo? Creo que Norah debería empezar, ya que parece estar viviendo más emociones que las tres juntas.

—¿Y de dónde sacaste eso, Deborah?

—¿Olvidaste dónde vivimos? Esto es un nido de chismes. En la escuela de los chicos fue tema de conversación todo el día: tú y el guapísimo hijo de Rosemary paseando por ahí.

Puse los ojos en blanco.

—Solo fue un café —afirmé, sin querer darle demasiada importancia al tema.

—¿Cuál de ellos era? —preguntó Louise, probablemente sin enterarse del chisme porque había estado de viaje la semana pasada.

Qué suerte la suya.

—¡Fue el turco! ¿Kerem, no?

—Un bombón. Aunque no tanto como el árabe. Ese es hijo de un jeque, ¿verdad? —Lou y Deborah comenzaron a hablar entre ellas.

—Todos son guapísimos. Si había algo que Rose sabía hacer bien, era tener hijos. El español está buenísimo. Y el griego tiene cara de saber lo que hace.

—Que no te escuche Martin —murmuré, refiriéndome al marido de Deborah.

—Ay, por favor, Nor. ¿De verdad crees que él no admira a las mujeres lindas? Espero que sí, de hecho, porque si no sería raro. —Hizo una pausa—. Nunca se me cruzó por la cabeza engañar a mi marido, pero admirar la belleza ajena no es traición. Me parecen lindas las flores y los árboles, ¿por qué no un hombre?

—O cuatro... —bromeó Louise—. Pero tienes razón, amiga. Aunque todavía quiero saber qué onda con Norah... ¿qué tipo de cercanía es esa con el tal Kerem?

—No hay ninguna cercanía. Solo fue amable. Nada más.

Fui interrumpida por la llegada del camarero, por fin con nuestros pedidos. Tenía el estómago rugiendo, y el sándwich se veía increíble. Mucho mejor que los que servíamos en el Willow.

—¿Amable cómo? No nos dejes con la intriga —pidió Deborah, con la boca llena.

—Me vio en la Maple's. Esa insoportable de la señora Morgestern estaba ahí, ¿y pueden creer que tuvo el descaro de acusarme de robo?

—¿¡Qué qué!? —Juro que pensé que Louise iba a saltar de la silla, con su metro y medio de altura, y salir corriendo hasta la casa de esa mujer para golpearla—. ¿Tuvo el descaro?

—Llamó a los de seguridad de la tienda y todo. Pero Kerem lo vio y me ayudó. Su palabra valió mucho más que la mía, claro.

Deborah y Louise se miraron con sonrisas cómplices.

—Interesante. Todo un caballero, ¿eh?

—Dejen de decir pavadas las dos. Ni siquiera me gusta el tipo. Su interés fue puramente... profesional, por así decirlo. Él y sus

hermanos quieren investigar la muerte de Rose y ver si Derby tuvo algo que ver.

—¡Por fin alguien con agallas! —exclamó Deborah, alzando su copa—. Un brindis por esos benditos.

—Tienen suficiente plata, creo que puede funcionar —dijo Louise—. Si logran desenmascarar a ese hijo de puta, a lo mejor dejan de molestarte, amiga.

—¿De verdad lo crees? —No quería demostrar demasiada esperanza, pero hacía tanto tiempo que esperaba una oportunidad para vivir mi vida tranquila que parecía mentira.

—Por lo menos van a tener otro tema para hablar. Los pueblos chicos son una mierda por eso. La gente se aferra a un solo chisme porque nunca pasa nada. Una cosa por acá, otra por allá. Yo vivo rezando para que alguna mujer le ponga los cuernos al marido bien feo, así dejan de joderte a ti —dijo Louise—. ¿En qué clase de persona me convierte eso?

—Una buena chismosa... pero con buen corazón —respondió Deborah, llevándose la mano al pecho y haciendo una expresión inocente, lo que me hizo reír.

Al final, todas estábamos riéndonos a carcajadas, encadenando una tontería tras otra.

Pasaba de la una de la madrugada cuando salimos del bar, rumbo a casa con Louise. Nos tiramos en el sofá, mirando al techo. Me sentía levemente mareada, con esa sensación rica de embotamiento. Y además, estaba feliz, como solo me sentía en esas noches en las que lograba reunirme con mis amigas.

—No quise decir nada delante de Deborah, pero... hablé con mis padres ayer. La charla no fue buena —empezó Louise, y ya me imaginaba de qué se trataba esa confesión. También sabía por qué

no quería hablar del tema delante de nuestra otra amiga. Solo podía tratarse de su carrera musical.

—¿Qué pasó?

—Por eso insistí tanto en salir hoy, necesitaba distraerme. A mi mamá le diagnosticaron Parkinson. Va a tener que dejar de trabajar, y las cosas se van a complicar económicamente para mi familia. Voy a tener que buscar un trabajo para ayudar.

No es que Louise no trabajara. Ganaba algo de dinero con sus shows, pero no era algo estable. Probablemente iba a necesitar algo más sólido.

La abracé, envolviéndola con mis brazos y haciéndola apoyar la cabeza en mi regazo.

—Vamos a encontrar una solución, amiga. Tranquila.

—¿Cómo, Nor? Voy a tener que dejar todo y ni siquiera sé cuándo voy a poder volver. A menos que ocurra un milagro y consiga un trabajo que pague bien relacionado con la música, no hay vuelta atrás. —Hizo una pausa—. No quiero sonar egoísta, ¿sabes? Ahora lo más importante es mi mamá. Su tratamiento va a ser caro, pero lo que más me preocupa es que esté bien. Que al menos se mantenga estable.

—Nadie te va a juzgar, Lou. No aquí. Yo entiendo perfectamente lo que es ver cómo se destruyen tus sueños.

Yo también tenía los míos. Algunos que todavía dolían. Si pudiera volver el tiempo atrás…

—Confía en mí. Voy a encontrar la forma de conseguirte un trabajo pronto. Creo que hasta sé con quién hablar. Y con respecto a la música, puedes seguir componiendo. ¿Qué te parece si subimos algunas cosas a YouTube y...

—Amiga, solo déjame quedarme aquí callada, ¿sí? Mañana vuelvo a pensar en estrategias y en mi vida. Hoy solo quiero abrazarte y llorar un poquito.

—Claro. Para eso estoy aquí.

Me incliné, le di un beso en la cabeza e hice exactamente lo que me pidió, pero mi cabeza no dejaba de pensar. Iba a solucionar el problema de Louise. Al menos un poco.

Hubo un tiempo en que fui yo la que necesitó de ella, y ella estuvo ahí para mí. Solo necesitaba devolverle el favor.

CAPÍTULO 9



KEREM

La mesa del comedor de la casa de mi madre era la misma que había cuando vivía allí, de niño. Mis dedos, inconscientemente, acariciaban una marca que recordaba haber hecho con una tijera, sin imaginarme la tremenda regañada que me daría después.

Recuerdo que acababa de comprarla. En esa época, la herencia de mi abuelo aún no había llegado, y estábamos pasando por dificultades económicas. Ella trabajaba en el bar, que en ese entonces no se llamaba The Willow House, y su salario era mínimo.

Mi padre fue el único hombre que conoció en Estados Unidos y que la llevó a Turquía para presentarle su país. Ya era lo suficientemente rico como para darle una buena suma cuando yo nací. Una buena parte la usó para financiar su viaje a Grecia.

El resto es historia.

Esa marca era un recuerdo que había borrado de mi memoria. Y uno importante, porque a pesar de que estaba furiosa por haber

destruido algo que compró con el sudor de su frente, no me pegó. Sí me dio un sermón, pero fue de forma paciente y controlada.

Si se hubiera esforzado un poco más, habría sido una madre increíble.

Cada uno de nosotros estaba sentado en una silla. Jaden Jenkins, el detective que me recomendó un amigo -Micah Tatterfield-, se había acomodado en la cabecera. George también estaba presente, porque su voz era importante en esa investigación.

—Entonces —comencé, cruzando los brazos sobre el pecho—, ¿qué es exactamente lo que necesitas para empezar?

Jaden levantó la vista de sus anotaciones, sus movimientos eran tranquilos, como si quisiera medir cada palabra antes de hablar.

—Primero necesito acceso a todo lo que tengan: informes médicos, declaraciones oficiales, cualquier correspondencia que su madre haya tenido recientemente, ya sea por correo o por e-mail. También necesitaré acceso a su celular y a su computadora. No importa si parece irrelevante, yo decido qué sirve y qué no.

Dirigí mi mirada a George, porque él podía proporcionar todo eso.

—No hay problema. Tengo todo conmigo.

Zayd soltó un suspiro fuerte, claramente molesto.

—Está bien, Jaden. Eso es lo básico —dijo mi hermano, con una voz grave y ronca, nada paciente. Al igual que yo, tenía los brazos cruzados en una postura intimidante—. Pero, ¿cómo planeas investigar a alguien como el alcalde sin llamar la atención?

Jaden sonrió levemente, como si estuviera acostumbrado a ese tipo de preguntas.

—Trabajo de afuera hacia adentro. No me voy a quedar en Maple Creek. Estableceré una base en un pueblo cercano, algo discreto. Desde ahí observo y recopilo información. Nadie me va a vincular con ustedes ni con este lugar... si hago bien mi trabajo.

—¿Y cuál es tu "método"? —preguntó Esteban, marcando las comillas con los dedos y recostándose en la silla, tratando de entender bien a quién estábamos contratando.

Jaden apoyó las manos sobre su libreta, mirándome directamente.

—Empiezo con los documentos. Siempre hay alguna irregularidad, algún detalle mínimo que pasa desapercibido en los informes o declaraciones. Después sigo con el dinero. Cualquier desvío, cualquier cuenta sospechosa me lleva a personas y lugares. Es simple: donde hay poder, hay rastros.

Petrus asintió, y finalmente habló:

—¿Y si él se entera de que estás investigando?

—Entonces retrocedo y cambio de enfoque. No soy tan ingenuo como para ponerme en el radar de alguien como él sin tener un plan B. Si ustedes tienen razón y esto es algo más grande, su propia ansiedad podría darme las respuestas que estoy buscando.

Hubo un momento de silencio. Zayd tamborileó los dedos sobre la mesa, claramente incómodo.

—Esto puede llevar tiempo —dijo.

Jaden se encogió de hombros.

—Cuando se hace bien, la justicia nunca es rápida. Si lo que quieren es una solución inmediata, no soy el hombre adecuado. Pero si están dispuestos a esperar y confiar en mí, les aseguro que voy a dar todo lo que tengo.

Miré a George, luego a mis hermanos. Parecían tan divididos como yo, pero no había mucho que discutir. Necesitábamos respuestas, y él parecía ser el único capaz de dárnoslas.

—Vas a recibir todo lo que necesites —dije, rompiendo el silencio—. Y Jaden... no nos decepciones.

Asintió, sin perder la compostura.

—Nunca decepciono.

Conversamos un poco más sobre su forma de trabajar, le dimos más detalles sobre el caso y fijamos los honorarios.

Al dar por terminada la reunión, Jaden se levantó, guardó su iPad en una carpeta y metió su libreta en el bolsillo interno del saco. George también se puso de pie, indicándole que lo acompañaría hasta la puerta.

—Voy a reunir el resto de la información y te la envío —dijo George, asumiendo la responsabilidad.

—Perfecto. Comuníquense solo cuando sea necesario, y recuerden: cuantas menos personas sepan que estoy trabajando para ustedes, mejor. —Jaden hizo una pausa, mirándonos antes de irse—. Tomaron la decisión correcta.

—Eso esperamos —respondí, muy serio.

Él se dio vuelta y George lo acompañó hacia afuera, dejándonos al resto en la sala. Apenas se cerró la puerta detrás de ellos, Esteban fue el primero en hablar.

—Espero que ese tipo sepa lo que hace. No sé si confío en un desconocido para algo tan importante.

—No es exactamente un desconocido. Viene muy bien recomendado. Micah es una figura importante, y ya usó sus servicios, igual que otro conocido mío, Ezra Ellsworth[2]. Ambos son

magnates del país, y puedo garantizar que no contratarían a alguien que no fuera extremadamente competente.

—Bueno... —Petrus se acomodó en la silla, estiró las piernas y se recostó, buscando ponerse más cómodo—. Al menos tiene un plan, que ya es más de lo que nosotros logramos hasta ahora.

—Sea o no competente, lo que me molesta es el tiempo que va a llevar todo esto —añadió Zayd, pasándose la mano por el cabello oscuro, un gesto nervioso que solía hacer cuando se frustraba—. Cuanto más se prolongue esto, más tiempo vamos a tener que quedarnos aquí.

—Vaya... lo dice el que estaba huyendo de su propio país. ¿Y qué pasó con la historia del matrimonio que no quieres? —preguntó Esteban, sin filtros—. Cuanto más tiempo permanezcas aquí, más podrás huir de tu futura esposa.

—Y hasta puedes llevarte a alguien de aquí como esposa. Capaz que...

—¡Claro! Como si fuera fácil conseguir una mujer para casarme en menos de tres meses en un pueblo con tan pocos habitantes... —Zayd casi gruñó.

—Aún ni salimos en serio por aquí. La única chica que vimos es bastante guapa. ¿Quién sabe si no sería una buena candidata? —comentó Petrus.

—¿Hablan de la chica del Willow? Hermosa. *Muy hermosa...* —comentó Esteban, besándose los dedos como si acabara de probar un postre delicioso.

No respondí, pero el fastidio se me vino encima de golpe. No sabía bien por qué. Tal vez era el tono, o la forma en que hablaban de ella, como si Norah fuera un objeto para la contemplación pública.

Sí, era linda. Morena, con el cabello liso que le caía por debajo de los hombros, ojos castaños tan profundos que parecían guardar demasiados secretos para alguien que todavía tenía tanto por vivir. Había algo en su personalidad que llamaba mucho mi atención.

Pero ese comentario... me molestó.

Me sorprendí a mí mismo pensando en eso mientras miraba esa pequeña marca en la mesa, esperando que mis pensamientos volvieran a llevarme a ese recuerdo en lugar de a los sentimientos confusos que estaban empezando a surgir.

No podrían ser celos, por supuesto. Apenas conocía a esa mujer. Aun así, la idea de que trataran a Norah como un simple objeto de deseo me irritó más de lo que debería.

Era solo un comentario. Tenía que dejarlo pasar.

Y aun así, cuando Esteban se rió de algo que dijo Petrus, sentí cómo se me tensaba la mandíbula. Quizás solo necesitaba aire fresco.

Me levanté de golpe, casi como si necesitara librarme de esa sensación rara que se estaba formando en mi pecho. No dije nada a mis hermanos, solo pedí permiso y salí de la sala, sin darles tiempo de responder.

Una brisa agradable me golpeó en cuanto crucé la puerta del balcón. Era justo lo que necesitaba, un poco de distancia para respirar. Pero no estaría solo.

George estaba allí, apoyado en la baranda, mirando al vacío, con un cigarrillo entre los dedos. Parecía perdido en sus propios pensamientos.

—No sabía que fumabas —comenté, llamando su atención.

—Lo dejé hace tres años.

—¿Entonces qué haces?

—No estoy fumando. Solo lo encendí para calmarme. No me lo llevo a la boca. Lo hago desde que...

Desde que ella se fue.

No hacía falta que terminara la frase para entender lo que quería decir.

—¿Y te funciona?

—No. Pero sigo intentando —respondió con una sonrisa melancólica.

Pensando en eso, finalmente decidí hacer la pregunta que no había hecho hasta ese momento, y que me hacía sentir egoísta.

—¿Cómo estás con todo esto, George?

Giró la cabeza despacio, observándome por un momento antes de esbozar una pequeña sonrisa triste, casi forzada.

—Yo... —Suspiró y apagó el cigarrillo en la baranda—. Voy tirando. —Me miró, pero sus ojos estaban lejos—. Siento que me estoy hundiendo en algo que no puedo controlar. Yo... yo la amaba. Y eso no era algo simple. Ella... Rosemary lo era todo para mí, ¿sabes? Esperé por ella tanto tiempo... Y ahora... ya no está.

George volvió a mirar al horizonte, como si intentara entender qué hacer con todo lo que sentía.

—No tengo idea de qué hacer con este vacío, Kerem. No sé qué hacer sin ella. Estamos aquí tratando de descubrir la verdad, investigando, y todo esto solo me recuerda nuestra vida, nuestra historia... y el hecho de que ya no tengo nada de eso. Me siento perdido, y eso es lo más difícil de aceptar. Porque siempre fui el tipo

fuerte, el que estaba ahí cuando ella necesitaba algo. ¿Y ahora? ¿Quién soy yo sin ella?

Respiré hondo, más por él que por mí, y di un paso adelante, apoyando una mano sobre su hombro. No sabía qué decir.

—No soy bueno con las palabras, George, pero lo siento mucho.

Él me miró de reojo.

—Gracias. De algún modo, tratar de descubrir la verdad me da un propósito. —Hizo una pausa—. Por cierto... ¿van a ir al festival el sábado?

—No me enteré de nada...

George soltó un suspiro, como si acabara de aterrizar de nuevo en su rutina diaria, intentando recordar las pequeñas cosas que aún eran normales para él. Se inclinó ligeramente sobre la baranda y comenzó a explicar.

—Ah, es un evento anual aquí en Maple Creek. Nada impresionante, ¿sabes? —Soltó una risita, como si no quisiera restarle valor, pero tampoco exagerar—. Es como una fiesta comunitaria. Todo ocurre en el centro del pueblo. La mayoría de la gente va porque es una oportunidad de reunirse y olvidarse de la rutina por un rato. Hay puestos de comida, música en vivo, karaoke, incluso algunas competencias y cosas así. A tu madre le encantaba. Íbamos todos los años por ella.

Hizo una pausa y miró hacia el horizonte, donde la luz de las farolas iluminaba el camino hacia el centro.

—En el fondo, es solo una excusa para que el pueblo se junte, para celebrar lo que tiene, las pequeñas cosas. Pero para la gente de aquí, es como un respiro, ¿sabes? Una oportunidad para dejar de lado las cosas pesadas y disfrutar un poco de la vida simple.

George se volvió hacia mí, más serio ahora, mientras yo seguía en silencio.

—Te lo pregunté porque creo que es una buena oportunidad para que ustedes observen a la gente del pueblo, incluido Derby. Él va a estar ahí con su hijo, sin duda.

—¿Entonces tiene un hijo?

—Sí. Debe tener unos treinta años. Tenía dos, pero... —Guardó silencio unos segundos—. El otro murió hace algunos años. Era un buen chico. Muy distinto al mayor... Pero creo que es mejor que lo conozcas y saques tus propias conclusiones.

Asentí, apoyándome también en la baranda.

—Voy a hablar con mis hermanos. Tal vez decidamos ir al festival.

No es que me entusiasmara demasiado, pero si servía para ayudarnos con la investigación, valdría la pena. Quizás las cosas se resolvieran más rápido, y pudiéramos volver a casa antes de lo esperado.

CAPÍTULO 10



NORAH

Empecé el turno con las mismas tareas de siempre: limpiar las mesas, reponer los vasos en la barra, llevar pedidos a las mesas. Era una rutina agotadora, pero ya estaba acostumbrada.

El movimiento todavía era tranquilo, con solo algunos clientes habituales repartidos por las mesas, y aproveché para acomodar las botellas en el estante detrás de la barra. No era el trabajo soñado de nadie, pero me daba lo suficiente para pagar las cuentas y mantenerme a flote. Y eso era todo lo que necesitaba.

El sonido de las risas en la mesa cercana se mezclaba con la música suave de fondo. No había apuro para atender a nadie; todo fluía a un ritmo calmo. Me gustaba eso. Una paz momentánea.

Sin embargo, antes de poder continuar con lo que estaba haciendo, un crujido de puerta y el sonido familiar de pasos constantes me hicieron detenerme. Sabía quién era incluso antes de mirarlo.

Frankie Maiden.

Entró con su exceso de confianza, su sonrisa arrogante y su andar de quien se cree dueño del mundo. Se me revolvió el estómago. No era solo el hijo del alcalde de Maple Creek —él se creía una especie de rey local—. Y la forma en que siempre me miraba, como si yo fuera un desafío personal, me daba rabia.

Ahí estaba, acercándose a la barra. Sabía que si mostraba impaciencia o molestia, él lo disfrutaría más. Así que respiré hondo y traté de mantener la compostura. Hice un gesto discreto con la mano, como si estuviera limpiando una copa invisible, y esperé que notara mi falta de entusiasmo.

—Norah —arrastró mi nombre, deteniéndose a mi lado en la barra y apoyando los codos con aire relajado—. Siempre la empleada ejemplar.

Lo ignoré, manteniendo el foco en ordenar las botellas, pero no se dio por vencido.

—¿Sabías que me parece admirable cómo sigues luchando después de todo? —Soltó una risa baja, insoportable—. No todo el mundo logra recuperarse de... bueno, ya sabes. —Señaló hacia abajo, probablemente refiriéndose a mi discapacidad.

Me detuve, apretando la botella que tenía en la mano con más fuerza de la necesaria. Respiré hondo antes de darme vuelta hacia él, manteniendo la expresión lo más neutral posible.

—¿Vas a pedir algo, Frankie, o solo viniste a molestar como siempre?

Sonrió aún más ampliamente, como si acabara de ganar una apuesta al provocarme.

—Tranquila, Norah. Solo estoy socializando. Deberías intentarlo. ¿Quién sabe? Hasta podrías hacer algunos amigos.

—No necesito amigos —respondí de forma seca—. Solo clientes que paguen lo que deben y se vayan rápido.

Frankie levantó las manos como si se rindiera, pero el brillo en sus ojos dejaba claro que seguía divirtiéndose a costa mía.

—Está bien, está bien. Solo quiero una cerveza. Pero, ¿sabes...? —Inclinó la cabeza, mirándome como si evaluara hasta dónde llegaba mi paciencia—. Deberías sonreír más. Te ves mucho más bonita así.

Me giré antes de decir algo que pudiera costarme el trabajo, agarré una botella del refrigerador y la puse frente a él con más fuerza de la necesaria.

—Aquí tienes —dije, alejándome antes de que intentara seguir la conversación—. Cinco dólares.

Llevó la mano al bolsillo sin apartar los ojos de mí. Seguía sonriendo con esa expresión provocadora, y dejó un billete de diez en la barra.

—Te voy a dar tu cambio —le avisé, tomando el billete y caminando hacia la destartalada caja registradora.

—No. Quédate con él.

Sin darme oportunidad de rechazar esa propina -que definitivamente no quería- el idiota salió del bar, mirándome por encima del hombro.

Mientras Frankie salía, empujó la puerta con más fuerza de lo necesario y se topó con Kerem. Cruzaron una mirada rápida, pero no se dijeron nada. Frankie solo murmuró algo inentendible y se fue, abriendo su maldita cerveza.

Respiré hondo, intentando retomar la compostura, cuando vi a Kerem acercarse. No me miró directamente, pero noté su

presencia al sentarse en la barra, cerca de mí. Algo en su postura me hizo sentir que estaba más atento a lo que me pasaba de lo que yo hubiera querido. Sus ojos pronto se encontraron con los míos y, con un tono directo, preguntó.

—¿Algún problema? Pareces un poco tensa.

Resoplé, tomando un trapo para limpiar la barra antes de que apoyara su chaqueta, que seguramente costaba una fortuna.

—No todos los clientes son tan educados como tú —dije, intentando aligerar la conversación.

—¿Fue ese tipo? —Señaló con la cabeza hacia la puerta, para que supiera de quién hablaba.

Me encogí de hombros, enfocándome en mi tarea.

—Sí, ese es Frankie Maiden. El hijo del alcalde —expliqué, tratando de mantener la calma, aunque mi voz ya dejaba notar la bronca que tenía—. Le encanta fastidiarme. Siempre está buscando provocarme. Pero no vale la pena. No me afecta.

—Parece que sí, un poco...

—Es solo que... estoy algo cansada. Tal vez por eso todo parece más difícil. Pero estoy bien. Ya pasará.

Kerem me observó en silencio un momento, y yo sabía que estaba intentando comprender. No era el tipo de persona que se apurara a dar respuestas u opiniones. En lugar de eso, escuchaba y asimilaba todo sin prisa. No sabía exactamente qué pensaba sobre el tema, pero sus ojos estaban tan fijos en mí que sentí que realmente me estaba oyendo. Más de lo que yo misma quería admitir.

—Está bien. Pero si vuelve a intentar algo, solo avísame —dijo con un tono tranquilo, pero con una firmeza que me sacó una leve sonrisa.

Sonreí apenas, de forma algo forzada, pero algo dentro de mí empezó a relajarse. Era difícil de explicar, pero tenía una manera de hacer que las cosas parecieran menos pesadas, simplemente por aparecer cuando más lo necesitaba.

—Todo va a estar bien —dije, más para mí misma que para él. Era un intento de convencerme de que realmente podía con todo esto sin problema—. ¿Qué vas a tomar?

—Whisky, sin hielo.

Agarré la botella de whisky y empecé a servirle el trago, sin apuro. Kerem observaba en silencio, como si fuera natural para él quedarse ahí sentado, sin preocuparse por lo que pasaba a su alrededor. Cuando terminé de preparar la bebida, coloqué el vaso frente a él.

—Gracias —dijo, y dio un trago largo, poniendo cara de disgusto—. ¿Esto es lo mejor que tienen?

—Sí. Lamentablemente.

—No quiero ni imaginar lo peor.

Asentí. Un hombre como él debía estar acostumbrado a lo mejor de lo mejor. Y no iba a encontrar eso en Maple Creek.

A pesar del evidente desagrado con la bebida, siguió tomándola. Yo empecé a alejarme un poco, enfocándome en la barra y en los nuevos clientes que iban llegando. Entonces, me sorprendió de nuevo.

—¿Vas a ir al festival? —preguntó, con los ojos todavía en mí, pero con un tono relajado, como si fuera una de esas preguntas sin importancia.

No pude evitar poner los ojos en blanco, aunque lo hice con una leve sonrisa. Estaba lejos de ser algo que me interesara.

—No. Siempre que puedo, evito estar cerca de la gente de Maple Creek —respondí con cierta ligereza, como si fuera una decisión sencilla, aunque la verdad era que la mayoría de ellos no quería tenerme cerca. Y yo tampoco los quería cerca. Pueblo chico, miradas curiosas, rumores constantes, la forma en que me observaban... ese ya no era mi lugar.

Alguna vez lo fue, pero ya no.

—Qué lástima. Contaba contigo para que me ayudaras a hacerme pasar por detective entre toda esa gente. Necesito una cómplice —intentó bromear, aunque no parecía ser ese tipo de persona.

—¿Ah, sí? ¿Detective en pleno festival? —pregunté con una pizca de escepticismo en la voz—. ¿De verdad crees que alguien va a darte información en un lugar como ese, donde todos están pendientes de la vida ajena?

—No voy a interrogar a nadie, solo quiero observar. Saber quién es quién, qué hacen, si tienen alguna conexión con Derby. Por ejemplo, yo no sabía que ese tipo era su hijo. De hecho, apenas sé quién es.

Respiré hondo, todavía mirándolo con poca paciencia.

—Mira... si es por Rose... puedo pasar un rato por ahí. Pero no voy a quedarme mucho tiempo. Y no voy a alejarme de ti. Si quieres una sombra pegada a tu lado, la tendrás. Pero ni se te ocurra dejarme sola entre los buitres.

Kerem sonrió.

Y... Guau... qué sonrisa. El tipo de sonrisa que no esperas ver en un hombre como él. No sé si fue la sorpresa de verlo sonreír o la sonrisa en sí, pero algo se movió dentro de mí, aunque solo fuera un poco.

No parecía ser alguien que sonriera a menudo, y no estaba preparada para lo que me provocó. La forma en que su rostro se iluminó con ese gesto fue casi... inesperada. Como si esa simple sonrisa le quitara toda la rigidez y dejara ver un lado más suave, más humano.

Viendo que el ambiente se había aligerado y queriendo cambiar de tema para que esa sonrisa dejara de afectarme, dije.

—Ok, Kerem. Tengo una condición para ir contigo al festival —empecé, intentando sonar casual. Él levantó las cejas, interesado.

—¿Y cuál sería?

—Seguramente están necesitando a alguien que ayude con la casa, ¿no? Para hacer tareas domésticas... Tengo una amiga que está buscando trabajo. Si le das una oportunidad, entonces voy —dije, cruzando los brazos y esperando su reacción.

—Mira, esa propuesta me viene como anillo al dedo —respondió, con la seguridad de quien sabe que todo encajó perfectamente—. Solo veo ventajas para mí. Estamos desesperados por contratar a alguien. Ninguno de nosotros sirve para cuidar una casa. Cocinar, ni hablar...

Me sorprendió lo fácil que aceptó, pero al mismo tiempo sentí alivio.

—Entonces... ¿aceptas? —pregunté, aunque ya sabía que lo haría. Pero quería escucharlo decirlo.

Extendió la mano.

—No hay forma de que diga que no. Trato hecho.

Y ahí estaba de nuevo esa sonrisa. Era casi irresistible, pero me mantuve firme. Le tendí la mano y la estrechamos.

—Listo. Mañana ella irá a su casa. Voy a avisarle.

—Perfecto. —Hizo una pausa y miró el reloj—. Entonces, el sábado, me ayudarás a infiltrarme en el festival. Vamos a hacer un gran trabajo, Norah.

Suspiró y empezó a levantarse de la silla, dejando un billete sobre la barra.

—Nos vemos mañana, ¿sí?

—Así es.

Con una leve inclinación de cabeza, se despidió y salió con las manos en los bolsillos y ese paso seguro de un hombre que sabe el poder que tiene.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, me quedé ahí unos segundos, y el bullicio del bar volvió a llenar el vacío que dejó. Respiré hondo y me obligué a retomar el trabajo, aunque mi mente ya estaba muy lejos, preguntándome cómo era posible que la llegada de ese hombre hubiera desatado tantos sentimientos mezclados, tanto buenos como malos.

Con un suspiro, volví a mirar el vaso de whisky que él había dejado a medio terminar.

Lo agarré y le di un trago, esperando que eso calmara mis pensamientos, aunque ya sabía que no iba a pasar.

No tan pronto.

CAPÍTULO 11



NORAH

Caminaba de un lado a otro en la sala, casi marcando un camino invisible en la alfombra, intentando mantener la paciencia mientras esperaba que Louise apareciera. La televisión estaba encendida, pero el volumen bajo no distraía mucho mis pensamientos. Tomé el celular varias veces, solo para revisar la hora, aunque ya sabía que estaba retrasada. Otra vez. No es que fuera una sorpresa: Louise y la puntualidad nunca habían sido amigas.

Miré por la ventana, luego hacia la puerta, y seguí caminando, con los brazos cruzados, tratando de ignorar la ansiedad que iba creciendo dentro de mí. Era gracioso cómo normalmente no me preocupaba por cosas pequeñas, pero en ese momento no podía evitarlo. Era su primer día en la casa de los chicos, y yo quería que todo saliera bien, aunque la responsabilidad no fuera mía.

Cuando oí crujir la puerta, casi suspiré de alivio. Finalmente, allí estaba ella. Era la imagen más pura del nerviosismo.

—¡Perdón por el retraso! —dijo apenas entró—. Me cambié de ropa como cinco veces... y creo que aún no está bien.

Giró sobre sí misma, mostrándome los jeans que llevaba puestos con una blusita abotonada bastante bonita. Nada llamativo, pero prolijo y decente. El cabello lo tenía recogido en una cola baja, y los aretes eran discretos. Era Louise siendo Louise.

—No vas a una entrevista de ejecutiva, Lou —dije, cruzándome de brazos y levantando una ceja—. Es un trabajo como asistente de limpieza, no es necesario presentarse con traje.

—¡Ya lo sé! ¡Pero ellos son ricos, Norah! Ricos de verdad —se dejó caer en el sofá, pasándose las manos por la cara—. Quiero causar una buena impresión. Tú sabes cómo son esas cosas.

—Sé que necesitan a alguien que limpie y mantenga la casa en orden, no a alguien que desfile —respondí, riendo un poco—. Estás perfecta. Solo sé tú misma. Además, si Kerem no te contrata, le voy a meter un trapeador por donde no le quepa.

Louise soltó una risa nerviosa y se levantó, acomodándose la ropa como si aún dudara.

—Está bien. Si tú dices que estoy bien, confío en ti.

—Confía de verdad. Ahora vamos, antes de que decidan contratar a otra persona.

Tomamos nuestras cosas y salimos. Mientras cerraba la puerta con llave, noté que Louise parecía respirar un poco más tranquila, aunque todavía algo inquieta. En el fondo, resultaba hasta gracioso ver cómo se preocupaba por esas cosas, mientras yo solo quería que hiciera bien su trabajo y que no la fastidiaran mucho.

Fue Esteban quien abrió la puerta apenas tocamos. La sonrisa perezosa que se dibujó en su rostro al ver a Louise fue casi cómica. La miró de arriba abajo, y ya sabía que se venía algún comentario.

—Dios mío... *¿de dónde salió este ángel?* —dijo, inclinando la cabeza como si estuviera evaluando una obra de arte.

Louise estaba visiblemente avergonzada y un ligero rubor se apoderó de sus mejillas. Ella murmuró un tímido "Hola", y él respondió con un saludo en español que dudaba que ella entendiera.

—Pasen, pasen. Las estábamos esperando —dijo, haciendo un gesto para que entráramos.

Caminamos por el pasillo hasta la sala de estar, donde Kerem y Zayd ya estaban sentados. Ambos se pusieron de pie al vernos entrar, y Louise parecía aún más nerviosa al convertirse en el centro de atención.

—¿Entonces, esta es tu amiga? —preguntó Kerem, mirando brevemente a Louise antes de posar sus ojos en mí.

—Sí. Louise, ellos son Kerem, Esteban y Zayd. Falta uno y...

—Aquí estoy —me interrumpió Petrus, apareciendo en la sala.

Secaba sus manos con una toalla pequeña, como si acabara de afeitarse, con la barba impecable y oliendo a crema.

Podía imaginar perfectamente lo que pasaba por la cabeza de Louise: que no era posible que existieran hombres tan guapos, y menos que fueran hermanos. Los cuatro parecían salidos de una revista de moda, con sus bellezas exóticas, sus pieles bronceadas y sus culturas esculpidas en el rostro.

Aunque los cuatro eran muy, muy atractivos, estaba claro que ella no podía quitarle los ojos de encima a Petrus. Y era recíproco, porque él también frunció el ceño al evaluarla, como si no esperara que fuera una mujer tan linda.

—Mucho gusto —dijo Louise, intentando sonar confiada, aunque todavía tenía la mirada clavada en el griego.

Esteban, como siempre, parecía listo para provocar, pero Kerem lo interrumpió antes de que dijera algo más.

—Vamos directo al grano. Necesitamos ayuda con la limpieza, organización básica... ya sabes, mantener la casa en orden. Vamos a estar en la ciudad solo por tres meses, pero durante ese tiempo te vamos a necesitar.

—Si estás lista y dispuesta, puedes empezar de inmediato —completó Zayd.

Louise parpadeó, confundida.

—Claro... pero, ¿no va a haber una entrevista? ¿Alguna pregunta o algo así?

Petrus sonrió levemente.

—Sinceramente, no. Estamos tan desesperados que si aceptas, estás contratada.

Louise le devolvió la sonrisa algo boba, casi sonrojándose.

No podía negarlo. Petrus tenía una sonrisa poderosa.

Entonces me miró, boquiabierta, como si necesitara confirmación de que eso iba en serio. Me encogí de hombros.

—¿Ves? No tenías que haberte preocupado tanto por la ropa —comenté, intentando aliviar el ambiente.

Esteban sonrió y agregó:

—Y claro, somos muy fáciles de tratar... ¿no es cierto?

Louise no sabía si reírse o salir corriendo, pero al final asintió tímidamente.

—Bueno, entonces... acepto.

—Perfecto —dijo Kerem, extendiéndole la mano—. Bienvenida. Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que decirlo.

—Por supuesto, habla conmigo —intervino Esteban antes de que Louise pudiera responder. Se inclinó un poco, con una sonrisa demasiado encantadora para ser inocente—. Siempre estaré disponible para ayudarte... en lo que sea.

Puse los ojos en blanco antes de que Louise se sintiera aún más incómoda.

—Esteban, ya basta —lo reprendió Kerem, lanzándole una mirada seria al hermano—. Estás siendo inoportuno.

Esteban levantó las manos en un gesto teatral de rendición, pero la sonrisa en su rostro dejaba claro que no se arrepentía en absoluto.

—Está bien, está bien... sin bromas. Por ahora.

—Yo tengo que trabajar —comentó Zayd, apartándose de la pared donde estaba apoyado, siendo el más callado del grupo—. Bienvenida a la casa, Louise. Lo harás bien.

Petrus, Zayd y Esteban se fueron retirando, dirigiéndose a sus habitaciones a trabajar. Yo también me preparé para marcharme, una vez que el ambiente se sintió menos cargado de testosterona.

Louise, por su parte, ya estaba metida en la cocina, lavando platos acumulados del día anterior.

—Bueno, ya que tu trabajo está resuelto, creo que me voy —anuncié, mirándola—. Cualquier cosa, me llamas.

Kerem, que aún estaba cerca de la puerta, se volvió hacia mí.

—¿Nos vemos más tarde? ¿En el festival?

Suspiré, nada entusiasmada con ese caos que enfrentaría al ver a toda la gente de Maple Creek en un evento del pueblo.

—¿Qué te parece? No tengo opción.

—Una promesa es una promesa. Louise está aquí...

—Lo sé. No voy a fallar.

—¿Quieres que te pase a buscar a las siete?

Ay, no. No quería que pareciera una cita. No quería pensar eso, y menos que la gente lo interpretara así. Ya era suficiente con que mi presencia llamara la atención, y sabía que algunos chismosos de Maple Creek ya andaban murmurando sobre mi repentina amistad con Kerem.

Estaba harta de que mi nombre anduviera de boca en boca. Al menos no quería ser el chisme nuevo.

—No hace falta. Vivo cerca de la plaza. Nos encontramos allí.

Kerem pareció sorprendido, pero asintió.

—Entonces, te veo allí.

Asentí, algo impaciente, mientras me alejaba para salir, cerrando la puerta tras de mí y volviendo a casa.

Ese día, el Willow no iba a abrir, justamente por el festival, así que me fui directo a casa. Pero, sintiéndome totalmente ansiosa por la noche -y no en el buen sentido-, empecé a hacer todo tipo de tareas automáticas, solo para no pensar demasiado en lo que se venía.

Cuando el sol empezó a bajar y se acercaba la hora de salir, me obligué a enfrentar la realidad. Necesitaba encontrar algo para ponerme. Sabía que no haría diferencia para nadie allí, pero igual quería... verme bien.

Empecé a revolver el armario, y entonces me topé con el vestido negro de mi madre. Un modelo sencillo, pero con una elegancia discreta. Nunca lo había usado, quizás porque lo sentía muy suyo. Sin embargo, ese día, se sintió como la elección correcta.

Me lo puse y, al mirarme en el espejo, admití que no me quedaba nada mal. En realidad, era bonito de una forma casi inesperada. Para que el look no fuera demasiado cargado, agarré mis zapatillas más cómodos y una chaqueta de jean. No estaba como para un desfile, pero me veía lo suficientemente bien para enfrentar el festival... y a la gente de Maple Creek.

No podía usar tacones, porque me resultaban incómodos y hacían que rengueara más; así que las zapatillas eran la mejor opción.

Ya estaba por salir cuando escuché que se abría la puerta y apareció Louise. Su mirada se posó en mí y se quedó congelada, con los ojos bien abiertos.

—Dios mío, Norah... ¡te ves increíble! —exclamó con una sonrisa genuina y sorprendida.

—¿En serio? —pregunté, frunciendo el ceño y mirando hacia abajo, como si intentara ver lo que ella estaba viendo.

—¡Claro que sí! Ese vestido es hermoso, y tú estás... no sé... diferente. Elegante.

Solté una risita corta, negando con la cabeza.

—Es solo un vestido negro y unas zapatillas, Louise. Nada del otro mundo.

—¿Ah, sí? Bueno, si eso es tu "nada del otro mundo", deberías usar "nada del otro mundo" más seguido.

—Está bien, ya es suficiente. ¿Y tú? ¿Cómo te fue en tu primer día?

Louise suspiró, dejándose caer en el sofá como si acabara de correr una maratón.

—Agotador. Tienen un montón de cosas para organizar, ¿sabes? Pero, honestamente, los chicos son geniales. Muy educados.

—¿Incluso Esteban? —pregunté, levantando una ceja, recordando cómo la había mirado más temprano.

Ella rió, sacudiendo la cabeza.

—Es... un poco exagerado, pero no me molesta. Petrus es más callado, pero muy amable. Y Zayd... —hizo una pausa, frunciendo los labios—. Bueno, Zayd es intenso, pero parece justo.

—¿Y Kerem? —pregunté, acomodando un mechón de cabello detrás de la oreja, intentando disimular mi interés por el turco.

—Kerem es el más serio de todos, pero fue muy correcto conmigo. Tienen una dinámica interesante.

—Eso es bueno. ¿Entonces vas a aguantar el trabajo?

—Sí. Y seguro esta noche voy a dormir como un tronco —respondió, estirándose en el sofá como si estuviera molida.

—¿No vas a ir al festival? —le pregunté. De las dos, ella era la que más disfrutaba ese tipo de cosas.

Louise abrió los ojos.

—¿El festival? ¡Cierto! ¡Ni me acordaba que era hoy! Espera... ¿por eso te arreglaste así?

Me encogí de hombros, intentando sonar casual.

—Es solo un vestido. No es la gran cosa.

—¿Pero vas a ir? ¿Estás segura?

—Le prometí a Kerem que iría.

Louise se sentó más derecha, con una chispa de curiosidad en los ojos.

—¿Kerem? Mmm... eso suena a cita.

—No es una cita, Louise —dije, cruzando los brazos, tratando de no parecer tan a la defensiva.

Ella rió, inclinándose hacia adelante con esa mirada provocadora típica suya.

—¿Entonces qué es? Porque tú definitivamente no irías a ese festival por gusto.

Suspiré, poniendo los ojos en blanco.

—Están tratando de averiguar cosas sobre la investigación. Kerem cree que ahí puede ser un buen lugar para escuchar lo que dice la gente del pueblo. Solo necesita a alguien que conozca a la gente de aquí para ayudar a perfilar a cada uno.

Louise sonrió con picardía.

—Y te eligió a ti. Interesante.

—Tampoco conoce a mucha gente...

—Claro, claro —dijo, levantando las manos en señal de paz, pero sin poder ocultar la sonrisita. Aunque solo pasaron unos segundos antes de que su expresión cambiara—. Solo ten cuidado, ¿sí? Todo va a salir bien, pero si necesitas algo, llámame.

—Está bien.

Se levantó, me dio un beso en la mejilla y se fue al baño para darse una ducha.

Respirando hondo, miré hacia la puerta y decidí que tenía que salir. Si no lo hacía en ese instante, no lo haría nunca.

CAPÍTULO 12



NORAH

La plaza estaba diferente, pero al mismo tiempo, se sentía familiar. Las luces de colores que colgaban entre los árboles parecían bailar en el aire, reflejándose en pequeñas franjas de sombras que se extendían sobre el suelo. Los puestos de comida y los sonidos de la banda local creaban una mezcla que, aunque alegre, me resultaba casi melancólica, como si el tiempo hubiera pasado más rápido de lo que yo era capaz de seguir.

Hacía mucho que no caminaba por ahí sola. La plaza era el lugar al que solía ir de niña, cuando las tardes parecían más largas y las preocupaciones, mucho más pequeñas.

Esa noche todo parecía distinto, pero, al mismo tiempo, los recuerdos estaban ahí, casi al alcance de la mano, como si el tiempo se hubiera estirado de una manera extraña.

Los árboles, ahora decorados con cintas y pequeñas linternas, seguían pareciendo los mismos, pero el viento que pasaba por entre sus ramas me resultaba más frío, más lejano, como si quisiera recordarme que yo ya no era esa niña inocente, llena de sueños.

El sonido de las risas y de la música flotaba en el aire, pero yo no lograba encajar del todo. El festival estaba en marcha, la ciudad vibraba, y aunque no quería admitirlo, algo dentro de mí todavía extrañaba esa energía. Aquel lugar me despertaba una nostalgia incómoda. Una que no quería sentir, pero que no lograba evitar.

Seguí caminando por la plaza, intentando alejar los pensamientos que comenzaban a pesarme. Esa sensación de nostalgia pronto fue reemplazada por algo más incómodo. No pasó mucho tiempo antes de que los susurros comenzaran, bajos, pero lo suficientemente claros como para que pudiera oírlos.

Como si a esa gente no le importara fingir discreción...

—Debería darle vergüenza aparecerse por acá...

—Después de lo que hizo.

—Seguro aún se cree mejor que todos.

—No sé cómo no está presa. Claro, como el Sr. Maiden es un santo...

Claro. Él era un santo. Yo era el demonio.

Intentaba mantener una expresión neutra, pero lo cierto era que cada palabra, cada mirada de reojo, empezaba a corroer la sensación de pertenencia que había intentado recuperar. Todo eso, el festival, la plaza, lo que alguna vez fue un lugar acogedor, ahora se sentía como una maldita burla.

Había cometido un error al ir allí.

Miré a mi alrededor, buscando una salida, tratando de encontrar a Kerem, que fue quien me arrastró a esa situación. Solo quería irme, huir del juicio que sentía respirándome en la nuca. Pero, en lugar de eso, vi a alguien que logró distraerme, aunque fuera un poco, de toda esa tensión que me invadía.

Deborah estaba ahí, de pie junto a uno de los puestos, con su sonrisa amplia y cálida, como siempre. Estaba acompañada de su marido y de los niños, que corrían a su alrededor, riendo y divirtiéndose. Era imposible no notar la diferencia entre nosotras: ella tenía una vida estable, llena de amor, y yo... yo me sentía perdida, como si ya no supiera encajar.

Deborah me vio y se acercó:

—¡Norah! —me saludó con un abrazo apretado—. Qué bueno verte por aquí. Pensé que no ibas a aparecer.

Le sonreí de vuelta, intentando disimular la tensión.

—Yo también pensé que no vendría —respondí con un suspiro, intentando ocultar mi frustración—. Ni siquiera sé si me voy a quedar mucho rato.

La verdad es que ya me estaba preparando para irme tan pronto como apareció Kerem. Solo había aceptado venir porque él me lo pidió, pero la idea de quedarme más tiempo entre personas que parecían observarme todo el tiempo, murmurando sobre mí, me estaba asfixiando.

Todo eso solo me traía recuerdos del accidente. Podía casi oír las voces, sentir las miradas de rechazo y miedo, y eso me ponía los nervios de punta. Estaba tan alterada que hasta las manos me temblaban.

Deborah se dio cuenta de que algo andaba mal y me miró con preocupación.

—¿Por qué no te quedas, Norah? Estamos aquí. Nos quedaremos contigo.

Respiré hondo, tratando de calmarme antes de contestar.

—Solo vine para ayudar a Kerem, el hijo de Rose, con un asunto —dije, intentando sonar despreocupada, aunque la explicación se sentía vacía frente al motivo real—. No tengo muchas ganas de estar entre esta gente.

—Mmm... ¿ayudar a Kerem? Esa no me la esperaba. ¿No eras vos la que decía que los hijos de Rose eran unos ingratos? ¿Que no les importaba ella?

Suspiré.

—Sí, pero se quedaron en la ciudad para investigar su muerte. Y... no sé, siento que tengo que ayudar. Ella fue muy importante para mí.

—Ya veo... ¿y eso es todo? ¿El hecho de que el tipo esté buenísimo no influye en tu decisión?

—¡Deborah! —resoplé, sintiendo cómo el calor me subía a la cara.

Ella soltó una risita, claramente divirtiéndose con la situación.

—¿Qué? Solo estoy diciendo la verdad. No todos los días alguien como vos -que evita las interacciones sociales como si fueran una plaga- se ofrece a ayudar a un hombre guapo. Esto huele a "algo más" por todos lados.

—No tiene nada que ver —respondí cruzándome de brazos—. Lo hago por Rose, nada más. Además, Kerem es... complicado.

—¿Complicado? —Alzó una ceja, todavía más interesada—. ¿Complicado tipo misterioso, intenso, o... problemático?

—Creo que todo eso junto. Es muy serio.

—¡Tu también lo eres!

—Y ese es justamente el problema. ¿No dicen que los opuestos se atraen? Yo necesitaría a alguien diferente, para no seguir hundiéndome en mi lado gruñón y antisocial.

—¿Y tú crees que así funcionan las cosas? ¿Piensas que Martin y yo somos los protagonistas de una comedia romántica? ¡Claro que no! Solo... encajamos. Como debe ser.

—No es así con Kerem. Él es de otro mundo, completamente distinto al mío. Vive en otro país, y tiene tanta plata que ni trabajando cinco generaciones podría alcanzarlo.

—Ah, ¿viste? Ya tienen dos cosas opuestas. Casi como una historia de Cenicienta.

—Solo que esto es la vida real, no un cuento de hadas.

—Tal vez sí, pero a veces la vida real da giros inesperados. —Inclinó la cabeza, con esa expresión suya típica de cuando se le ocurría una idea loca—. ¿Quién sabe qué puede pasar cuando empiecen a pasar más tiempo juntos? Estás ayudándolo con algo importante, ¿o no?

Suspiré, exasperada.

—Sí, pero eso no significa nada. Por más que quieras convertir esto en una telenovela, no hay nada. Lo hago por Rose, y punto. Cuando la investigación termine, él volverá a su vida, y yo a la mía.

—Ah, claro, tu vida llena de eventos y glamour —bromeó, riéndose.

—Muy graciosa —Le hice una mueca.

—Pero si te vestiste así solo por "un amigo"... ojalá tengas más amigos como él. Porque estás muy, muy guapa.

Se inclinó y apoyó una mano en mi hombro.

—Norah, solo te voy a decir una cosa: no cierres todas las puertas sin siquiera mirar qué hay del otro lado. A veces, uno encuentra algo inesperado.

Me quedé callada, mordiéndome el labio. La ligereza con la que Deborah decía esas cosas escondía una verdad más profunda, una que no estaba lista para afrontar. Tal vez tenía razón, tal vez no. Lo único que sabía era que no estaba preparada para abrir ninguna puerta. Y mucho menos una que condujera a Kerem.

Y hablando de eso... ¿dónde diablos se había metido?

Al final, fui a comprarme algo de tomar, con Deborah a mi lado, y traté de esconderme lo más posible entre la gente, mientras escuchaba las espantosas voces del público cantando en el karaoke que había empezado con la banda en vivo.

—Voy al baño —murmuré, más para mí misma que para Deborah, intentando huir del ruido que ya me hacía rechinar los dientes.

Me abrí paso como pude entre las personas, porque la plaza estaba aún más llena, seguramente con gente de ciudades vecinas.

Tal vez lo mejor sería volver directo a casa, en vez de meterme en un baño químico que debía apestar a orina de borracho. Kerem estaba más que retrasado, y no tenía por qué seguir esperándolo.

Antes de que pudiera decidirme, aún inmersa en mis pensamientos, no me di cuenta de que una mano grande me sujetó del brazo, con fuerza suficiente para hacerme detener. Al levantar la vista, me encontré con Frankie Maiden, visiblemente borracho, con la cara enrojecida y los ojos brillando de una manera que me puso los pelos de punta.

—Mirá quién está toda arregladita esta noche. La renguita.

—Frankie, déjame ir. —Mi voz salió tensa, pero firme.

—Ah, no tan rápido, bombón. Podríamos pasarla bien un rato —se rió con un sonido vacío, arrastrado por el alcohol. Antes de que pudiera reaccionar, empezó a tironearme.

—¿Qué estás haciendo? ¡Suéltame! —Intenté zafarme, pero era mucho más fuerte que yo.

—Vamos, Norah. Solo un rato. Él se lo merece...

¿Él? ¿Él quién?

Empecé a entrar en pánico al notar que me llevaba hacia el escenario. Mi corazón latía con fuerza mientras intentaba clavar los pies al suelo para no avanzar más. Al mismo tiempo, trataba de no llamar demasiado la atención, porque sabía que lo que Frankie quería era montar un espectáculo.

—¡Frankie, basta! —suplicaba, ya sobre el escenario, pero él había agarrado el micrófono y se giró hacia el público, que empezaba a murmurar.

—¡Gente! —su voz retumbó por los altavoces, ahogada por el alcohol pero lo suficientemente fuerte como para silenciar parte de la plaza—. ¡Acá tengo a Norah conmigo! ¿Y saben qué vamos a hacer? ¡Un dúo!

Los murmullos crecieron, y me sentí completamente expuesta, como si cada mirada estuviera perforándome la piel. Intenté zafarme otra vez, pero él no me soltó.

—¡Frankie, suéltame ahora! —mi voz tembló, tenía un nudo de rabia y desesperación.

—Tranquila, va a ser divertido —se rió con amargura—. Vamos a cantar la canción favorita de mi hermano. En su honor, ¿sabés? Porque... —se detuvo, mirando al público y luego a mí, con

una expresión cargada de algo más oscuro—. Él murió en ese accidente, ¿recuerdas, Norah? Ese que causaste. Cuando ibas borracha.

El mundo se detuvo. Un silencio helado invadió la plaza, y todas las miradas estaban clavadas en nosotros. El suelo pareció desaparecer bajo mis pies, y el aire se me atascó en los pulmones. Las palabras de Frankie rebotaban en mi cabeza, arrancándome el aliento y devolviéndome de golpe a aquella noche.

Necesitaba salir de ahí.

En ese preciso instante.

CAPÍTULO 13



KEREM

Un maldito imprevisto con la empresa me hizo tardar un poco más en salir de casa. No podía explicarle a mi cliente que tenía que cortar la videollamada antes porque iba a asistir a un festival en el pueblo donde mi madre había muerto.

Ya era bastante complicado justificar mi ausencia de Turquía por tanto tiempo, dejando el negocio en manos de gerentes y directores. Todo estaba funcionando bien, y podía resolver algunos problemas de forma remota, pero no podía darme el lujo de faltar a una reunión de última hora, especialmente una tan importante, para resolver un asunto pendiente.

—¿Están listos? —bajé a la sala, donde mis hermanos jugaban a las cartas en la mesa del comedor.

—Estamos esperando a la novia —dijo Esteban.

—Estaba resolviendo asuntos de trabajo.

—Lo sabemos. ¿Está todo bajo control? —Al menos uno de mis hermanos tenía la madurez para no hacer bromas estúpidas.

—Sí. Podemos irnos.

Petrus y Esteban todavía tardaron un poco más, y ya empezaba a impacientarme. Había quedado con Norah a las siete y ya pasaban de las ocho.

Intenté llamarla, pero la llamada iba directo al buzón de voz.

¡Mierda! Seguro ya estaba molesta. O peor… lidiando sola con la mierda del festival, cuando yo le había prometido que estaría con ella.

Yo mismo me puse al volante, y nos dividimos en más de un coche porque Esteban estaba convencido de que iba a encontrar una mujer con quien pasar la noche. Zayd y Petrus fueron en otro auto porque estaban convencidos de que yo me iba a llevar a Norah a alguna parte.

O sea, tres coches. Completamente innecesario.

Cuando estacioné en la plaza, ya estaba jodidamente irritado. La música del festival me golpeó en la cara antes de que siquiera saliera del auto, y la mezcla de risas, gritos y una voz desafinada cantando *Come Together* de los Beatles, en el peor ritmo que escuché en mi vida, me hizo querer dar la vuelta y volver a casa. Pero eso no era una opción. Tenía que encontrar a Norah.

—Qué espectáculo... —comentó Esteban, bajándose del coche junto a mí y estirando el cuello para mirar hacia el escenario—. ¿Será que ya empezó el karaoke o es alguien siendo torturado?

Ni me molesté en responder.

Mientras cruzaba entre la multitud, miraba a todos lados, intentando reconocer su rostro. Tenía los puños apretados, con la

impaciencia quemándome bajo la piel.

Norah no debió venir sola. Sabía cuánto la incomodaban estos eventos. Y ahora, con casi hora y media de retraso, no tenía idea de dónde estaba.

Fue entonces cuando la voz de un hombre ebrio, desde el escenario, interrumpió mis pensamientos.

—¡Vamos, Norah, es tu turno!

Mi cuerpo se paralizó por un segundo. Miré hacia el escenario, y ahí estaba ella.

Estaba inmóvil, con los ojos muy abiertos, el rostro pálido bajo las luces, mientras Frank Maiden le sujetaba el brazo. Aún sostenía el micrófono, riéndose con esa risa asquerosa que tenía.

¿Qué carajo estaba pasando?

—Mierda —murmuré, moviéndome de inmediato.

—¿Kerem...? —Zayd me llamó, pero yo ya me abría paso entre la multitud como una bala.

—¿Qué está pasando? —preguntó Esteban, justo detrás de mí.

Cuando por fin llegué al borde del escenario, el idiota borracho seguía riendo, señalando a Norah.

—¡Vamos, Norah! ¡Canta para nosotros! ¿O solo sabes conducir borracha?

La sangre se me congeló... antes de hervirme en las venas. Ella estaba completamente incómoda, intentando soltar el brazo, pero él la tenía agarrada con fuerza.

—Suéltala. Ahora —le gruñí, sintiendo que podía perder el control en cualquier momento.

Mi voz fue baja, pero con una firmeza que lo hizo quedarse quieto por un segundo, antes de soltar una carcajada como si yo fuera un chiste.

—¡Miren quién llegó! ¿El noviecito? ¿Sabías que ella mató a mi hermano? Era maricón, ¿sabés? Pero igual era mi hermano… No nos llevábamos, pero a la mierda con eso.

—Mira, me importa una mierda lo que digas. Suéltala ahora o te reviento la cara.

El murmullo en la multitud aumentó, pero antes de que el borracho respondiera, Esteban apareció a mi lado, ya subiendo al escenario con una sonrisa desafiante.

—Ey, campeón, creo que él no está jugando. Y sinceramente, no vamos a necesitar mucho para sacarte de aquí.

Petrus y Zayd también subieron al escenario, rodeando a Frank y a Norah.

El idiota nos miró, claramente fuera de sí.

—¡Es hora de cerrar el show, payaso! —dijo Petrus, listo para la pelea.

—Suelta a la chica —añadió Zayd, imponente, haciéndose ver aún más grande mientras se alzaba sobre Frank.

—¡Suéltala ya o te meto ese puto micrófono en el culo, imbécil! —remató Esteban.

Frank solo empujó a Norah hacia mí, casi haciéndola caer. Habría caído si no la hubiera atrapado a tiempo.

—Listo, toma a la renga. Es toda tuya, príncipe encantado. Espero que no te moleste, porque ese coño debe tener telarañas, nadie en este pueblo se la quiere montársela, es una asesina.

Tras asegurarme de que Norah estaba de pie, me iba a lanzar sobre él, pero Petrus y Zayd me detuvieron.

—Kerem, llévala. Nosotros nos encargamos —dijo Zayd, y me forcé a calmarme. Norah necesitaba más de mí que yo de romperle la cara a ese hijo de puta.

La miré. Seguía en shock. Apenas parecía registrar lo que pasaba a su alrededor. No dudé. La levanté en brazos, ignorando todas las miradas a nuestro alrededor.

Mientras me alejaba con ella, oí la voz de Petrus, calmada pero peligrosa:

—Entonces, amiguito... ¿quieres intentar repetir lo que dijiste, pero con menos dientes en la boca?

Dejé que mis hermanos se encargaran y llevé a Norah hasta mi auto, esperando que pudiera volver a respirar y, quizás, sentirse a salvo otra vez.

La acomodé con cuidado en el asiento del pasajero, y vi cómo evitaba mirarme, con la vista clavada en el piso. Sus dedos temblaban, aferrados a su blusa como si eso pudiera sostenerla.

—Quédate aquí, ¿sí? —murmuré, sin esperar respuesta, y rodeé el coche para sentarme del lado del conductor.

No encendí el motor. No todavía. Ella necesitaba un momento para calmarse, y yo necesitaba asegurarme de que estuviera bien.

—Norah, mírame —mi voz salió más suave de lo que esperaba, pero firme.

Ella no respondió, así que repetí:

—Respira. Despacio. Cierra los ojos si eso ayuda. Solo... inhala profundo y suelta el aire.

Poco a poco me hizo caso, aunque cada respiración parecía un esfuerzo. Pero los temblores fueron cediendo, y su respiración se estabilizó.

Cuando por fin me miró, tenía los ojos rojos, húmedos, pero llenos de determinación.

—Yo no soy una asesina —dijo, con desesperación. Y aunque me tomó por sorpresa, respondí de inmediato, sin dudar.

—Eso jamás pasó por mi cabeza.

Ella negó con la cabeza, presionando las manos contra las piernas como si necesitara sostenerse.

—Lo dices ahora, pero no lo sabes todo. Tienes que saberlo.

—Norah, no necesitas contarme. No ahora, no acá —mi voz fue firme pero gentil. No quería forzarla a revivir nada si no estaba lista.

Ella permaneció en silencio, con la mirada perdida y las manos aún temblando en su regazo. No sabía qué iba a decir, pero estaba claro que estaba reuniendo coraje. No quise presionarla así que esperé.

—No fue como dicen —su voz era baja, casi un susurro—. No estaba borracha, Kerem. Tomé una cerveza, solo una. Lo suficiente para pensar que tal vez no debía manejar... pero no podía dejar que Tim tomara el volante. Estaba completamente fuera de sí.

Respiró hondo, sin mirarme. Observaba sus propias manos, buscando fuerzas para continuar.

—Cantaba a gritos al salir de la fiesta, con un vaso de cerveza como si fuera un trofeo. Le pedí muchas veces que lo tirara, pero

solo se reía. Dijo que se lo merecía, porque acababa de decirle a su padre que era gay y lo echaron de casa.

Hizo una pausa por un largo momento, con los dedos agarrando sus rodillas. Su respiración era entrecortada.

—Estaba roto, Kerem. De una forma en la que yo no sabía cómo alcanzarlo. Bebió para olvidar, para demostrar que su padre estaba equivocado. Pero en la fiesta ya había pasado el límite. Ni siquiera podía caminar bien. Por eso insistí en conducir.

Me miró un segundo, y vi el dolor en sus ojos. No era solo tristeza. Era culpa.

—Se enojó conmigo. Dijo que también yo quería controlarlo. Pero solo tenía miedo por él. —Hizo una pausa, con la voz cada vez más quebrada—. La carretera estaba vacía, y él no paraba de cantar... y llorar. De pronto... se quitó el cinturón. Dijo que ya no importaba nada, que a nadie le importaba en realidad. Intenté convencerlo de que se lo volviera a poner, pero fue justo entonces que me distraje por un segundo.

Ella hizo una pausa nuevamente. El silencio era abrumador. Ya sabía lo que venía, y el pecho me dolía.

—Un auto venía de frente, y giré el volante muy rápido. El coche derrapó y se salió del camino. Tim... salió disparado.

Se le quebró la voz. No tuvo que decir más.

Norah bajó la cabeza, llorando desconsoladamente.

No fue difícil entender que ese fue el accidente que también la dejó con la secuela física que ahora cargaba.

Mi mano se movió sola, apoyándose en su hombro con suavidad.

—Intentaste protegerlo —dije, con voz baja pero firme—. Hiciste lo que cualquier persona decente habría hecho.

Me miró con lágrimas en los ojos.

—No lo parece, Kerem. No cuando todo el pueblo me culpa hasta hoy. Me llaman asesina.

—La gente habla porque es más fácil culpar a alguien que no conocen. —Mi voz fue más firme ahora, sin perder la calma—. Pero eso no cambia lo que hiciste. Vos trataste de cuidarlo. Eso dice mucho más de vos que cualquier chisme estúpido.

Ella me miró con una mezcla de emoción y desconcierto. Y antes de que pudiera entender qué iba a pasar, se inclinó hacia mí, cruzando el espacio entre nosotros.

De repente, estaba en mi regazo. Sus delicadas manos descansaban sobre mi rostro, el calor de su cuerpo pesaba suavemente sobre el mío.

—Norah... —empecé a decir, pero no me dio tiempo.

Me besó.

Fue un gesto impulsivo, casi desesperado. Al principio me quedé quieto, sorprendido. Pero algo dentro de mí estalló. Mis manos volaron a su cintura, sujetándola con fuerza mientras le devolvía el beso.

Sus labios eran suaves, turgentes, como si intentara decir con ellos todo lo que no podía con palabras. Mi corazón golpeaba tan fuerte que sentía que iba a romperse en ese pequeño coche. La atraje más, profundizando el beso, perdido en su sabor, en su calor, en cómo encajaba perfectamente en mí.

Hacía años que no sentía algo así. Años, quizá más de los que quería admitir. Ninguna mujer me había desarmado así con un solo

beso. Nunca había perdido el control tan fácilmente.

Fue algo tan intenso, tan visceral, que parecía imposible que estuviera sucediendo.

Ella suspiró contra mis labios, y ese sonido suave resonó como un trueno dentro de mí. Mis manos subieron por su espalda, recorriendo cada línea, cada curva, queriendo memorizarla.

Debería detenerme. Debería poner distancia. Volver a la lógica. Pero ¿cómo, si todo en ella parecía correcto? ¿Cómo resistirme cuando hacía que lo imposible pareciera inevitable?

Cuando se apartó, con los labios todavía cerca, respiraba agitada, igual que yo. Me miró con los ojos muy abiertos, como si recién entonces se diera cuenta de lo que había hecho.

Norah parpadeó rápidamente, como si de repente hubiera vuelto a la realidad, y murmuró.

—Perdón.

Antes de que pudiera decir algo, salió de mi regazo, regresando a su asiento con movimientos tensos y rápidos.

—No hace falta que te disculpes —mi voz salió más baja de lo que pretendía, cargada de algo que ni yo entendía—. Pero si necesitas repetirlo para estar segura… no me voy a quejar —intenté bromear, pero no era bueno en eso. Esteban seguro habría soltado alguna frase ingeniosa en esta situación.

Ella me lanzó una mirada dudosa, llena de culpa, y negó con la cabeza.

—Esto fue... un error —susurró—. Apenas nos conocemos.

Crucé los brazos, inclinando un poco la cabeza mientras la observaba.

—Fue un error, sí. Porque estás vulnerable —Mi respuesta fue firme, pero con un tono más suave del que habitualmente utilizaba —. Estás tomando decisiones que tal vez no tomarías en otras circunstancias.

Norah asintió despacio, con la mirada fija en algún punto del tablero del auto, cabizbaja, como si llevara el peso del mundo encima.

Me acomodé en el asiento, suspiré y dije:

—Será mejor que te lleve a casa.

Ella me miró, dudando un segundo, antes de preguntar.

—¿Y tu investigación en el festival?

—Puede esperar. Mis hermanos sabrán qué hacer —encendí el coche, echándole una mirada antes de volver mi atención a la calle.

No dijo nada más. Solo asintió otra vez, en silencio, mientras el sonido del motor llenaba el espacio tenso entre los dos.

Comencé a conducir, sintiendo como si se hubiera cruzado una línea invisible entre nosotros y ninguno de los dos estaba preparado para afrontar lo que eso significaba.

CAPÍTULO 14



KEREM

Habían pasado algunos días desde aquella noche, y no podía sacarme a Norah de la cabeza. No era algo que quisiera admitir, ni siquiera a mí mismo, pero la verdad era que la buscaba por el pueblo, tratando de saber cómo estaba, tratando de encontrar una excusa para mí mismo, como si se tratara solo de protección. Porque fui yo quien presenció lo que le hicieron, quien la consoló.

Pero decidí ignorar completamente el hecho de que yo no era un hombre protector por naturaleza. Al menos no lo había sido. Con casi nadie.

Sabía a qué hora solía salir de su casa, así que me encontraba conduciendo por esa calle, fingiendo para mí mismo que no era la actitud de un acosador. La mayoría de las veces solo veía las cortinas cerradas o las luces apagadas. Parecía estar evitando al mundo, saliendo únicamente para trabajar.

No podía juzgarla después de lo que pasó en el festival.

Por las noches, pasaba por el bar donde trabajaba. El sonido de risas y copas chocando salía desde dentro, pero ella solo parecía seguir en automático, cumpliendo sus tareas sin interactuar demasiado con nadie. Cada vez, decidía no entrar. Solo observaba desde las ventanas. No quería hacerla sentir más incómoda con mi presencia.

Probablemente se sentía avergonzada por el beso. Ni siquiera había respondido mis mensajes. Por más que quisiera hacerle ver que eso no había sido un error -excepto por el hecho de que estaba emocionalmente vulnerable- también sabía que no podía forzar la situación. No quería ser una persona más que la empujara hacia algo para lo que aún no estaba lista.

En mis recorridos por Maple Creek, no solo me cruzaba, de lejos, con Norah. También veía a Jaden. Siempre presente. Como una sombra hábil que pasaba desapercibida para casi todos.

Sabía que era bueno en lo que hacía. Siempre discreto, sin llamar la atención. A veces lo veía sentado en el café de la plaza, conversando con alguna señora que parecía una vieja amiga. O en el mercado, hablando con el cajero sobre alguna tontería.

Pero yo sabía lo que estaba haciendo. Estaba recopilando información, conectando hilos sueltos, analizando cada palabra como si fuera una pieza de rompecabezas. El método de Jaden funcionaba porque nunca parecía un investigador. Solo era un hombre curioso y muy simpático, el tipo que se gana la confianza de la gente sin que se den cuenta.

Y con su aspecto, también tenía acceso a muchas mujeres sin llegar a ser irrespetuoso.

Me sentía satisfecho, esperanzado. Sabía que pronto descubriríamos lo que había sucedido.

Otra razón por la que seguía buscando a Norah era para comprobar si Frank seguía manteniéndose lejos. Mis hermanos le

habían dejado el mensaje bien claro después del festival, lo suficiente para hacerlo desaparecer esa misma noche.

Aun así, para mí no fue suficiente. Sentía la necesidad de darle yo mismo el mensaje, porque el hijo de puta me había dejado hirviendo por dentro. No lo enfrenté esa noche porque Norah era mi prioridad.

Lo que más deseaba era ir a su casa, conocer a Derby Maiden, al que no había visto en el festival porque, según mis hermanos, solo apareció para dar un discurso más tarde y no se quedó con la gente.

Maldito arrogante.

El problema era que si ajustaba cuentas con Frank en la mansión del alcalde, podría terminar en problemas. Así que decidí esperar pacientemente.

Unos días después del festival, lo vi en el pueblo. Estaba con su lujoso coche, coqueteando con una chica en una gasolinera. La chica llenaba el tanque de un Chevette destartalado, y ambos estaban recargados contra él. El idiota sin duda se creía una estrella de Hollywood.

Quizá eso era justo lo que ella necesitaba ver para salir corriendo.

Bajé del auto y me acerqué a él mientras me quitaba las gafas de sol.

—Mira qué interesante... —dijo, abriendo los brazos en un gesto exagerado—. ¿Kerem, no? ¿Viniste a llenar el tanque o solo a presumir tu coche?

—Solo vine a resolver un asunto pendiente —respondí con voz firme y controlada, aunque mi postura hablaba por sí sola: no estaba ahí para bromas.

La chica a su lado pareció notar la tensión y dio un paso atrás, mirándome a mí y luego a Frank con expresión preocupada.

—¿Hay algún problema? —preguntó con cautela.

—No, cariño, tranquila —contestó Frank con una sonrisa fingida antes de volver a mirarme—. El grandote aquí debe estar confundiendo las cosas.

—¿Confundiendo? —di un paso hacia él, acortando la distancia—. No me confundo, Frank. Solo que no tuve la oportunidad de enseñarte unas cuantas cosas esa noche en el festival.

Su sonrisa tembló un segundo, pero intentó mantener la actitud relajada.

—¿Ah, eso? Ya fue, hombre. Ni me acuerdo. Fue solo una broma tonta, todos estábamos bebiendo...

—Yo sí *lo* recuerdo. Y Norah también.

—Ah, te tiene agarrado esa renga, ¿eh, ricachón? Ya intentó joder a mi familia una vez. Por suerte mi hermanito era marica. Ten cuidado, ¿eh? Ella puede...

Ni siquiera le dejé terminar de hablar. Cerré el puño y lo golpeé directo en la mandíbula, haciéndolo tambalear.

—¡Qué carajos, imbécil! ¿Estás loco? —gritó. La gente en la gasolinera empezó a acercarse. Algunos ya estaban grabando con el celular. No me importó nada de eso.

—Esto es solo una advertencia —dije con calma—. Pero puede ponerse peor. Si piensas siquiera en acercarte a ella otra vez, te destruiré. Y no solo tu cara, sino tu vida.

Me di la vuelta para irme, y lo vi mirar a su alrededor, buscando apoyo entre el público. Su ego herido lo empujó a actuar

antes de pensar. Dio un paso hacia mí, levantando el brazo para intentar golpearme, pero vi el movimiento antes de que se decidiera.

Con rapidez, le sujeté la muñeca en el aire y la torcí. Gritó. Con la otra mano, le presioné el hombro, obligándolo a arrodillarse.

—No es tan fácil, campeón —murmuré, inclinándome para que solo él pudiera escuchar, mientras los celulares grababan cada segundo—. A ti solo te va bien cuando la víctima no puede defenderse, ¿no? Pues yo sí puedo.

—¡Suéltame, cabrón! —gruñó, retorciéndose, pero ya estaba inmovilizado.

Miré a mi alrededor y vi que había muchos espectadores observando.

—¿Ves, Frank? —Continué, apretando un poco más—. Todos están viéndote ahora. Al gran galán del pueblo, de rodillas, como el cobarde que eres. Humillado. Porque no sabes cuándo parar.

Solté su muñeca con un empujón y cayó sentado en el suelo, masajeándose el brazo.

—Esto fue solo el calentamiento —dije, enderezándome—. Si vuelvo a oír que intentaste intimidar o acercarte a Norah, haré que todo el pueblo vea el pedazo de basura que eres.

No dijo una palabra más. Solo se quedó en el suelo, mirando alrededor como un perro vencido. Me alejé, sin quitarle la vista de encima, hasta llegar a mi coche.

Y sin mirar atrás, encendí el motor y me fui, satisfecho al saber que los teléfonos seguían grabando. Si las palabras no bastaban, la humillación pública sería suficiente para mantener al imbécil a raya.

Era obvio que eso iba a terminar en internet. Esteban fue el primero en verlo, y claro, fue el tema principal durante el almuerzo en casa, preparado por Louise, que, por cierto, estaba resultando ser una grata sorpresa, porque no solo era organizada, sino que cocinaba muy bien.

—¡Miren quién se convirtió en el héroe del pueblo! —se burló Esteban, mostrándonos el video de la gasolinera—. ¡Escena épica! Nuestro Kerem defendiendo a la damisela en apuros.

—Le rompió la cara, literal. ¡Mirá esa torcedura de muñeca! Hasta parece profesional —añadió Petrus, dándome unas palmadas en el hombro mientras iba por algo a la cocina.

Desde que Louise trabajaba con nosotros, Petrus pasaba más tiempo en la cocina de lo normal.

No era casualidad, claro.

—¿Y ahora te dedicas a defender mujeres por la ciudad? —provocó Zayd, siempre tan serio, apoyando los codos en la mesa y mirándome fijamente—. Porque, hasta donde recuerdo, no eres de meterte en peleas públicas.

—Especialmente por alguien en quien "no estás interesado" —completó Esteban, haciendo comillas con los dedos.

Cruzando los brazos, traté de no dejar que me afectara.

—Lo hice porque necesitaba una advertencia. Solo eso.

—Claro, claro, solo eso —dijo Petrus con ironía, regresando con Louise, que lo ayudaba a llevar unas bandejas—. Y voy a fingir que no vi cómo la miraste en el festival.

—No la miré de ninguna forma —contesté, con el tono más firme de lo necesario. Lo que solo les dio más razones para molestar.

—Pareces un adolescente negando lo evidente —continuó Esteban en tono burlón.

—Voy a recordar esto cuando les toque a ustedes —repliqué, tomando mi vaso y fingiendo indiferencia.

—Dudo que alguno de nosotros monte semejante espectáculo por una chica —agregó Zayd, por fin riéndose un poco—. Pero estamos esperando los próximos capítulos, Kerem. No nos falles.

Louise no pudo evitar reírse. Estaba claro que la conversación no iba a morir ahí, y que Norah se enteraría de todo antes de que terminara el día.

Y sin duda iba a ver el video. Tal vez era buena idea buscarla y saber qué había pensado.

Esa noche iría al Willow. Y esta vez... entraría a verla.

CAPÍTULO 15



NORAH

El Willow estaba a tope esa noche, lo que significaba que apenas tenía tiempo para respirar entre una mesa y otra. Los vasos se acumulaban en la barra, los clientes competían por mi atención con pedidos urgentes, y el sonido de la música de fondo se mezclaba con las risas y las conversaciones a mi alrededor.

Siempre era así los viernes por la noche, y no podía quejarme. El bar me daba una rutina, una ocupación que alejaba los pensamientos que prefería evitar. Cuando corría de un lado a otro, equilibrando bandejas y lidiando con pedidos complicados, no quedaba espacio en mi cabeza para pensar en nada más.

Sobre todo en las últimas semanas, en las que mi mente era un torbellino constante con los recuerdos que el festival había traído de vuelta. Y con el beso.

Porque sí, seguía pensando en eso.

No solo en lo increíble que había sido, sino también en lo loca que había sido por haber tomado la iniciativa.

Yo no era ese tipo de mujer. Nunca había tenido mucha experiencia con hombres, y hasta antes del accidente ya era algo tímida. Después de eso... bueno, todos los tipos que conocí pensaban lo mismo que Frank: que yo era una asesina, una discapacitada, alguien que no resultaba atractiva.

¿Por qué lo sería, entonces, para Kerem?

Un hombre que vivía en un país lleno de mujeres hermosas, que tenía suficiente belleza y dinero como para atraer a cualquiera a su cama.

¿Por qué se fijaría justo en la chica problemática de un pueblito olvidado, del cual él se iba a ir dentro de poco?

—¡Norah, otra cerveza por aquí! —gritó alguien desde un rincón del salón, sacándome de mis pensamientos.

Serví la cerveza y levanté la mano en señal de "ya va", volviendo a caminar entre las mesas. El piso pegajoso bajo mis pies ya era un viejo conocido. Trabajar en el Willow no era exactamente el sueño de mi vida, pero era una de las pocas cosas que podía controlar. Ahí, al menos, sabía qué esperar: noches agitadas, clientes insistentes y, a veces, una buena propina al final.

Ya estaba pensando en la siguiente mesa cuando escuché el sonido familiar de la puerta del bar abriéndose.

Levanté la cabeza automáticamente, más por costumbre que por curiosidad. Pero cuando vi quién era, mi corazón dio un salto incómodo en el pecho.

Kerem.

Ahí estaba, en medio del Willow, como si finalmente hubiera decidido cruzar esa línea invisible que lo había mantenido fuera del bar durante los últimos días.

Ya lo había visto antes, claro. Sus paseos por el pueblo no habían pasado desapercibidos, y él aparecía por mi trabajo, pero nunca entraba. Solo se quedaba afuera, mirando por la ventana, como si no estuviera seguro de querer dar ese paso.

Esa noche, lo dio.

Sus pasos eran firmes, seguros, con la confianza de alguien que sabía perfectamente quién era y el efecto que causaba al entrar a cualquier lugar.

Caminó directo hacia la barra, ignorando las miradas curiosas que inevitablemente lo seguían. Porque claro que lo seguían. Con ese blazer casual perfectamente entallado y esa mirada intensa que parecía escanear cada rincón antes de enfocarse en algo -o alguien-, era imposible no notarlo.

Yo no era inmune.

Kerem era el tipo de hombre que dominaba el espacio sin decir una palabra, y eso me desarmaba. No era solo por su apariencia -aunque sí, era jodidamente guapo, con ese rostro como esculpido y esos ojos que parecían guardar demasiados secretos-. No. Había algo más. Una intensidad silenciosa. Una presencia que te hacía querer mirar más de cerca, aunque supieras que eso implicaba un riesgo.

Se me revolvió el estómago cuando me di cuenta de que me estaba mirando directamente, con una intensidad que podría jurar que todos a mi alrededor podían ver.

Una mirada que decía más de lo que las palabras podían decir.

Maldita sea.

Era obvio que Kerem sabía perfectamente el efecto que causaba. No solo en mí, sino en las mujeres en general. Y eso lo

hacía aún peor. Porque, por más que intentara mantenerme indiferente, ya me estaba gustando demasiado. Y no solo físicamente -aunque era fácil perderse en los recuerdos de ese beso-. Era la forma en que parecía conmoverme incluso sin decir nada.

Y ahora, mientras se sentaba en una de las banquetas de la barra y esperaba a que me acercara, no podía evitar el pensamiento que últimamente rondaba mi mente: estaba empezando a gustarme demasiado Kerem.

Y eso solo podía terminar mal.

Esa noche era aún más peligroso verlo, porque yo estaba más vulnerable a su presencia después de haber visto ese maldito video.

Era imposible no haberlo visto, casi todo el pueblo hablaba del "forastero que le dio una lección al hijo del alcalde". El clip se viralizó rápido, corriendo por los celulares y redes sociales como fuego. Kerem, elegante y feroz a la vez, enfrentando a Frank en la gasolinera.

Vi el vídeo una vez, quizás dos veces.

Bueno, tres veces.

Lo que más me golpeó no fue el puñetazo -aunque fue perfecto-, sino lo que dijo después. Su postura. Él *me estaba* protegiendo.

No recordaba la última vez que alguien había hecho eso por mí: cuidarme. Desde que mis padres murieron, me las arreglaba sola. Y por más que intentara ser fuerte... no siempre era tan sencillo.

Era una presa fácil para alguien que decidiera protegerme.

Respiré hondo y finalmente me acerqué, tratando de ignorar cómo mi corazón se aceleraba cuando nuestras miradas se encontraron. Solo tenía que recordarme a mí misma que era un cliente más.

Pero no lo era.

—Buenas noches, Norah —dijo con una sonrisa tranquila.

—Buenas noches, Kerem. ¿Qué vas a tomar? —pregunté sin rodeos. Aún me sentía demasiado avergonzada para actuar con naturalidad.

Él miró la estantería de botellas y luego volvió a mirarme, con esa mirada suya que parecía ver más de lo que yo quería mostrar.

—Una cerveza, por favor. Ya estoy bastante traumatizado por los whiskys de aquí. —Su voz era baja, como si no quisiera que nadie más lo oyera.

No pude evitar reírme.

Empecé a servirle la cerveza, enfocándome en mis manos, tratando de no pensar en cómo él no dejaba de mirarme. La tensión seguía ahí, aunque invisible. Solo que no sabía hasta qué punto.

Mientras servía, Kerem seguía observando. Su mirada ahora era un poco más suave, como si quisiera desarmar la barrera entre nosotros.

—Desapareciste estos días —comentó, justo cuando le entregaba la cerveza.

—Y tú apareciste demasiado…

—Te mandé mensajes.

—Pudiste haber hablado conmigo en persona… en todas esas veces que viniste aquí y te quedaste afuera.

Él sonrió, medio avergonzado. Se veía aún más guapo así.

—No pensé que me estuvieran descubriendo.

—No eres precisamente un hombre pequeño ni de los que pasan desapercibidos.

—Voy a tomar eso como un cumplido.

Pensé mil veces qué decir a continuación. Tal vez lo mejor sería alejarme con la excusa del trabajo, pero al bajar la mirada noté que tenía los nudillos marcados. El recuerdo del puñetazo volvió con fuerza.

—Vi el video, ¿sabes? —dije, con la voz más baja de lo que pretendía—. Lo que hiciste con Frank. Yo... —Hice una pausa, buscando las palabras—. Te lo agradezco. De verdad. Él es un imbécil, pero está protegido por ser quien es. Tú hiciste lo que nadie se atrevió a hacer.

Kerem me miró con una expresión serena, difícil de descifrar. No parecía ni sorprendido ni orgulloso. Solo... tranquilo. Como si supiera exactamente lo que yo iba a decir.

—No tienes que agradecerme, Norah —respondió con seriedad—. Solo me aseguré de que no tuvieras que lidiar con otro idiota.

Intenté disimular lo mucho que me afectaban sus palabras. Porque en el fondo, él estaba haciendo algo más que simplemente "asegurar" mi paz mental. Estaba siendo la persona que yo no sabía que necesitaba. Y eso... eso era lo más difícil de aceptar.

—Aun así, gracias —dije, mirándolo directo a los ojos.

Esto fue más que una formalidad. Realmente sentí que había hecho algo que ningún hombre haría por mí, no sin esperar algo a cambio.

Hubo un silencio cargado, una especie de tensión flotando entre nosotros. Y cuando pensé que todo había quedado ahí, él estiró la mano y agarró mi muñeca. Firme, pero sin apretar.

—¿Cómo estás, Norah? —preguntó. Su tono fue suave, pero directo—. ¿Cómo estás *realmente* después de todo lo que pasó?

Traté de contener la oleada de emociones, aferrándome a mi fachada de siempre.

—Estoy bien —respondí con firmeza—. No fue la primera vez que alguien de este pueblo me provoca como Frank, y no será la última.

Kerem me miró como evaluando si creía en mis palabras. Luego asintió. Su expresión seguía seria, pero también reflejaba respeto.

—Si depende de mí, sí será la última.

No dije nada más. Empezaba a sentirme un poco sofocada por su presencia, como si el mero hecho de que él estuviera allí fuera más de lo que podía soportar en ese momento.

Con una última mirada hacia él, solté su mano y me alejé para reanudar mi trabajo.

Pero para mi sorpresa, no se movió. Kerem no salió de allí. Se quedó en la mesa, observando todo lo que me rodeaba, como si se hubiera instalado en el Willow para pasar la noche.

Hice mi trabajo lo más normalmente posible, pero no pude evitar mirarlo furtivamente. Él no se iría.

Cuando finalmente terminó mi turno, ya no me sorprendió verlo aún en el mismo lugar. No había dicho ni hecho nada más. Solo estuvo presente.

Me acerqué al espejo para ponerme el abrigo. El movimiento se sentía más lento de lo habitual, tal vez por la tensión que su presencia me causaba. Cuando escuché sus pasos acercarse, mi cuerpo se tensó. Era como si mi piel anticipara lo que iba a pasar.

—Déjame ayudarte —dijo, con una voz suave pero firme. Antes de que pudiera decir algo, ya estaba detrás de mí. Sus manos alcanzaron el abrigo.

Sentí su proximidad como una presión en el aire, la temperatura a nuestro alrededor parecía haber aumentado y la forma en que se posicionó detrás de mí hizo que mi corazón se acelerara un poco.

Su mano tocó la parte de atrás de mi abrigo y por un segundo me quedé congelada. Estaba tan cerca que podía sentir la ligera brisa de su cálido aliento contra mi nuca, como si cada uno de sus movimientos estuviera diseñado para hacerme consciente de su presencia de una manera que no sabía cómo manejar.

Intenté mantener la calma, pero la tensión era palpable. Como si bajara el abrigo con más cuidado del necesario, sentí su mano tocar mi piel por un momento, provocando una ola de calor que se extendió por todo mi cuerpo.

Miré fijamente al espejo, intentando no pensar en lo cerca que estaba. Esas pequeñas sensaciones, los susurros de su presencia, me hacían sentir una mezcla de incomodidad y deseo, algo que no sabía cómo gestionar.

—¿Qué haces aquí, Kerem? —pregunté en voz baja.

—Quiero llevarte a casa —dijo, con la voz casi ronca, con una suavidad que me hizo dudar de sus intenciones, pero también me hizo cuestionar qué quería realmente en ese momento.

Me volví hacia él, porque esa interacción a través del espejo estaba siendo peor que mirarse a los ojos.

—No hace falta —repliqué, más cortante de lo que quería. Lo último que necesitaba era que él insistiera en protegerme o involucrarse más de lo que ya estaba.

Pero no parecía convencido. Su expresión era seria, pero algo en su mirada me decía que estaba decidido.

—Insisto —dijo, sin apartar la mano de mi abrigo, como si estuviera listo para actuar si intentaba irme sin él.

Y no me fui.

Dejé que me llevara, aunque me causara incomodidad.

Mi casa no estaba tan lejos del bar, por lo que el viaje fue corto, pero él no se detuvo allí, también salió y me acompañó hasta la puerta.

No era que no quisiera la compañía de Kerem, sino que él hacía que todo pareciera más intenso de lo que yo quería que fuera.

Antes de que pudiera abrir la boca para decirle que no era necesario que me acompañara hasta la puerta, algo completamente inesperado ocurrió: me sujetó por la cintura con fuerza y me empujó contra el portón. Su boca descendió hasta la mía con una urgencia que me hizo perder el control por un instante.

El beso fue feroz, pero no en un sentido agresivo. No estaba siendo delicado, pero tampoco violento. Era como si intentara dejar una marca, como si quisiera reclamar algo… y yo… yo no sabía cómo reaccionar.

Sus manos me sostenían con firmeza, impidiéndome moverme, y por un momento sentí que no podía escapar. Pero al mismo tiempo, ese calor, el roce de sus labios, la presión de nuestros cuerpos… todo me hacía querer más, me hacía perderme en ese instante.

Cuando finalmente se apartó, sus ojos seguían tan intensos como antes, pero ahora había algo más: una satisfacción silenciosa.

—Ahora estamos a mano —murmuró con voz grave—. Si tú me robaste un beso, entonces yo también tenía derecho a uno.

Me quedé ahí, con la boca ligeramente entreabierta y el corazón latiéndome desbocado. No podía procesar del todo lo que acababa de pasar. No podía pensar en nada.

Kerem dio un paso atrás y se alejó hacia el coche sin decir una sola palabra más. Su expresión era impenetrable, pero había un brillo en sus ojos que solo aumentaba mi confusión.

Me quedé parada, viéndolo alejarse, hasta que algún resquicio de cordura me permitió moverme lo suficiente para entrar en casa.

Cuando cerré la puerta detrás de mí, me apoyé contra la pared, sintiendo el impacto de todo lo que acababa de suceder. Mi mano fue directo al pecho, intentando calmar los latidos descompasados de mi corazón.

Esto era mucho más peligroso de lo que había imaginado. Y, por más que quisiera negarlo, sabía que ya estaba involucrada de una forma que no iba a poder controlar.

CAPÍTULO 16



KEREM

Haberme quedado tan tarde en el Willow la noche anterior, casi hizo que llegara tarde a la reunión con Jaden.

La haríamos por videollamada, porque no podíamos arriesgarnos a vernos en persona, en medio del pueblo que él estaba investigando. Aun así, yo no iba a fallar al horario acordado.

Después de todo, la puntualidad siempre ha sido uno de mis puntos fuertes.

Sabía que sería el último en bajar a desayunar, eso era inevitable. Pero cuando escuché las burlas de Esteban y Petrus retumbando por la casa, apenas bajé, me di cuenta de que estaba más malhumorado de lo que esperaba.

—Buenos días, Louise —la saludé mientras me servía una taza bien grande de café, respirando hondo para poder lidiar con ese grupo de idiotas.

—Buenos días, Kerem. Hay pastel fresco sobre la mesa... si te animas a enfrentarte a los demás —comentó, y le sonreí.

—¿Por un pastel fresco? Enfrentaría hasta al mismísimo diablo.

Tomé mi café y me acerqué a la mesa, tratando de ignorar la sensación de que estaba entrando en la guarida de los leones. Mis hermanos estaban repartidos por la sala, comiendo, conversando y riéndose entre ellos. Bastó con que cruzara la puerta para que todas las cabezas se volvieran hacia mí.

—¡Miren quién apareció! ¡La florecita! —empezó Esteban, con ese tono burlón que siempre lograba irritarme.

—Pensé que dormirías todo el día después de la "noche intensa" que tuviste —agregó Petrus, con una sonrisa enorme mientras masticaba un pedazo de pastel.

—¿Por qué no buscan otra cosa que hacer? —dije mientras arrastraba una silla para sentarme a la mesa.

Zayd, que hasta ese momento había estado callado, decidió intervenir, apoyando el codo sobre la mesa y mirándome con seriedad.

—George pasó por aquí temprano —empezó, con tono casual —. Mencionó que te vio anoche en el Willow. Prepárate para estos dos.

—Gracias por avisarme.

Mantuve el rostro impasible y tomé un sorbo de café como si me importara un carajo.

—George dijo que estabas hablando con Norah —añadió Petrus, con la sonrisa agrandándose—. Dijo que el ambiente entre ustedes se veía... interesante. ¿Hay algo que quieras contarnos?

—Ni siquiera vi a George anoche.

—Tal vez porque estabas ocupado con otra cosa... o con alguien.

—Vete al carajo, Esteban.

—¡Uy, cuánta violencia!

—Solo estaba conversando con Norah. ¿Eso está prohibido ahora? —pregunté, cometiendo el peor error: morder el anzuelo. Eso era justo lo que querían.

—Ah, claro. Conversar —repitió Esteban, como si hubiera escuchado la mentira más grande del mundo—. ¿Así le dicen ahora?

Petrus se rió, casi atragantándose con el pastel.

—¿De verdad no tienen nada mejor que hacer? —pregunté con tono seco, pero ellos solo se reían más—. Hasta donde sé, tenemos una reunión en... —Revisé mi reloj—. Poco más de cinco minutos.

Los tres se miraron entre sí, conteniendo las carcajadas, pero el brillo cómplice en sus ojos dejaba claro que el tema no iba a morir fácilmente.

—Relájate, Kerem —dijo Zayd, levantando las manos en señal de paz—. Solo nos estamos divirtiendo. Pero tienes razón, tenemos una reunión. Hablemos de cosas serias. Por ahora.

Me dieron tregua por fin, y comenzamos a hacer anotaciones sobre lo que necesitábamos preguntarle a Jaden. Ellos también hablaron sobre cosas que descubrieron durante el festival, especialmente relacionadas con el alcalde.

La mayoría de las personas pensaba que tenía una obsesión con nuestra madre, lo que hacía todo mucho más... delicado.

Cuando Jaden mandó el enlace de la reunión, nos acomodamos alrededor de la mesa con dos notebooks. Entré a la reunión y la pantalla se dividió con su rostro, visiblemente cansado, desde algún lugar mal iluminado.

Probablemente el hotel donde se había alojado.

—Buenos días —saludó con su voz grave—. Espero que estén listos para la información que tengo.

—Estamos listos —respondió Zayd, abriendo su libreta.

Jaden asintió y comenzó.

—Pasé los últimos días interrogando a algunas personas clave en el pueblo, y el patrón que encontré no es exactamente sorprendente. El alcalde tiene más secretos de los que cualquiera quisiera imaginar. Empezaré con algo que no está directamente relacionado con su madre, pero que afectará cómo será juzgado públicamente: tengo datos que podrían implicar una apropiación indebida de fondos.

—Mmm... eso podría ser interesante—dije frunciendo el ceño.

—No son montos tan altos como esperaba, pero también estamos hablando de un pueblo pequeño. Aún estoy rastreando las transacciones para estar seguro, pero descubrí que tiene vínculos fuertes con varias empresas locales, especialmente del sector construcción.

—¿Sobornos? —preguntó Esteban, entornando los ojos.

—No sería raro, pero aún no tengo pruebas sólidas. Seguiré investigando, pero pensé que debían estar al tanto.

—Sí, claro —afirmé, satisfecho.

—Y ahora vayamos al tema principal: el de tu madre. He pasado los últimos días interrogando a algunas personas

importantes de la ciudad, y lo que he descubierto no es nada nuevo, pero sigue siendo preocupante. El alcalde está moviendo influencias para conseguir el permiso que le permitiría demoler la ONG que ella protegía —dijo Jaden con voz grave, yendo directo al grano—. Ya está preparando algunos documentos y parece que tiene un acuerdo con inversores para transformar el terreno en un centro comercial.

—Ese pudo haber sido el motivo de su muerte —dijo Esteban, pasándose la mano por la cara.

—Tenemos que tener cuidado con las acusaciones. solo cuando tengamos pruebas concretas, ¿de acuerdo? —continuó Jaden—. Él confía en que sin ella cerca, nadie será lo suficientemente fuerte para detenerlo.

—Eso es porque nunca ha tratado con nosotros —dije, mientras la ira crecía en mi pecho—. No va a salirse con la suya. Y si la mató por eso, se va a estrellar contra una pared.

—Por ahora, está tanteando el terreno —añadió Jaden—. Aún no tiene la licencia definitiva, pero está presionando al consejo. La mayoría de las personas cree que es solo cuestión de tiempo.

—Pues esa "cuestión de tiempo" se va a convertir en su peor error si sigue adelante —afirmó Petrus, con un tono tan frío como calculado—. Tenemos que actuar antes de que consiga la aprobación.

—Pero con cautela, por favor —advirtió Jaden. Luego revisó algunos papeles y dijo—, descubrí que Derby Maiden firmó un contrato preliminar con una constructora y una gran inversionista de Nueva York para ese centro comercial. Si no obtiene el terreno, tendría que pagar una multa millonaria.

—Lo que lo pondría en una posición muy comprometedora —añadió Zayd.

—Exacto. De hecho, varios miembros de la ONG dijeron que últimamente han ocurrido cosas raras, como auditorías que jamás habían hecho antes, aunque no encontraron ninguna irregularidad. Y, al parecer, su madre discutía con él públicamente muy seguido.

—Eso más los rumores de obsesión que tenía por ella... Huele muy mal. Vamos por buen camino —dijo Esteban, más animado—. Si ese hijo de puta le hizo algo...

—Será juzgado, encarcelado y condenado. Ustedes no van a hacer *nada* al respecto. Si se meten, pueden salir perjudicados.

Mis hermanos y yo nos miramos. Sabíamos que Jaden tenía razón. Y aún más cuando lo escuchamos continuar.

—Y ya que estamos... Kerem... Por favor, evita meterte en peleas con el hijo del hombre al que estamos investigando. Eso podría comprometer todo mi trabajo.

—¿Ya llegó el chisme a *tus* oídos?

—A mí y a toda la maldita ciudad. Un enfrentamiento con el heredero del alcalde no es precisamente discreto.

—Fue grosero con Norah —respondí entre dientes, sintiendo las miradas de mis hermanos clavadas en mí.

—No eres un niño, Kerem —replicó Jaden, con voz dura—. Necesitas pensar dos pasos adelante. Cada movimiento está bajo la lupa, y cualquier error será usado contra nosotros. ¿Entendido?

Tragué mi enojo y solo murmuré:

—Entendido.

—¿Algo más que requiera atención inmediata? —preguntó Zayd.

Jaden suspiró al darse cuenta de que estaba tratando de desviar la atención.

—Por ahora, manténganse atentos y no llamen la atención. Seguiré investigando los registros financieros del municipio y averiguando quién está ayudando al alcalde con la licencia. Puede que tenga un aliado en el consejo.

—¿Crees que hay alguien directamente involucrado? —preguntó Zayd, con seriedad.

—Muy probable. Nadie se salta tantos obstáculos solo —respondió Jaden—. Además, estén atentos a cualquier movimiento extraño alrededor de la ONG. Ese terreno aún es un punto clave y puede darnos más respuestas.

—Estaremos pendientes —aseguró Petrus y todos estuvimos de acuerdo.

La llamada terminó poco después, pero el silencio que quedó en la sala era denso. Sabíamos que Jaden había confirmado lo que temíamos. Que el alcalde podría estar involucrado en la muerte de nuestra madre.

Y cuanto más lo pensaba, más difícil se volvía ignorar el deseo de hacer justicia con nuestras propias manos.

Esa historia estaba lejos de terminar, y no la dejaría hasta que descubriéramos la verdad.

CAPÍTULO 17



NORAH

Cuando el cochede Kerem se detuvo frente a mi casa aquel domingo, involuntariamente se me escapó una sonrisa.

Habían pasado dos días desde nuestro último encuentro —desde que me dio ese beso increíble—, y me preguntaba si volvería a buscarme.

La última vez no estaba la excusa de la vulnerabilidad. Ambos estábamos sobrios, conscientes y en perfecto estado.

No podía decir lo mismo de lo que me pasó después, porque ese beso casi me hizo desintegrarme. En el mejor sentido de la palabra.

Lo observé desde la ventana, bajarse del cochecon sus gafas oscuras, la camisa negra de manga larga con cuello en "V" y ese jean que le quedaba como un guante.

Las gafas le daban un aire aún más encantador.

Sus rizos estaban ligeramente despeinados, lo justo para hacerlo ver sexy y despreocupado, tanto que me hizo temblar las piernas.

Como una adolescente, me escondí detrás de la cortina, esperando que no me hubiera visto allí y tardé un poquito en abrir la puerta, solo para fingir que no lo había estado mirando caminar hacia mi puerta como una tonta.

—Buenos días, Kerem —lo saludé cuando abrí la puerta, sonriendo, y él hizo lo mismo, quitándose los lentes.

Casi me quedé sin aliento al levantar la vista -porque era mucho más alto que yo- y ver esos ojos verdes, tan suaves y al mismo tiempo tan intensos.

—Buenos días, Norah... —Mi nombre salió de sus labios como chocolate derretido, con esa voz grave y casi susurrante.

Crucé los brazos, inclinando la cabeza para mirarlo.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Solo quería saber si estabas libre para almorzar.

Levanté una ceja.

—¿Es una cita? —lo provoqué.

—Espero que lo veas así. Podemos ir a otra ciudad, si eso te hace sentir más cómoda.

Era tierno y encantador que se preocupara así por mí.

—Ya tengo un compromiso —respondí, y dejé la frase así, solo para ver su reacción. Sonreí aún más al ver cómo bajaba la cabeza como un perrito regañado—. Puedes venir conmigo, si quieres.

—¿Adónde vamos?

—Tengo una misión. No sé si te va a gustar, pero creo que puede ser divertido. ¿Confías en mí?

—Confío. ¿No me vas a decir qué es?

Mi sonrisa se amplió.

—¿Y cuál sería la gracia?

Kerem aceptó el juego, y yo entré a buscar mi bolso y una bolsa enorme con víveres, que llamó su atención aunque no hizo preguntas.

Con todo listo, subimos a su auto, y le pasé la dirección.

Sonrió al darse cuenta de adónde lo había llevado, apenas vio el cartel en la entrada de la casa grande donde estacionamos:

ONG "Amigos de Maple Creek". La ONG por la que Rosemary luchó... quizás con su propia vida.

Amablemente, tomó la bolsa de donaciones. Eran víveres que George y yo solíamos recolectar en el Willow. Dábamos descuentos a quienes llevaban alimentos no perecederos, pañales, comida para mascotas o juguetes. Eso ayudaba mucho. Cada semana juntábamos una buena cantidad como esa para llevar allí.

—Es increíble que haya estado casi un mes en este pueblo y nunca haya venido —comentó Kerem.

—Nunca es tarde —respondí, adelantándome mientras una de las voluntarias me recibía con un abrazo.

Kerem fue guiado a entregar la bolsa a otra voluntaria, y luego tomé su mano para llevarlo por dentro de la institución, que conocía muy bien.

—Vengo aquí cada quince días. Me turno con George. Paso todo el domingo. Louise también ayuda, al igual que mi amiga

Deborah. Nos falta mucho personal desde que nuestro querido alcalde se volvió enemigo de este lugar. La gente dejó de venir. Siguen donando, porque es algo más anónimo, pero nadie quiere enfrentarse a la realeza del pueblo —le expliqué a él, que escuchaba atentamente, mientras aún caminábamos por el pasillo.

Llegamos al fondo del terreno, y lo primero que vimos fue la escena que me renovaba como persona cada semana.

En un gran espacio con césped, niños y perritos callejeros corrían de un lado al otro, interactuando bajo el sol.

El césped parecía un pequeño paraíso. Las risas infantiles flotaban en el aire, mezcladas con los ladridos alegres. Algunos niños jugaban a la mancha con los cachorros; otros, sentados en círculo, acariciaban a los que descansaban en sus regazos.

Era una escena sacada de un libro, llena de vida y sencillez.

Dos voluntarios estaban más al fondo, supervisando con sonrisas cálidas, mientras acomodaban platos de agua y comida para los perros. Los árboles de los alrededores proporcionaban sombra a quienes preferían descansar y podía oler el aroma fresco de la hierba mezclado con el leve perfume de las flores cerca de la pared.

Observé el rostro de Kerem, y mi corazón se apretó al ver cómo absorbía aquella escena.

Sus ojos verdes estaban más vivos, fijos en los niños y los animales, como si viera algo raro y precioso. Su expresión suave, con un toque de emoción que trataba de esconder, me hizo admirarlo aún más.

Se pasó una mano por el cabello rizado, un gesto inconsciente, y luego me miró.

—Esto es... increíble —dijo con voz baja, casi reverente.

—¿Verdad? —sonreí, sintiendo el pecho cálido—. Por esto vale la pena luchar. Cada vez que veo escenas como esta, recuerdo por qué estamos aquí.

Kerem desvió la mirada, volviendo a observar el césped, justo cuando una niñita de rizos corría tras un perrito con tres patas. Su sonrisa se amplió, pero había algo más: una mezcla de admiración, ternura y... algo más profundo. Tal vez emoción. Algo que tenía que ver con Rosemary y la complicada relación entre ellos.

—¿Es por esto que mi madre luchaba tanto, verdad? —preguntó, aún mirando a la niña reír mientras el perrito le lamía la mejilla.

Asentí, sintiendo un nudo en la garganta.

—Con todo lo que tenía. Decía que lugares así dan esperanza a quienes lo han perdido todo. Estos niños no tienen padres. Los perritos fueron abandonados. Aquí tienen un hogar.

—¿Y qué pasaría con ellos si el alcalde demoliera este lugar? ¿Tiene un plan alternativo?

—Ninguno. Para la gente dice que hay otro albergue en otra ciudad, pero Rosemary y yo investigamos y supimos que nunca contactó ese lugar. Además, ese albergue no acepta animales. No hay ningún plan. Separar a los niños de los perros sería romper un lazo que ya existe.

Kerem respiró hondo, como si esas palabras pesaran más de lo que quería admitir.
Entonces me miró, con una sonrisa pequeña pero sincera.

—Gracias por traerme, Norah.

—No hay por qué. Pero si quieres, puedes ayudar. Más tarde vamos a limpiar el refugio de los perros.

—Creo que puedo intentarlo.

Él no tenía idea de cuánto significaba eso para mí. Kerem, tan intenso y reservado, estaba ahí, con el corazón abierto. Demostrando que, a pesar de su fuerza y presencia, también era capaz de sentir y preocuparse.

Luego comenzamos con las tareas.

Mientras yo organizaba los juguetes en la zona de niños, no pude evitar espiarlo desde el otro lado. Estaba con los voluntarios, arremangándose la camisa negra, revelando unos antebrazos musculosos y bronceados.

Con cada movimiento, los músculos se contraían de una manera que era difícil de ignorar. Sostenía las bolsas de comida como si fueran almohadas, cargándolas con una facilidad desconcertante mientras uno de los voluntarios corría para seguirle el ritmo.

Estaba tratando de concentrarme en mis tareas, pero terminé siendo atrapada con las manos en la masa por una de las mujeres que estaba ayudando con la organización. Martha, una mujer vivaz de unos cincuenta años, estaba de pie junto a mí doblando sábanas. Ella sonrió y susurró.

—Ese turco tuyo está para comérselo.

Casi se me cayeron los juguetes que tenía en las manos.

—¿Mi...? No, no... él no...

Intenté explicarme, pero vi que Kerem me miraba con su sonrisa ladeada, encantador, como si disfrutara ese trabajo físico.

—Kerem es solo un amigo —dije finalmente, sin convicción. El suspiro que dejé escapar al decir su nombre me condenó, al igual que el hecho de que todavía lo estuviera mirando.

—Amigo, claro. Por eso se miran así. Él está loco por ti. Y tú por él.

—¡Martha! —protesté, pero ella solo se encogió de hombros, riendo.

—No me meto, pero si quieres mi opinión... atrápalo y no lo sueltes. Es un partidazo. Trabajador, educado, y con esos músculos... ¿quién necesita más?

Me reí, sacudiendo la cabeza, pero no pude detener el calor que subió a mi cara. No ayudó que, incluso después de regresar al trabajo, no podía sacarme de la cabeza la imagen de Kerem, luciendo valiente, sudando ligeramente y sonriéndole a la gente como rara vez lo vi hacerlo.

Realmente se sentía bien en ese lugar.

Después de trabajar, llegaba el momento que más esperaba al ir a esa ONG: tirarme al césped con los niños y los perros. Invité a Kerem a hacer lo mismo y fue encantador verlo tan amable y gentil con los pequeños.

Nos sentamos en el césped, y pronto un cachorro inquieto -una bolita de pelos dorados con la cola moviéndose sin parar- corrió directamente hacia Kerem. El pequeño se lanzó sobre su regazo sin pensarlo dos veces, como si lo conociera de toda la vida.

Se adueñó de su atención, incluso empujó con la cabeza a uno de sus hermanos que también intentó acercarse. Saltó hacia la cara de Kerem y le dio una lamida que le sacó una risa.

—Es insistente, ¿eh? —dijo Kerem, pero estaba claramente encantado. Lo sostuvo con cuidado y lo acercó a su rostro—. Qué travieso eres, amiguito.

El cachorro le respondió lamiéndole la barbilla, lo que provocó una carcajada en él. Era un sonido raro, y me quedé mirándolo un

momento sin darme cuenta de que estaba sonriendo.

—¡Tío Kerem! —gritó uno de los niños, sosteniendo una pelota de tenis—. ¿Sabes jugar?

—¡Claro que sí! —respondió con entusiasmo, fingiendo lanzar la pelota hacia un lado.

Los perros corrieron en la dirección equivocada, pero enseguida se dieron cuenta del truco cuando él la lanzó hacia el lado contrario. El cachorro que estaba con él saltó como si tuviera resortes en las patas, corriendo lo más rápido que podía tras los más grandes.

En poco tiempo, estaba completamente inmerso en el juego, corriendo tras los niños, fingiendo ser un monstruo que intentaba atraparlos mientras ellos gritaban y corrían en círculos. Lo vi levantar a una niña sobre los hombros, girándola suavemente mientras ella reía como si estuviera en una montaña rusa.

El cachorro no se quedaba atrás. Trataba de seguir a Kerem en cada movimiento, saltando a sus piernas o intentando robarle la pelota directamente de la mano. Cada vez que Kerem se agachaba para acariciarlo o recoger la pelota, el perrito movía la cola tan rápido que parecía que iba a despegar.

—Nunca vi a Pepper tan animado —comentó una de las voluntarias a mi lado, mirando la escena.

—¿Pepper? —pregunté.

—Así llamamos a ese cachorrito. Llegó tímido, temeroso de todo, y ahora míralo. Parece que encontró a su héroe.

Sonreí al ver a Kerem agachado en el césped, rodeado de niños y con Pepper otra vez en el regazo, lamiéndole la cara como si fuera lo más importante del mundo. Tal vez Pepper no era el único que pensaba así.

El cielo ya estaba teñido de tonos dorados y rosados cuando Kerem y yo salimos de la ONG. El sol comenzaba a ocultarse tras las colinas, pintando el horizonte con un espectáculo que parecía hecho a medida para cerrar el día. Entramos en el coche en silencio, pero era un silencio cómodo, como si los dos estuviéramos absorbiendo todo lo que ese día nos había dado.

Nos detuvimos frente a mi casa, y él apagó el motor. Ninguno de los dos se movió para bajar, y fue él quien rompió el silencio.

—Gracias, Norah —dijo con un tono bajo, casi un susurro—. Por llevarme allí hoy. Hacía mucho que no pasaba un día así… tan especial.

La sinceridad en su voz me tocó el alma, calentando algo dentro de mí que ni siquiera sabía que estaba frío.

—Me alegra que te haya gustado —respondí con una sonrisa —. Y estuviste increíble con los niños y los perros.

Él rió suavemente, apartando la vista de la carretera por un momento para mirarme.

—Ellos fueron increíbles conmigo. Y ese cachorro… creo que me robó el corazón.

Sonreí de lado, pero mi mente estaba en otra cosa. Decidí arriesgarme.

—¿Ahora entiendes por qué tu madre luchó tanto por ese lugar?

Kerem se quedó serio por un instante, con los ojos fijos en el horizonte.

—Sí. —Su voz era baja, pero segura—. Creo que, de alguna forma, ella sabía que ese lugar representaba esperanza para mucha gente… no solo para los niños, también para los voluntarios, para los

animales. Era su forma de hacer el bien en un mundo que a veces parece tan... equivocado.

Asentí, recostando la cabeza en el respaldo. Él hizo lo mismo. Nuestros ojos se encontraron, tranquilos, pero cargados de algo más profundo.

No quería que ese día terminara. Mis sentimientos por él eran demasiado fuertes y me impedían pensar que algo entre nosotros solo pudiera ser una aventura pasajera.

Nada más que eso.

Pero la verdad es que no me importaba. Quería a ese hombre, aunque luego se convirtiera solo en un recuerdo.

Aunque mi corazón se rompiera cuando él se marchara.

—¿Quieres pasar a tomar un café? —pregunté sin apartar la mirada de la suya.

Él sonrió levemente, y había algo en sus ojos verdes que me hizo sentir como si el tiempo se hubiera detenido.

—Me encantaría.

Bajamos del coche, y mi corazón latía más rápido de lo normal mientras abría la puerta. Kerem venía justo detrás de mí, y, casi sin darnos cuenta, nuestras manos se encontraron y se entrelazaron.

Sabía que algo había cambiado esa tarde.

Solo necesitaba entender qué estaba pasando de verdad. Especialmente con mi corazón.

CAPÍTULO 18



KEREM

—No prestes atención al desorden —dijo ella, algo avergonzada, mientras entraba y recogía unas cosas que estaban sobre la mesa del comedor.

Pero no estaba tan desordenado. Era una casa pequeña, aunque acogedora. Decorada con sencillez, pero todo estaba limpio y con esos detalles femeninos que le daban calidez.

Norah parecía algo nerviosa mientras se dirigía a la cocina, llegando incluso a tropezar, considerando su condición y el hecho de que caminaba demasiado rápido, sin prestar atención al camino.

Me quedé allí, observándola, y todo eso me pareció adorable.

Su torpeza, el modo en que trataba de ocultar los nervios, todo era tan... genuino. Era curioso, porque en teoría yo era solo una visita más, pero ella no me estaba tratando como a cualquier otro. Tenía algo en mente y, francamente, me moría de curiosidad por descubrir qué era.

Se movía de un lado al otro en la cocina, y cayeron algunas cosas.

—Lo siento, hoy estoy hecha un desastre —dijo en voz baja, riendo un poco, pero con algo de vergüenza.

Yo seguía ahí, con las manos en los bolsillos del pantalón, viéndola. Estaba tan concentrada que ni notó que me estaba acercando. Sus ojos seguían los estantes, abriendo uno tras otro, buscando algo que claramente no encontraba.

De pronto se detuvo y murmuró, fastidiada consigo misma:

No... encuentro el café. ¿Dónde carajo lo guardaste, Louise? —murmuró para sí misma, todavía de cara al armario.

Fue entonces cuando se dio vuelta y me encontró allí, justo detrás de ella.

Nuestros rostros quedaron a poca distancia, el aire se volvió denso, y la sonrisa que intentó forzar desapareció al notar lo cerca que estaba.

Apoyé ambas manos en la mesada, acorralándola suavemente. No fui agresivo, pero ya no podía fingir que no me sentía atraído.

—Puedo sobrevivir sin café —dije con un tono grave, casi juguetón, pero serio—. No vine por eso.

Ella parpadeó, sorprendida por la cercanía, y se quedó sin palabras.

Me incliné un poco más hacia adelante, sin romper el contacto visual. Por un momento, todo pareció detenerse a nuestro alrededor.

—¿Por qué me invitaste a pasar, Norah? ¿Qué es lo que realmente quieres? Pídelo... y te lo daré —susurré con intensidad.

—No... no sé... —respondió con voz baja, casi inaudible—. Ya no sé bien lo que quiero... —Tragó saliva, y yo me incliné más, rozando con mis labios ese punto de su garganta donde ese gesto se había hecho visible.

Ella suspiró, respirando hondo.

Si no sabes lo que quieres... —continué hablando, usando mis labios para deslizarlos sobre su piel, rozando muy suavemente, solo sintiendo la textura y dejándola sentir también. —Yo sí sé lo que *quiero*.

—Y… ¿qué… sería? —se le enredaron las palabras.

—Quiero que te olvides de todo a tu alrededor... que pierdas el control, hasta que, incluso cuando yo no esté, cada suspiro tuyo sea por recordar lo que te hice sentir. —Dibujé con la lengua una línea suave en su cuello—. Quiero tocarte de tantas maneras, Norah... quiero que te rindas entre mis manos con mucho placer. Porque sé cómo hacerlo.

—Mmm... —murmuró, completamente envuelta en lo que yo decía.

—¿Estoy alucinando? ¿O es algo que tú también deseas?

—Sí... es lo que quiero...

—Qué bueno saberlo... Entonces, si eso es lo que quieres, necesito desnudarte. ¿Puedo? —Pregunté con cuidado, esperando que ella tomara la decisión.

—Sí... puedes.

Con cuidado, sin apuro, levanté su blusa y se la quité. Debajo llevaba un sostén rosa delicado. Dejé caer al suelo la blusa mientras tomaba sus pechos con ambas manos, admirándolos. Eran firmes, suaves, hermosos.

Me gustaban así, pero quería verlos sin nada puesto, así que abrí el broche frontal y los solté, encontrando unos pezones rosados, ligeramente hinchados, esperando mis caricias.

Me agaché un poco, rozándolos con mi barba, lo que hizo que temblara. Luego los llevé a mi boca, usando mis manos para juntarlos lo más posible, jugando con mi lengua entre uno y otro, lamiendo y probando su resistencia a las caricias.

Norah soltó un gemido suave, y eso me animó a intensificar el contacto. Ella se arqueó hacia atrás, apoyándose con los codos en la mesada, con las piernas un poco temblorosas.

Con mis manos, desabroché su jean y bajé la prenda junto con su ropa interior.

En el momento en que puse mi mano sobre su clítoris y la escuché hacer un sonido deliciosamente erótico, comencé a perder el control.

El deseo de abrazarla se hizo más fuerte, y recurrí a su boca, porque necesitaba ese beso. Necesitaba saborearla y sumergirme en las sensaciones, mientras mis dedos continuaban explorando ese punto sensible entre sus piernas, que la hacía retorcerse.

La presión de nuestros cuerpos aumentó a medida que el beso se hacía más envolvente, más profundo, como si el mundo a nuestro alrededor se hubiera disuelto, dejándonos solo a nosotros dos en el centro de la escena.

Seguí moviendo mis dedos y los deslicé con más profundidad hasta que la penetraron, usando mi otra mano para abrir sus rodillas y traerla hacia el borde de la mesada. Todavía con nuestras lenguas en duelo, de la manera más deliciosa posible, como si lo hubieran hecho toda la vida, comencé a masturbarla con más fuerza, lo que la hizo gritar contra mi boca.

—¡Kerem! Dios... yo nunca...

Ella no terminó la frase, así que me aparté un poco, frenando el beso. Mantuve mis dedos dentro de ella, sin moverlos, solo esperando y observándola.

—¿Nunca te habían tocado así?

—No... —Suspiró profundamente. Sentí sus caderas balanceándose, buscando placer, y sonreí.

Pero antes de seguir necesitaba confirmar algo.

—¿Norah... ¿eres virgen...?

Ella abrió los ojos, sorprendida, y asintió tras un suspiro profundo.

—Lo soy. No me estaba guardando para nadie. Solo que nunca sentí esta conexión... hasta ahora.

—¿Conmigo?

—Sí. Contigo... con tus besos. Es la primera vez que siento que quiero más.

—¿Lo quieres? ¿Quieres que sea el primero?

Ella volvió a asentir. La ternura en sus ojos me conmovió.

Era hermosa. De una belleza tranquila, real. Su mirada era suave, vulnerable. La vida la había lastimado demasiado, pero aún tenía cierta esperanza en sus ojos. Había algo en ella que me atrapaba más allá del deseo.

Con mi mano en la parte de atrás de su cuello, la atraje hacia mí, tomando sus labios entre los míos una vez más y besándola un poco más suavemente.

Quería que el momento fuera aún más especial, así que la levanté, sin dejar de besarla, y me dirigí hacia un pasillo donde

supuse que estaba su dormitorio. Había solo dos. Norah me señaló cuál era el suyo y entré.

La coloqué con cuidado sobre la cama y la miré, completamente desnuda, con sus cabellos castaños extendidos sobre la colcha blanca. Sus mejillas estaban sonrojadas, y me sentí más emocionado que nunca.

Me saqué la camiseta, tirándola al suelo y Norah se lamió el labio cuando me vio. Sonreí sintiéndome deseado y me desvestí por completo, notando su reacción de sorpresa al ver mi miembro.

—Guau... —murmuró. —Eres hermoso. Todo. Y grande... *todo* grande.

Solté una risa grave. Norah era una tentación irresistible, no solo por su cuerpo, sino por su forma de ser.

Ansioso por tenerla, me acosté en la cama, doblando sus rodillas y colocando una almohada bajo su trasero, dejándolo elevado. Le abrí bien las piernas y me coloqué entre ellas.

—¿Te gustaría que te besara aquí? Con calma... y mucho cariño.

—Creo que sí…

—Entonces voy a hacer que acabes en mi boca, cariño. ¿Alguna vez lo has hecho? ¿Sola?

Ella asintió, luciendo un poco tímida, y yo sonreí de nuevo.

—Voy a mostrarte algo distinto. Voy a hacerte gritar como nunca antes lo has hecho. Cuando estés con otro hombre, me recordarás, entre tus piernas chupándote hasta que supliques por más.

Me sumergí entre sus piernas, chupando su clítoris con deseo, y ella estaba extremadamente abierta. La primera vez que lo hice,

chupándolo fuerte, dio un grito delicioso.

Su cuerpo comenzó a moverse en la cama, como pidiendo más y más.

Me atreví un poco más y llevé mi dedo a su raja, que cada minuto estaba más húmeda, penetrándola y llegando profundo, mientras hacía travesuras con su clítoris.

Haciendo rodar mis dedos, encontré su punto G. Ella era tan sensible que no me fue difícil darme cuenta que lo había encontrado, por la reacción en su cuerpo.

—¡Dios mío, Kerem! —dijo gimiendo.

—¿Es aquí donde quieres que te toque, hermosa? —pregunté alejándome un poco de su clítoris, al que ya era adicto.

—Sí, justo ahí.

Así que insistí. Usando otro dedo, no dejé de pasar por el punto exacto y la masturbé, mientras chupaba su clítoris.

Mantuve movimientos rítmicos en ambos puntos, combinándolos para que ella estuviera estimulada al máximo.

Sentí que todo su cuerpo se tensaba y ella gritaba más fuerte, arrastrando las palabras con el sonido de mi nombre, llegando al orgasmo y desplomándose en la cama.

—*Beni deli ediyorsun* —susurré.

—¿Qué dijiste? —murmuró, entre jadeos.

—Me estás volviendo loco. Nunca he visto a una mujer tan hermosa cuando acaba. La imagen de ti así... —Me puse de rodillas sobre la cama, gateando sobre ella—, podría volverme adicto. Quiero más momentos como éste.

—Yo también quiero.

Mientras la besaba una vez más, haciéndola saborear su propio sabor en mi lengua, posicioné mi verga en su vagina. La dejé allí, dispuesto a penetrarla, pero me aparté unos instantes.

—Mírame, Norah —dije, y ella lo hizo—. Te deseo tanto que mi cuerpo lo pide a gritos. No hay nada que quiera más ahora que sentirte, cada centímetro, cada respiración. Estoy ardiendo por dentro, pero quiero saber si tú también lo deseas.

—Estoy lista, Kerem. Quiero sentirte.

Asentí, comprendiendo que no podía dudar más.

Tanto, que tuve que contenerme lo máximo posible mientras me introducía dentro de su cuerpo, midiendo la fuerza y la forma en que me enterraba más profundamente, con toda la delicadeza posible, aunque sentía una necesidad de entrar hasta el fondo.

Ella apretó los dientes, visiblemente dolorida, y no me gustó esa expresión en sus ojos.

—No pares —suplicó, y continué, sintiendo cómo se desgarraba su himen.

Ella dejó escapar un gemido de dolor y clavó sus uñas en mi espalda, pero aguantó hasta que estuve completamente dentro de ella.

—No pensé que iba a... entrar todo —dijo ella, riendo.

—Es perfecto. Tú eres perfecta, *tatlılık.*

—¿Qué significa eso?

—Dulzura.

—Nunca me dijeron así...

—Quizás sea porque nadie te ha probado nunca... —Arqueé un poco mis caderas, empujando por primera vez, para probar. Ella todavía sentía dolor, pero fui lentamente, explorando, masajeando su clítoris, lo que poco a poco adormeció sus sentidos.

El placer iba creciendo en ella, lo podía sentir en sus ojos, y yo... mierda... apenas podía describirlo.

Cuando Norah dio el primer gemido de placer, comencé a empujar un poco más fuerte.

—¡Más, Kerem! ¿Puedes darme más? —preguntó, lo cual fue inesperado, y comencé a gruñir, loco.

—Te la puedo dar toda —La frase salió en un tono gutural y me sumergí más profundamente en ella, empujando hasta el punto en que tuve que agarrarme a la cabecera para ganar más impulso.

Ella gritó mi nombre y yo hice girar mi verga dentro de ella, sabiendo que tocaría exactamente el punto G que había descubierto antes. Pero de una manera más plena, más realizada.

—Nunca pensé que... que... ¡Oh, Dios mío! —dijo entre gemidos, y volví a sonreír.

—No siempre es así. No siempre.

Y también lo decía por mí. Había tenido muchas mujeres, pero la conexión no siempre había sido tan perfecta. Era como si los cuerpos se entendieran de una manera muy peculiar. Como si existieran formas, sabores y texturas perfectamente diseñadas para nosotros.

Fue como si Norah hubiera sido hecha para mí.

Pensando en esto, mi cuerpo daba señales de que no aguantaría mucho más antes de llegar al orgasmo, así que le di con

más fuerza, entre sus gruñidos y gemidos, que se entrelazaban como una armonía musical.

—Maldita sea, Norah... Voy a...

—Yo también...yo también voy a...

Afortunadamente.

Así que ella llegó primero y yo esperé un poco, agarrando firmemente la cabecera, como si eso me permitiera mantener el control.

Enseguida solté un rugido y acabé dentro de ella, fuerte, bajando la cabeza y mirando su rostro sonrojado y satisfecho, creyendo que era, en efecto, lo más bello que había visto jamás.

Estaba completamente perdido por ella. En ese momento estuve aún más seguro.

CAPÍTULO 19



NORAH

Sentí una sensación de plenitud que jamás había experimentado en mi vida, y una sonrisa se dibujó en mi rostro al intentar girarme… solo para descubrir que no podía. Un brazo musculoso y posesivo rodeaba mi cintura.

Era la primera vez que dormía con un hombre. La primera vez que despertaba así, acurrucada entre los brazos de alguien, por la mañana. Habíamos tenido sexo dos veces más antes de quedarnos dormidos profundamente, y yo me sentía un poco asustada.

No de un modo negativo. Es solo que... no esperaba sentirme así. No tan rápido.

No esperaba tener tantas ganas de entregarme a alguien que sabía que no estaba en Maple Creek para quedarse. Un hombre que venía de una clase social completamente distinta, con un mundo entero a su disposición.

¿Y yo? Yo no era nadie…

Solo una chica con una discapacidad, perdida en un pueblo pequeño y olvidado, sin un centavo en el bolsillo, con sueños que habían sido tragados por una realidad mucho más dura.

Aun así, ese hombre maravilloso había visto algo en mí. Algo que llamó su atención, que lo hizo desearme.

Cuando me giré para quedar frente a él, me di cuenta de que ya estaba despierto, con la mirada perdida en sus pensamientos.

—¿Qué pasa? —pregunté, temiendo que en su expresión se escondiera algo parecido al arrepentimiento.

—Si te digo que sigo pensando en el perrito...

—¿En Pepper?

—¿Así se llama? —Kerem alzó una ceja. Asentí—. Ese travieso realmente me robó el corazón.

—¿Y si vamos a buscarlo? Están en adopción.

Kerem sonrió y se incorporó en la cama. Aún estaba desnudo, y no pude evitar contemplar su torso, más musculoso de lo que imaginaba, con un abdomen tan marcado que daba vértigo.

—¿Y qué haría con él, Norah, cuando tenga que volver a Turquía?

Algo dentro de mí se contrajo al escuchar esa palabra. Turquía. Sabía que su partida era inevitable, tarde o temprano. Y una oleada de melancolía me envolvió. ¿Cómo podía estarme encariñando con alguien como él, sabiendo que en el fondo... no iba a quedarse?

Kerem notó la tristeza en mi mirada, y antes de que pudiera apartarme, tomó con suavidad mi mentón y me obligó a mirarlo a los ojos.

—Oye, no pienses en eso ahora —dijo en un tono sereno, casi como si supiera exactamente lo que sentía—. Aún falta mucho para que me vaya. Tenemos tiempo.

Intenté sonreír, pero algo se rompió dentro de mí. Era imposible ignorar las dudas que comenzaban a instalarse en mi cabeza.

—Está bien, pero... ¿y Pepper? —pregunté, en un tono de voz más bajo del que quería.

Kerem me miró, pensativo, como sopesando sus palabras.

—Podría llevármelo, si se diera el caso —dijo con tono tranquilo, pero firme—. Aunque sería complicado. El viaje, la adaptación... no sé si sería lo mejor para él.

Suspiré, sin saber si era por alivio o por frustración. Me dolía pensar en separarme de ese cachorrito tan dulce, pero más aún me dolía pensar en separarme de él. En el fondo, sabía que, al igual que el perro, él tendría que irse algún día.

—¿Pero crees que sería posible? —pregunté casi en un susurro, sin saber si hablaba del perro... o de nosotros—. Llevarlo contigo, si fuera necesario.

Kerem se quedó en silencio unos segundos, mirando al techo antes de contestar. Parecía estar eligiendo bien sus palabras.

—Haría lo que fuera necesario, Norah. —Volvió a mirarme, con esa intensidad que siempre llevaba en los ojos, pero ahora con un brillo distinto—. No soy de los que se rinden cuando algo vale la pena. Si lo vale... voy hasta el final.

Estaba completamente absorta en sus palabras, y supe que hablábamos de algo más que un cachorro. Hablábamos de decisiones. De futuro. De nosotros.

Pero tenía razón, todavía habría tiempo para preocuparse por eso.

—El amor... a veces compensa todo, ¿no? —dije, más para mí misma que para él, sin poder evitarlo.

Kerem me observó en silencio, sus dedos todavía acariciaban con delicadeza mi barbilla. La intensidad de su mirada me hizo sentir como si pudiera ver cada pensamiento, cada miedo, cada deseo oculto.

—Yo creo que sí —dijo finalmente, con una voz tan grave como honesta.

Lo miré a los ojos, preguntándome si él sentía lo mismo que yo. La duda estaba ahí, pero una parte de mí quería creer, quería tener esperanza de que, de alguna manera, nuestra conexión pudiera ser lo suficientemente fuerte como para superar cualquier distancia, cualquier obstáculo.

—¿Entonces qué hacemos? —pregunté, rompiendo el silencio.

Kerem sonrió. Esta vez fue una sonrisa suave, como si supiera que no hacía falta tener todas las respuestas aún.

Después de un momento de vacilación, Kerem finalmente tomó la decisión que de alguna manera había tenido clara durante algún tiempo. Me sonrió con una mirada suave y resuelta.

—Vamos a buscar a Pepper —dijo, como si ya no hubiera ninguna duda.

Volvimos a la ONG, donde encontramos al pequeño cachorro jugando con los otros niños y perros. La mirada del cachorrito, llena de energía e inocencia, hizo que Kerem se derritiera aún más, y pronto ya lo tenía en brazos, acariciando su pelaje suave como si ya fuera parte de nuestra vida.

El cachorro parecía tener una conexión instantánea con Kerem. Se acomodó en sus brazos como si ya hubiese encontrado su nuevo hogar.

Y yo... bueno, estaba tan feliz que me descubrí sonriendo como una niña, viendo al hombre del que me estaba enamorando acariciar con tanto cariño a ese animalito.

Volvimos a casa, con Kerem al volante y el perrito acurrucado en el asiento trasero, intentando acomodarse. Yo iba a su lado, intentando no mirar demasiado al cachorro para no parecer demasiado tonta. Pero no pude evitarlo. Era tan lindo...

Al llegar a la antigua casa de Rosemary, la imagen del cachorro causó una ola de reacciones.

—¡Trajiste un perro! —exclamó Zayd, con sus intensos ojos azules bien abiertos, claramente sorprendido—. ¿De dónde lo sacaste?

—De la ONG que nuestra madre protegía. Deberían ir un día. Hacen un trabajo increíble.

Esteban y Petrus, un poco más relajados, empezaron a jugar con el perro como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Esteban, alzándolo en brazos.

—Pepper —informé, mientras veía al cachorrito mordisquear los dedos largos del español.

—Pepper. Es un buen nombre —dijo él, sosteniéndolo por las patitas y alzándolo a la altura de sus ojos—. El tío Esteban ya te quiere, ¿sabes?

—¿Tío? —Zayd se sorprendió.

—Si fue adoptado por mi hermano, entonces soy su tío, ¿no?

Petrus rió y también acarició la cabeza del cachorro.

Zayd, siempre más reservado, no se dejó llevar por la emoción de los otros. Miró a Kerem con atención, con una expresión seria, como si realmente quisiera entender su motivación.

—Kerem... ¿estás seguro de esto? ¿No fue solo un impulso? —preguntó en voz baja pero firme—. ¿Qué harás con él cuando tengas que irte?

Kerem se detuvo un momento, mirando a Zayd, y luego se encogió de hombros, como si esa cuestión no tuviera importancia.

—Quizás fue un impulso —dijo Kerem con una sonrisa tranquila—. Pero nunca he hecho nada por impulso en mi vida, así que no me importa. Quiero quedármelo.

Me miró de reojo, y me pregunté, una vez más, si no estaría pensando lo mismo sobre mí: que había sido un impulso, pero que quería quedarse.

Todos reíamos mientras el pequeño Pepper corría de un lado al otro, tropezando con sus propias patitas y sacando carcajadas incluso a Zayd, que fingía ser el más serio. Fue entonces cuando Louise apareció, bajando las escaleras sosteniendo una enorme caja.

Petrus corrió a ayudarla, y ella soltó un estornudo fuerte justo al entregársela.

—Encontré esto mientras limpiaba el ático y... ¡ACHÍS! —otro estornudo la interrumpió—. Parece ser algo importante.

La mera mención de algo que venía del ático fue suficiente para despertar la curiosidad de todos. Los hermanos se reunieron rápidamente alrededor de la mesa, mientras Louise comenzaba a abrir la caja frente a ellos.

Kerem fue el primero en meter la mano, revelando lo que había sido guardado. Y lo que vimos hizo que todos quedaran en silencio por un instante.

Era una verdadera colección de recuerdos. Retratos de los cuatro hermanos en distintas etapas de sus vidas, desde la infancia hasta la actualidad. Había fotos arrugadas y otras cuidadosamente enmarcadas. Recortes de revistas, periódicos e incluso impresiones de páginas de internet que mencionaban algo sobre ellos.

—Esto es... —comenzó Zayd, tomando una foto suya en un evento de gala de hace años en su país natal.

—Es todo sobre nosotros —completó Kerem, sosteniendo un recorte de periódico donde aparecía junto a un político importante durante una visita a Turquía.

Esteban fue el primero en emocionarse. Parecía ser el más sentimental de los cuatro, y sus hermosos ojos almendrados se llenaron de lágrimas.

—Sabía que no le éramos indiferentes —murmuró, casi para sí mismo—. Ella nos amaba. A su manera.

Zayd, siempre escéptico, tomó un recorte donde aparecían los cuatro juntos en un evento. Frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Eso no prueba nada, Esteban. Coleccionar cosas sobre nosotros no significa que nos amara de verdad. Quizás solo era... culpa.

—¡Ni se te ocurra hablar así de ella! —Esteban se enojó, apuntándole con el dedo al hermano, que alzó las manos en señal de rendición.

—¿Pueden dejar de pelear? ¿Volvemos al tema? —Petrus intentó calmar la situación, y Zayd y Esteban se relajaron un poco.

Kerem, que hasta entonces había estado cabizbajo, aún sosteniendo una foto de él y Petrus jugando en la playa, parecía distante. Petrus, más directo, cruzó los brazos y lo miró fijamente.

—Nunca nos contaste toda la historia, Kerem. Sobre el accidente. Sobre por qué ella decidió no criarnos.

Kerem alzó la vista, y el dolor en sus ojos era evidente. Respiró hondo y se pasó la mano por el cabello.

—No es algo que me guste recordar —empezó, con la voz ronca—. Yo era el mayor. De alguna forma, siempre sentí que debía protegerlos. Y ese día… fallé.

—Kerem… no tienes que hablar si no quieres... —empecé, pero él puso la mano en mi hombro con ternura.

—No, puedo hacerlo. Ellos merecen saberlo.

Los otros hermanos guardaban silencio, y hasta Zayd, que normalmente mantenía un aire de escepticismo, parecía más atento que nunca.

Kerem cerró los ojos por un instante antes de continuar. Su voz era baja, pero firme.

—Yo era muy pequeño… Esteban aún era un bebé. Nuestra madre… ella estaba pasando por algo muy difícil. Cayó en una depresión profunda después de que nació Esteban. Durante los primeros meses, parecía ausente, como si estuviera atrapada en otra realidad. En cuanto dejó de amamantar, empezó a beber. Al principio, una copa por la noche. Luego, varias. Llegaba a perder el control...

Sentí un nudo en el pecho al oír eso. Era difícil imaginar a Rosemary, que había sido como una madre para mí, siempre atenta, siempre presente, pasando por algo así.

Kerem continuó.

—La mayoría de las noches, George venía a casa para cuidar de nosotros. Sabía cómo estaban las cosas. Creo que hacía lo mejor que podía… Pero una noche, él no vino. Mamá estaba bebiendo, como siempre, y nosotros…

Se detuvo un momento. Su voz se quebró.

—Estábamos en el piso de arriba. Esa noche se había cortado la luz. Recuerdo el sonido del vidrio rompiéndose cuando ella dejó caer una botella. Y yo había encendido una vela porque no quería que ella despertara en la oscuridad.

Kerem volvió a cerrar los ojos, como si estuviera viendo todo frente a él.

—La vela cayó. Encendió la cortina. Comenzó a propagarse el fuego. Yo… yo entré en pánico. No sabía qué hacer. Corrí a casa de la vecina. Pedí ayuda. Me miró… y dijo que no podía hacer nada. Que no era su problema. —Soltó una risa amarga, un sonido que me rompió el corazón—. ¿Sería irónico si te dijera que era la señora Morgestern? —me preguntó.

Negué con la cabeza. No esperaba otra cosa de esa mujer amargada.

—Volví a casa llorando, desesperado. Tratando de sacar a Esteban de allí. Pensaba que íbamos a morir todos, pero a mi edad, aún no entendía bien lo que era la muerte.

Esteban, que hasta ese momento parecía perdido en sus propios pensamientos, miró a Kerem con los ojos bien abiertos.

—¿Y entonces? —preguntó, casi en un susurro.

—Entonces llegó George. Por suerte… por milagro… llegó a tiempo. Pudo apagar el fuego antes de que se extendiera más allá

del cuarto en el que estábamos. Sacó a nuestra madre del cuarto, completamente inconsciente.

Kerem negó con la cabeza, con la mirada perdida.

—Después de eso, ella decidió que no tenía condiciones para criarnos. Dijo que nos amaba, pero que no era suficiente. Que estaríamos más seguros con nuestros padres, cada uno en su país. Luego recibió la herencia y empezó a viajar por el mundo. Me sorprendió saber que había tenido otros dos hijos… pero no se quedó con ninguno.

Zayd cruzó los brazos, con la mandíbula tensa.

—¿Y tú crees eso? ¿Que lo hizo por amor?

Esteban gruñó, listo para levantarse e irse contra el árabe.

—Creo que lo hizo por desesperación —opiné—. Los perdió de una manera para no perderlos de otra. Para no sentirse culpable por lastimarlos. Ella los amaba… mucho. Lo veía en sus ojos cuando hablaba de ustedes. Nunca duden de eso —dije, mirando a Zayd, que se quedó en silencio, sin valor para responderme.

Ninguno dijo más nada. La historia era pesada, pero no impidió que siguieran mirando la caja y perdiéndose en los recuerdos.

Pepper corría a nuestro alrededor, pero la tarde se volvió densa. Y, al mismo tiempo, liberadora.

La verdad no siempre era amable, pero sí necesaria. Y yo sabía que aún había mucho que esos hermanos necesitaban entender para poder encontrar el perdón… y encontrarse a sí mismos.

CAPÍTULO 20



KEREM

Me desperté con el aroma a panqueques y café. Si había algo más maravilloso para un hombre, yo no lo conocía.

Bueno... tal vez sí lo había. Dormir después de hacer el amor con una mujer hermosa, abrazarla toda la noche, sintiendo el perfume de su cabello contra mi pecho y…

¡Demonios! Esto estaba yendo demasiado lejos.

Di vueltas en la cama, empujando la almohada como si eso pudiera arrastrarme de vuelta al sueño. Los últimos (casi) dos meses pasaron por mi cabeza como un torbellino. Un torbellino increíblemente bueno, pero muy confuso.

Norah y yo estábamos viviendo como... ¿qué? ¿Una pareja? No le habíamos puesto un nombre, pero parecía eso. Nos turnábamos para pasar las noches en la casa de mi madre o en la de ella, aunque, sin duda, preferíamos la suya. Allí no había tres hermanos fastidiando, haciendo bromas sobre que "estábamos saliendo".

No es que le hubiéramos dado un nombre a nuestra relación.

"Relación." Solo la palabra ya me incomodaba.

No podía llamarlo aventura, porque Norah era mucho más que eso. Ella era... todo. Pero tampoco podía decir que éramos novios. Eso implicaba futuro, planes, algo que yo no podía prometer. En cuanto resolviéramos el asunto con mi madre -y gracias a Jaden, ya casi estaba resuelto- tendría que irme.

Esa idea me carcomía.

Todavía intentaba resistirme a salir de la cama, pero unas lamiditas me hicieron sonreír. Pepper ya se había despertado y había subido a la cama, como hacía casi todos los días, a pesar de que intentábamos prohibírselo.

Lo apreté contra mi pecho, y él movía la cola todo contento, como si yo también ya estuviera enchufado a 220 a esa hora.

El olor a panqueques se intensificó, arrastrándome al presente. Sonreí. Eso era algo que había aprendido sobre Norah: no sabía cocinar muchas cosas, pero su café era espectacular, y sus panqueques... curaban hasta el corazón roto.

—¿Tienes hambre? Porque yo sí —le dije al cachorro, le di un beso en la cabeza y me levanté.

Me puse mis pantalones cortos que estaban tirados en el suelo y salí del cuarto, con Pepper siguiendo mis pasos. Una canción antigua sonaba en el fondo, y cuando llegué a la cocina, ahí estaba ella.

Norah llevaba una camiseta vieja, el cabello recogido al azar, con harina en la cara y una sonrisa distraída en los labios mientras movía las caderas al ritmo de la música, cantando completamente desafinada.

Me detuve en el umbral, solo para mirarla. Ella era...

Demonios, era maravillosa.

Totalmente diferente a todas las mujeres con las que había estado. Era natural... era ella misma, sin miedo a serlo, aunque eso significara enfrentarse a todo un pueblo. No jugaba ningún juego, tenía una dulzura justa y un carácter encantador. Me hacía sentir cosas que hacía mucho tiempo no sentía.

Felicidad.

Y no sabía qué hacer con eso.

Norah dejó de cantar un instante y giró hacia mí, notando mi presencia. Su sonrisa se ensanchó, el tipo de sonrisa que te aprieta el pecho y enciende algo al mismo tiempo.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome? —preguntó, aún moviéndose al ritmo de la música.

Antes de que pudiera responder, alzó la mano e hizo un gesto con el dedo, invitándome a acercarme. Irresistible.

—Norah, no sé bailar —advertí, cruzando los brazos.

—Eso es porque nunca bailaste conmigo —respondió, guiñándome un ojo, y vino hacia mí.

Sus pies descalzos se deslizaron por el suelo, y antes de que pudiera negarme, sus manos atraparon las mías.

—Vamos, Kerem. No duele, lo prometo.

Debería haberme resistido. En serio. Pero... ¿cómo decirle que no cuando me miraba así?

—Esto es una pésima idea —murmuré, pero no hice ningún esfuerzo por apartarme. Porque ya me estaba sonriendo.

Ella también sonrió, acercándose más mientras seguía el ritmo de la música. Empezó despacio, guiándome como si fuera un alumno torpe, hasta que se echó a reír y deliberadamente frotó su cuerpo contra el mío.

—¿Esto es una provocación? Porque este tipo de baile sí me gusta. Pero vas a acabar en la cama —le susurré al oído, y ella giró, quedando otra vez de frente.

Me rendí. Me moví más libremente, hasta atreverme a girarla con las manos en su cintura. Norah rió sorprendida, y aproveché para inclinarla dramáticamente hacia atrás, sujetándola firme.

La música pareció desaparecer mientras sus ojos se encontraban con los míos. Todo quedó en silencio por un momento, hasta que mis labios rozaron los suyos, aún dudosos.

Ella sonrió contra mi boca y, antes de que pudiera pensar, me acarició la cara y me besó con sabor a miel, panqueques y...

Perdición.

Porque en ese momento, no quedaban dudas. Estaba perdido por ella. Y no quería ser encontrado.

El calor de su cuerpo me envolvió, mi piel se erizó y el corazón se aceleró. Su boca era suave, pero el momento, intenso. Una mezcla de ternura y deseo que hizo que reaccionara al instante.

Al principio, el beso fue tímido, como si ambos estuviéramos tanteando, pero enseguida lo profundicé, tomándola por la nuca y apretando su cuerpo contra el mío, levantándola por los muslos y sentándola sobre la mesa del comedor, donde ella ya había preparado algunas cosas.

Pepper nos observó curioso, pero enseguida se fue, como si supiera que necesitábamos privacidad.

—¡Kerem!

—Hoy me apetece un desayuno diferente...

Tomé la botellita de miel que ella había dejado para las panqueques, la abrí y unté un poco en mi dedo, llevándoselo a los labios. Norah lo atrapó con la boca, juguetona, insinuando que era mi pene.

Lo chupó hasta el fondo, haciéndome gemir de puro deseo.

Sacando mi dedo, puse un poco de miel en su labio inferior, chupándolo junto al mío, luego llevé mi lengua de nuevo a la suya, ahora ambas con el mismo sabor dulce.

Con manos pequeñas y ansiosas, Norah comenzó a quitarme la camisa, dando a entender ya que estaba lista para mí.

Hice lo mismo entonces, quitándole la camiseta vieja por la cabeza y dándome cuenta de que solo llevaba eso y sus bragas.

Sus firmes pechos ya tenían los pezones duros, apuntándome.

No perdí tiempo y le puse un poco de miel a uno de ellos, justo en la punta. Norah tembló porque había sacado la botella de la heladera y todavía estaba fría. La acosté sobre la mesa, con cuidado, dejando sus piernas afuera, con su culo justo en el borde, y me incliné, usando mi boca para capturar la miel, pero chupando con intensidad, lo que la hizo gemir fuerte.

—No sabía que podías ser aún más dulce...

Repetí el gesto con el otro pezón, chupándolo aún con más miel y llevando mi boca hasta abajo, por todo su vientre.

Mientras la besaba, desparramé miel alrededor de su ombligo, lamiéndolo también y trazando líneas imaginarias hasta bajar a su muslo, mientras le quitaba las bragas muy lentamente.

Me arrodillé, colocando sus piernas sobre mis hombros y acercándome con hambre al calor entre ellas.

—Estás lista, *tatlılık.* ¿Todo esto es para mí?

—S-sí... todo...

Tomé la botellita y unté uno de sus muslos con miel, capturándolo con mi boca, dejando pequeños mordiscos por toda esa parte sensible. Norah se retorció sobre la mesa, arqueando las caderas y suspirando profundamente.

Repetí el movimiento en el otro muslo, esta vez mordiéndolo con fuerza y chupando la carne tierna y suave. Me acerqué muchísimo a su vulva y casi podía sentirla latir, llamándome.

—Kerem... por favor...

—¿Por favor qué, cariño?

—Chúpame. Por favor...

Durante el tiempo que llevábamos juntos, yo había estado animando a Norah a ser más expresiva y menos inhibida durante el sexo. Ella era inexperta, nunca había tenido otro hombre y yo quería que supiera imponerse y decir lo que quería, lo que le gustaba.

Por mucho que me gustara tener el control en la cama, también me gustaba que me hablaran, principalmente porque era increíblemente sexy.

Hice un movimiento para cumplir con su petición, acercándome cada vez más, ya no usando miel, sino repartiendo besos alrededor, muy cerca de su clítoris, pero sin llegar nunca.

Norah gruñó y movió su cuerpo violentamente, casi intentando obligarme a ir a donde ella quería.

Me alejé un poco, tomando dos sillas de la mesa y poniendo sus piernas encima del respaldo de cada una, de manera que quedaran muy abiertas.

—No te muevas —le ordené con firmeza y ella levantó la cabeza.

—¿Qué vas a hacer?

No respondí nada, simplemente me alejé y volví a su habitación.

—¿Kerem?

—Te dije... que no te movieras. Si sales de ahí te daré una paliza.

Vi que se quedó con la boca abierta, así que sonreí y fui al cajón que estaba al lado de la cama, sacando un vibrador que había visto allí una de las noches que dormí con ella.

Cuando regresé a la cocina, con él en mis manos, sus ojos se abrieron de par en par.

—Fue un regalo de Deborah, pero nunca lo usé —confesó ella, nerviosa.

—Siempre hay una primera vez.

Ella se tensó, pero yo sabía que era momentáneo. Pronto estaría retorciéndose de placer.

Coloqué el vibrador en su entrada, haciendo que se deslizara fácilmente ya que estaba muy mojada. Entonces lo encendí, provocando ya un pequeño gemido de sorpresa en Norah.

Se veía tan linda empezando a descubrir su propio cuerpo.

Me agaché entre sus piernas, ocupándome de su clítoris, chupándolo mientras el vibrador hacía su trabajo dentro de ella.

Norah se retorcía, gimiendo cada vez más fuerte, gritando mi nombre, agarrando mis rizos entre sus dedos ansiosos, aparentemente incapaz de satisfacerse a sí misma.

Cuando comencé a sentir su cuerpo tensarse, saqué el vibrador y lo reemplacé con mis dedos, empujando profundamente, mientras seguía chupando su clítoris.

Seguí masturbándola hasta que gritó, cerrándose a mi alrededor mientras acababa deliciosamente.

Estaba tan loco por ver esa escena que simplemente me quité los pantalones cortos, me sumergí en ella y la penetré de una sola embestida. Mientras Norah tenía los ojos cerrados, todavía disfrutando de las sensaciones de su orgasmo, pareció sorprendida por la intensidad con la que la llené, hasta el fondo, y dejó escapar un gemido más fuerte, con los ojos muy abiertos.

—¿Te hice daño? —pregunté preocupado por la fuerza que utilicé.

—No... al contrario... dame más.

—Pequeña insaciable...

Tomándola de la mesa, me senté en una de las sillas y la coloqué encima de mí, sin separarme de ella.

—Esta silla no será lo suficientemente fuerte para sostenernos.

—Correré el riesgo.

Tomé la botellita de miel y volví a embadurnar sus pezones, arqueando un poco a Norah hacia atrás para acceder a ellos con mi boca, succionándolos nuevamente. La posición de su espalda

inclinada hacia atrás también nos producía sensaciones diferentes a ambos. Me hizo tocarla en lugares nuevos e inusuales.

Al mismo tiempo llevé mi mano a su clítoris, estimulándolo, haciendo que Norah experimentara varias sensaciones.

Ella gritaba de placer mientras la animaba a moverse encima de mí, con mis manos en sus caderas la agarré y la hice rebotar encima de mí.

Tirando de ella hacia atrás para que su espalda quedara recta en un ángulo de noventa grados, coloqué sus manos en el respaldo de la silla para que pudiera apoyarse.

—Rebota fuerte, nena. Cabalga mi verga.

Norah cumplió la orden, arqueando la cabeza hacia atrás mientras sus gemidos salían sin parar.

Yo tampoco podía dejar de gruñir, sintiéndome completamente salvaje con ella frotándose encima de mí. Agarré su cabello castaño, lo envolví alrededor de mi puño y lo tiré hacia atrás, liberando su cuello para poder besarla, usando mi lengua y lamiendo todos los puntos sensibles.

—Voy a... acabar. Kerem...

Genial, porque yo también estaba a punto de hacerlo.

Cuando comencé a sentir que se acercaba mi orgasmo, sentí que la silla se inclinaba un poco, como si una de sus patas hubiera cedido.

Se iba a romper, tal como había dicho Norah, pero no me importó. Nada me haría interrumpir ese momento hasta que ambos llegáramos.

Otra pata de la silla pareció ceder, pero Norah no se dio cuenta. Ella ya estaba acabando deliciosamente, y luego fue mi

turno.

Nuestros gemidos entraron en armonía, y cuando llegamos al clímax, la silla cedió por completo. Antes de que pudiéramos caer, tuve un rápido reflejo y me levanté, tomando a Norah conmigo y sosteniéndola con sus piernas entrelazadas alrededor de mi cintura, viendo cómo el objeto caía al suelo, con sus patas hechas pedazos.

Ambos reímos, desnudos en medio de la cocina, en esa posición, agradecidos de que Louise ya se hubiera ido a mi casa, a trabajar.

Mientras aún estábamos inmersos en ese momento incómodo, escuché mi teléfono celular sonar desde el dormitorio, así que bajé a Norah y agarré mis pantalones cortos.

Le di un beso rápido y fui a buscar el dispositivo, dándome cuenta de que era Jaden.

—Hola, Jade —respondí, y él respondió, con voz emocionada.

—Lo tenemos, Kerem. Voy rumbo a la casa de tu madre con todas las pruebas. Prepárense... Hoy Derby Maiden será desenmascarado.

Y aunque había esperado escuchar eso tanto tiempo... también era la señal de que pronto, Norah y yo tendríamos que separarnos.

Un sabor agridulce me llenó el pecho. Pero decidí dejar ese sentimiento para más tarde.

Primero... quería terminar el desayuno.

CAPÍTULO 21



NORAH

Nos vestimos rápidamente y salimos hacia la casa de Rosemary para reunirnos con los demás. George también llegó, agitado, y nos sentamos todos alrededor de la mesa del comedor junto a Jaden, el detective.

El ambiente estaba cargado. George se apoyaba en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Esteban tamborileaba con los dedos sobre la mesa, mientras Zayd mantenía su habitual semblante impasible, aunque se notaba que estaba igual de ansioso que todos nosotros. Petrus, que recién había apagado un cigarrillo, se recostaba en la silla, esperando.

Kerem, sentado a mi lado, permanecía en silencio, pero su mano tocó ligeramente mi muslo, como si quisiera darme tranquilidad… o dársela a sí mismo.

—Por fin —dijo Jaden, dejando sus cosas sobre la mesa—. Creo que vamos a cerrar este caso y a castigar al culpable.

—¿Existe entonces realmente un culpable? ¿Es una certeza? —preguntó Petrus.

—Sí. Ustedes tenían razón.

Un silencio denso se adueñó del ambiente. Jaden abrió la carpeta, esparciendo algunos papeles sobre la mesa. Parecía dudar, lo que solo hacía que la tensión aumentara.

—Tuve acceso a información importante sobre la autopsia de Rosemary —empezó, acomodándose los lentes—. Una persona de la morgue, que prefirió mantenerse en el anonimato, me mostró un informe preliminar. Ese documento, a diferencia del oficial, señalaba la presencia de una toxina en su cuerpo.

Sentí el aire estancarse en mis pulmones.

—¿Una toxina? —pregunté en voz baja.

Jaden asintió.

—Algo que se puede administrar de forma sutil y cuyos efectos fácilmente podrían confundirse con causas naturales. Ese informe fue reemplazado por otro, antes de que quedara archivado oficialmente.

—¿Reemplazado por quién? —preguntó Zayd con una voz tan fría que todos volteamos a mirarlo.

—Por el médico forense responsable. Rastreé sus movimientos y encontré un depósito considerable en su cuenta bancaria, poco después de la muerte de su madre.

—¿A nombre de quién?

—Anónimo, pero fue hecho a través de una agencia en la ciudad vecina, donde me estoy hospedando. Conseguí imágenes de las cámaras de seguridad de ese día. Vi a un funcionario municipal entrando y saliendo justo antes de que se registrara la transacción.

—¡Maldición! —exclamó Esteban, golpeando la mesa con fuerza.

—Hay más —continuó Jaden, sacando otro documento—. Hablé con personas vinculadas a la constructora interesada en el terreno de la ONG. Todas las evidencias apuntan directamente a Derby. Estaba en graves problemas financieros, debía favores a gente muy peligrosa. No podía permitirse fallar.

Mi corazón se encogió. Miré a Kerem, que parecía igual de perturbado.

—Entonces tenía un motivo —murmuró Esteban—. Y la frialdad para hacerlo. Maldito.

—El problema es: ¿cómo probamos todo esto? ¿Estas pruebas son admisibles en un juicio? —George estaba más tenso que todos nosotros juntos.

—Las envié a un abogado de confianza para analizarlas. Dijo que ya hay suficiente para presentar una denuncia formal. Derby será detenido, y los involucrados tendrán que declarar. Mi informe contiene todos los detalles.

—Entonces no hay dudas… fue él quien mató a nuestra madre —concluyó Kerem.

—Para la justicia todavía hay detalles que investigar. Pero para mí, como profesional, el caso está claro. Él la mató. O, al menos, dio la orden.

Zayd se levantó de golpe como un torbellino.

De todos los hermanos, él siempre fue el más resentido con Rosemary. El más sombrío, el más amargado. Aunque Kerem también cargaba con su parte de oscuridad.

Imaginé que Zayd reaccionaría con silencio, como siempre. Pero no. Fue el más impulsivo.

Se acercó a la pared y la golpeó con tanta fuerza que dejó una marca. Agarró un florero y lo estrelló contra el suelo, liberando su rabia. Estaba a punto de destrozar algo más, pero Petrus y Esteban se apresuraron a sujetarlo.

—Tranquilo, hermano… vas a terminar lastimándote —dijo Esteban con calma.

—¡Al diablo! ¡Nuestra madre fue asesinada! ¡No fue un infarto! ¡La mataron!

Zayd forcejeaba con ellos. Todos eran hombres fuertes, pero Zayd era casi un gigante. Kerem también tuvo que intervenir.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Coloqué mi mano sobre la de George, que estaba devastado.

Ninguno de nosotros dudaba de lo hijo de puta que podía ser Derby. Yo, en especial, fui víctima de su crueldad desde el accidente. Pero había sido tan meticuloso que casi se sale con la suya.

Rose había tenido episodios de arritmia en el pasado, pero estaba en tratamiento. Probablemente se aprovechó de eso para disfrazar el crimen.

Una mujer con antecedentes cardíacos… era fácil hacer parecer que murió por causas naturales.

Pero no fue así y estuvo a punto de quedar impune.

—Zayd, va a ir a prisión —dijo Kerem, con voz firme.

—¿Y si no? Sabemos que los poderosos se salen con la suya todo el tiempo.

—No vamos a permitirlo —afirmó Esteban.

—Claro que no. ¡Porque yo mismo lo voy a matar!

Zayd se soltó y se dirigió a la puerta, pero George se interpuso.

—Por respeto a tu madre, cálmate —ordenó con un tono casi paternal—. El culpable debe pagar, pero no así. Ella no querría verte preso.

Por cómo conocía a Zayd, esperaba que dijera algo sobre que a ella no le importaba, pero guardó silencio. Una única lágrima rodó por uno de sus intensos ojos azules.

Los otros tres hermanos se acercaron. Esteban fue el primero en abrazarlo. Luego Petrus. Kerem tardó un poco más, pero también se unió.

Los cuatro permanecieron abrazados, en silencio, en el centro de la sala.

Imaginé que donde quiera que estuviera, habría disfrutado viendo esa escena.



Dos días después

El día amaneció gris en Maple Creek, como si el cielo reflejara la tensión en el aire. Kerem y yo estábamos en el auto, estacionados frente a la casa del alcalde Derby.

Varias personas se habían reunido, vecinos curiosos que murmuraban y señalaban la imponente casa, que ahora parecía menos majestuosa, como si el peso de la verdad la aplastara.

Kerem estaba al volante, tamborileando con los dedos. Un gesto nervioso que ya conocía. El silencio entre nosotros era denso, cargado de expectativa.

Y entonces sucedió. Un patrullero se acercó lentamente, con las luces parpadeando, pero sin sirena. Otro vehículo, más discreto, se estacionó detrás. De él bajó Jaden, con una expresión tan sombría como el clima.

Se me cortó la respiración cuando los agentes salieron del coche de policía y se acercaron a la puerta principal. Golpearon con firmeza, con las manos ya posicionadas cerca de sus armas en caso de que ocurriera algo inesperado.

Kerem y yo bajamos del coche.

Ninguno de los hermanos vino. Esteban y Petrus se quedaron vigilando a Zayd, por si se le ocurría cometer una locura.

—Ahí viene… —murmuré, al ver la puerta abrirse con lentitud dramática.

Derby apareció. Aún llevaba una bata de seda azul y pantuflas elegantes, pero su cara lo delataba. Uno de los policías le tomó el brazo y le colocó las esposas. Luego llevó sus manos atrás de la espalda.

—¡Esto es un ultraje! —gritó Derby, sobre todo cuando vio que había público—. ¡Soy el alcalde de esta ciudad! ¡No tienes idea con quién estás tratando! ¡Soy inocente!

Lo observamos mientras lo escoltaban hacia el vehículo policial. Kerem soltó un suspiro largo.

—Por fin —dijo, aliviado. Pasó el brazo por mis hombros, y yo apoyé la cabeza en su pecho.

Cuando metieron a Derby en el auto, su mirada se cruzó con la mía. El odio que reflejaban sus ojos me hizo estremecer.

Estábamos por volver al coche cuando un grito nos detuvo.

—¡Ustedes!

Giramos. Era Frank, el hijo del alcalde, caminando hacia nosotros con el rostro rojo de furia. Sus puños temblaban.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que eran ustedes! —Nos acusó, deteniéndose a pocos pasos.

Kerem se colocó delante de mí, como un escudo.

—¡Mi padre es inocente! —gritó Frank—. ¡Esto es una conspiración absurda! ¡Ustedes lo inventaron todo!

—No inventamos nada. Hay pruebas concretas —contestó Kerem, firme—. Él mató a Rosemary. Y tú lo sabes.

—¡Mentira! —vociferó, casi fuera de sí—. Es un hombre íntegro, mucho más que cualquiera de ustedes. ¡Se van a arrepentir!

Dio un paso adelante, apuntando con el dedo en mi dirección, lo que me hizo retroceder instintivamente.

—Y tú… —gruñó, con los ojos encendidos de odio—. Tú las vas a pagar.

Antes de que hiciera algo más, Kerem le agarró la muñeca con fuerza, deteniéndolo.

—Eso no va a pasar —le dijo, lentamente, mirándolo con dureza—. Si vuelves a mirarla así, no vas a tener que lidiar con policías. Vas a tener que enfrentarte a mí. ¿Entendido?

Frank intentó soltarse, pero Kerem no lo dejó de inmediato.

—¡Suéltame! —exigió.

Finalmente, Kerem lo soltó, pero dio un paso al frente, dejando claro que no le tenía miedo.

—Será mejor que te vayas, Frank —le advirtió con voz grave —. Antes de decir algo de lo que realmente te arrepientas.

Frank nos miró con odio puro, su rostro transformado. Señaló una vez más, al aire, como una amenaza final.

—Esto no va a quedar así. ¡No va a quedar así!

Y se marchó, dejándonos allí.

Kerem dejó escapar un largo suspiro, frotándose la cara con la mano, antes de volverse hacia mí.

—¿Estás bien?

—Sí —respondí, aunque mi corazón seguía acelerado—. Gracias.

Él no dijo nada, pero me atrajo hacia él. envolviéndome en un abrazo firme y protector. Cerré los ojos, respirando su aroma familiar y permitiéndome, por un breve momento, sentirme segura en sus brazos.

Pero un pensamiento frío cruzó mi mente. Pronto, Kerem se iría. Ya no habría motivo para que se quedara en Maple Creek.

Yo me quedaría sola.

No habría Kerem para enfrentarse a Frank. Ni para protegerme.

No habría Kerem que baile conmigo en la cocina por la mañana, ni que me haga el amor por la noche. No habría panqueques con miel para el desayuno. Sin sus miradas intensas ni las raras sonrisas que parecía guardar para mí.

El pensamiento me hizo estremecer y sentí que sus brazos se apretaban un poco a mi alrededor, como si se hubiera dado cuenta.

—¿Tienes frío? —susurró.

—Un poco —mentí, sin tener el coraje de decir lo que realmente sentía.

Se apartó lo justo para mirarme a los ojos.

—Vamos a casa. Ya fue suficiente por hoy.

Asentí, sin decir palabra. Él abrió la puerta del auto.

Kerem rodeó el coche y se subió del lado del conductor, encendiendo el motor mientras yo echaba una última mirada a la casa del alcalde, con las luces todavía encendidas y la gente a su alrededor susurrando y especulando.

Sin mirarme, Kerem comenzó a conducir; el pesado silencio entre nosotros llevaba las marcas de todo lo que se había dicho y de lo que aún quedaba sin respuesta.

CAPÍTULO 22



KEREM

Sabía que el tiempo se había convertido en una inmensa cuenta regresiva.

No tenía que ver con mis ganas de volver a casa, por más que extrañara Turquía y a la familia que me quedaba allá. Eso podía esperar.

El problema era que el trabajo, no.

Cada día que pasaba, se hacía más difícil ignorar la realidad que me esperaba al otro lado del Atlántico. Mi teléfono no dejaba de sonar, lleno de mensajes de mi equipo y correos marcados como urgentes. En los últimos días, había estado aplazando todo, encontrando pretextos para retrasar mi partida. Pero se estaba volviendo imposible.

Uno de mis clientes más importantes estaba exigiendo mi presencia para una inspección, y ese era un problema que no se podía resolver a distancia. Mi deber estaba en Turquía, y yo lo sabía.

Aun así, dolía.

Maple Creek no era mi hogar, nunca lo fue, ni siquiera cuando viví allí de niño.

Pero había algo en ella…

Algo *en ella* hacía que pareciera que podría serlo. Desde que Norah entró en mi vida de forma tan inesperada, era como si hubiese encontrado algo que ni siquiera sabía que estaba buscando.

Y ahora, tendría que dejarla.

¿Y lo peor de todo? Ella lo sabía. Lo veía en sus ojos, en la forma en que evitaba mirarme cuando nos quedábamos en silencio. Como si aplazar lo inevitable pudiera hacerlo desaparecer. Era pragmática, tal vez casi tanto como yo, y los dos sabíamos que mi tiempo se acababa.

Me recosté en el sofá de la casa de mi madre, mirando el techo, tratando de encontrar las palabras para lo que estaba sintiendo. Era irracional, lo sabía. Mi futuro no estaba allí, con Norah, y ciertamente no en Maple Creek. Pero pensar en irme y dejarla sola para lidiar con todo el desastre... me oprimía el pecho de un modo que no esperaba.

Era el día de la partida de Esteban. La casa estaba en silencio, con el peso de la despedida flotando en el aire. Sabíamos que tenía que regresar a España por asuntos urgentes que no podían esperar, igual que yo.

Él trataba de que todo pareciera más liviano, como siempre, pero yo podía ver que había mucho más detrás de su sonrisa despreocupada. Sabíamos que esta despedida le iba a doler.

Nos reunimos en la entrada de la casa. Yo estaba allí con mis hermanos, en silencio, absorbiendo cada segundo, porque no sabía cuándo volveríamos a estar así. Nunca tuve mucho tiempo con ellos,

y aunque estuviésemos lejos de todo, de nuestras familias, países y vidas cotidianas, eso tenía un significado.

Esteban se acercó a mí primero, con los brazos abiertos. Sin decir una palabra, me abrazó. Fuerte, apretado, con esa intensidad tan suya. No hacían falta explicaciones. Sabíamos que la vida tomaría caminos distintos y que no siempre podríamos compartirlos.

Cerré los ojos por un momento, sintiendo la presencia de todos ellos a mi alrededor. Como si por un instante, todos los resentimientos y distancias se hubiesen disuelto.

Nunca fui un hombre sentimental. Pero juraría que esos tres meses me habían cambiado.

Esteban dio un paso atrás, me puso la mano en el hombro y me dedicó una sonrisa tranquila, como si fuera fácil decir adiós. Pero yo vi el dolor escondido en su mirada.

—Los voy a extrañar a todos —dijo, con la voz más baja—. Extrañaré la casa llena, las risas, decir tonterías y burlarme de ustedes.

Petrus fue el siguiente. Lo abrazó con fuerza, como si en ese gesto estuviera diciendo todo lo que las palabras no podían. Yo supe que se estaba conteniendo para no decir algo más.

—Cuídate, hermanito —murmuró Esteban, separándose para mirarlo una vez más.

Zayd fue el último. Siempre serio, siempre distante. Pero lo rodeó con un brazo y lo atrajo hacia sí.

Por supuesto, Esteban no podía irse sin soltar un comentario:

—¡Mierda, hombre! si quieres aplastarme, házmelo saber ahora mismo...

Todos reímos, y se separaron.

Esteban nos miró a cada uno, y sentí cómo esa despedida se me clavaba en el pecho. Sonrió una última vez, y no pude evitar sentir que sabía que ese momento significaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Nos necesitábamos. Y aunque la vida nos llevara por caminos diferentes, esos meses juntos serían algo que yo atesoraría durante mucho tiempo.

Se dio vuelta, caminando hacia el auto. George lo llevaría. Pero antes de subirse, miró hacia atrás una última vez. Supe que ese no era un adiós definitivo. Porque cuando se tienen hermanos, las despedidas nunca son para siempre.

Norah se acercó en silencio. Sus ojos no podían esconder la tristeza. No hizo falta que dijera nada para saber lo que sentía. Con un suspiro profundo, se lanzó a mis brazos, abrazándome con fuerza, como si quisiera absorber cada pedacito de mí antes de que me fuera.

La abracé también, sintiendo sus lágrimas mezclarse con mi piel. No era solo tristeza por la despedida, era el peso de lo que sabíamos que vendría. De la distancia que nos esperaba.

Besé la parte superior de su cabeza. Un gesto simple, pero lleno de todo lo que no podía poner en palabras. Y nos quedamos así, sin prisa, como si el mundo se hubiera detenido solo para nosotros.

La llevé al sofá, aún tomándola de la mano, como si así pudiera retenerla. Nos sentamos juntos, hombro con hombro. El silencio entre nosotros lo decía todo.

Norah respiró hondo, mirando al frente, como si estuviera ordenando sus pensamientos. Finalmente, u voz sonó baja, casi como un susurro.

—Tú también tienes que irte, ¿verdad?

Asentí. No quería decirlo en voz alta, pero ella merecía la verdad.

—Sí. Un cliente importante tiene un proyecto con problemas, y exige que esté allá en persona. —Suspiré, pasándome la mano por el pelo, como si eso pudiera aliviar la tensión que sentía—. He intentado postergarlo, manejarlo desde aquí… pero ya no es suficiente. Me necesitan en Turquía.

Ella no respondió enseguida, pero se giró hacia mí, buscando mi mirada, como si quisiera entender algo que iba más allá de las palabras.

—Sé que tienes tus responsabilidades, Kerem —dijo suavemente, aunque su voz sonaba resignada—. Solo… quiero que sepas que vas a hacerme mucha falta aquí.

Se me hizo un nudo en la garganta y no pude responder.

Me incliné hacia ella, le di un beso en los labios y me aparté.

Le acaricié la cara con mis nudillos, apartando un mechón de cabello que había caído sobre sus ojos. Observé la forma en que me miraba, como si tratara de descifrar lo que vendría después, y respiré profundamente.

—Norah —empecé, con la voz baja pero firme—, cuando termine todo allá… y tú también termines lo que tengas que hacer aquí… ¿quieres que vuelva a buscarte?

Ella abrió mucho los ojos, visiblemente sorprendida.

—¿Buscarme? ¿Cómo?

Sonreí levemente, pero mantuve mi tono serio.

—Podría ser solo una visita a Turquía —dije—. Pero si te gusta… podrías quedarte.

—¿Quedarme? —repitió, todavía intentando entender.

—Conmigo —añadí, con voz suave pero cargada de significado—. Podrías quedarte conmigo allá.

Norah parpadeó un par de veces, como si intentara procesar lo que acababa de decir. Miró hacia otro lado por un momento, mordiéndose ligeramente el labio inferior.

—Kerem… nunca pensé en vivir fuera del país. No sé… suena tan… —Buscaba las palabras— tan lejano a todo lo que conozco.

La miré con calma, sin presionarla, pero sin dejar de insistir.

—Pero siempre quisiste salir de Maple Creek, ¿no? —pregunté con voz suave pero lo suficientemente firme como para recordarle algo que ella misma había compartido conmigo.

Ella me miró, y sus ojos se suavizaron. Había tocado un punto importante.

—Sí, siempre quise. Pero esto es diferente. Es otro país, otra cultura, otro idioma… Es un salto enorme.

Asentí lentamente, comprendiendo lo que decía, pero sin renunciar a la idea.

—Tal vez sea justo el salto que necesitas —le dije—. No tiene que ser para siempre. Solo es una oportunidad, Norah. De ver el mundo, de vivir algo nuevo. Algo que mereces. Y yo estaré contigo. No te abandonaré en un país desconocido.

Ella volvió a apartar la mirada mientras sus dedos inquietos jugaban con una costura suelta del cojín. El silencio que siguió estuvo lleno de reflexión, hasta que ella suspiró y me miró.

—Lo pensaré, Kerem. Te lo prometo.

Sabía que era una gran decisión. Una que podía cambiar su vida entera. Y nosotros… solo llevábamos tres meses juntos.

Por mucho que conociera a mi madre, ella aún podía desconfiar de mí y del hecho de que tendría que depender de mí para todo, en un lugar desconocido, donde ni siquiera sabría cómo comunicarse.

Me incliné y le di otro beso en la boca, mi mano todavía descansaba sobre su rostro mientras la miraba.

—Es lo único que te pido —respondí con una sonrisa leve.

Pasaron tres días de pura agonía.

Cada momento era eterno. Esperaba su respuesta, sin saber si diría que sí… o si estaba buscando una forma suave de decirme que no.

Mientras tanto, empecé a preparar mis cosas. Cada paso me pesaba más.

La mañana de mi partida, el coche ya estaba frente a la casa. George, otra vez, me llevaría al aeropuerto más cercano. La escena era igual que la despedida de Esteban: maletas listas, silencio en la casa, y un nudo en el pecho. Ya me había despedido de Petrus y Zayd. Ellos también partirían pronto. Pero había algo que aún me retenía.

La estaba esperando.

Norah se estaba tardando, y mi corazón latía con fuerza ante la posibilidad de que no apareciera. Tenía las manos en los bolsillos, para disimular mi ansiedad.

—Ella va a venir, estoy segura —dijo Louise, también esperando.

Mis hermanos estaban tensos. Petrus se iría en una o dos semanas, y yo no sabía qué lo retenía… aunque la rubia que trabajaba con nosotros parecía una buena razón. Zayd seguía aplazando su regreso, porque sabía que, al volver, tendría que casarse.

Mientras pensaba, miré mi reloj por milésima vez. Mi respiración ya era entrecortada y me pasé la mano por el pelo como si eso pudiera cambiar algo.

Y entonces la vi.

Venía corriendo por la calle. Sus pasos eran desiguales por su discapacidad, pero constantes. Llevaba algo en los brazos. A Pepper.

El viento movía su cabello suelto, y nunca la había visto tan hermosa.

¿Cómo podría tener el coraje de dejar atrás a esa mujer?

Antes de que pudiera hacer algo, sentí el impacto de su cuerpo contra el mío, sus piernas rodeando mi cintura. Le entregó el perrito a uno de mis hermanos, y me rodeó con fuerza, atrapándome en un beso.

Un beso intenso, lleno de todo lo que no habíamos dicho. Urgente, desesperado. Sus manos subieron a mi rostro, sus dedos se enredaron en mi cabello, y yo la abracé con fuerza, sintiendo su calor, su corazón latiendo fuerte.

Cada movimiento era una mezcla de necesidad y promesa, una entrega completa que me hacía olvidar todo lo que me rodeaba. En ese momento ya no hubo despedidas, solo nosotros dos, como si el mundo entero pudiera esperar.

—¡Sí! —dijo, sin aliento, con lágrimas en los ojos—. Sí, Kerem. Quiero que vuelvas a buscarme. Quiero ir contigo. A donde tú vayas.

Mi respiración se entrecortó y el peso de los últimos días se disolvió en un alivio y una alegría inmensa. La sostuve cerca de mí, mis manos agarrando su espalda como si no quisiera dejarla ir.

Suspiré, aliviado.

—Volveré por ti, Norah. Te lo prometo.

Ella asintió, y en ese momento, todo pareció posible.

Mi promesa lo cambiaba todo. Mi partida era temporal. Pronto ella estaría conmigo de nuevo.

Y yo estaba seguro de eso.

CAPÍTULO 23



KEREM

Llegué a Turquía una mañana nublada. La brisa húmeda traía consigo el olor salado del estrecho, mezclado con el aroma del asfalto recién mojado. Apenas crucé la puerta del aeropuerto, vi a Cem, mi amigo de toda la vida y director de marketing de la empresa, esperándome. Su cálida sonrisa contrastaba con el clima gris del día.

—¡Al fin en casa, hermano! Pensé que no volverías nunca —exclamó, caminando hacia mí con pasos firmes. Me abrazó fuerte, con esas palmaditas amistosas en la espalda que, por un momento, hicieron más ligero el peso de las últimas semanas—. Espero que tengas hambre. Reservé el almuerzo en el lugar de siempre.

—Sí, tengo hambre —respondí, con una sonrisa leve.

Nos dirigimos al coche que ya nos esperaba, y pronto estábamos metidos en el tráfico de Estambul.

La ciudad estaba tan viva como siempre. Las calles estrechas rebosaban de gente; vendedores ambulantes ofrecían sus productos

con gestos apasionados, y las terrazas de los cafés bullían de conversaciones animadas.

Incluso dentro del coche, el movimiento exterior parecía latir a nuestro alrededor y cada detalle evocaba recuerdos familiares.

Pero en ese momento, todo me parecía lejano.

Mis ojos se perdían en el paisaje mientras pasábamos por lugares que conocía tan bien. Los minaretes[3] se alzaban contra el cielo encapotado, majestuosos e imponentes, y las cúpulas de las mezquitas brillaban con los últimos restos de lluvia. El estrecho que dividía la ciudad parecía un manto plateado, separando Estambul en dos mundos, tal como siempre dividió mi corazón.

Amaba mi país, mi ciudad. Siempre la amé. Desde que llegué aquí, después de vivir unos años con mi madre, me enamoré de todo lo relacionado con Turquía: su gente, su cultura, sus paisajes.

En ese momento, sin embargo, Estambul parecía más gris que nunca.

Faltaba algo, y sabía exactamente qué era. No era solo Norah, aunque su ausencia me pesaba como una piedra. Era la falta de mis hermanos también. De la energía que traían, de nuestras conversaciones alrededor de la mesa, de los recuerdos que revivimos juntos.

—¿Te preocupa algo? —preguntó Cem de repente. Había pasado casi todo el trayecto con su iPad, probablemente resolviendo temas de la empresa, pero no dejaba de prestarme atención.

—Simplemente estoy cansado del viaje —mentí, ajustando el tono de mi voz para sonar convincente.

Asintió, quizá creyéndome... o tal vez solo eligiendo no insistir.

Mientras avanzábamos, entendí que no era solo agotamiento. Era nostalgia.
Extrañaba a la familia que por unos momentos había hecho sentir pleno en Maple Creek. Y ahora, de vuelta a mi rutina, incluso rodeado por la magnificencia de la ciudad que tanto amaba, me sentía increíblemente solo.

Hasta al maldito perro ya empezaba a extrañar.

Con toda la prisa por venir a Turquía, lo dejé con Norah. Pero ella había prometido traerlo cuando finalmente se mudara. Mientras tanto, estábamos tramitando toda la documentación para que pudiera viajar.

Llegamos a Karaköy, una de las zonas más vibrantes de Estambul, con sus calles estrechas y aceras llenas de movimiento. El restaurante quedaba en una esquina encantadora, con grandes ventanales que ofrecían una vista impresionante del Bósforo.

Allí, el sonido de los barcos cruzando el estrecho y el aroma de especias de las cocinas cercanas creaban una atmósfera única. Al entrar, un camarero nos recibió y nos llevó a una mesa junto a la ventana. Ya sabía exactamente qué quería pedir: algo bien tradicional, para reconectar con casa.

—¿Qué vas a pedir? —preguntó Cem, pasándome el menú aunque sabía que no lo necesitaba.

—Adana kebab, obviamente. Y pide para acompañar —respondí sin dudar—. Lo necesito para sentir que estoy de vuelta de verdad.

El Adana kebab era un clásico: carne molida sazonada con especias, asada a la parrilla, servida con pan pita, arroz y cebolla con sumac.

La pide, una especie de pizza turca de masa fina y crujiente, cubierta con carne picada y quesos, era otro de mis favoritos.

Hicimos el pedido, además de una copa de vino blanco para acompañar. Solo una copa. Quería pasar por la empresa más tarde.

—Entonces, ¿qué pasa con el contrato de Arkadia? —pregunté, recostándome en la silla. Ese era el cliente difícil que me había sacado de Maple Creek.

Cem suspiró, dejando el iPad a un lado.

—El problema no es el contrato en sí, sino el cliente. Comenzaron a hacer exigencias extras cuando notaron que estabas fuera. Reclamaron inspecciones adicionales, reuniones presenciales... Se molestaron por tu ausencia.

—No me digas que están dudando de nuestras capacidades —repliqué, con un tono más duro del que pretendía.

—No creo que sea eso —respondió, eligiendo bien sus palabras—. Pero tienen expectativas muy altas. Son el tipo de cliente que quiere ver al dueño involucrado. Nosotros hicimos todo lo posible, pero se volvieron… difíciles.

—Ese es su problema. Nosotros entregamos calidad, y lo saben. No voy a inclinarme ante caprichos.

—Lo sé, Kerem. Pero hay que suavizar las cosas. Ganar este proyecto puede abrir muchas puertas. Y perderlo... bueno, prefiero no imaginarlo.

Suspiré, moviéndome en la silla.

El camarero llegó con el vino, y nos sirvió.

—Vamos a resolverlo —dije, tomando la copa y girándola antes de llevarla a la nariz—. Haré lo que sea necesario. Pero no toleraré faltas de respeto.

Tomé un sorbo, agradeciendo un poco de alcohol, porque no tenía ganas de enfrentar todo eso estando sobrio.

Después del almuerzo, fuimos directamente a la empresa. Apenas llegamos, me llevaron a una reunión con el cliente. Era un hombre de mediana edad, siempre serio y exigente, pero esta vez pareció más receptivo. El simple hecho de estar allí, comprometido a supervisar personalmente el proyecto, alivió parte de la tensión que mi ausencia había causado.

La reunión se extendió por horas: ajustes en cronogramas, discusiones de presupuesto…

Al terminar, me sumergí en otros compromisos. Perdí completamente la noción del tiempo. Solo me di cuenta de cuán tarde era cuando la mayoría del equipo ya se había ido, y el edificio estaba en silencio.

Volví a casa exhausto. Mi departamento estaba en Nişantaşı, una de las zonas más elegantes de Estambul, y era un verdadero refugio de lujo. Pero esa noche, pero esa noche hacía frío y estaba vacío.

Dejé mi maletín en el sofá y caminé hacia la ventana que iba del piso al techo y que daba a la ciudad iluminada.

Estambul de noche era una obra de arte viva: las luces de los edificios se reflejaban en el Bósforo como pequeñas estrellas, y las calles estaban llenas de vida.

Siempre había amado esta ciudad. Pero ahora, faltaba algo.

La vista era impresionante… pero no me daba paz.

Como si el brillo de las luces no pudiera llenar el vacío que habían dejado Norah, mis hermanos y hasta Pepper. Suspiré, apoyando la frente contra el vidrio frío, intentando encontrar consuelo en el caos ordenado que siempre fue mi hogar.

Aún perdido en mis pensamientos, escuché el celular vibrar. El nombre de Norah apareció en la pantalla, y algo dentro de mí se

encendió. La extrañaba. Como si solo su voz pudiera llenar todos los huecos.

Atendí enseguida, sin poder evitar la sonrisa que me nació.

—Hola, hermosa —dije, sintiéndome extraño al cambiar al inglés después de todo el día hablando en turco.

—Hoooola —respondió ella, con esa voz suya, aterciopelada —. ¿Cómo estuvo el vuelo? ¿Y la reunión?

Me dejé caer en el sofá, cerré los ojos un momento, solo escuchando su voz, y respiré hondo antes de contestar:

—Bien, pero más agotador de lo que esperaba —admití, con una ligereza que ni yo entendía—. La reunión fue buena. El cliente se calmó al saber que yo mismo voy a supervisar el proyecto. Pero aún hay mucho por hacer.

Se hizo un pequeño silencio. Y cuando habló otra vez, su voz sonó suave… cargada de una preocupación silenciosa.

—Yo sé que tienes mucho trabajo allá… pero solo quería saber si estabas bien. ¿Cenaste?

Sonreí al imaginar su preocupación.

—Todavía no. Compré algo de camino. Mi ama de llaves regresa mañana. La casa está vacía. Ya extraño tus panqueques.

La escuché suspirar del otro lado.

—Yo voy a extrañar todo —dijo, y mi corazón se apretó.

—Pronto estaremos juntos otra vez.

—Sí. Lo sé. Estoy ansiosa por eso. —Hizo una pausa, y oí un ladrido—. Ah, y Pepper también quiere saludarte.

Mi sonrisa se amplió, y me acomodé en el sofá, saboreando cada segundo de esa llamada. Deseando estar allí, junto a ella. Tocarla. Sentirla.

¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué estaba tan enamorado de esa mujer?

Era algo que solo el tiempo sabría responder.

CAPÍTULO 24



NORAH

Tres días sin Kerem se sentían como una eternidad.

Había pasado gran parte de ese tiempo preparándome para el viaje. Ya había tramitado mi visa electrónica (la visa necesaria para viajar a Turquía), había comenzado a empacar mis cosas, a separar mis ahorros y a ayudar a Louise a publicar un anuncio para encontrar una nueva compañera de cuarto.

También le había a George que necesitaría encontrar a alguien más para cubrir mi puesto, y comenzado con el papeleo para que Pepper pudiera viajar conmigo.

Sí, todo era un poco precipitado. Al fin y al cabo, la idea de Kerem era que yo conociera Turquía antes de decidir si quería quedarme, pero no podía permitir que las personas que amaba salieran perjudicadas por mi indecisión.

¿Y si terminaba quedándome tres meses allá, reservando mi lugar en la casa o en el bar, y luego decidía quedarme de forma

permanente? ¿Cómo harían George y Louise para cubrir mi ausencia?

No… yo iba a enfrentar mi decisión desde ahora. Y dejarlos libres para organizarse. Si cambiaba de opinión, había un mundo entero por descubrir.

Maple Creek no tenía por qué ser mi única opción en la vida.

Quizás la llegada de Kerem no era solo una revelación amorosa, sino un aviso del destino. Una manera en la que el universo me mostraba que podía tomar otro camino. Que no tenía por qué quedarme atrapada en una ciudad que nunca me trató bien.

Estos pensamientos revoloteaban en mi cabeza mientras ordenaba botellas y limpiaba el bar con una atención ausente. Mi mente estaba en otro lugar, dándole vueltas a la transformación repentina que estaba tomando mi vida.

Y, aunque todo daba un poco de miedo, también me sentía emocionada. Nunca había salido de los alrededores de Maple Creek, y la idea de viajar, aunque fuera solo por unos días, me parecía emocionante. También me encontraría con Kerem, así que sabía que en los próximos días no podría mantener la calma..

Incluso tenía el estómago un poco revuelto y lo poco que comía me dejaba con náuseas. Seguramente era por la ansiedad.

—Te noto un poco callada —comentó George, acercándose a la barra—. ¿Estás nerviosa por el viaje?

—Un poco. Todavía faltan más de dos semanas, porque hay muchas cosas que resolver.

—Imagino que un cambio así te tiene confundida…

—Sí, un poco. No porque tenga dudas, sino porque es todo tan nuevo... —George asintió como si lo entendiera perfectamente

—. Pero igual me preocupa dejarlos a ti y a Louise. No quiero que mi partida les complique la vida.

George se rascó la ceja, pero luego sonrió.

Desde que Derby fue arrestado, parecía más aliviado. Aún esperaban el juicio, claro, pero probablemente la carga de ver a ese hombre impune lo había mantenido más sombrío. El vicealcalde había asumido el poder, y había prometido que no se metería con la ONG, especialmente porque los cuatro hermanos Winstead la habían tomado bajo su protección y la estaban financiando y protegiendo.

—Pasó algo inesperado. ¿Te acuerdas de mi sobrino, Larry?

—¡Claro! —¿Cómo olvidarlo? Estudiamos juntos hasta los trece o catorce años, hasta que se mudó con sus padres.

Yo tenía un pequeño enamoramiento con él en la escuela, y él conmigo, pero nunca pasó nada. Temíamos arruinar la amistad.

—Recibí una llamada de él hace unos días diciéndome que necesitaría pasar algún tiempo en Maple. Tuvo un problema con su compañero de cuarto en Nueva York. Ahora tiene su propia empresa, que está creciendo, pero puede trabajar de forma remota. Esas cosas tecnológicas que yo no entiendo.

—Oh, eso es genial, George —Un problema menos en mi cabeza. George no iba a quedarse solo.

—Hablé con él ayer. Dijo que me puede ayudar en el bar mientras busco un nuevo empleado. Como su trabajo es flexible, no hay problema.

Esa noticia me trajo alivio. Todo parecía ir encajando. Ahora podía concentrarme en mi propia mudanza.

—Llega esta noche —avisó George, como si leyera mis pensamientos.

—¡Perfecto! —respondí, tratando de esconder la sonrisa que se me escapaba. Con Larry cerca, las cosas parecían menos aterradoras—. Gracias por avisarme, George. Me quedo mucho más tranquila sabiendo que no te abandono del todo.

—No pienses así. Igual nos las arreglaríamos.

Le sonreí y me alejé, dispuesta a terminar los preparativos antes de que Willow abriera.

De vuelta al trabajo, intenté enfocarme, pero la ansiedad no me dejaba. Y ese maldito nudo en el estómago tampoco. Seguía con esas leves náuseas, pero no al punto de hacerme correr al baño a vomitar.

Unas dos horas después, escuché el sonido familiar de las puertas del bar.
Levanté la mirada y vi entrar a Zayd y Petrus. Era una escena que esperaba ver cada noche. Siempre estaban ahí, como si me cuidaran. Esa presencia silenciosa me daba seguridad.

Me acerqué a ellos lista para servirles, forzando una sonrisa pese a mi mezcla de emociones.

—Hola, Norah —dijo Petrus, con su calma habitual, sentándose en el taburete. Zayd saludó con la cabeza, inspeccionando el ambiente, como siempre.

—Hola, chicos. ¿Cómo están? —pregunté, sirviendo sus tragos de siempre.

Petrus me miró con ternura, como si supiera exactamente lo que me pasaba por dentro.

—¿Alguna novedad? ¿Alguna presencia no deseada? —preguntó, refiriéndose claramente a Frank.

Por suerte, el bastardo estaba tan ocupado intentando probar la inocencia de su padre, que se había mudado temporalmente a la ciudad donde Derby estaba detenido, buscando algún vacío legal en los informes de Jaden. No había tenido tiempo para cumplir sus amenazas.

Y si regresaba… esperaba estar bien lejos de Maple Creek.

—No. Todo tranquilo.

—Si pasa algo, avísanos. Mientras estemos aquí, estarás bajo nuestra protección —afirmó Zayd con su tono serio, que ya había aprendido a valorar.

—Gracias —dije con sinceridad.

Zayd tomó un sorbo de su bebida y luego miró hacia una mesa en la esquina. Seguí su mirada y noté a una mujer sentada sola. Parecía un poco fuera de lugar, como si estuviera allí por accidente. Zayd frunció el ceño y había un ligero indicio de curiosidad en su rostro.

—Nunca había visto a esa mujer por aquí comentó—. ¿Sabes?

—No. No creo que sea de Maple Creek.

Ella tenía la cabeza gacha, jugando distraídamente con su teléfono, pero parecía un poco fuera de lugar. Ya la había atendido George, pero aun así sentía que debía acercarme a ella. Como el bar estaba tranquilo, la mujer parecía estar allí como si fuera una visitante solitaria.

—Voy a saludarla —le dije a Zayd, y empecé a caminar hacia ella.

Zayd la miraba con más atención de lo normal. No era para menos. Era una diosa.

Tenía el cabello largo, liso, que caía en ondas pesadas por su espalda. Llevaba jeans, chaqueta de cuero y botas que fácilmente costaban más que mi sueldo.

No era una figura común aparecer en un bar como ese. Por suerte para ella, estaba bastante vacío, de lo contrario los hombres habrían caído sobre ella como buitres.

Al llegar a la mesa, la mujer levantó la vista, sorprendida por mi acercamiento. Me miró un momento, dudando, pero luego sonrió con discreción.

Dios, era aún más hermosa de cerca.

Tenía los ojos claros, que contrastaban con su aspecto exótico. Probablemente tenía ascendencia de algún lugar que no podía identificar.

—Hola, ¿todo bien? —pregunté, amable—. Soy Norah. Pensé que podrías estar un poco perdida. Si necesitas algo, puedo ayudarte.

—Gracias. Me llamo… Farrah.

No dio muchos más detalles y también pensé que era mejor no preguntar. No es que no fuera agradable, pero no parecía muy abierta. También había una elegancia en sus movimientos que parecía casi hipnótica.

Lancé una mirada a los chicos, y ella hizo lo mismo. Entonces… algo estalló. Cuando sus ojos y los de Zayd se cruzaron, fue como una chispa eléctrica. Se sentía la tensión, el magnetismo, el deseo latente.

Farrah tragó saliva y me sonrió con incomodidad.

—¿Estás de paso?

—Ah… Me quedaré un tiempo.

De nuevo, sin detalles.

—Qué bueno que hayas pasado por aquí. Maple Creek tiene su encanto… aunque a veces parezca un pueblo detenido en el tiempo.

—Imagino que sí —respondió, mirando otra vez hacia Zayd, quien no le quitaba los ojos de encima.

Ambos eran intensos. Tanto es así que decidí alejarme sin decir nada.

Me dispuse a unirme a Petrus, que también había percibido algo en el aire, cuando me interrumpió la puerta que se abrió de nuevo y entró una versión del joven que había conocido cuando era adolescente, pero más masculino y mucho más alto.

—¡Norah! —exclamó, atravesando el bar a paso rápido. Me abrazó sin previo aviso, levantándome del suelo. Reí mientras me giraba un poco en el aire.

—¡Larry! —reí—. ¡No lo puedo creer! ¡Tanto tiempo!

—Muchísimo. Mírate… ¡No has cambiado nada! Sigues igual de hermosa —dijo, y me sonrojé.

—¡Gracias! Pero vos sí cambiaste. ¡Ahora tienes barba! —bromeé, y reímos—. George me contó de tu empresa.

—No es para tanto. Es una aplicación. Está apenas empezando, pero ya tiene mucha publicidad y usuarios. Ha ido creciendo exponencialmente. Quien sabe, quizá algún día se convierta en algo grande.

—No lo dudo.

Mientras hablábamos, noté cómo Zayd y Petrus nos miraban. No disimulaban su desconfianza. Sabía que no era por Larry en sí, sino por cualquier hombre que se me acercara.

Decidí evitar el drama. Lo tomé del brazo y lo llevé con ellos.

—Petrus, Zayd, quiero presentarles a alguien. Él es Larry, sobrino de George. Éramos amigos de la infancia. —Sonreí, esperando que eso calmara los ánimos.

Pero Larry tenía otros planes. Soltó una risa ligera y me miró divertido antes de girarse hacia ellos.

—Amigos porque así lo quiso ella —dijo con picardía—. Siempre estuvimos enamorados, pero Norah tenía miedo de arruinar la amistad.

Petrus y Zayd intercambiaron una mirada rápida. La tensión en el aire era palpable, pero a Larry no parecía importarle y mantuvo su sonrisa confiada. Yo, por otro lado, sabía que necesitaba cambiar de tema rápidamente antes de que la conversación tomara un giro aún más incómodo.

—La vida es curiosa, ¿no? Tú llegas… y yo me voy —le dije, cambiando de tema.

—¿Cómo?

—Me voy a Turquía por un tiempo.

—¿Qué vas a hacer allá? —preguntó Larry, levantando una ceja.

—Voy a encontrarme con el hermano de ellos —señalé a Petrus y Zayd con la cabeza.

—¿Están saliendo?

—Más o menos —respondí, pero Zayd me interrumpió.

—Sí, están. Y va en serio. Al menos para mi hermano —dijo en un tono protector que no dejaba lugar a la negación.

Y no era mi intención negarlo. De hecho, me alegró saber que Kerem me veía así.

—Bueno… espero que todo te salga bien allá —comentó Larry, pero ya no sonreía como antes—. Voy a hablar con mi tío y ver si puedo mudarme a su casa. Tengo las maletas en el auto. Con permiso.

Larry se fue bastante incómodo.

Pero no más que yo, que me quedé con el ambiente enrarecido que acababa de dejar.

Menos mal que todo fue un malentendido.

O al menos… eso quise creer.

CAPÍTULO 25



NORAH

No sabía si tenía que ver con el estrés del viaje y la mudanza, pero las náuseas no se me pasaban de ninguna manera.

Siempre eran peores por la mañana, pero luego se aliviaban un poco.

Además, me sentía bien en general, lo que me hacía pensar que debían ser solo nervios.

No tenía dinero para una consulta médica, así que confiaba en que mi cuerpo se equilibraría solo.

Pero, aparte de eso, había algo más que me sacaba de mi eje: Larry. No imaginé que sería tan insistente, incluso después de haber sido clara sobre mi decisión de irme a Turquía y vivir con otra persona.

Al principio, lo traté con el mismo cariño de siempre, como amigos. Al día siguiente de su llegada, lo llevé a dar una vuelta por Maple Creek para mostrarle los pocos cambios del pueblo. No le di ninguna señal de interés, pero, en lugar de desanimarlo, pareció animarlo… y las cosas empezaron a cambiar. Se volvió pegajoso, invadiendo mi espacio de una manera que me incomodaba.

Lo más difícil era aguantar las miradas de Petrus y Zayd. Siempre que me veían con Larry, incluso en situaciones casuales, les cambiaba la cara. Eso me ponía tensa, como si tuviera que justificar algo que ni siquiera yo entendía del todo.

Como si Larry no fuera suficiente distracción, la misteriosa Farrah también seguía apareciendo. Parecía estar en todos lados, paseando por la ciudad como si Maple Creek formara parte de un plan personal que yo no lograba descifrar.

Ya la había visto interactuar con Zayd. Él no era precisamente el más sociable, pero parecía tener cierta curiosidad por ella. Verlos juntos me generaba cierto alivio, como si esa presencia inesperada pudiera desviar la atención de Zayd sobre mí… y sobre Larry.

No es que yo tuviera la menor intención de traicionar a Kerem. Ni por un segundo.

Pero tener a tanta gente rondándome, cuestionando mis decisiones o complicando mi entorno, era agotador. Si Farrah lograba ocupar la mente de Zayd, para mí sería un problema menos.

El día del viaje se acercaba rápidamente, y Louise, siempre perceptiva, notó que necesitaba despejarme. Me sugirió salir a relajarnos un poco antes de mi partida. Maple Creek no era precisamente conocido por su gran vida nocturna, así que terminamos en el Willow, donde al menos el ambiente era familiar y las bebidas, decentes.

Elegimos una mesa cerca de la barra y nos acomodamos con nuestras bebidas. Ninguna quería amanecer con resaca, así que pedimos refrescos.

El bar estaba más concurrido de lo normal, pero curiosamente eso me tranquilizaba. Tal vez eran las risas y charlas lo que enmascaraba mi ansiedad.

—Entonces, ¿está todo listo para el viaje? —preguntó Louise, inclinándose con curiosidad.

—Más o menos —admití—. Faltan algunos detalles, pero ya está casi todo organizado, incluso lo de Pepper.

—¿Y cómo será? ¿Te vas sola o Kerem vendrá por ti?

—Él vendrá —respondí con una sonrisa ansiosa—. Volveremos en su jet privado.

—¡Guau, Norah! ¡Eso es muy glamoroso! —Louise soltó una carcajada, sacudiendo la cabeza—. Siempre supe que vivirías un romance de película, ¡pero no pensé que fuera tan literal!

Reí con ella, pero decidí cambiar de tema.

—¿Y tú y Petrus?

Louise parpadeó sorprendida, luego desvió la mirada y jugó con su anillo como si le diera vergüenza.

—¿Qué pasa con Petrus?

—No te hagas. —Le levanté una ceja, sonriendo con picardía —. Se creen muy discretos, pero yo sé que hay algo ahí.

Ella se rió con timidez y dio un sorbo a su copa antes de responder.

—Está bien… Tenemos una química tremenda, eso es innegable. —Suspiró, apoyando el mentón en la mano—. Me entregué, igual que tú con Kerem. Fue mi primer hombre.

Pero… no quiero atarlo aquí, Norah. Maple Creek no es su lugar. Y al mismo tiempo, yo tampoco me siento segura como para dejar todo e irme a Grecia. Petrus no parece del tipo que quiera algo serio. Nunca me ha hecho promesas.

La miré con ternura, entendiendo perfectamente ese dilema.

—Es complicado, ¿no? Apostar por algo sin garantías.

—Mucho. Pero no pienses en eso ahora. Lo tuyo será distinto.

—Igual tengo miedo.

—Kerem es diferente, Norah. Es serio, centrado. No es de los que juegan con los sentimientos.

—Espero que tengas razón.

—Seguro. —Me apretó la mano con fuerza, sonriendo con complicidad—. Estás por vivir algo hermoso, amiga. Deja el miedo atrás.

Louise siempre sabía cómo tranquilizarme, y por un momento, sentí que tenía razón. Tal vez debía confiar más… en Kerem, y en mí misma.

Acabábamos de pedir una porción de papas fritas con queso cuando vi entrar a Farrah.

Se veía incluso más fuera de lugar que la vez anterior, con sus ojos recorriendo el lugar como si buscara a alguien.

La observamos en silencio mientras buscaba una mesa. No había ninguna libre. Algo en su expresión vacilante me conmovió, y sin pensar demasiado, le hice una seña para que se uniera.

Farrah pareció sorprendida, pero aceptó, acercándose con pasos cautelosos.

—Espero no molestar —dijo en voz baja mientras se sentaba.

—Para nada —respondí con una sonrisa amable. Louise también sonrió, aunque estaba analizándola de arriba a abajo.

Farrah pidió algo de tomar, pero se notaba incómoda.

—Cuéntanos... ¿Te está gustando el pueblo? —intentó Louise, comiéndose una papa.

—Es agradable —respondió con una sonrisa tímida, pero sus ojos seguían recorriendo el lugar—. ¿Saben si Zayd vendrá hoy?

Louise y yo nos miramos. No es que dudáramos de su interés por el hermano árabe de Kerem, pero había algo más.

Bueno… no era mi asunto.

—Él viene siempre, aunque aún no llegó —dije, incómoda, y me levanté—. Ya vuelvo, chicas. Iré al baño.

Caminé hasta el pasillo que conducía al baño, entré y oriné. Me estaba lavando las manos, preparándome para regresar, cuando, al doblar la esquina hacia el bar, me encontré con Larry.

—Norah —dijo con una sonrisa cargada de intenciones.

Intenté esquivarlo, pero se movió rápido y me acorraló contra la pared.

—¿Qué estás haciendo, Larry? —pregunté, intentando mantener la calma, pero el corazón me latía con fuerza.

—Necesitamos hablar —dijo acercándose aún más, invadiendo mi espacio.

—¿Hablar?

—Sí. No puedo dejar que te vayas como si nada. No podemos fingir que no hubo nada entre nosotros. ¿Por qué elegirlo a él y no a mí? ¿Solo porque es rico?

—¿Qué...? Larry...

No tuve tiempo de decir nada más porque me agarró y me besó.

Fue tan repentino que me quedé inmóvil por unos segundos, atrapada entre la pared y su cuerpo. Me sujetaba las muñecas, impidiéndome moverme.

Murmuré indignada contra su boca.

—¡Larry, déjame ir! —Intenté apartarme. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, una mezcla de ira e incredulidad.

Con un movimiento brusco logré liberar mis brazos y sin pensarlo dos veces le di una bofetada en la cara.

—¿¡Has perdido la cabeza!? —le solté, con la adrenalina ardiéndome por dentro.

Larry se tocó la mejilla, atónito. Sus ojos se agrandaron como si recién entendiera lo que acababa de hacer.

—Norah… Perdón. No quería... —retrocedió, sacudiendo la cabeza, claramente perturbado—. No sé qué me pasó.

—¡Eso no es excusa! —le grité, temblando de furia—. ¡Lo que hiciste estuvo muy mal!

—Lo sé, lo sé… —se cubrió el rostro, respirando hondo—. Es que… he pensado en ti todo este tiempo, Norah. Desde que hablé con mi tío sobre mudarme, lo primero que pregunté fue por ti.

—Larry… —suspiré, intentando serenarme.

—Nunca dejé de pensar en ti. Desde que nos separamos de adolescentes me preguntaba qué habría pasado si hubiéramos tenido una oportunidad. Y ahora que te encontré, solo quería intentar…

—Estoy con alguien, Larry. —Mi voz salió firme, pero no cruel —. Tienes que respetar eso.

—¿Pero por qué él? —exclamó, como si no lo entendiera—. ¿Solo porque es rico?

Negué con la cabeza, sin creer lo que oía.

—No se trata del dinero —respondí, harta de justificar algo que no era su asunto—. Estoy enamorada de Kerem. Y tienes que respetarlo.

Se quedó quieto, con los hombros caídos, como si todo el peso de sus acciones lo hubiera golpeado de inmediato.

—Perdón, Norah. Fui un idiota.

—Sí, lo fuiste —afirmé sin suavizar nada—. Espero que no vuelva a pasar.

Pasé junto a él sin mirar atrás, con el corazón todavía agitado y solo deseando volver a sentirme segura.

No quise contarle nada a las chicas, para no armar un escándalo. Cuando volví, Louise estaba sola.

—¿Y Farrah?

—Zayd llegó y ella se fue con él.

—¿Juntos?

—Sí. Lo vio afuera y fue tras él.

—Vaya… esa sí que sabe cómo moverse.

Louise me miró mientras tomaba una papa y me la llevaba a la boca.

—¿Estás bien? Te ves algo pálida.

Dudé. Estuve a punto de contarle. Pero conociendo a Louise, iba a explotar. Y no quería arruinar la noche. Ya había pasado, y Larry parecía haberse dado cuenta de su error.

—Estoy bien. Solo... estrés por el viaje.

Ella asintió, me tomó la mano, y tratamos de seguir disfrutando la noche.

No me iba a quedar hasta muy tarde, porque al día siguiente tenía que llegar temprano al Willow. Era de mis últimos días y quería ayudar a George. Llegaría un cargamento de cervezas nuevas, y él tenía una consulta médica fuera del pueblo.

Aun así, decidí aprovechar al máximo con Louise, porque pensaba que pasarían muchos meses hasta que pudiéramos repetir

una noche como esa.

Qué equivocada estaba.

CAPÍTULO 26



KEREM

Las puertas de vidrio de la sala de reuniones se cerraron tras de mí, amortiguando la voz del cliente que aún hablaba con su asistente. Me pasé la mano por el cabello y solté un suspiro pesado.

La reunión había sido larga, llena de detalles, exigencias y pequeños ajustes que debían hacerse antes de cualquier aprobación final. Pero era imposible ignorar el peso de ese proyecto.

—¿Sigues con vida? —Cem apareció a mi lado con una sonrisa ladeada, acompañándome por el pasillo hacia mi oficina.

—Apenas —bufé—. Ese tipo es un perfeccionista. Quiere atención en cada detalle.

—Eso no es malo, Kerem —ponderó Cem, siempre estratega —. Un cliente así sabe valorar el trabajo cuando ve los resultados.

—Lo sé —asentí, empujando la puerta de mi oficina e indicándole que pasara conmigo—. Pero también consume mucho

tiempo. Y el equipo ya está al límite.

Cem se acomodó en una de las sillas frente a mi escritorio, cruzando los brazos.

—Tiempo y esfuerzo que valdrán la pena. Ya viste los números. Este proyecto pondrá a la empresa en un nivel completamente diferente.

—Sí, es un proyecto millonario —murmuré, más para mí, mientras observaba la pila de documentos sobre la mesa. No es que *İnşaat* [4] no haya participado en cosas aún mayores antes, pero este momento es ideal. Y no se trata solo del retorno financiero. Hablamos de visibilidad internacional, de atraer otros contratos del mismo calibre.

—Exactamente.

—Aun así, necesito que se desapegue un poco de mí. Tenemos gerentes competentes que pueden asistirlo también. Estoy intentando convencerlo, y creo que poco a poco lo lograré.

Cem sonrió, satisfecho con mi respuesta.

—Eso es. Solo no olvides algo: tienes un viaje en pocos días.

—Lo sé —respondí, sin poder evitar que una leve sonrisa se dibujara al pensar en Norah.

—Y hablando de eso... —Cem arqueó una ceja, divertido—. ¿Estás listo para traerla acá?

—Listo o no, eso va a pasar —dije, con firmeza en la voz—. No estoy dispuesto a dejarla atrás.

Cem me miró un momento, evaluando mi expresión.

—Parece que la cosa es seria.

—Es seria —confirmé.

Él asintió, con una sonrisa breve, antes de levantarse.

—Entonces aseguremos que todo esté en orden para cuando lleguen.

Cuando salió, dejándome con mis pensamientos, tomé el teléfono y marqué el número de Zayd. Necesitaba saber cómo estaban las cosas en Maple Creek. Y, sobre todo, si Norah estaba bien.

El tono de espera pareció más largo de lo habitual, aunque quizá era solo mi ansiedad en aumento. Cuando atendió, su voz sonaba más sombría de lo normal.

—Kerem.

—Zayd, ¿cómo están las cosas por allá? ¿Alguna novedad con Norah? —pregunté directamente, intentando sonar neutral.

Hubo unos segundos de silencio. Me puse en alerta.

—¿Zayd?

—Ella está bien, pero... —titubeó—. Tengo una noticia complicada.

Sentí la tensión subir por mis hombros.

—¿Qué pasó?

—Hace unos días noté que ha estado pasando tiempo con un tipo nuevo en el pueblo, el sobrino de George.

—Sí, me lo mencionó por teléfono. Me dijo que le mostró la ciudad y eso.

—No sé si son solo amigos. Hay algo más entre ellos. El tipo es muy cariñoso, la abraza todo el tiempo, se comporta como si

fuera su novio. Y ayer... los vi en el Willow. Se estaban besando en un rincón.

—¿Qué...? ¿Estás seguro?

—Estaba ahí, Kerem. No es algo que quisiera ver, mucho menos contarte.

Me pasé la mano por la cara, sintiendo una mezcla de rabia y confusión.

—Entendido. Gracias por avisarme.

—¿Qué vas a hacer?

—Primero, necesito hablar con ella. Después veré.

—Está bien. Sabes que puedes contar conmigo.

Colgué y tiré el teléfono sobre el escritorio. Me recosté en la silla, tratando de ordenar mis pensamientos. Norah tenía algo que explicar, y necesitaba escucharlo de su propia boca.

Miré el reloj. Aún eran las cuatro de la tarde. Probablemente estaba en casa, ya que el turno en el Willow empezaba a las siete. Tomé el teléfono de nuevo y marqué su número.

Llamó. Una, dos, tres veces. Sin respuesta.

Volví a intentar.

Finalmente, alguien contestó.

—¿Hola? —la voz masculina al otro lado me descolocó.

Fruncí el ceño.

—¿Quién habla?

—Larry, el novio de Norah —respondió con un tono excesivamente casual—. ¿En qué puedo ayudarte?

Sentí la sangre helarse.

—Kerem. Estoy buscando a Norah.

—Se está bañando. ¿Quieres que le deje algún mensaje?

—¿No sabes quién soy?

—No, lo siento. ¿Debería?

Por un momento, el mundo se detuvo. No supe qué responder, ni cómo reaccionar.

Zayd tenía razón. Norah debía estar en la casa de ese hijo de puta… o peor: en su propia casa, en la misma cama en que se entregó a mí por primera vez.

Colgué. Dejé el teléfono caer sobre la mesa. Las manos me temblaban y el pecho me apretaba. ¿Qué mierda estaba pasando?

Me quedé ahí, mirando a la nada, intentando entender lo que acababa de escuchar. ¿Cómo podía ser posible?

Norah... *Mi* Norah.

Me pasé ambas manos por la cara, buscando claridad en medio del caos mental. Parte de mí quería llamarla otra vez, escuchar su voz, exigirle explicaciones. Pero sabía qué diría: "No sé de qué estás hablando, Kerem. Debe ser un malentendido." Y yo, desesperado como un idiota, terminaría creyéndole.

¿Pero por qué no simplemente terminó conmigo?

La respuesta llegó como un susurro en mi oído: Porque Norah quería usarme. Quería salir de Maple Creek, ese lugar que tanto

odiaba, y yo era su boleto de salida. Para ella, yo era solo una oportunidad. Un atajo.

Sentí un peso aplastante en mi pecho. No era la primera vez que veía que esto sucedía.

Mi madre.

Mi madre también había usado a mi padre, y a los padres de mis hermanos. Ella engañó a todos, viajó por el mundo, hizo creer a cada uno que estaba enamorada.

Tal vez yo era ciego, como mi padre, como los padres de Esteban, Petrus y Zayd.

Cerré los ojos, sintiendo cómo la ira crecía por dentro.

Reuní mi portafolio y mi abrigo con movimientos bruscos, casi arrancando la tela del respaldo de la silla. Al pasar por la mesa de mi secretaria, intenté contenerme, pero fue inútil.

—Reprograma el resto del día. Me voy a casa.

Ella levantó la vista, sorprendida.

—Señor Çelik, solo quedan dos reuniones. Puedo...

—Reprograma, Aslı. —Mi voz fue más áspera de lo que pretendía.

Ella dudó por un segundo, pero asintió. No le di tiempo a más preguntas. Caminé directamente hacia el ascensor, ignorando las miradas que probablemente me seguían.

Conduje como si estuviera en una carrera. No me importaban los semáforos ni los límites. Solo quería llegar.

Cuando finalmente crucé la puerta, apenas tuve tiempo de procesar lo que me rodeaba antes de que la rabia me consumiera.

Todo a mi alrededor parecía apretarse, asfixiarse.

Agarré lo primero que vi -un pequeño jarrón de cerámica- y lo lancé contra la pared. El estruendo me dio un alivio efímero. Después, un portarretratos vacío sufrió el mismo destino.

Los pedazos esparcidos en el suelo reflejaban el desastre que había dentro de mí.

Fui al minibar, las manos temblando. Llené un vaso con whisky y, antes de beber, me dejé caer al suelo, con la espalda contra la pared.

La bebida quemó al bajar por mi garganta. No me importó.

Era como si la rabia diera paso a un vacío absoluto, un agujero negro devorando todo lo que me quedaba.

—¿Por qué...? —Mi voz fue apenas un susurro.

La respuesta resonó en el silencio de la habitación: *Porque eres débil. Porque creíste en ella.*

Cerré los ojos, presionando el vaso contra mi frente, como si el vidrio frío pudiera calmar el torbellino.

No quería sentir esto. No quería dolor, decepción, traición.

Aún tenía el vaso vacío en la mano cuando el celular vibró en mi bolsillo unos cuarenta minutos después. Por un instante, consideré ignorarlo. Estaba agotado, vacío, y cualquier cosa me parecía demasiado.

Pero entonces vi el nombre en la pantalla: **Norah.**

Mi pecho se encogió. Por reflejo, casi atendí… pero algo dentro de mí lo impidió.

No estaba listo para más mentiras.

¿Qué dirá ella? ¿Quién me ama? ¿Qué extrañas? ¿Que ese hombre es solo un amigo?

Una carcajada amarga se escapó de mis labios, resonando en la sala vacía.

Necesitaba olvidarla. Olvidar sus ojos, su voz, el modo en que me hacía sentir que era el único que importaba en el mundo.

El teléfono volvió a vibrar, insistente… como ella.

—No. —Mi voz fue baja, pero firme.

Dejé el celular sobre la mesa y giré el rostro, negándome a mirar la pantalla.

El silencio regresó, pesado. Pero era mejor así. No podía contestar. No ahora. Tal vez nunca.

CAPÍTULO 27



NORAH

Sentada en el inodoro del baño de mi casa, tenía los ojos fijos en el palito que sostenía en la mano. Llevaba varios minutos ahí, mirando la pequeña pantalla.

La señal era clara. Positivo.

Estaba embarazada.

Embarazada…

Embarazada…

Embarazada...

La palabra martillaba en mi cabeza una y otra vez, como si mi cerebro necesitara repetirla hasta que al fin pudiera asimilarla.

Mi respiración era entrecortada. Necesitaba salir de ahí, pero el pánico me tenía paralizada.

—¿Norah? —la voz de Louise sonó del otro lado de la puerta —. Amiga, por favor, no me dejes aquí sin noticias.

Tragué en seco, incapaz de responder. Otro golpe leve en la puerta me hizo estremecer.

—Ya llevas un rato ahí… Estoy preocupada, ¿puedo entrar?

Respiré hondo, intentando recomponerme.

—Entra.

La puerta se abrió despacio, revelando a Louise con una expresión llena de preocupación. Dio un paso dudoso hacia el baño, y cuando me vio sosteniendo el test con las dos líneas positivas, su rostro cambió. Intentó disimular la mezcla de lástima y tensión.

—Oh, Norah... —sin pensarlo dos veces, se arrodilló frente a mí y me abrazó—. Todo va a estar bien.

Sus palabras deberían reconfortarme, pero solo sentía el peso aplastante de la realidad sobre mí.

—No va a estar todo bien, Louise. —Mi voz salió débil, casi como un susurro.

Me separé de su abrazo y salí del baño. Caminé hasta el sofá y me dejé caer como si mis piernas ya no pudieran sostenerme.

Louise me siguió y se sentó a mi lado.

—Kerem no me habla desde hace días —Las palabras salieron de golpe, como si necesitara escupirlas antes de ahogarme—. Ya debería estar organizando nuestro viaje, de venir a buscarme, pero... desapareció. No responde llamadas, ni mensajes...

—Puede que esté ocupado —dijo ella, aunque claramente ni ella lo creía.

—Incluso sus hermanos me están evitando —Crucé los brazos, intentando contener la presión en el pecho—. Como si hubiera hecho algo malo.

Louise suspiró, tomando mi mano.

—Tienes que hablar con él, Norah.

—¿Y decirle qué? —solté, con la frustración a flor de piel—. ¿Que estoy embarazada? ¿Que desapareció y que ahora todo lo que planeé se vino abajo?

Louise respiró profundo, manteniendo su mirada con firmeza.

—Norah, él tiene que saber del bebé. Aunque... —titubeó, eligiendo con cuidado sus palabras— aunque esté pensando en dejarte.

Esas palabras fueron como un golpe, un peso que cayó sobre mí con toda la intensidad de una cruel realidad. Sabía que Louise estaba siendo honesta, pero me dolió de una manera que no estaba preparada para manejar.

Sus palabras resonaron en mi mente y no pude sacudirlas. La verdad era que temía que Kerem fuera ese tipo de hombre: alguien que podría abandonarlo todo ante el primer obstáculo. Quería creer lo contrario, quería convencerme de que él realmente se preocupaba, de que había algo entre nosotros que era más fuerte que cualquier dificultad. Pero cada día que pasaba sin noticias suyas, esa duda solo crecía.

—Seguiré intentando llamarlo —dije con voz débil pero decidida.

Louise asintió, volviéndome a abrazar.

—Eso es lo que tienes que hacer. Eres más fuerte de lo que crees.

Louise me abrazó de nuevo, cuidándome como si fuera la hermana mayor que nunca tuve.

Pero ella tenía que irse a trabajar. Me prometió que intentaría averiguar algo a través de Petrus y Zayd.

Sola, me arrastré al dormitorio y me tiré en la cama, abrumada por mis pensamientos. Las lágrimas vinieron en oleadas, llevándose con ellas el miedo, la frustración y la angustia de no saber qué hacer.

Sentirme así, vulnerable y sola, me hizo cuestionar todo lo que creía saber sobre quiénes éramos Kerem y yo. Recordé los momentos que pasamos juntos, las sonrisas, la cercanía… pero en ese momento, todo parecía lejano, como si fuera solo un sueño que ya no podía alcanzar.

Él me había invitado a vivir con él en Turquía. Pero ¿cuánto de eso fue real? Yo había cambiado mi vida entera, hice planes sin tener una sola garantía.

Sabía que debía decirle que estaba embarazada. Pero solo pensar en enfrentarlo, en contarle la verdad, me paralizaba.

¿Y si no quería saber nada? ¿Y si me rechazaba? Las preguntas resonaban en mi mente mientras el peso de esa realidad me hundía cada vez más.

Me acurruqué aún más en la cama, hasta que Pepper llegó, se acomodó a mi lado y me abrazó con su pequeño cuerpo. Le devolví el gesto, encontrando consuelo en su calidez.

Las horas pasaron como un torbellino. Mi cuerpo dolía de tanto llorar, pero mi mente no paraba.

Pero pensar no ayudaría. Solo había una salida: hablar con él.

Ya caía la tarde cuando tomé valor.

Agarré el celular y marqué su número, con el corazón latiendo desbocado.

Una, dos, tres veces.

Ninguna respuesta.

Respiré profundamente y presioné nuevamente la opción de llamada. Una vez más, solo el sonido insistente del timbre del otro lado.

Lo intenté de nuevo.

Y otra vez.

Con cada intento, la esperanza se hacía más pequeña. El pecho se me apretaba más y más. Finalmente dejé el teléfono sobre la cama, mirando al techo mientras las lágrimas volvían.

No sabía qué más hacer.

Entonces, escuché un leve golpeteo en la puerta. Tardé en reunir fuerzas para levantarme, pero cuando lo hice, vi a Larry en el umbral. Sostenía una olla de sopa, el aroma cálido llenó el aire.

—Traje algo para ti. Louise me dijo que no te sentías bien —dijo con una sonrisa amable, aunque algo incómoda.

Lo miré fijamente por un momento, todavía absorbiendo la sorpresa de su visita. Parecía realmente preocupado, pero de alguna manera su presencia me hizo sentir un poco incómoda. Sin embargo, el olor de la sopa me recordó lo cansada que estaba, y la idea de comer algo reconfortante, aunque no fuera lo que quería, me hizo dar un paso adelante.

—Gracias, Larry —dije, forzando una sonrisa y dejándolo pasar.

Entró y colocó la olla sobre la mesa, quitando con cuidado la tapa, como si fuera un ritual de ofrenda de algo bueno.

—¿Qué tienes? —preguntó.

No sabía qué responder. No tenía ganas de hablar de lo que sentía, pero tampoco quería sonar tan distante. Larry parecía querer ayudar, y por extraño que pareciera, a veces ese intento de atención me proporcionaba un alivio temporal.

—Solo un malestar. Ya se me pasará.

No quería contarle nada sobre el embarazo. Solo Louise lo sabía, y seguiría así hasta que hablara con Kerem.

Larry no parecía convencido, pero no insistió. Sirvió dos platos y se sentó, como si todo fuera normal. Podría haber aceptado su oferta, pero mi cuerpo, mi mente, todo me decía que estuviera sola.

—Mira, realmente no esperaba visitas. Solo... necesito un poco de tiempo a solas —dije con amabilidad.

Pareció decepcionado, pero lo entendió. Puso las cucharas sobre la mesa y se alejó.

—Claro. Lo entiendo, Norah. Si necesitas algo, avísame —dijo, con una última mirada, como esperando algo más.

Lo acompañé hasta la puerta. Antes de salir, Larry rozó mi rostro con los dedos. Un gesto suave, pero que me incomodó profundamente.

—Cualquier cosa... cuenta conmigo —susurró.

Solo pude asentir con una sonrisa forzada. Cuando cerré la puerta, sentí alivio, pero también una soledad profunda.

Me acerqué a la ventana y vi a Petrus cruzando la calle. Su expresión era neutral, casi fría. Cuando nuestros ojos se

encontraron, solo hizo un leve gesto con la cabeza. Ni una sonrisa. Nada.

Volví a la cama. Era lo único que sabía hacer. Estaba tan cansada de llorar, que terminé durmiéndome.

Me desperté sobresaltada, mi cuerpo todavía estaba pesado por el cansancio, pero mi mente en total confusión. El celular vibró a mi lado.

Agarré el aparato con manos temblorosas, con los ojos todavía medio cerrados por el sueño, y vi el nombre de Kerem en la pantalla. Se encendió un rayo de esperanza, aunque sabía que quizá no era lo que quería oír. Tal vez me daría una explicación, una disculpa, algo que tuviera sentido.

Quizás finalmente tenía algo que decir.

Pero cuando abrí el mensaje, el shock fue inmediato. Las palabras, cortas y frías, me cortaron de un modo que no creí posible.

KEREM :

—No intentes llamarme más. Lo nuestro se acabó.

El celular casi se me cae de las manos y el aire parecía haber desaparecido de mi pecho. Me quedé quieta unos segundos, tratando de procesar, tratando de creer lo que acababa de leer. Pero no pude.

Quería gritar, quería preguntar por qué, quería entender cómo podía ser tan insensible.

La ira, el dolor, el abandono… todo me aplastó.

No sabía qué hacer pero no podía quedarme en silencio. Con las manos todavía temblorosas, respiré profundamente y escribí rápidamente, sin saber si eso haría alguna diferencia o si a él le importaría lo que tenía que decir.

NORAH

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

Presioné "enviar" y me quedé allí, mirando mi teléfono, esperando una respuesta. Sentí una opresión en el pecho y el silencio que siguió fue como una tortura. Cada segundo parecía arrastrarse y cuanto más esperaba, más ansiedad me consumía.

Necesitaba respuestas.

¿Por qué actuaba así?

¿Qué había hecho mal?

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, apareció la notificación. Mi corazón se aceleró, pero al leer la respuesta, sentí un dolor aún más profundo.

KEREM

—Nunca estaría con alguien como tú. Olvídame, porque yo ya te he olvidado.

Leí y releí esas palabras y una sensación de incredulidad me invadió.

¿Cómo pudo ser tan cruel?

¿Cómo pudo alguien que parecía preocuparse de repente descartar todo de una manera tan fría y distante?

Me sentí como si me aplastaran desde adentro hacia afuera, como si cada palabra fuera un cuchillo afilado.

El celular se me resbaló de las manos y cayó suavemente sobre la cama, pero el peso de esas palabras aún permanecía en mi pecho. Ya no podía respirar adecuadamente, mi cuerpo se convirtió en un peso inmenso. El llanto, que creía que ya se había secado, regresó con toda su fuerza y me acurruqué nuevamente en la cama, en posición fetal.

Ya no quería ver nada más, no quería releer esos mensajes ni lidiar con la dolorosa realidad. solo quería olvidarlo todo.

Estaba sola, perdida en un mar de tristeza y desesperanza.

CAPÍTULO 28



KEREM

Un año después

Era difícil creer que ya había pasado un año desde la muerte de nuestra madre. El tiempo parecía haberse estirado y encogido al mismo tiempo, como si el dolor hubiera ocupado tanto espacio que el resto del mundo se volviera irrelevante.

Después de vivir tantos momentos juntos, mis hermanos y yo acordamos que siempre nos veríamos al menos una vez al año. Organizaríamos nuestras vidas para poder alejarnos durante una semana y viajar para visitarnos.

Esa vez, el lugar elegido fue Turquía. Cada año iríamos al país de uno de nosotros, y luego haríamos viajes a otros destinos. Sería una forma de honrar su memoria, de la manera que más le gustaba: viajando por el mundo.

Habían llegado ese mismo día, cada uno en horarios distintos. Se alojarían en el mismo hotel, a pesar de que yo había insistido en que podían quedarse en mi departamento.

A todos nos gustaba tener privacidad. Por más que la convivencia en la casa de nuestra madre en Maple Creek hubiera funcionado, también fue caótica: cada uno con sus manías, costumbres y ritmos.

Habíamos quedado en cenar juntos, y decidí llevarlos a mi restaurante favorito de Estambul.

Estaba en lo alto de un edificio histórico, con una vista deslumbrante del Bósforo. Era el tipo de lugar que a nuestra madre le habría encantado conocer: elegante, con aire clásico y al mismo tiempo, lleno de personalidad.

Al entrar, el aroma de la comida turca con toques contemporáneos nos envolvió, y por un momento me permití creer que todo podría ser más ligero de lo que imaginaba.

Las paredes estaban revestidas en madera oscura, con lámparas de metal dorado colgando del techo, creando una atmósfera íntima. Las ventanas que iban desde el piso al techo revelaban la ciudad iluminada. Una música suave sonaba de fondo, perfecta para no interrumpir las conversaciones.

Elegí una mesa en la esquina, junto a las ventanas. Esteban fue el primero en sentarse, acomodando la silla con esa soltura natural que tiene, como si se sintiera en casa en cualquier lugar. Zayd, como siempre, lucía más tenso, con la mirada escaneando el lugar antes de sentarse. Petrus llegó último, con ese aire tranquilo suyo, regalándonos una sonrisa casi melancólica.

El camarero se acercó con los menús y nos saludó en turco, a lo que respondí con un gesto de cabeza. Ya sabía qué pedir, pero dejé que ellos eligieran con calma, mientras adelantaba el pedido del vino. Aproveché el momento para observar a mis hermanos. Todos parecían tan diferentes entre sí, pero al mismo tiempo tan conectados por las circunstancias que nos llevaron allí.

Habíamos estado en contacto constante, y sabía que sus vidas estaban en momentos muy diferentes en comparación al año anterior.

Esteban no había tenido grandes cambios, solo cuestiones laborales. Seguía siendo el mujeriego de siempre, y le sonrió encantadoramente a la camarera que nos atendió.

Petrus atravesaba un momento complicado: su padre fue diagnosticado con Alzheimer y le exigía un heredero y una prometida. Sabíamos que aún sentía algo por Louise, pero no había tomado ninguna decisión.

Zayd… Su situación era distinta. Algo había pasado con la prometida que le habían asignado, al punto de que se negó a casarse, incluso con la salud de su padre deteriorándose.

Y yo… Ni siquiera sabía cómo estaba mi vida. Todo parecía igual que antes de mi viaje a Maple Creek. Y eso era lo más doloroso.

A esas alturas, Norah ya debería estar viviendo conmigo. Tal vez estaríamos comprometidos, compartiendo tantas cosas...

Mierda, no quería pensar en ella. Mucho menos sabiendo que ese idiota de Larry seguía visitándola incluso después de nuestra ruptura.

Esteban fue el primero en romper el silencio. Colocó la servilleta en su regazo, se reclinó con una sonrisa fácil, esa que siempre parece esconder algo, y dijo:

—Realmente te superaste, Kerem. Este lugar… —hizo un gesto amplio con las manos—. Tiene ese equilibrio entre lujo y calidez, justo como a mamá le gustaba.

—A ella le gustaba el lujo… —comentó Petrus, riendo—. No nos veíamos tan seguido, pero cuando lo hacíamos, siempre quería

que la lleváramos a lugares sofisticados.

—Sí, pero no soportaba lo demasiado snob. Tenía ese toque único —añadió Esteban.

Ambos seguían hablando y yo solo sonreí con melancolía, tomando un sorbo de vino, asintiendo.

—Nuestra madre no solo amaría este restaurante —dije por fin—. Habría amado vernos así, juntos. Aunque no estuviera de acuerdo con la mitad de nuestras decisiones, nunca dejaría de intentar unirnos.

Zayd, que había estado en silencio, alzó la mirada del menú. Sus dedos tamborileaban suavemente sobre la mesa: una señal clara de que estaba más tenso de lo que parecía.

—Si estamos aquí hoy, es por ella. Aprovechemos esto. Dejemos los problemas de lado por unas horas, al menos.

Esteban soltó una risa corta, sin mucho humor.

—¿Tú diciendo eso, Zayd? ¿El mismo que casi explota por teléfono cuando pregunté por tu… situación?

—Esteban —le advertí con voz firme, antes de que dijera más, pero Zayd ya lo miraba con su mirada filosa.

—Si quieres hablar de problemas, Esteban, ¿por qué no empezamos por ti? ¿Cuántas mujeres engañaste este mes? ¿O ya perdiste la cuenta?

Esteban se encogió de hombros, con una sonrisa aún más amplia.

—Hermano, si ese es mi mayor pecado, creo que no estoy tan mal.

—¿No pueden llevarse bien ni siquiera aquí? —intervino Petrus, con su voz grave y molesta—. Estamos aquí por un motivo: mantener nuestra conexión. Si empezamos a pelear, será una pérdida de tiempo.

Hubo un breve silencio y aproveché para llamar al camarero y pedir las entradas. Necesitábamos algo para romper la tensión, y la comida siempre ayudaba.

—Kerem, estás demasiado callado —dijo Petrus, mirándome con curiosidad—. ¿En qué estás pensando?

Los miré uno por uno. Me conocían demasiado bien como para ocultarles algo.

Pero eso no significaba que tuviera que abrir el corazón de inmediato.

Estaba pensando en Norah, pero ellos no tenían por qué saber que no había dejado de pensar en ella ni un solo día en todo ese año.

—Solo pensaba en lo que dijiste, sobre mamá disfrutando de esta escena —mentí, con voz serena—. Y me preguntaba por qué no le dimos una oportunidad mayor. Tal vez, si hubiéramos estado más cerca, nos habría contado lo de Derby, y habríamos podido protegerla.

—No podemos culparnos por lo que pasó —dijo Zayd, muy serio.

—No, pero entiendo a qué se refiere Kerem —añadió Esteban —. A veces también me pregunto lo mismo. El hecho de que no confiara en nosotros lo suficiente como para pedir ayuda…

—A propósito... ¿sabían que Derby murió?

Al parecer era una información nueva, pues todos quedaron sorprendidos.

—¡No! ¿Cómo? La última noticia que supimos de él fue del juicio, donde fue declarado culpable —mencionó Zayd.

—No aguantó. Se suicidó hace unas semanas.

Esteban dejó escapar un silbido bajo, mientras Petrus se frotaba las sienes con expresión cansada. Zayd simplemente cruzó los brazos, con la mandíbula tensa.

—¿Entonces fue así? —dijo Esteban—. Por fin pagó lo que hizo… Pero eso no nos devuelve a mamá, ¿no?

—No, no lo hace —respondí con voz pesada—. Pero al menos ya no está para seguir haciéndole daño a nadie.

Petrus se inclinó hacia delante y sus ojos se fijaron en los míos.

—¿Y Frank? —preguntó Petrus con atención—. ¿Qué pasó con él?

Negué con la cabeza y dejé escapar un suspiro de frustración.

—No sé mucho. Después de todo, desapareció. Seguramente intenta rehacer su vida lejos de todo esto.

Zayd frunció el ceño y tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Eso no me tranquiliza. Puede estar tramando algo, sobre todo después de perder a su padre. Recuerdo que nos dijiste que te amenazó cuando arrestaron a Derby —dijo Zayd.

—Te amenazó a ti y a Norah… —agregó Esteban, que era el único que no creía que Norah me hubiera traicionado. Siempre defendía su versión. Hasta que un día le ordené que se callara.

Pero sus palabras fueron suficientes para alterar mi cabeza.

¿Y si Frank estaba molestando a Norah otra vez? ¿Y si no estaba segura?

Pestañeé varias veces, intentando sacarla de mi mente, pero era inútil. Norah siempre encontraba la forma de colarse en mis pensamientos. Y ahora, con esa mención de Frank, era imposible no preocuparme.

Ella tenía a Larry, me recordé con amargura. Él estaba ahí para protegerla. Ese pensamiento debería consolarme… pero solo aumentó el nudo en mi garganta.

—¿Kerem? —la voz de Esteban me trajo de vuelta. Me miraba con curiosidad.

—Estoy bien —mentí—. Solo pensaba en lo complicado que fue todo.

Ellos asintieron, cada uno atrapado en sus pensamientos, mientras la conversación cambiaba de tema. Pero para mí, el peso de lo que no se dijo seguía ahí, como una roca pesada que me arrastraba a un pozo de recuerdos y arrepentimientos.

Nos despedimos tarde en la noche. La cena y las charlas habían sido buenas, pero mi cabeza pesaba como si llevara una carga invisible. Por más que me hicieran bien, mis hermanos también eran un recordatorio constante de muchas heridas.

Volví a casa manejando despacio, disfrutando la calma nocturna de Estambul.

Pero entonces, al cruzar el hall del edificio, algo me hizo detenerme.

En el sofá, bajo la tenue luz de la recepción, una mujer dormía con un bebé en brazos. Estaba inclinada hacia un lado,

protegiendo al niño contra su pecho.

Se me cortó la respiración. Desde lejos, su figura me resultaba demasiado familiar, un recuerdo que había intentado enterrar durante meses.

Norah.

Mi corazón se aceleró y por un momento no pude moverme. Parpadeé unas cuantas veces y ya no miré en esa dirección, porque solo podía ser una impresión equivocada.

Era imposible.

Ella no *podía* estar allí.

Quizás era el alcohol o el cansancio jugando con mi mente. Decidí ignorarla y fingir que no había visto nada.

No podría ser real.

Caminé hacia el ascensor sin mirar atrás. Presioné el botón y esperé mientras el aire parecía volverse cada vez más denso a mi alrededor.

La puerta del ascensor se abrió y entré rápidamente, presionando el botón de mi piso. Pero antes de que las puertas se cerraran completamente, escuché una voz.

—Kerem.

Mis músculos se congelaron. Era una voz baja, agotada, pero inconfundible.

Volteé hacia el hall y ahí estaba ella. Norah. De pie, con el bebé en brazos, mirándome.

Pero ya era tarde.

Las puertas del ascensor se cerraron, dejándome solo. Y mientras subía, me quedé mirando mi reflejo en el metal frío.

Norah.

En Turquía.

Con un bebé.

Por un segundo, consideré presionar el botón de emergencia, regresar y enfrentarla. Pero no lo hice. Me quedé allí parado, mirando mi reflejo en el frío metal, mientras el ascensor subía.

¿Qué estaba haciendo ella ahí...?

Y más aún… ¿Qué demonios haría yo ahora?

CAPÍTULO 29



NORAH

Días antes

Entré en la tienda, empujando el cochecito con cuidado, decidida a buscar solo lo que necesitaba y nada más. Era la primera vez que salía con la bebé desde que le habían puesto las vacunas. Con apenas tres meses, todo seguía siendo demasiado nuevo para mí: salir sola, enfrentar las calles de Maple Creek, fingir que no escuchaba los susurros...
Por donde pasara, me estaban juzgando.

No es que no supieran que estaba embarazada, por más que intentara disimularlo al máximo. George me dejó en la parte administrativa del Willow y tomó mi lugar sirviendo a los clientes, para evitar que me miraran con esas expresiones juzgadoras. También evitaba salir de casa si no era estrictamente necesario.

Pero estaba cansada de privarme de mi vida por culpa de los demás. Y mi bebé no iba a ser una prisionera.

Necesitaba comprar algunas cosas, y nadie me iba a hacer sentir vergüenza por cuidar de mi hija.

La tienda de Maple's estaba razonablemente vacía, con esa atmósfera asfixiante de siempre. Maple Creek era demasiado pequeña para permitir privacidad. Mientras empujaba el cochecito por los pasillos, sentía las miradas arder sobre mí, desde clientes hasta empleados.

—Apuesto a que es hija de ese turco.

—O de uno de sus hermanos. Dicen que los sedujo a los cuatro al mismo tiempo.

Ni siquiera intentaban disimular. Una de ellas era, por supuesto, la Sra. Morgenstern. La reina del falso conservadurismo y de la moral de fachada.

Intenté seguir ignorándolos mientras me detenía frente a la sección de artículos para bebé, escogiendo lo que me faltaba.

—Pobre niña, una bastarda. Va a crecer sin saber quién es su padre —continuó ella, como si fuera su propósito del día provocarme.

Probablemente lo era. Desde el incidente con Kerem, en esa misma tienda, me miraba con más desprecio que antes.

Sin mencionar que me culpaba por la prisión y muerte de Derby, como si él no fuera el verdadero culpable.

Y ni siquiera fui yo quien lo denunció.

Pero desde que los hermanos Winstead se fueron, yo fui la única que quedó para cargar con el peso.

Iba a dejarlo pasar. Iba a seguir mi camino y fingir que no escuchaba. Pero no pude.

Me detuve en medio del pasillo. Mis dedos agarraron el mango del cochecito con tanta fuerza que me dolieron.

Esta vez, cruzaron el límite. *Mi hija.* Estaban hablando de mi pequeña Rose. La criatura más inocente, que no tuvo la culpa del caos en el que nació.

Levanté la cabeza y busqué el origen de las voces. Por supuesto que era ella. La Sra. Morgenstern, con su peinado perfecto y ese aire de superioridad con el que cree que la vida de los demás es un espectáculo público.

Estaba junto a una estantería de enlatados, hablando con otra mujer que parecía más interesada en el chisme que en las compras.

Caminé hasta ellas sin pensar. El corazón me latía con fuerza, pero no era miedo, era furia.

—Con permiso, Sra. Morgenstern —dije con la voz firme pero controlada.

Ella se dio vuelta, claramente sorprendida de que tuviera el valor de acercarme.

—Norah —dijo, sin molestarse en sonar amable. Ya habíamos superado esa etapa.

—Debe ser muy difícil controlar esa necesidad de entrometerse en la vida ajena cuando no se tiene nada productivo que hacer, ¿no? —Solté, con la rabia a punto de desbordarse.

Su sonrisa titubeó, pero la recuperó enseguida, poniéndose esa máscara condescendiente que tanto detestaba.

—Querida, no seas tan sensible. Nadie quiso ofenderte.

—Primero que nada, no me llames "querida". Y segundo... No me importa lo que digan sobre mí —interrumpí, con una voz tan filosa que la hizo parpadear—. Ya me acostumbré a las historias que

inventan. A las mentiras. Pero llamar bastarda a mi hija… eso no lo voy a tolerar.

Su rostro enrojeció, pero intentó mantener la compostura.

—Norah, sabes cómo habla la gente...

—Y usted es la directora del coro, ¿no? —rebatí, dando un paso al frente—. Quiero que quede claro, Sra. Morgenstern: mi hija no es una bastarda. Y usted no tiene derecho a hablar de ella como si lo fuera.

Abrió la boca para responder, pero no le di la oportunidad.

—Puede decir lo que quiera de mí. Llámeme promiscua, invente que seduje a medio pueblo. Pero si vuelve a hablar de mi hija, le aseguro que se va a arrepentir.

El silencio fue absoluto. Sentí otras miradas sobre mí, pero no me importó. Quería que entendiera que mi paciencia se había terminado.

Me di vuelta y regresé al cochecito. Mi hija dormía tranquila, ajena a todo. La miré, y una ola de protección me envolvió.

Su carita serena, las mejillas sonrosadas, las pestañas largas sobre la piel suave...
¿Cómo algo tan pequeño podía significar tanto?

Me agaché junto a ella, ignorando todo lo que me rodeaba. Pasé los dedos por su rostro con ternura. Su naricita, sus labios en forma de botón, esos deditos diminutos que a veces se enredaban en los míos.

—Tú eres mi razón de todo esto, ¿sabías? —murmuré, más para mí que para ella.

Sus ojos…

Dios, esos ojos eran como los de él. Profundos. Intensos. Ese verde imposible de olvidar. Cada vez que la miraba, era como si Kerem me estuviera observando desde su rostro. Y eso... eso me destrozaba.

Terminé mis compras lo más rápido que pude y me fui.

Al llegar a casa, el olor a café recién hecho llenó el aire, un aroma cálido que por un instante hizo que el peso del día se aligerara. George estaba en la cocina, apoyado en la mesada, hablando con Louise. Él se había vuelto aún más presente desde el nacimiento de Rose, tomando un rol casi de abuelo para ella.

Apenas me vio, sus ojos se iluminaron y vino hacia mí, extendiendo los brazos.

—¡Dame a esa preciosura! —dijo, tomando a Rose del cochecito antes de que pudiera decir algo.

Rose, ya despierta, sonrió encantada con la atención. George comenzó a hacerle esas muecas que tanto le gustaban. Suspiré, dejé mi abrigo sobre una silla y me senté junto a Louise.

Ella me miró con ese ojo clínico que solo ella sabía usar. Sus ojos azules parecían escanear mi alma.

Desde que los hermanos Winstead se fueron, ella había vuelto a tocar los fines de semana, pero Petrus la había contratado como asistente remota. Le pagaba bien, aunque el trabajo era demandante. Al menos trabajaba desde casa y me ayudaba mucho con Rose.

Aun así, cumplía su promesa de no contarle a su tío sobre mi hija. Kerem no merecía saber de esa niña tan preciosa.

—¿Qué pasó? —preguntó directamente, frunciendo el ceño—. Tienes cara de haber peleado una guerra allá afuera.

Me pasé la mano por el rostro, exhausta.

—Nada importante. Solo gente con la lengua más afilada que la conciencia —respondí con un suspiro—. La Sra. Morgenstern pensó que era buena idea llamar bastarda a Rose y perdí la paciencia.

George, aún jugando con Rose, dejó de hacer ruidos graciosos y me miró con el rostro endurecido.

—No les hagas caso, querida. Son solo personas amargadas —dijo, pero noté algo extraño en el aire. Había más.

Louise miró a George. Él pareció nervioso por un segundo y lo noté.

—¿Qué pasa? —pregunté, entrecerrando los ojos.

George suspiró, devolvió a Rose al cochecito con movimientos lentos, casi como si ganara tiempo.

—Hay algo que necesitamos contarte —dijo, sentándose frente a mí.

Me tensé inmediatamente, pero simplemente asentí, esperando.

—Frank ha vuelto a la ciudad.

Sentí un vacío en el estómago pero intenté mantenerme neutra.

—¿Volvió? ¿Por qué?

George y Louise se miraron, como decidiendo quién continuaba. Fue George quien habló.

—Está diciendo por ahí que volvió para... —Hizo una pausa mirando a Louise—. Para vengarse de ti, Norah.

El silencio que siguió fue absoluto. Las palabras quedaron suspendidas en el aire como una amenaza palpable.

—¿De mí? —repetí, incrédula.

Louise asintió lentamente.

—Anda diciendo que tú eres la razón por la que todo le salió mal en la vida.

Me reí. Un sonido seco, amargo.

—Claro, porque el problema no era su padre, ¿no?

George puso su mano sobre la mía, en un gesto protector.

—No te preocupes, Norah. Él no hará nada. Estamos aquí para ti.

Pero la verdad es que no fue exactamente así.

Desde el día siguiente mi vida se convirtió en un infierno.

Al principio eran solo rumores. Frank siempre ha tenido una habilidad casi artística para distorsionar la verdad y envenenar las mentes. Empezó a difundir historias por la ciudad, pintándome como una manipuladora que usaba a los hombres para conseguir lo que quería. La gente que ya me juzgaba se volvió aún más grosera.

Luego empezó a aparecer en los lugares que yo frecuentaba. Si yo estaba en la panadería, allí estaba él, sonriendo cínicamente, con palabras venenosas para cualquiera que quisiera escuchar.

—Mira quién está aquí —dijo cuando nos encontramos en la panadería. O probablemente me siguió—. ¡Nuestra ilustre Norah, la santa! Apuesto a que ni siquiera paga su pan con su propio dinero, debe salir de la cuenta de algún otro idiota al que engañó. ¿Qué te dieron para permanecer de su lado? Dinero y sexo, ¿verdad? Incluso tuviste una hija para llevar a cabo la estafa...

Al principio lo ignoré. Caminaba con el mentón en alto, como si sus palabras fueran viento. Pero él sabía exactamente cómo llegar a mí.

Frank también comenzó a seguirme. Si iba al parque con Rose, él aparecía a lo lejos, observando como una sombra no deseada. Una vez tuve la impresión de que realmente se acercaba al cochecito, pero cuando lo miré directamente, retrocedió con una sonrisa helada.

Luego los ataques empezaron a afectar mi casa. Primero había flores muertas dejadas en la puerta, con notas escritas a mano que decían cosas como: *"Nada permanece bonito por mucho tiempo, ¿verdad?"* Luego, durante la noche, arrojaron piedras a las ventanas, rompiendo los cristales y despertándome gritando. George incluso instaló cámaras, pero Frank fue cuidadoso y nunca dejó rastros claros.

Y luego estuvo la noche en que llegué a casa y encontré una caja abandonada en la entrada. Dentro había ropa de bebé quemada, acompañada de un simple mensaje: *"Deberías cuidarla mejor".*

Fue la gota que colmó el vaso. El miedo que había estado intentando mantener bajo control se desbordó y, por primera vez, lloré frente a Louise y George, admitiendo lo aterrorizada que estaba.

La solución no podía ser otra: necesitaba la protección de Kerem. No para mí, sino para Rose.

Frank era rico y podía encontrarme tan lejos como yo pudiera llegar. Pero no en Turquía. No bajo la protección de Kerem. Aunque me despreciara, no descuidaría a su hija.

Podría haber jurado que no sería tan cruel.

George y Louise me ayudaron con el pasaje. Lo compraron con sus ahorros. Juré que se los devolvería.

Y así fue como acabé en el departamento de Kerem, cuya dirección Louise me había dado a través de Petrus, sin decirle para qué lo quería.

Cuando la puerta del ascensor se cerró y nuestras miradas se cruzaron, simplemente recé para que al menos decidiera proteger a su hija.

CAPÍTULO 30



KEREM

La puerta del ascensor se abrió en mi piso, pero seguí allí, inmóvil.

Mi cuerpo estaba congelado, como si mi cerebro aún no hubiera procesado lo que acababa de ver.

Norah.

En Turquía.

Después de un año.

Intenté convencerme de que se trataba de un error, que mi mente me estaba jugando una mala pasada. Tal vez era el alcohol. Tal vez el cansancio.

Pero la imagen de ella con un bebé en brazos estaba grabada en mi cabeza. Demasiado nítida como para descartarla como una ilusión.

¿Por qué está ella aquí? ¿Por qué ahora?

Las preguntas se acumulaban en mi mente, pero ninguna tenía sentido. Me obligué a dar un paso fuera del ascensor, pero en vez de ir hacia mi departamento, presioné el botón para volver a bajar.

Cuando la puerta se abrió en el vestíbulo, ella aún estaba allí, sentada en el sofá, con el bebé dormido en sus brazos.

Norah tenía la cabeza baja, pero al oír el sonido del ascensor, levantó la vista.

—Kerem. —Su voz sonaba titubeante, casi como un susurro, pero me golpeó como un puñetazo en el estómago.

—¿Qué haces aquí? —Mi pregunta salió más áspera de lo que pretendía, pero no podía controlar el torbellino de emociones que me invadía.

Se levantó despacio, intentando no despertar al bebé, y vi el cansancio en sus ojos, algo que jamás había visto en ella. Norah siempre fue una mujer fuerte y valiente, pero en ese momento parecía... rota.

—¿Me dejas subir, al menos? —preguntó, mirando alrededor —. No quiero hablar aquí, donde cualquiera puede escucharnos.

Dudé por un instante. La idea de dejarla entrar en mi espacio me incomodaba, pero tampoco quería ventilar nuestra conversación frente a extraños. Además, había algo en su tono que me desarmó. Era diferente a todo lo que había oído antes de Norah.

—Está bien. Vamos. —Asentí con la cabeza para que me siguiera.

Ella acomodó al bebé, tomó el cochecito y entró conmigo al ascensor. La tensión entre nosotros era casi tangible, como un hilo a punto de romperse. Ninguno de los dos dijo una palabra.

Evité mirar al bebé. Mil cosas pasaban por mi cabeza, sobre todo por la edad de la criatura. Prefería esperar a que ella hablara primero antes de sacar conclusiones.

Cuando llegamos a mi piso, abrí la puerta y la sostuve para que pasara.

—Habla. —Crucé los brazos, intentando mantener una postura indiferente—. ¿Qué haces aquí, Norah?

Ella avanzó hasta el centro de la sala y se detuvo, con el bebé en brazos, como si fuera su escudo y su debilidad al mismo tiempo.

Norah dudó. Sus ojos evitaron los míos como si estuviera peleando consigo misma. Mi paciencia estaba al límite, pero antes de que pudiera presionarla, el bebé se movió y soltó un llanto fuerte.

Ella alzó la mano, pidiéndome que esperara, y caminó hacia el sofá. Sin pedirme permiso, se sentó como si fuera la dueña del lugar y comenzó a acomodar al bebé.

Yo me quedé ahí, como un idiota, mirándola.

Norah se abrió la blusa con una naturalidad que me excluía por completo, dejando al descubierto el pecho mientras sostenía al bebé con cuidado. La pequeña -concluí que debía ser una niña, porque estaba toda vestida de rosa- encontró enseguida lo que buscaba, y el llanto cesó, reemplazado por el sonido suave de la succión.

Y fue como un golpe en el pecho.

Por un momento, quise creer que el bebé no era suyo, que estaba ayudando a alguien, como ella siempre hacía.

Pero al verla amamantar, ya no había dudas.

Ese bebé era suyo.

Pero, ¿era mío?

Podría ser de otro hombre.

Podría ser de Larry.

La idea me atravesó como un puñal, provocando una ola de amargura que no pude contener.

Pero si fuera de él... ¿por qué vendría hasta aquí, hasta Turquía? ¿Por qué aparecer en mi edificio, sin avisar, en medio de la noche?

Nada tenía sentido.

Estaba tan aturdido que sentí que mis pensamientos estaban entrecortados, casi como si estuviera empezando a entrar en pánico.

Mi corazón latía tan fuerte que me tomó un segundo encontrar mi voz. Pero cuando hablé, lo hice sin pensar, con un impulso puro y crudo.

—¿Ese bebé es mío?

Norah alzó la vista, sorprendida. Sus labios se abrieron, pero no dijo nada de inmediato. El silencio era ensordecedor, cada segundo me aplastaba más mientras esperaba la respuesta que ya sentía en lo profundo de mi alma.

Mientras estas preguntas me atormentaban, los pequeños ojos del niño se abrieron nuevamente y encontré… los míos.

El mismo tono, el mismo brillo. Fue como mirarme en un espejo distorsionado, una versión en miniatura de mí mismo.

Mi pecho se apretó con la posibilidad, con la incertidumbre.

Pero en lugar de una confirmación, lo que siguió fue una explosión de indignación.

—¿En serio me estás preguntando eso? —su voz fue baja, pero cortante—. ¿Cómo puedes siquiera dudarlo?

No sabía qué responder. Mi mente daba vueltas, mi corazón latía con fuerza como si quisiera salir de mi pecho y apenas podía respirar.

—Norah... —mi voz fue débil, casi suplicante.

Ella negó con la cabeza, visiblemente frustrada, pero no dijo nada más. Ella continuó amamantando, con una calma que solo aumentaba mi ansiedad. Necesitaba respuestas. Necesitaba confirmación. Pero todas las piezas ya estaban allí, y encajaban inevitablemente en su lugar.

Aturdido, me senté en el sofá más cercano. Necesitaba algo a lo que aferrarme, algo que anclara el torbellino de pensamientos que me consumía.

Yo era padre.

La frase martilleó mi cabeza repetidamente con una fuerza casi paralizante. Miré a Norah, que todavía sostenía al bebé con tanto cuidado, y la ira empezó a filtrarse entre la conmoción.

—¿Por qué nunca me lo contaste? —pregunté con voz firme —. ¿Creíste que no tenía derecho a saber?

Ella levantó la mirada; sus ojos brillaban con una mezcla de dolor y enojo.

—¡Porque me trataste como basura! —escupió, con la voz temblando—. ¡Intenté, Kerem! ¡Intenté hablar contigo! Pero tú no quisiste saber. Me mandaste un mensaje diciéndome que nunca estarías con alguien como yo. ¿Qué esperabas que hiciera? Si no querías saber de mí... ¿por qué querrías saber de una hija mía?

Mis manos se cerraron en puños. La culpa comenzó a mezclarse con la rabia.

—¿Y ahora apareces aquí? ¿Después de todo este tiempo? ¿Por qué?

Norah terminó de amamantar con movimientos contenidos, ajustó la blusa, colocó a la bebé en el cochecito y me miró de frente.

—Porque no tenía elección. —Su voz era baja, pero llena de emoción—. No quería venir. No quería contarte nada de esto. Pero estoy en una situación complicada, y...

—Ajá... ¿La bebé es mía de verdad o solo estás buscándome porque necesitas algo?

Las palabras escaparon antes de que pudiera detenerlas, agudas y crueles. En el momento en que salieron, me di cuenta de mi error. Era obvio, tan obvio, que la niña era mía. Sus ojos... eran míos.

Norah se quedó quieta por un segundo, luego se acercó y, antes de que pudiera defenderme, me abofeteó.

—¡Hijo de puta! —gritó con desprecio—. ¿Cómo te atreves?

Me quedé con el rostro inclinado, respirando hondo.

—Cuando me fui de Maple Creek, encontraste consuelo bien rápido en brazos ajenos, ¿no?

Norah parpadeó, confundida.

—¿De qué hablas?

—Larry —dije. —Mis hermanos te vieron con él. Incluso besándose en el Willow.

Se quedó quieta por un segundo y luego, para mi sorpresa, comenzó a reír. Pero no era una risa divertida, era amarga y llena de indignación.

—Claro —murmuró, sarcástica—. Claro que creerías eso sin preguntarme.

—¡Te llamé! ¡Y él contestó tu celular! Estaban juntos.

—¿Cuándo?

—¡No sé! ¿Cómo voy a recordar la fecha exacta? Pero eran como las cuatro de la tarde...

Ella frunció el ceño, pensando.

—Solo recuerdo estar con Larry a esa hora cuando George necesitó ayuda con una entrega en el Willow. Dejé mi celular en el mostrador y él pudo haberlo contestado.

—Dijo que ustedes estaban juntos.

Ella se puso roja de furia.

—¡Maldito! Con razón se fue de Maple Creek cuando me vio embarazada. Consiguió trabajo en Nueva York y abandonó a su tío.

—¡Pero mis hermanos te vieron con él! Mis hermanos, en quienes confío plenamente. ¿O dirás que están mintiendo?

—No lo son, pero simplemente no dijeron *toda la* verdad.

Se cruzó de brazos, con la mirada dura.

—¿Sabes qué más habrían visto si se quedaban dos minutos más, Kerem? —se inclinó hacia mí—. Me habrían visto dándole una bofetada.

—¿Una bofetada?

—Sí, una bofetada. Porque Larry empezó a volverse muy pegajoso. Él intentó varias veces estar conmigo, aun cuando sabía que yo estaba contigo. —Norah hizo una pausa; sus ojos ardían de ira—. Ese día me obligó a besarlo, Kerem. Yo no quería y lo dejé muy claro.

Permanecí en silencio, tratando de procesar lo que estaba diciendo.

—Si todavía tienes dudas, puedes preguntarle a George. Estuvo allí cuando Larry lo intentó unas cuantas veces más. Siempre fue rechazado, pero nunca supo aceptar un no.

Mi enojo fue cediendo lugar a la confusión. Tal vez... al arrepentimiento.

—Entonces, tú nunca...

—Nunca —afirmó Norah—. Y el hecho de que hayas dudado de mí dice más de ti que de mí.

Me quedé callado, mirándola fijamente. El peso de mi suposición errónea y la dura verdad que acababa de imponerme me hicieron apartar la mirada.

Ella empezó a caminar de un lado a otro, nerviosa. Se tocaba el cabello como si quisiera arrancarse la tensión. Y de pronto, empezó a llorar.

Las lágrimas corrieron por su rostro, al principio en silencio, pero pronto su pecho comenzó a subir y bajar rápidamente. Mi instinto era acercarme, hacer algo, decir algo, pero me obligué a quedarme quieto. Sabía que ella no querría mi interferencia, no en ese momento.

Ella dejó de caminar de repente, volviéndose hacia mí, con lágrimas todavía en sus ojos.

—Si realmente no necesitara ayuda, Kerem… —Su voz se fue apagando y respiró hondo antes de continuar—. Si las cosas no fueran tan graves, ya me habría ido después de este balde de agua fría. Nunca volvería a poner un pie cerca de ti.

Sentí una opresión en el pecho, pero tragué saliva con dificultad y me concentré en escuchar.

—¿Qué pasó? —pregunté con más calma de la que esperaba.

Norah se pasó la mano por los ojos, tratando de secar las lágrimas, y luego tomó la bolsa que había traído. La abrió con dedos temblorosos y sacó algo.

—Frank, sucedió. Regresó a Maple Creek y decidió hacer de mi vida un infierno. —Norah me extendió lo que tenía en la mano y vi un pequeño mono rosa que estaba todo quemado—. Éste no era el único, pero era el que tenía.

—¿Eso es de la... bebé? —Señalé el cochecito—. ¿Tomó alguna de sus prendas para hacer esto?

—No, no era de ella, pero debía simbolizarlo. Él amenazó a mi hija, Kerem, y por eso vine a buscarte.

El miedo en su voz era palpable y algo dentro de mí se quebró. Un odio irracional se apoderó de mí y apreté la mandíbula. Frank no solo había amenazado a Norah. Había amenazado *a mi hija*.

Maldita sea, era la primera vez que pensaba así, y fue completamente automático. Aún no había visto bien a la niña, pero un sentimiento de protección se apoderó de mí muy fuertemente.

—Ese bastardo... —murmuré en voz baja, apretando los puños con las manos—. ¿Los amenazó a ustedes dos?

Norah asintió nuevamente, y por un momento sentí como si todo el aire de la habitación hubiera desaparecido. Quería correr, encontrar a Frank, resolver esto de una manera que solo alguien como él podría entender.

Pero al mirar a Norah y a la bebé en sus brazos, supo que tenía que mantener la cabeza fría. No podía perder el control, no cuando me necesitaban.

—Necesito saber si me ayudarás, Kerem. No tienes que hacerte responsable de la niña si no lo deseas, y estoy dispuesta a hacer una prueba de ADN si lo deseas. Solo necesito un lugar donde quedarme por un tiempo, incluso si no es aquí en Turquía. También necesito ayuda para denunciarlo porque me amenazó si iba a la policía. Me siento débil y tengo mucho miedo.

Miré a Norah, tratando de procesar todo lo que acababa de decir, pero mi mente estaba demasiado ocupada para organizar las palabras adecuadas. Ella me miró con cautelosa esperanza, con los ojos aún húmedos por las lágrimas, y sentí el peso de esa expectativa.

Ella necesitaba ayuda y no lo dudé.

—Te quedarás aquí —dije con voz firme—. Estarás a salvo. Te protegeré, Norah, y me aseguraré de que la niña también esté protegida. Tienes mi palabra.

Ella parecía aliviada, pero todavía cautelosa, como si estuviera esperando que yo hiciera un movimiento en falso. Pero en ese momento lo único que quería era asegurarme de que ella y mi hija estarían bien.

—Gracias.

Mientras aún procesaba todo lo que me decía, miré a la bebé.

Mi hija...

Inmediatamente me invadió una sensación extraña. Una mezcla de felicidad, confusión y una necesidad urgente de tenerla en mis brazos.

Yo quería esto.

Necesitaba esto.

—¿Puedo?... —pregunté señalando con mis brazos a la bebé, casi sin querer creer lo que estaba a punto de preguntar, pero las palabras salieron naturalmente.

—Es tu hija, Kerem. Por supuesto que puedes.

Con manos ligeramente temblorosas, tomé a la bebé en mis brazos... Su peso era ligero, pero tan... real. La observé, pequeña, frágil, con unos ojos tan familiares. Un pequeño retrato de mí y Norah. Una mezcla perfecta.

Y entonces, cuando la miré, ya no pude dudar.

Era mi hija.

Ya no había lugar para la incertidumbre.

Yo era padre.

La revelación me golpeó con una fuerza que casi me hizo vacilar, pero al mismo tiempo, algo dentro de mí se calmó. Fue como si todas las piezas que estaban fuera de lugar finalmente hubieran encajado, y una nueva responsabilidad, una nueva misión, comenzó a apoderarse de mí.

Yo me encargaría de ella.

Cuidaría *de ellas.*

Y nada, absolutamente nada, ni Frank, ni ningún otro desafío, me impediría protegerlas.

CAPÍTULO 31



NORAH

Lo observaba de pie, mientras Kerem sostenía a la bebé en brazos.
Él, un hombre tan grande, fuerte e imponente, acomodando aquel pequeño pedacito de vida frágil contra su pecho, de una forma que jamás imaginé ver.

La imagen de él allí, con nuestra hija en brazos, era algo que siempre había soñado… pero nunca esperé que sucediera así.

Sentí una mezcla de emociones. Por un lado, una paz, una satisfacción profunda al ver que estaba dispuesto a ser el padre que ella necesitaba. Pero también había dolor. Un dolor antiguo, que aún no sabía cómo disolver.

Ese hombre, con quien compartí tantos momentos en el pasado, el padre de mi hija, había dudado de mí. Pensó que lo había traicionado. Y eso me dolió.

Pero al mismo tiempo, por más que no quisiera justificar su actitud, sabía que él no conocía la verdad, que había creído en

versiones distorsionadas de la realidad.

No lo culpaba del todo.

Tampoco juzgaba a sus hermanos. Ellos habían visto algo que parecía real, fue un malentendido, un error que saldría a la luz más tarde.

Kerem se acomodó un poco, asegurándose de que la bebé estuviera cómoda en sus brazos, y fue entonces cuando noté que, en el fondo, aún quedaba algo no resuelto entre nosotros. Él lo estaba intentando. Lo sabía. Y eso, de algún modo, me daba esperanza.

Pero al mismo tiempo, mi enojo seguía ahí, latente.

¿Cómo pudo creer en esa mentira?

¿Cómo pudo dudar de mí… de nosotros?

No era justo, no estaba bien. Él se alejó, y el dolor de esa distancia que se abrió entre nosotros no desaparecería tan fácilmente.

—Es tan hermosa —comentó él, con la voz baja y un poco quebrada.

—Tiene tus ojos —dije, con la voz ronca y una sonrisa tímida en los labios. Él miró a la bebé como si fuera imposible negar la evidencia.

—Sí… los tiene, ¿verdad? —confirmó Kerem, pareciendo un poco tonto.

Quería decirle tantas cosas. Quería que supiera que nunca quise esconderle nada.
Que si hubiera sido posible, habría evitado todo ese dolor, todo ese sufrimiento, pero la vida no siempre sigue nuestros planes.

Y a veces, nos empuja a tomar decisiones difíciles y a aprender a la fuerza.

Y aunque sentía rabia, y aunque una parte de mí seguía preguntándose qué podría haber sido, ver a Kerem allí, con nuestra hija, me hizo entender que, en el fondo, todo lo que yo quería era que él fuera el padre que ella merecía. Que fuera el hombre que yo sabía que podía ser.

Quería intentar creer que, tal vez, se podía reconstruir lo que habíamos perdido.

Pero no sería fácil. Lo sabía. El camino por delante era incierto. Pero en ese momento, tenía algo que me daba esperanza: nuestra hija, los ojos de Kerem reflejados en ella… y la posibilidad, aunque mínima, de empezar de nuevo, esta vez con más sinceridad y entendimiento.

Aunque ese no era el objetivo que me trajo a Estambul. Yo había venido para proteger a mi hija. No podía pensar en nada más. Ni siquiera sabiendo el motivo por el cual nos separamos, ni entendiendo que no fue por falta de amor, sino por falta de confianza.

Y la confianza… era tan importante como el amor.

Kerem me miró, y por primera vez en todo el día, la tensión en el aire pareció aligerarse.
Seguía con la bebé en brazos, examinando cada detalle de su pequeño y sereno rostro.

—¿Cómo se llama?

—Rose —dije con suavidad—. Quise homenajear a Rosemary de alguna forma. Usé su apodo.

Por un instante, Kerem quedó completamente inmóvil, como si estuviera digiriendo cada palabra. Sus ojos se llenaron de

emoción, bajó la cabeza y apretó los labios, como si intentara contener algo que no podía decir.

—Rose… —repitió, casi en un susurro—. Es perfecto. Gracias.

Ver su reacción fue lo que necesitaba en ese momento. A pesar de todo lo que nos separaba, aún quedaba algo puro en él. Algo que lo unía al vínculo que tuvimos.
No pude evitar emocionarme al verlo así, tan vulnerable y tan presente.

Se sentó en el sofá, con Rose aún en brazos, como si tenerla allí fuera lo más natural del mundo. Después de unos segundos, me miró con expresión seria.

—¿Cómo están? —preguntó, con una voz suave, pero llena de preocupación—. ¿Cómo se las arreglaron todo este tiempo? ¿Está sana? ¿Necesita algún cuidado especial...? —Sonrió, perdido—. Dios… ni sé por dónde empezar a preguntar.

—Está sana. Come bien, es curiosa, se está desarrollando rápido. George y Louise me ayudaron mucho —expliqué—. Fueron increíbles. Especialmente al principio, cuando me estaba acostumbrando a ser mamá. Deborah también. Siempre aparecía cuando la necesitaba.

Kerem asintió, su rostro mostraba una mezcla de alivio y gratitud.

—Parece que tuviste buen apoyo —dijo, acariciando la manita de Rose con tanto cuidado que me rompía el corazón.

—Lo tuve —admití, con un dejo de amargura—. Lo habría seguido teniendo… si no fuera por Frank.

—Al menos… al final, eso te trajo hasta mí —afirmó con vehemencia.

Tuve que contener el impulso de responderle al instante. Pero su mirada seguía baja, fija en Rose, y parecía tan vulnerable que me obligué a escuchar lo que vino después.

—Norah… —Tragó saliva, dudando antes de continuar—. Perdóname por el malentendido. No debí haber creído tan fácilmente lo que me dijeron.

—No, no debiste —respondí sin dudar—. Y eso es lo que más me duele, Kerem. Solo tenías que hablar conmigo. O ir a Maple Creek y verlo con tus propios ojos. En cambio… simplemente renunciaste a mí. A nosotros. Y yo no tuve el valor de decirte que estaba embarazada.

Él alzó la cabeza y me miró directamente.

—Nuestra relación era muy reciente, Norah. Apenas llevábamos tres meses juntos. No podías esperar que confiara ciegamente.

El dolor y la frustración en sus palabras eran evidentes, pero eso no borraba lo que yo sentía.

—Y si no existiera Rose, jamás nos volveríamos a ver. Nunca sabría lo que pasó. Porque no me diste la oportunidad de explicarme. ¿Sabes lo que eso significa para mí? Que no fui tan importante como dijiste que era.

Kerem negó de inmediato, su rostro se endureció, y se inclinó un poco hacia mí.

—No digas eso, Norah. Sí fuiste importante. Y nunca dejaste de serlo.

Solté una risa amarga, crucé los brazos, intentando ignorar el nudo que se formaba en mi pecho.

—¿Importante? Me dejaste sin poder decir una palabra, Kerem. ¿Por qué eso sería ser importante?

—¡Porque no dejé de pensar en ti ni un minuto, incluso odiándote! —rebatió, con la voz baja pero llena de emoción.

Mi respiración se cortó. Por un momento, no pude responder. La intensidad de sus palabras, el brillo en sus ojos, todo parecía demasiado para asimilar.

Estiró la mano hacia mí, como si fuera a tocar mi rostro, pero di un paso atrás antes de que pudiera hacerlo.

—No, Kerem. Aún no estoy lista para eso.

El silencio que siguió fue espeso, lleno de cosas que ambos queríamos decir, pero que no salían. Necesitaba salir de esa sala antes de que el nudo en mi garganta se convirtiera en lágrimas que él no merecía ver.

Me acerqué a él y tomé a Rose en brazos. Ella se quejó un poco, pero enseguida se acomodó contra mí, como si sintiera la tensión en el aire.

—Me voy al hotel —anuncié, con la voz fría y firme—. Será lo mejor.

Kerem se levantó de inmediato, como si mis palabras lo hubieran golpeado físicamente.

—De ninguna manera, Norah. Eso no tiene sentido. Te quedarás aquí.

—No voy a quedarme —repliqué, ajustando a Rose contra mi pecho—. Reservé un hotel porque sabía que existía la posibilidad de que ni siquiera quisieras escucharme.

La herida en su rostro fue clara. Pero no cedí. Él respiró hondo, se pasó la mano por el rostro, claramente intentando

contenerse.

—Por favor, quédate al menos esta noche. Es tarde. Te ves cansada. Y... —hizo una pausa, mirando a Rose con ternura y desesperación—. Solo quiero un poco más de tiempo con ella. Para conocerla. Solo eso. No necesitamos hablar.

Lo miré largo rato. Luchando contra las ganas de decirle que no. Pero él parecía tan sincero, tan… vulnerable… que no pude negarme.

Tal vez estaba siendo tonta después de todo lo que pasé. Pero no podía negarle a mi hija unos momentos con su padre. Después de todo, fue por ella que hice ese gran viaje.

—Está bien —cedí, finalmente—. Solo por esta noche.

La expresión de alivio en su rostro fue casi palpable. Sin decir nada más, volví a sentarme en el sofá, sosteniendo a Rose con fuerza.

Si esto era un primer intento de acercamiento, sabía que no sería fácil. Pero por ahora, el cansancio y la tenue esperanza en sus ojos me convencieron de dar ese pequeño paso.

Más adelante, decidiría qué hacer. Por ahora, tenía su promesa de que nos protegería. Y eso… era lo único que realmente importaba.

CAPÍTULO 32



KEREM

El sonido bajo, casi un murmullo, me despertó incluso antes de que el sol apareciera por completo en el horizonte.

Por un segundo, estaba confundido, tratando de entender qué era ese llanto ahogado que atravesaba las paredes del cuarto.

Entonces recordé.

Rose.

Mi hija.

Me levanté de inmediato, sin pensar, con un nerviosismo inusual apretándome el pecho. Abrí la puerta con cuidado, mis pasos eran suaves mientras seguía el sonido al otro lado del pasillo.

Cuando llegué a la puerta del cuarto de invitados, la imagen que vi por la rendija me hizo detenerme.

Norah estaba de pie, aún con el rostro somnoliento, meciendo a Rose en brazos con un movimiento lento y reconfortante.

—Buenos días, mi amor. Mamá está aquí —murmuró con voz dulce aunque teñida de cansancio. Se sentó lentamente en la cama, acomodando a la bebé.

Mi respiración se detuvo al verla desabotonar la blusa para amamantar. Era un momento tan íntimo, tan lleno de ternura, que me sentí un intruso.

Norah debió sentir mi presencia, porque pronto sus ojos encontraron los míos. En vez de echarme, me sonrió. Una sonrisa pequeña, casi dudosa, pero verdadera.

—Puedes pasar —dijo con tono tranquilo—. Si quieres… quedarte cerca.

Mis piernas se movieron solas, cruzando el espacio entre nosotros sin que pudiera evitarlo. Entré al cuarto y me senté en la silla junto a la cama, sin apartar la vista de ellas.

—Yo… —intenté decir algo, pero no salieron las palabras. Lo único que pude hacer fue observar.

Norah, sosteniendo a nuestra hija con tanto amor. Rose, tan pequeña, tan perfecta, acurrucada contra ella, con sus manitas moviéndose suavemente mientras succionaba.

El nudo en mi garganta se hizo más apretado.

—Es tan… —empecé a decir, pero me detuve. No había palabra que fuera suficiente.

Norah me miró con serenidad, aunque su rostro todavía mostraba el peso de todo lo que habíamos vivido.

—¿Verdad que sí?

Solo pude asentir. Por un instante, parecía que todo estaba bien en el mundo. Como si nada más importara fuera de aquella escena.

Norah acomodó a Rose cuando terminó de mamar, levantándola con cuidado para darle pequeños golpecitos en la espalda.

Permanecí en silencio, absorbiendo cada detalle de ese momento. Había tantas emociones en mí que me era imposible procesarlo todo. Pero había una cosa de la que estaba seguro.

No importaba lo que había pasado entre nosotros. Que un malentendido me había separado de Norah y me hizo abandonarla. Yo estaba con ellas y haría cualquier cosa para ser el padre que Rose merecía. Pero más que eso... haría cualquier cosa para ser el hombre que merecería a esa mujer de vuelta.

Mientras Norah daba esos últimos golpecitos suaves en la espalda de Rose, la observé fascinado. Cómo la sostenía, cómo su toque era tan natural, tan protector…

Me di cuenta, de una vez por todas, que ser padre no es solo biología. Es elección.
Y yo ya había hecho la mía. Una elección que honraría.

No supe que era padre hasta ese momento. Padre de una niñita que apenas cabía en mis brazos, pero que ya había revolucionado mi mundo.

Durante años pensé que tenía todo bajo control, que mi camino estaba marcado y que nada podía descarrilarlo. Pero en ese momento, pensando que tenía esa gigantesca responsabilidad en mis manos, me di cuenta de lo equivocado que estaba. Rose no fue solo una novedad en mi vida. Ella era un milagro, algo tan puro que parecía un regalo que nunca había merecido.

El pecho se me apretó al comprender lo mucho que aún tenía que aprender, los errores que vendrían… pero también, que haría lo posible por estar a la altura de ella. Y en el fondo, también de Norah.

—¿Kerem? —La voz de Norah me sacó del trance. Sus ojos encontraron los míos, llenos de una duda suave—. ¿Puedes quedarte con Rose unos minutos? Quiero darme una ducha.

Mi respuesta fue inmediata, casi desesperada:

—Claro, Norah. Es justo lo que quiero.

Ella sonrió, visiblemente aliviada, y me entregó a Rose con cuidado. La bebé, ya tranquila, se acurrucó en mi pecho. Mi mano, grande y torpe, sostuvo ese cuerpecito diminuto con todo el cuidado del mundo.

—Si necesitas algo, solo llama. No voy a tardar. —Norah dudó un momento antes de entrar al baño, como si quisiera asegurarse de que estaría bien.

Me quedé allí, con Rose en brazos, sintiendo el peso de una responsabilidad que jamás había experimentado… pero también, algo más.

Felicidad.

Ella me miró con sus ojitos curiosos, y sonreí, más para mí que para ella.

—Vamos, pequeñita. Creo que tú y yo tenemos mucho que descubrir juntos.

Bajé las escaleras con cuidado, con Rose en brazos. Al llegar a la cocina, mi ama de llaves, organizaba algo en la mesada. Se giró al verme y se sobresaltó.

—¡Señor Kerem! —abrió los ojos como platos al ver a Rose—. ¿¡Qué es eso!?

No pude evitar soltar una carcajada.

—Esto es mi hija, señora Aysel. —Mecí a Rose suavemente en mis brazos, mi tono estaba lleno de un orgullo que no podía ocultar.

Sus ojos se abrieron aún más por la sorpresa.

—¿Su… hija?

Asentí, sin borrar la sonrisa.

—Es una larga historia. Pero sí, mi hija. —Miré a Rose, sintiendo esa misma ola de emoción invadirme una vez más—. Y no podría estar más feliz de haberla conocido por fin.

Aysel me observó, tratando de asimilarlo. Pero pronto sonrió, con ternura en los ojos.

—Bueno, señor, parece que la casa se va a llenar de alegría ahora.

—Eso parece —respondí, mirando a Rose.

Me quedé con Rose unos minutos, simplemente admirando su tranquilidad mientras dormía en mis brazos. Era tan pequeña, tan delicada, que parecía casi irreal. Cada una de sus respiraciones era un recordatorio de la responsabilidad y el regalo que ahora eran parte de mi vida.

Escuché pasos suaves detrás de mí y, al girarme, ahí estaba Norah, con el cabello aún mojado por la ducha. Llevaba el mismo jean y camisa sencilla del día anterior, pero para mí… estaba más hermosa que nunca. La luz de la mañana acariciaba su rostro, resaltando sus rasgos delicados y esa mirada limpia que siempre me desarmaba.

Por un momento, me quedé sin aliento.

Era increíble cómo, solo al verla, volvía a creer en cada palabra que dijo sobre Larry. Confiaba en ella. Incluso después de todo, lo hacía. Y eso me aterraba... y me consolaba a la vez.

Ella notó mi mirada y se mostró un poco incómoda, jugando con su cabello mojado.
Antes de que pudiera decir algo, Aysel se giró con un trapo en la mano y la observó con curiosidad.

—¿Y tú? ¿Quién eres?

—Soy Norah. Mucho gusto.

—Ahhh… ¡así que tú eres la chica por la que este niño andaba llorando por los rincones?

Los ojos de Norah se agrandaron. Me miró, sorprendida.

—¿Llorando por los rincones?

Encogí los hombros, incómodo.

—No fue tan dramático… —murmuré, aunque sabía que no estaba convenciendo a nadie.

Aysel se rió entre dientes, sacudiendo la cabeza mientras volvía a jugar con lo que estaba preparando. Norah, por otro lado, parecía estar tratando de decidir si burlarse de mí o dejarlo pasar.

—Fue peor —dijo Aysel con burla, y yo puse los ojos en blanco.

Insistí en que Norah se quedara para desayunar. En realidad, tenía planes de que se quedara por más tiempo, pero eso tendría que venir paso a paso. Su cuerpo seguía tenso, y su mirada llevaba un peso que no podía descifrar del todo. No era solo cansancio. Era como si estuviera lista para huir.

Cuando al fin aceptó, sentí un pequeño alivio. Mientras Rose dormía tranquila en su cochecito, preparé la mesa tratando de disimular el torbellino de emociones dentro de mí. Con cada mirada que le dirigía a Norah, la culpa y la admiración se dividían en partes iguales.

Pero el momento de calma duró poco, porque sonó el timbre.

Fui a la puerta, ya imaginando quién sería. Y claro… eran ellos. Zayd fue el primero en entrar, con ese típico aire de superioridad que siempre me irritaba, seguido por los demás.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Zayd al ver a Norah, con voz cargada de desconfianza.

Ninguno había visto aún a la bebé.

Antes de que pudiera decir algo, Norah dio un paso al frente. Su cara estaba roja y sus ojos brillaban de ira.

—¡Debería darte una bofetada por haberle contado mentiras a Kerem! —le lanzó a Zayd.

—Confieso que me encantaría verlo —comentó Esteban, divertido.

Zayd arqueó una ceja, incrédulo.

—¿Mentiras? ¿Sobre ti siendo una traidora? Lo vi con mis propios ojos.

Me quedé allí, sin saber si intervenir o dejar que Norah hablara. Ella estaba decidida y, honestamente, fue bueno escuchar su versión de la historia.

Norah respiró profundamente, controlando visiblemente el impulso de gritar.

—Viste a Larry —empezó con sarcasmo—. El hombre que supusiste que era mi amante ¿Sabes lo que no viste? El momento en que intentó besarme y lo aparté. Tampoco viste cuando le dije que estaba enamorada de Kerem y que quería una vida con él.

Quería. En pasado.

¿La había perdido para siempre?

—Tanto que Larry se fue del pueblo. No sé nada más de él. Y ni me importa. Probablemente ni sepa que fue el centro de todo esto, pero me da igual.

Sus palabras dolían, pero no era momento para pensar en eso.

—No sabes nada de lo que realmente pasó. Y peor aún: envenenaste a Kerem contra mí sin siquiera considerar que podía haber otra explicación.

Zayd bajó la mirada.

—Si es cierto lo que dices… les pido perdón a los dos. Haré lo que sea necesario para compensarlo.

Norah respiró hondo.

—Podrías haber hablado conmigo. Entiendo que la primera reacción fuera dudar…
Pero yo estaba ahí. Solo tenías que preguntarme.

Vi la sinceridad en sus palabras. Me avergoncé por no haber hecho yo eso mismo. Zayd levantó los ojos hacia Norah, con verdadero arrepentimiento.

—Yo... —empezó, tragando saliva con dificultad—. Tienes razón. Debería haber hablado contigo. Y más que eso, debería haberte protegido de ese... ese bastardo que te acosaba.

Eso me sorprendió. Mi hermano rara vez admitía errores.

Petrus, que hasta entonces había permanecido en silencio, dio un paso adelante con el rostro lleno de remordimiento.

—Yo también… —dijo, titubeando—. Yo también te pido perdón, Norah. Fue un error enorme. Deberíamos haberte protegido.

Me di cuenta de que eran sinceros, pero una parte de mí todavía llevaba un ligero dejo de ira. No fue solo lo que me hicieron a mí sino lo que le hicieron a ella. Norah, sin embargo, se mantuvo firme.

También me conmovió el hecho de que creyeran en ella y en mi juicio. Eso dijo mucho de su confianza en mí.

Antes de que alguno de nosotros pudiera decir nada más, Esteban, que estaba apoyado contra la pared con los brazos cruzados, dio unos pasos hacia adelante, deteniéndose junto al cochecito. Inclinó la cabeza, mirando hacia el pequeño espacio acolchado, y preguntó:

—¿Y esa bebé?

Su pregunta, tan directa, me sacó de mi inercia. Caminé hacia el cochecito sin pensarlo dos veces y tomé a Rose en mis brazos. Mientras lo sostenía, sentí el peso reconfortante de algo tan pequeño pero tan significativo, y un orgullo irracional creció dentro de mí.

Con Norah a mi lado, les dije con voz firme:

—Ella es Rose. Mi hija con Norah. Y su sobrina.

La habitación quedó en silencio por un momento, y la mirada de Esteban osciló entre mí y la niña en mis brazos. No era frecuente que viera a ese hombre, habitualmente tan sarcástico y cínico, lucir genuinamente sorprendido. Pero allí estaba él, procesando la noticia.

—¿Tu hija? —No fue Esteban quien lo dijo, sino Zayd y Petrus, al unísono.

—Sí. Mi hija. Y creo que necesitamos hablar.

CAPÍTULO 33



NORAH

Era una escena curiosa, pero no podía apartar los ojos. Cuatro hombres enormes, de apariencia imponente y presencia intimidante, estaban completamente absortos en Rose, que, por su parte, parecía absolutamente encantada con toda la atención. A cada gesto que hacía -moviendo las manitos o soltando algún sonido- ellos reaccionaban como si fuera el evento más extraordinario jamás presenciado.

Rose, como si supiera que era el centro del universo, soltó una carcajada deliciosa, y juro que hasta vi a Zayd, ese gigante frío e impasible, sonreír como si fuera lo más natural del mundo. Tuve que parpadear varias veces para asegurarme de no estar alucinando. Ver a ese hombre, que parecía hecho de mármol, completamente derretido por mi hija era… todo un espectáculo.

Esteban, con ese aire relajado de quien siempre tiene algo gracioso que decir, le hacía muecas a la bebé, mientras Petrus la observaba como si analizara cada detalle de su sobrina.

Y Kerem… bueno, él estaba más callado, pero el brillo en sus ojos lo decía todo. Como si grabara cada segundo de aquel momento, como si necesitara aferrarse a ello.

—Si no fuera tan improbable, diría que esa bebita tiene un hechizo especial —comentó una voz familiar detrás de mí.

Me giré y encontré a la señora Aysel, de pie, observando la escena con una sonrisa divertida. Parecía tan impresionada como yo.

—Jamás imaginé que esos grandulones podrían quedarse así por una cosita tan chiquita —continuó, moviendo la cabeza—. Especialmente Zayd. No los conozco mucho, porque creo que recién ahora están más unidos, pero por lo que Kerem siempre dijo, él es el más gruñón. Estoy a punto de tomarles una foto para guardar como prueba.

Me reí, con una risa suave que me sorprendió. Era extraño, pero reconfortante, estar allí, en aquella casa que antes me parecía tan incierta, pero que ahora se sentía viva.

La ama de llaves se acercó a mí, todavía mirando a los hombres y a Rose, que ahora hacía un sonidito exagerado de "oh", provocando otra ronda de carcajadas colectivas.

—Y pensar que Kerem pasó semanas aquí como una sombra —dijo ella, lanzándome una mirada curiosa.

Fruncí el ceño, intrigada.

—Cuando usted lo mencionó antes me dio curiosidad. Ya que vuelve a sacar el tema... ¿qué puede contarme sobre eso?

Cruzó los brazos y se inclinó levemente, como si estuviera a punto de compartir un secreto.

—Cuando regresó de ese pueblito… ¿Maple Creek, verdad? —Asentí, sintiendo el estómago apretarse—. Era otro hombre. No

paraba de trabajar, pero se lo notaba… vacío, ¿sabes? Ya no era el mismo Kerem. Al principio pensé que era estrés, pero después vi que había algo más.

Miré a Kerem, que ahora sostenía a Rose con un cuidado reverente, como si fuera lo más precioso que había tocado jamás. Sentí un nudo en el pecho.

—¿Él nunca dijo nada? —pregunté en voz baja.

Ella negó con la cabeza.

—Kerem no es de hablar mucho, pero se le notaba en los ojos. No sé qué pasó allí, pero dejó una marca profunda. Y ahora, viéndolos a ustedes aquí, bueno, tal vez esa marca *eras tú.*

No supe qué responder. Mi mente era un torbellino. ¿Qué significaba eso? ¿Que incluso creyendo en mentiras… me había extrañado? ¿Y ahora qué hacía con esa información?

Antes de que pudiera responder, la señora Aysel me dio una palmadita ligera en el brazo.

—De todos modos, da gusto verlo sonreír de verdad otra vez. Y creo que tú tienes algo que ver con eso. Tú y esa niñita preciosa.

Iba a responder, pero me distrajo otra carcajada de Rose, que ahora estaba fascinada con el reloj de Esteban. Por un instante, dejé de lado todas mis dudas y simplemente disfruté de la escena.

Unas horas después, ya sentados a la mesa para el almuerzo, el ambiente era inesperadamente ligero, considerando todo lo que había pasado últimamente.
Rose estaba en el regazo de Kerem, balbuceando sonidos que hacían sonreír a los hermanos a cada intento. Zayd, Esteban y Petrus, tan imponentes como siempre, estaban completamente desarmados por esa bebé. Era casi surreal verlos tan relajados, después de todo.

La señora Aysel había preparado una comida deliciosa, y el aroma de las especias llenaba el ambiente, dándole un aire reconfortante. Yo me serví una porción pequeña, intentando disimular el nerviosismo que apretaba mi pecho. Porque, aunque el momento parecía casi normal, no lo era. Aún quedaba mucho por decir. Y resolver.

—Debo admitir que nunca pensé ver esto —comentó Esteban, sonriendo con nostalgia—. Especialmente contigo, Zayd.

Él alzó la mirada, algo ofendido, aunque con una chispa de humor.

—Soy excelente con los niños.

Petrus soltó una carcajada.

—Claro. Seguro piensan que eres un robot.

Todos rieron.

—Pero aún no contaron toda la historia… —interrumpió Esteban—. Entiendo que Norah era inocente, que tuvo a la bebé sola porque Kerem no quiso hablar con ella. Pero, ¿qué te hizo venir hasta aquí?

Me enderecé en la silla, sintiendo el peso de la pregunta. El tono de Esteban era curioso, pero serio. Ahora todos estaban atentos. Kerem, a mi lado, me miró con suavidad, animándome a hablar.

—Fue Frank... —empecé, sintiendo un escalofrío al decir su nombre—. Meses después de que Kerem se fue, él volvió a Maple Creek y empezó a hacer amenazas. Dijo que iba a hacerme pagar por lo que le hicimos a su padre.

Kerem se puso tenso. Sentía sus ojos sobre mí, pero no lo miré.

—Amenazó mi vida… y la de Rose. Convirtió mi vida en un infierno. Llegó a dejar ropita de bebé quemada frente a mi casa, como advertencia.

Esteban cruzó una mirada rápida con Petrus. La tensión en la mesa creció.

—Entonces, decidiste venir hasta aquí —afirmó Zayd, con voz baja.

Asentí. La garganta me ardía.

—Sí. No sabía adónde más ir. Sabía que Kerem ya no quería nada conmigo, pero no tenía a nadie más en quien confiar. Tenía que asegurarme de que Rose estuviera a salvo. Aunque pensara que podría rechazarme otra vez, no le haría eso a su hija. —Lo miré—. Al menos no imaginé que el hombre que conocí fuera capaz de eso.

—Nunca —susurró él.

Los hermanos quedaron en silencio. Esteban reflexionaba, serio. Zayd tenía el puño cerrado, lleno de rabia.

Fue él quien rompió el silencio:

—Esto no va a quedar así. Frank va a pagar por todo lo que hizo —dijo con una intensidad que hacía temblar.

—Ninguno de nosotros lo permitirá, Norah —añadió Esteban, tomando mi mano—. Somos familia. Protegemos a los nuestros.

Me emocionó ese gesto. Por fin sentía que estaba segura.

—Nadie va a tocarte a ti ni a Rose. Te lo juro —completó Kerem.

Cerré los ojos por un momento, sintiendo el calor de esa promesa en mi corazón y sintiendo, por primera vez, que podía confiar completamente en las personas que me rodeaban. Fue un

sentimiento de pertenencia muy fuerte y nunca imaginé que algún día lo sentiría tan intensamente.

Se hizo un silencio por un momento, pero pronto lo rompió Petrus, con una idea ya en mente.

—Si estamos de vacaciones, podemos quedarnos un tiempo. No solo para estar con Rose, sino para planear bien cómo acabar con Frank. Podemos encontrar algo en su contra, como hicimos con Derby.

Kerem miró a sus hermanos y por un momento pareció reflexionar sobre la idea.

—Puedo llamar a Jaden —dijo Kerem con expresión seria—. Quizás pueda hacer algo, aunque sea remotamente. Él está allí, en Estados Unidos, y puede infiltrarse nuevamente en Maple. Pienso que tal vez tengas que enviar a alguien de tu gente, porque ya lo conocen.

Lo miré y vi el enfoque y la determinación en sus ojos. Era como si todo lo que quisiera fuera garantizar nuestra seguridad, asegurarse de que Rose y yo estuviéramos protegidas. Esto me hizo admirar aún más su fuerza. Él estaba dispuesto a mover cielo y tierra para garantizar nuestra protección, y en ese momento, eso significó el mundo para mí.

—Necesitamos todas las opciones —dijo Zayd—. George sigue allá. Puede estar en peligro.

—Y Louise —añadió Petrus de inmediato.

Todavía no sabía cuál era la relación entre ambos, solo que ella trabajaba como su secretaria, aunque a distancia, pero tenía la impresión de que sus sentimientos eran más fuertes de lo que pensábamos.

—Estamos juntos. Vamos a acabar con esto de una vez. —dijo Esteban, con firmeza.

Tomé a mi hija de los brazos de Kerem y la levanté suavemente. Pensé que tenía suerte.

Aunque su pequeña vida había comenzado en un caos, tenía un padre y unos tíos que la amaban y luchaban para mantenerla a salvo.



Al anochecer, los hermanos de Kerem se marcharon al hotel. La conversación estaba, en cierto modo, concluida.

Yo también debía irme, pero lo admito: la idea de volver sola al hotel después de vivir ese momento casi familiar, no era nada atractiva.

Como si pudiera leer mis pensamientos, Kerem se me acercó cuando empecé a alistarme.

—Norah —dijo con suavidad—, quédate. Puedo ir a buscar tus cosas si quieres. No tienes que ir al hotel.

Me detuve por un momento, dudando. Una parte de mí quería quedarse, disfrutando nuestro tiempo juntos, pero otra parte sabía que era hora de seguir adelante con el plan. Estaba a punto de responder cuando Kerem, con esa mirada intensa que siempre me desconcertaba, se inclinó ligeramente hacia delante, sin perder la oportunidad de ser directo.

—Me quitaron meses con mi hija, Norah. Tengo derecho a pasar tiempo con ella ahora.

No sabía qué decir. Parecía tan decidido, tan convencido de que esto era lo que debía suceder. Pero por dentro, mi mente estaba acelerada.

Él insistía en que me quedara, que nos acercáramos aún más, y eso me confundía. Aunque estaba segura de que él haría todo por mí y por Rose, todavía tenía el miedo constante de involucrarme demasiado, de abrir mi corazón y, al final, quedarme sola una vez más.

Respiré profundamente, intentando mantener la calma.

—No sé si es buena idea, Kerem —dije, tratando de sonar firme—. Cuando Frank sea detenido, volveré a casa. Aquí no tengo nada.

Era verdad. No había nada que me retuviera en Turquía. Solo quería paz, quería que mi hija creciera lejos de amenazas y quería seguir adelante con mi vida. Estaba perdida en tantos sentimientos encontrados y no quería crear expectativas que, al final, solo me harían daño.

—¿Cómo que no tienes nada aquí? —soltó, molesto.

Respiró profundamente y se calmó, levantando una mano como para no perder el control.

Después de eso, se acercó y sentí que la intensidad de su presencia crecía con cada paso. Él estaba más cerca, casi rozando mi piel, y sus ojos estaban fijos en los míos, como si quisiera controlarme con esa mirada penetrante. La atmósfera entre nosotros estaba cargada y podía sentir mi cuerpo respondiéndole de una manera que preferiría no admitir.

Entonces sus ojos volvieron a mi boca, por un instante, todavía llenos de deseo. Luego se levantaron una vez más para decir:

—Eso está por verse —dijo—. Porque voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para recuperarte.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, como una promesa.

Una más, por cierto.

Tragué saliva con fuerza y mi corazón latía más rápido. Sabía lo que estaba tratando de decir y, de alguna manera, sabía que ni siquiera tenía que esforzarse mucho. Me entregaría de nuevo, aunque intentara convencerme a mí misma de que no quería.

Pero lo cierto era que el miedo a volver a salir herida era mayor.

Permanecí en silencio, con mi mirada fija en la suya, y la sensación de confusión solo crecía. Yo quería tanto creer en sus palabras, quería tanto creer que podía ser diferente, pero el miedo a que me rompieran el corazón otra vez era paralizante.

—Está bien. Me quedo.

Y en el fondo, sabía que todo lo que decía y hacía me estaba atrapando de nuevo, más de lo que estaba dispuesta a admitir.

CAPÍTULO 34



NORAH

Estar en la casa de Kerem me provocaba una sensación agridulce. Aunque era reconfortante despertarme con él cerca y verlo cuidar de Rose como si fuéramos una familia, aún mantenía cierta distancia con respecto a nuestra relación.

Tal vez la mejor elección sería construir una amistad y seguir por ese camino. Sería bueno para Rose tener a sus padres cerca y en una relación sana.

Pensaba en ella también cuando concluía que no era buena idea apostar a que las cosas funcionarían. ¿Y si volvíamos a tener un malentendido? ¿Si otra vez la desconfianza se interponía y él decidía alejarse? ¿Cómo quedaría el corazoncito de mi hija, después de tener a su papá todos los días cerca y tener que despedirse?

¿Qué pasaría si tuviera que regresar a Maple Creek con ella?

No quería pensar en eso. No mientras estuviéramos todos juntos, con los hermanos de Kerem, casi como de vacaciones.

Sabía que por las noches ellos se reunían y hablaban sobre Frank, no solo entre ellos, sino también con Jaden. No es que me excluyeran, pero sentía que Kerem intentaba protegerme y evitar que cargara más peso del necesario, transmitiéndome solo lo imprescindible.

El ambiente era ligero, pese a todo. Tanto que esa mañana partimos hacia Capadocia, en el jet privado de Kerem, en un viaje que duró poco más de una hora.

El trayecto de Estambul a Capadocia fue tranquilo y, al llegar, el paisaje que se extendía ante mí era simplemente deslumbrante. El escenario árido y fascinante, con formaciones rocosas únicas y montañas onduladas, parecía sacado de un sueño.

Era imposible no quedar encantada.

Capadocia tenía una magia propia, como si el tiempo allí se deslizara más suave, más lento, permitiendo absorber cada detalle.

El aeropuerto de Nevşehir era pequeño y simple, pero el entorno hacía que cualquier rincón pareciera especial. Apenas salimos de allí, nos recibió un coche privado de Kerem, que nos llevaría al hotel. El viaje hasta donde nos alojaríamos fue una experiencia en sí misma.

El camino serpenteaba entre viñedos y pueblitos pintorescos.

El clima templado de la mañana hacía el viaje aún más agradable. A medida que nos acercábamos al hotel, las famosas "chimeneas de hadas" empezaron a aparecer en el horizonte, como si nos dieran la bienvenida.

El hotel era uno de los más lujosos de la región, con una arquitectura que combinaba el estilo turco tradicional con toques modernos. Las paredes de piedra ornamentadas se alzaban imponentes, y el interior era aún más impresionante, con una decoración elegante pero acogedora.

Desde allí se veía todo el valle de Capadocia, con sus cuevas y formaciones naturales en tonos dorados y rojizos. El aire era fresco, con olor a tierra y vegetación. Y sentí, en ese instante, que todo parecía posible.

Después de instalarnos y descansar un poco, Kerem decidió que el día era perfecto para explorar la zona. Él organizó todo, como siempre. Le gustaba controlar los detalles, y debía admitir que eso hacía que todo saliera impecable.

Dos autos nos esperaban: uno para él, Rose y yo; y otro para sus hermanos. Parecíamos una pequeña caravana.

Recorrimos caminos de tierra entre valles de piedra y colinas doradas. Rose, en mi regazo la mayor parte del tiempo, observaba todo con ojos curiosos, soltando gritos emocionados al ver árboles, piedras con formas extrañas o simplemente el reflejo del sol sobre las rocas.

Nuestra primera parada fue una ciudad subterránea. Descender por túneles y pasillos angostos fue tan fascinante como abrumador. El guía explicó cómo vivían allí las antiguas civilizaciones para protegerse de los invasores.

Zayd, el más callado de todos, estaba sorprendentemente interesado, haciendo preguntas y escuchando con atención. Esteban, en cambio, estaba más enfocado en cómo alguien podía vivir allí sin perder la cordura. Sus bromas arrancaron risas de todos, incluso de Rose, que parecía contagiarse con la ligereza del ambiente.

Después de subir de nuevo a la superficie, nos dirigimos a un acogedor restaurante situado en uno de los pueblos de los alrededores. Era un edificio tradicional, con mesas al aire libre que ofrecían una vista increíble de los valles y las chimeneas de hadas a los lejos. El menú era típico de la región y Kerem se aseguró de pedir varios platos para que todos pudiéramos probar un poco de todo. Había kebabs, mantı (pequeños raviolis rellenos y cubiertos

con salsa de yogur y ajo), çömlek kebabı (un guiso de carne cocinado en ollas de cerámica) y pan fresco servido con aceite de oliva y especias.

Después del almuerzo, seguimos explorando. Visitamos el Valle de las Palomas, donde el cielo estaba lleno de aves. Caminamos por senderos cortos, y Kerem llevaba a Rose en brazos, mostrándole todo, como un padre embelesado.

En otra parada, fuimos a una tienda de artesanía local, donde Zayd y Petrus se sorprendieron con las alfombras tejidas a mano y la cerámica colorida.

Petrus casi compra una enorme fuente con diseños geométricos, hasta que Esteban le recordó que no tenía espacio en el avión rumbo a Grecia. Todos rieron, y Kerem terminó comprándola para su casa.

A lo largo del día, los hermanos de Kerem mantuvieron un ambiente alegre, pero yo sabía que de vez en cuando sus miradas se volverían más serias. Tal vez estaban pensando en Frank y las discusiones que habían tenido sobre cómo resolver la situación. Intenté no pensar en ello tampoco, concentrándome en la belleza que me rodeaba y en la sensación de que, aunque fuera solo por ese día, estábamos experimentando algo cercano a lo que una familia podría ser.

Finalmente llegamos a la zona de globos, en Göreme, el corazón de Capadocia. Era un lugar que parecía sacado de un cuento de hadas, rodeado de los paisajes únicos de la región. Desde allí, era posible observar los famosos valles de los alrededores, como el Valle del Amor, con sus inusuales formaciones rocosas, y el Valle Rojo, teñido con los tonos anaranjados del atardecer.

Había mucho movimiento, los globos se inflaban lentamente y sus colores brillantes contrastaban con el cielo azul claro.

Los hermanos de Kerem estaban emocionados, pero había algo en la forma en que se miraban que me hizo sospechar. Parecía que habían planeado algo, y eso me olió a problemas.

—¿Entonces, qué globo van a tomar ustedes? —pregunté casualmente, tratando de no demostrar mi desconfianza.

Kerem sonrió de ese modo que me encantaba y al mismo tiempo me alarmaba.

—En realidad, Norah… la que va a subir eres tú.

Solté una risa nerviosa.

—¿Yo? Ni loca. Ustedes vayan, yo me quedo abajo con Rose. Les hacemos señas desde aquí abajo, bien seguras.

—Eso no va a pasar —dijo Esteban, cruzado de brazos.

—Ya dije que no —repetí, firme—. Tengo miedo. Mucho miedo.

Kerem dio un paso adelante, sus ojos brillando con esa mezcla de paciencia y determinación tan suya.

—Confía en mí. Ven conmigo.

Antes de que pudiera negarme, me llevaron a un globo específico, que estaba un poco alejado de los demás. Mis ojos se abrieron cuando vi los detalles. La canasta estaba decorada con delicadas florcitas (geranios, que eran mis favoritas) e incluso las almohadas en el interior tenían colores y patrones que me recordaban cosas que amaba. Pequeños toques de lavanda y oro fueron esparcidos por todas partes, y cada detalle gritaba "Norah".

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Era evidente que Kerem había planeado todo. Él sabía exactamente lo que me conmovía, lo que me hacía sentir especial y en ese momento, parecía no haber lugar para el miedo o la inseguridad.

—¿Tú hiciste esto? —pregunté, con la voz entrecortada.

Él solo sonrió y extendió la mano.

—¿Vamos?

Lo miré todavía vacilante. Mi corazón latía con fuerza, más por miedo que por emoción, y la idea de estar allí arriba, tan lejos del suelo, me ponía tensa.

—Kerem... Estoy nerviosa. Tengo miedo. Más aún por mi pierna, admití, pasándome las manos por el pelo.

—Nunca te dejaré caer.

Dio un paso adelante, sus ojos fijos en los míos con una intensidad que parecía capaz de disipar cualquier duda.

—Lo sé. Pero confía en mí, solo por esta vez. Dame esa oportunidad, Norah.

Respiré profundamente, el nerviosismo todavía estaba allí, pero algo en la forma en que lo dijo me hizo ceder.

—Está bien. Pero solo porque me están obligando.

Se rió, como siempre, y me ayudó a subir, como un caballero.

Cuando el globo empezó a elevarse, mi cuerpo se tensó. El movimiento era suave pero constante. Me lancé instintivamente a los brazos de Kerem, buscando apoyo.

—¡Te dije que tenía miedo! —susurré contra su pecho.

—Y yo te dije que no iba a dejar que cayeras —respondió en voz baja.

Lo miré y me di cuenta de que me estaba mirando directamente, con una expresión que hizo que el mundo que nos rodeaba desapareciera por un momento. No era solo seguridad lo

que sentía en sus brazos, sino algo más profundo, algo que hacía que mi corazón latiera aún más rápido, y no por miedo.

El globo continuó elevándose y me obligué a mirar hacia otro lado, tratando de ignorar la atmósfera que se había formado entre nosotros. Cuando finalmente llegamos a una zona más alto, Kerem dejó escapar un suave suspiro y tocó mi mano.

—Mira a tu alrededor, Norah —susurró, tocando mi mano.

De mala gana, abrí los ojos y me giré, apoyándome en el borde de la cesta. El aire fresco de Capadocia me acarició la cara y la vista que se desplegaba ante mí era como algo salido de un sueño. Desde donde estábamos, podía ver el Valle del Amor en toda su belleza, con las altas y únicas formaciones rocosas, los tonos naranjas y rosas que parecían fusionarse con el cielo. Más lejos, el Valle Rojo brillaba bajo la luz del sol de la mañana, con sus profundas gargantas y rocas talladas a mano.

Apenas podía creer que algo tan hermoso pudiera existir.

—Dios mío… es demasiado hermoso.

—Sí... yo también lo creo —respondió él, sin mirar el paisaje. Me miraba a mí.

—Norah —dijo, como compartiendo un secreto—. Hay tantas cosas que necesito decirte...

Lo miré, confusa por todas las emociones que provocaba en mí.

—Kerem…

—Déjame hablar —pidió, tomando mi mano con fuerza.

Su mano encontró la mía, el tacto cálido y firme, y mi cuerpo se quedó quieto. Respiró profundamente, como si se estuviera preparando para algo importante.

—Desde que volviste a mi vida, he querido encontrar las palabras exactas. Pero no existen suficientes —comenzó, sin apartar la mirada de la mía—. Fui un idiota, Norah. Un hombre ciego y orgulloso. La desconfianza... el dolor... todo esto me llevó a alejarte.

Quise apartar la mirada, pero él me sostuvo el rostro.

—Me arrepiento de cada segundo lejos de ti. De cada instante perdido con nuestra hija. Cometí muchos errores, Norah. Pero quiero intentarlo. Por ti. Por Rose. Por nosotros.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas, pero permanecí en silencio porque sabía que todavía tenía más para decir.

—Eres la mujer más increíble que he conocido. Fuerte, decidida.
Y aún así, después de todo, me dejas estar aquí. Eso vale más de lo que puedes imaginar.

—Te lo permití solo por Rose. Aún no decidí nada sobre nosotros. Lo que viví fue muy duro. No entendía por qué me rechazaste —confesé.

Él dio un paso más, acortando la distancia.

—Sé que te herí. Y sé que te cuesta confiar en mí. Pero voy a pasar el resto de mi vida intentando ser el hombre que tú y Rose merecen.

Las lágrimas finalmente escaparon y se deslizaron por mi cara. Levantó la mano, limpiando una de ellas con el pulgar, su mirada se llenó de una mezcla de arrepentimiento y esperanza.

—Nunca debí dejarte ir. Perdóname, Norah. No solo por el pasado, sino por cada vez que te hice dudar de lo importante que eres para mí.

Quise responder, decir algo, pero las palabras se me escaparon. Había tanto peso en lo que decía, tanta verdad en sus ojos, que todo lo que pude hacer fue asentir mientras sentía que mi corazón empezaba a ceder.

Pero aún no era el momento.

Todavía estaba herido, lastimado.

—Solo dame tiempo, Kerem.

—Te lo daré. Todo el que necesites. Pero quédate a mi lado. Déjame demostrarte que voy a ganarme tu perdón.

Solo asentí. Sabía que él iba a hacerme rendirme y no tardaría.

Miré el horizonte, y mientras lo hacía, él rodeó mis hombros con su brazo, y no me aparté.

El futuro era incierto, pero en ese instante, me sentí segura, sin saber por qué.

CAPÍTULO 35



KEREM

Tenía que admitirlo: las cosas se sentían distintas desde que mis hermanos se habían ido.

Era extraño, considerando cuánto siempre había valorado el orden y la calma en mi vida. Pero, después de pasar unos días rodeado de ellos, ahora se echaba de menos el caos que traían.

Había pasado tanto tiempo evitando encuentros prolongados, aferrándome a la excusa de que nuestras vidas eran demasiado complicadas para conciliar. Pero ahora me daba cuenta de lo innecesaria que era esa distancia.

Había algo innegable en cómo funcionábamos juntos. Cada uno de nosotros traía una pieza esencial, y juntos formábamos algo sólido, algo fuerte.

Sin ellos, todo se sentía… vacío. Me sorprendía a mí mismo reflexionando sobre cuánto tiempo había mantenido esa distancia, convenciéndome de que era lo mejor. Pero aquellos días compartidos

me recordaron algo importante: éramos familia, y a pesar de todas nuestras diferencias, había un lazo que no se podía romper.

En compensación... mi vida se llenó de otra manera: pañales, llantos de bebé y tareas que jamás imaginé que estaría haciendo tan pronto. Pero para mi sorpresa, estaba disfrutando cada segundo.

—Bueno, Kerem, esto no tiene misterio —dijo ella, empujando el cambiador hacia mí, interrumpiendo mis pensamientos—. Primero quitas el pañal sucio, limpias bien y luego colocas el nuevo. Fácil.

La miré como si estuviera hablando en otro idioma.

—¿Fácil? Para ti, tal vez. Yo soy casi un novato en esto.

Ella alzó una ceja.

—¿Nuestro poderoso CEO, capaz de lograr tantas cosas, asustado por cambiar un pañal? Debería grabarlo y mandarlo a la prensa turca.

Puse los ojos en blanco, fingiendo molestia, aunque en realidad estaba disfrutando cada instante. No solo por estar con mi hija, aprendiendo a ser padre, sino porque Norah estaba ahí, después de tanto tiempo.

En momentos así, parecía que las cosas entre nosotros eran más ligeras, aunque tal vez solo era una impresión.

—Vamos, papá del año. Rose no te va a morder —insistió, porque yo me había quedado mirándola.

Norah era una profesional en cortar esos momentos en los que intentaba hacer que las cosas entre nosotros fueran más intensas. Había pasado un mes desde que había llegado a Turquía, pero ella seguía firme en su decisión de reflexionar sobre si merecía una segunda oportunidad o no.

Me reí, aunque nervioso, y miré a mi hija, que estaba recostada en el cambiador, observándome con sus ojitos curiosos.

—Está bien, Rose, somos tú y yo contra el mundo. ¿Confías en papá, cierto?

Ella hizo un ruidito, casi como protesta, pero Norah lo interpretó como apoyo.

—¿Ves? Ella confía en ti. ¡Empieza!

—No me pareció... pero bueno.

Intenté seguir las instrucciones de Norah, pero pronto me di cuenta de que las cosas eran más complicadas de lo que parecían. El pañal parecía tener vida propia y se me escapaba de las manos con cada intento de ajustarlo. La toallita cayó al suelo y agarré el lado equivocado del pañal limpio dos veces antes de hacerlo bien.

—Esto es como armar un rompecabezas —murmuré.

—¡Lo estás haciendo bien! —dijo Norah, conteniendo la risa mientras me observaba.

—Eso lo dices ahora, pero espérate a que se le caiga el pañal mientras la tengo en brazos.

Finalmente, después de unos minutos de pura dedicación (y algo de sudor mental, al menos), lo logré. Levanté a Rose como si fuera un trofeo.

—¡Lo conseguí! ¿Viste, mi pequeña? Papá está aprendiendo. Vamos a estar bien, tú y yo.

Rose hizo otro ruidito, esta vez con una sonrisa apenas perceptible en sus labios; o tal vez solo estaba en mi cabeza, pero decidí creer que era una sonrisa real.

—Quizá no lo recuerdes, pero este es el primero de muchos momentos juntos. Papá no es perfecto, pero prometo darte lo mejor de mí, siempre.

Norah sonrió a mi lado, con los brazos cruzados.

—Creo que acabas de graduarte en la escuela de cambiar pañales.

Reí, mirando a Rose otra vez.

—No sé si tanto, pero por ahora estamos sobreviviendo. Y eso es lo que cuenta, ¿no, princesa?

—Al principio cuesta más, pero pronto se vuelve automático —comentó ella.

—No quiero que se vuelva automático —dije, mirando a Rose, sintiéndome genuinamente fascinado—. Quiero seguir sorprendiéndome con cada cosa. Incluso con esto.

—Lo dices porque ahora todo es simple. Cuando eres madre soltera y necesita hacer todo deprisa para poder darse un baño mínimo, es...

Norah me miró y notó cómo mi expresión cambiaba.

Había sido madre soltera durante tres meses, por mi culpa. Porque yo la había abandonado.

—Perdón, Kerem, no quería...

—No, pero lo merezco —respondí.

Ella bajó la mirada, tocando la manta de Rose, como si ese gesto pudiera sacarla de la conversación. Yo respiré hondo, sintiendo la necesidad de decirlo otra vez, aunque ya lo había hecho.

—Lo siento por todo. Y nunca voy a cansarme de pedirte perdón.

—No hace falta —susurró ella, sin mirarme.

—Dices eso, pero aún no me has perdonado, ¿cierto?

Norah empezó a ordenar las cosas de Rose, sus movimientos más rápidos y nerviosos que antes.

—Sí te perdoné, Kerem —dijo con firmeza, aunque aún sin mirarme—. Pero volver contigo… eso es más complicado.

Coloqué a Rose con cuidado en la cuna. Estaba tranquila, los ojos casi cerrados, lista para dormir. Al darme la vuelta, vi a Norah de espaldas, con los hombros tensos, ordenando cosas que no necesitaban orden.

Sin pensarlo mucho, me acerqué y la giré suavemente para que me mirara.

—¿Por qué es complicado? —pregunté, fijando mis ojos en los suyos.

Ella intentó esquivar mi mirada, pero sostuve su mentón con suavidad, forzándola a mirarme.

—Porque... —empezó, con un hilo de voz— porque sentí que me moría del dolor cuando me dejaste, Kerem. Y me da miedo volver a sufrir así.

Sus palabras fueron un puñetazo en el estómago. Sabía que la había herido, pero escucharlo de su boca, dolía el doble.

—No voy a hacerte daño otra vez, Norah. Ni a ti, ni a Rose. Lo prometo.

—Las promesas pueden romperse —respondió, aunque su tono era suave. Vulnerable.

—No esta. No con ustedes. No otra vez.

—Te pedí tiempo.

—¿Pero cuánto...?

—No sé. solo necesito sentirme segura. Sabes que nunca me había sentido así antes, solo contigo. Pero luego me quitaron esa protección y me encontré vulnerable nuevamente, con una bebé a mi cargo. Ahora estoy en un país que ni siquiera conozco y cuyo idioma no sé hablar. Las cosas se pondrían más difíciles aquí si no funcionara.

—Aunque saliera mal... jamás dejaría que te faltara nada.

Ella se encogió de hombros.

—Lo sé. Pero ya cedí quedándome en tu casa, ¿no? Es una señal de que estoy dispuesta a reconsiderarlo. Solo necesito que tengas paciencia.

Respiré profundamente, pero asentí. Ella tenía razón y yo necesitaba esperar el momento oportuno.

Después de esa conversación intensa, las horas siguientes fluyeron más tranquilas. Norah parecía relajada, aunque aún había cierta distancia emocional.

Yo la respetaría.

Tenía que hacerlo.

Al llegar la noche, nos sentamos en el sofá, intentando ver una película. Rose dormía cerca de nosotros, en una especie de nido cómodo que Norah había armado sobre la alfombra. Sus pequeños movimientos me hacían sonreír.

Mi celular vibró. Era un mensaje de Zayd.

ZAYD:
El hotel me llamó para decirme que olvidé un cargador de celular
¿Puedes recogerlo?

KEREM:
Claro. ¿Quieres que te lo mande?

ZAYD:
No te preocupes.
Tengo muchos.
Quédate con él.

Luego preguntó por Rose, dijo que era una belleza, y le mandó saludos a Norah. Parecía especialmente interesado en redimirse con ella.

Irónicamente, ella perdonó a mi hermano más fácil que a mí...

—¿Todo bien? —preguntó ella.

—Sí. Es Zayd. Dejó su cargador. Preguntó por Rose y te manda saludos.

—Estaba raro cuando vino —comentó, arreglándose la manta sobre las piernas—. O mejor dicho, más raro de lo normal… si eso tiene sentido.

Suspiré.

—Le pasa algo. Algo serio. Pero no lo comparte. Ni conmigo, ni con Petrus, ni con Esteban. Solo sé que tiene que ver con la mujer con la que iba a casarse.

Norah frunció el ceño pensativamente.

—Pensé que se había arreglado con Farrah —dijo, soltando el nombre sin ceremonia.

La miré, sorprendido.

—¿Farrah?

—Sí. La chica que apareció en Maple Creek. Parecía decidida a conquistarlo… un poco obsesiva, para ser honesta.

—No tenía ni idea de eso —murmuré intrigado.

—Se veían. O eso parecía. Farrah aparecía por todos lados donde él estaba. Era... medio acosadora —continuó Norah, arqueando una ceja, claramente divertida por mi reacción.

—¿Y después?

—Desapareció casi al mismo tiempo que él. Pensé que se había rendido o que él la llevó consigo. Ustedes hablaban de que tenía que casarse para evitar a la mujer que el padre le había asignado.

—Sí, pero eso era cosa de mis otros hermanos. Zayd no haría eso.

—Creí que sí. Parecía estarlo considerando...

Suspiré, incómodo en el sofá.

—Uno nunca sabe lo que esperar de alguien.

—¿Él no mencionó nada sobre ella? —preguntó Norah, inclinándose ligeramente hacia delante, interesada.

—Nada.

—Bueno... si tenía que ver con un matrimonio arreglado, tal vez ya pasó. Aunque... no se casó, ¿verdad?

—En un año, no. El padre está muriendo, pero aún no hay esposa. Supongo que es una gran fuente de conflicto entre ellos.

—Quizá por eso esté tan tenso.

Asentí. Ella tenía razón. Era buena analizando a las personas, además de ser muy empática y ver más allá de las fachadas de la gente.

Probablemente porque tenía que lidiar con sentimientos tan profundos dentro de sí misma, y nadie parecía verla o respetarla.

Ella volvió a mirar televisión, acurrucándose más profundamente en el sofá. Sin embargo, ya no podía concentrarme en la pantalla. Mi mirada estaba fija en ella, en los suaves rasgos de su rostro, en la forma en que su respiración parecía hacerse más lenta y rítmica, señal de su fatiga. Norah había pasado por tanto, y sin embargo allí estaba, fuerte y resistente, cuidando a Rose y tratando de seguir adelante conmigo, aunque fuera con dudas.

Sin darse cuenta de que la estaba observando, poco a poco comenzó a parecer somnolienta, hundiéndose un poco más en los cojines del sofá. El calor que sentía por ella parecía crecer a cada segundo. No era solo deseo o pasión; era algo mucho más profundo, más genuino.

Cuando finalmente sus ojos se cerraron y su cuerpo se relajó por completo, no pude evitar la sonrisa que apareció en mi rostro. Susurré, más para mí que para ella:

—Te amo, Norah.

No lo escuchó.

Pero no importaba.

Aún no.

Me levanté con cuidado del sofá y, con un movimiento suave, la levanté. Norah era liviana, pero su peso en mis brazos se sentía

simbólico, como si cargar su cuerpo fuera una metáfora de cargar nuestra relación, algo que estaba más que dispuesto a hacer.

Se despertó levemente mientras la llevaba al dormitorio, sus ojos se abrieron lentamente y parpadearon confundida.

—¿Kerem?

—Shhh, cariño. Está todo bien. Solo quiero que descanses.

Sus ojos buscaron los míos y por un segundo pensé que iba a protestar. Pero entonces, como si mis palabras fueran suficientes, se relajó de nuevo, acurrucándose contra mí.

Mientras la acostaba en la cama y la abrigaba con las sábanas, me tomé un momento para observarla una vez más. Sabía que tenía mucho trabajo por hacer para recuperar a Norah por completo, pero en ese momento, con Rose entre nosotros y Norah en paz frente a mí, sentí que estaba exactamente donde se suponía que debía estar.

Hablando de Rose, fui a la sala y la encontré todavía acostada en la misma posición, con una de sus manitas levantada, el chupete en la boca y respirando tranquilamente.

La recogí con cuidado, sonriendo y observando nuevamente cada parte de su carita perfecta.

Dios mío, qué suerte tuve... Qué tesoro tenía en mis manos.

—También te amo, hijita.

Un amor arrollador. Como nunca había sentido antes.

Ellas dos eran mi familia. Solo necesitaba demostrarles que merecía esa bendición.

CAPÍTULO 36



NORAH

Saqué mi mejor vestido de la maleta y me lo puse, alisándolo con cuidado mientras intentaba arreglarme con la mayor destreza posible, aunque no fuera precisamente buena en eso, disfrazando el nerviosismo que me hacía temblar las manos ligeramente.

Mi intención era verme impecable, pero por dentro me sentía como si estuviera a punto de ser evaluada. No es que tuviera la intención de parecer una posible pareja para Kerem -todavía no habíamos llegado a ese punto-, pero imaginaba lo que la gente diría. Probablemente muchos pensarían que yo no estaba a su altura, sobre todo por...

Bueno… No me consideraba menos que nadie por tener una pequeña discapacidad, pero la gente hablaba. En Maple Creek, algunos me llamaban "lisiada", aunque mi cojera fuera discreta. No sabía cuánta malicia podía haber en el mundo corporativo millonario del que venía Kerem.

Me apliqué un poco de base, rímel y labial, con toda con toda la habilidad que pude, la cual, honestamente, no era mucha. Nunca

fui experta en maquillaje, pero necesitaba una mínima dosis de confianza para enfrentar el día.

Rose estaba tranquila en el cochecito, mientras yo intentaba calmar mis pensamientos. Kerem apareció en la puerta del cuarto, impecable como siempre, con una sonrisa cálida que, por alguna razón, siempre lograba desarmarme.

—¿Estás lista? —preguntó, recorriéndome con la mirada—. Te ves hermosa, Norah.

Tragué saliva con fuerza y aparté la mirada antes de que ese cumplido llegara demasiado lejos en mi cabeza.

—Gracias. ¿Vamos? Antes de que Rose se impaciente.

O yo… porque la bebé era muy tranquila, pero yo no tanto.

En la empresa, todo era exactamente como me lo había imaginado: moderno, imponente, lleno de gente que parecía correr siempre hacia algún lugar. Kerem me guiaba por los pasillos con una confianza incuestionable, llevando a Rose en brazos como si lo hubiera hecho toda la vida.

Y fue entonces cuando empecé a notarlo.

Todos se detenían a mirar. Pero no por mí, ni por mi cojera, ni por curiosidad por ser una desconocida. Era Rose el centro de atención, con sus ojitos curiosos y sus sonrisas espontáneas. Estaba conquistando a absolutamente todos en ese lugar.

Cada empleado que cruzábamos se derretía al verla, soltando un "aww", comentando lo adorable que era o simplemente admirando aquel pedacito de humanidad.

—Es una verdadera estrella —comentó Kerem, riendo mientras alzaba a Rose para mostrársela a una recepcionista que suspiró exageradamente.

Yo lo observaba, incapaz de ocultar la sonrisa en mi rostro. Él estaba completamente cómodo en su rol de padre, caminando con ella en brazos, respondiendo comentarios, bromeando con colegas. Y yo, estaba completamente rendida ante eso.

Ver a Kerem así, tan cómodo en su rol de padre, me afectó más de lo que quería admitir. Cada gesto que hacía con Rose era tan natural, tan lleno de cariño, que me oprimía el pecho. Tal vez fue la forma en que la sostenía con tanta seguridad, o el orgullo evidente en sus ojos con cada cumplido que recibía sobre ella. Quizás fue el hecho de que nunca imaginé que se convertiría en un padre tan devoto, y ahora, verlo así, era casi como presenciar un milagro.

—Me estás mirando como si fuera el héroe del día —bromeó él al notar mi mirada fija, cuando llegamos finalmente a su oficina.

Yo me quedaría un rato allí, con Rose. Almorzaríamos juntos, y luego su chofer me llevaría de regreso a casa.

—¿Y no lo eres? —repliqué, intentando sonar casual, aunque la verdad era que sí lo pensaba.

Kerem me sonrió, esa sonrisa que hacía que mi corazón se tambaleara, antes de volver a mirar a Rose, que ahora intentaba alcanzar la insignia e colgado de su cuello.

—Parece que mi princesa quiere ser CEO antes de tener dientes —dijo, riendo.

En ese momento se abrió la puerta y entró un hombre muy guapo, con paso rápido y expresión ocupada.

—Me dijeron que trajiste a la pequeña a la oficina y vine volando. Acabo de salir de una reunión.

Su traje era impecable, aunque la corbata ligeramente aflojada delataba el ritmo acelerado del día.

—Cem, ella es Norah. Ella es... —comenzó Kerem, pero fue interrumpido.

—Sé perfectamente quién es. Hablaste de ella mil veces al volver de Estados Unidos —dijo el hombre, extendiendo la mano hacia mí—. Un placer, Norah. Soy Cem. Perdona la forma tan directa, pero estoy a mil… y quiero ver a esta cosita.

Antes de que pudiera responder, Cem se acercó a Rose y extendió los brazos pidiendo permiso para cargarla. Asentí, y él la tomó con cuidado, como si sostuviera un tesoro.

—Dios, es aún más adorable de cerca —dijo, haciendo una mueca graciosa que arrancó una risita de Rose—. Kerem, tienes suerte. Esta belleza claramente salió a la madre.

Solté una risa suave, mientras Kerem lo miraba con fingida indignación.

—Yo diría que tiene lo mejor de los dos —respondió él, cruzando los brazos con una sonrisa satisfecha.

—Claro, claro… si eso te ayuda a dormir tranquilo —replicó Cem, guiñándome un ojo. Continuó jugando con Rose, completamente enamorado de la bebé, quien ahora estaba fascinada por su reloj pulsera.

Era increíble lo natural que Cem parecía con Rose, como si ya tuviera experiencia con bebés. La escena me hizo sonreír. Era un contraste interesante con Kerem, pero había algo igualmente carismático en ambos.

—¿Ves, Kerem? Ya sé cómo retirarme. Me voy a dedicar a cuidar a Rose —bromeó Cem.

—Buena suerte con eso. Ella tiene energía de sobra y tú apenas puedes seguirle el ritmo a su agenda.

—Por ella, me hago tiempo —dijo Cem, meciendo a Rose con cariño.

Kerem sonrió y preguntó:

—¿Y bien, Cem? ¿Cómo vas sin Sedef? ¿Sobreviviendo?

Me imaginé que se refería a la secretaria de Cem.

—Es el primer día sin ella y ya es un caos total. No sé cómo voy a arreglármelas. Esa mujer era increíble, incluso trabajando de forma remota durante los últimos años, manejaba todo. No podía retenerla más. Merece descansar, pero encontrar a alguien igual será casi imposible.

Me llamó la atención la conversación.

—¿Se jubiló? —pregunté, con curiosidad.

—Sí, después de 25 años. Se lo ganó. Pero dejó un vacío enorme. Ella organizaba mi vida como nadie.

Y entonces, como si fuera guiada por una fuerza súbita, me incliné hacia adelante y dije:

—¿Y si lo intento yo?

Cem alzó las cejas, sorprendido pero interesado.

—¿Tú?

Asentí, decidida.

—Podría empezar trabajando desde casa. No tengo experiencia, pero soy organizada y aprendo rápido. Dijiste que necesitabas alguien de confianza, ¿no?

Cem sonrió ampliamente.

—Me parece una excelente idea. Tener a alguien confiable es justo lo que necesito. ¡Hagámoslo!

Kerem, sin embargo, frunció el ceño y cruzó los brazos, claramente incómodo con la sugerencia.

—Norah, tú no necesitas trabajar si no quieres. Yo puedo cuidar de ti y de Rose. No quiero que te sientas presionada.

Lo miré con enojo, manteniendo mi voz firme pero no grosera.

—Te lo agradezco, Kerem, de verdad. Pero no se trata de eso. Es algo que quiero hacer. Eventualmente necesitaré un trabajo. Y esta es una buena oportunidad para empezar.

Kerem suspiró. Claramente no estaba convencido, pero asintió con la cabeza.

—Hagamos una prueba de una semana —sugerí, buscando alivianar la tensión.

Cem parecía entusiasmado con la idea y ya estaba haciendo planes en su mente.

—Perfecto —respondió Cem—. Te mandaré algunas tareas simples y las ajustaremos según sea necesario. Vas a hacerlo muy bien.

Kerem no parecía del todo convencido, pero simplemente observó a Cem mientras devolvía a Rose a mis brazos y comenzaba a hablar sobre cómo podría organizar las primeras tareas para mí.

Sabía que aún tenía reservas, pero necesitaba demostrarle a él (y a mí misma) que estaba lista para dar pequeños pasos hacia mi independencia nuevamente.

Cuando llegamos a casa más tarde, después de haber almorzado juntos y de que me hubiera recogido antes de que

terminara su turno, el tema volvió a surgir.

Coloqué suavemente a Rose en su cuna y observé su carita tranquila mientras se acomodaba para dormir. El baño la había calmado y ahora, con la pequeña dormido, sentí una ligera sensación de alivio.

Kerem estaba de pie cerca de la puerta, con los brazos cruzados y la mirada atenta. Podía sentir su presencia, como siempre, intensa y protectora, pero también incómoda. Cuando terminé de ajustar la manta a Rose, él se acercó, todavía sin decir nada.

La calma silenciosa que llenaba la habitación se rompió cuando Kerem finalmente habló, su voz era suave pero llena de una sutil preocupación.

—¿Estás segura de que quieres trabajar, Norah? —preguntó, con voz suave.

Me volví hacia él y decidí salir de la habitación, agarrando el monitor de la bebé. No era el tipo de conversación que quería tener con mi hija durmiendo al lado.

—Ya te lo dije. Es mi decisión. No quiero depender de ti para siempre. No después de todo lo que pasó —dije, bajando las escaleras.

Él me siguió.

—No es por eso. Es que... no me gusta que trabajes con Cem.

Respiré profundamente, intentando mantener la calma.

Fruncí el ceño y me volví hacia él sorprendida.

—¿Por qué? ¿No son amigos?

—Sí, pero Cem no es precisamente… un ejemplo con las mujeres. Tiene fama de ser un mujeriego.

Lo miré, arqueando una ceja.

—¿Estás celoso, Kerem?

Él negó rápido, pero su rostro lo delataba.

—Claro que no. Solo quiero que estés consciente de cómo es él.

Solté una risa, incrédula.

—Si no estás celoso, entonces no tienes nada que temer, ¿cierto?

—No es tan simple —dijo, más serio—. No quiero que te enfrentes a situaciones incómodas.

—Voy a trabajar desde casa.

—No siempre. Él necesitará que vayas a la empresa, e incluso puede necesitar que lo acompañes en viajes o reuniones.

—¡Es tu amigo! No intentaría nada conmigo.

—Cuando estés conmigo, no. Pero por ahora estás soltera.

Y él seguía diciendo que no estaba celoso.

—Solo estás intentando complicar una situación que para mí es una oportunidad de volver a ponerme de pie.

Se pasó la mano por el pelo, visiblemente frustrado.

—No se trata de eso, Norah. Se trata del hecho de que no lo necesitas. Puedo cuidar de ti y de Rose. No tienes que preocuparte por el dinero ni por el trabajo, no ahora.

Suspiré profundamente y sentí que la ira empezaba a crecer.

—No se trata de si lo necesito o no, Kerem. No quiero depender de ti. No después de todo lo que pasó.

Sus ojos se entrecerraron levemente e inclinó la cabeza hacia un lado, como si mis palabras hubieran dado en el blanco.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Significa que cuando me dejaste, me encontré sola, sin saber cómo seguir adelante. Tuve que lidiar con un bebé recién nacido sin nadie que me apoyara y no quiero volver a estar en esa situación. No puedo.

—Norah… —comenzó, pero lo interrumpí, dando unos pasos y alejándome más de él.

—Crees que estás siendo generoso, pero la verdad es que estás tratando de controlarme. Y no permitiré que eso suceda.

Él también se puso de pie, mirándome, con expresión seria.

—No estoy tratando de controlarte, Norah. Estoy tratando de protegerte.

—¿Protegerme de qué, Kerem? ¿De tu amigo Cem? ¿No crees que lo correcto sería intentar protegerme de *ti?* ¿Quién es el único que puede hacerme daño en esta ecuación?

Él no respondió de inmediato, simplemente apretó la mandíbula mientras me miraba, como si buscara las palabras adecuadas.

—¡No te haré daño! —dijo finalmente, ahora en voz más baja —. Quiero ser lo mejor para ti, ya lo prometí. —Hizo una pausa. Parecía que intentaba controlarse con algo, pero acabó explotando —. Te amo, maldita sea. Te amo y no puedo perderte otra vez.

Eso me tomó por sorpresa. Sabía que a Kerem le importaba, pero oírlo decir que me amaba de una manera tan cruda y real hizo que mi corazón se acelerara.

Lo que estaba diciendo no se refería solo a una relación; se trataba de la profundidad de lo que sentía por mí, algo más complejo y quizás incluso desesperado.

Quería decir algo, quería corresponderle, pero él ya se estaba alejando. Se dio la vuelta, visiblemente cansado por toda la discusión, y dijo con una voz ligeramente temblorosa:

—Quiero que hagas lo mejor para ti, Norah. Eso es lo que importa. Y yo... realmente no tengo por qué involucrarme en esto.

Se acercó de nuevo, me dio un suave beso en la frente y, sin decir otra palabra, se alejó.

Ese beso estaba tan lleno de sentimientos no expresados, de un dolor que ya no estaba dispuesto a ocultar, pero también de aceptación. Pude ver que estaba molesto, pero también cansado de pelear.

—Kerem, espera... —lo llamé, pero él ya había levantado una de sus manos, indicando que no quería escuchar nada más.

Luego se fue sin mirar atrás.

Me senté en las escaleras, pensando en lo que acababa de pasar. La dura verdad, la emoción cruda e intensa que acababa de poner en el aire. Los dos salimos heridos, cada uno a su manera, y eso fue muy cruel para dos personas que ya habían pasado por tanto.

Me quedé mirando la habitación vacía, reflexionando sobre lo que había dicho. Él me amaba. Y a pesar de todo, tampoco quería perderlo. Pero sabía que para tener alguna posibilidad de funcionar, necesitaba sanar mi corazón.

El dolor que aún existía dentro de mí necesitaba desaparecer, y necesitaba dejar que el tiempo y su amor me ayudaran a aliviar las heridas que, hasta entonces, habían sido tan difíciles de sanar sola.

Era una lucha interna, lo sabía. Pero estaba dispuesta a intentarlo. Para el bien de ambos.

CAPÍTULO 37



KEREM

Podía negarlo todo lo que quisiera, pero... puta madre, estaba celoso.

Un maldito sentimiento que hervía dentro de mí y se volvía cada vez más venenoso a medida que mi mejor amigo parecía demasiado interesado en provocarme.

Empezó con elogios sobre su trabajo —y claro que me sentí orgulloso de ella, jamás dudé de su capacidad—, pero a medida que él comenzó a hablarle de forma más personal, todo se volvió más complicado. Al menos para mí.

Es brillante, organizada y tiene una perspicacia increíble. Tienes una joya en tus manos, Kerem. Además de ser hermosa, también es muy competente.

Eso fue lo último que el hijo de puta me dijo el día anterior. Y ahora, en este momento, la esperaba para ir juntos a un evento donde tendría que ver cómo interactuaban.

No era estúpido. Sabía cómo era Cem con las mujeres: encantador, persuasivo y un tanto cabrón. No me gustaba la idea de que viera a Norah como algo más que una asistente. Sobre todo cuando ella parecía esforzarse por mantenerse emocionalmente alejada de mí.

Y sería difícil evitarlo, especialmente con lo hermosa que estaba esa noche.

No es que no la viera guapa todos los días, pero con ese vestido… Era otra cosa. Una visión para la que no estaba preparado.

El tejido negro delineaba sus curvas con elegancia, cayendo suavemente hasta los tobillos. Una abertura lateral discreta revelaba un poco más de lo habitual, y el escote, aunque modesto, captaba miradas. Llevaba el cabello recogido, dejando su rostro al descubierto, y el maquillaje sutil realzaba aún más su belleza natural.

—Estás... hermosa —las palabras se me escaparon sin control.

Y el cabrón de Cem seguramente pensaría lo mismo.

¡Qué mierda!

—Gracias. Tú también te ves muy bien —me respondió.

Iba a decir algo más, pero sonó el timbre. Era la niñera, y después de una breve conversación e instrucciones, partimos hacia el evento.

El salón de fiestas estaba repleto. Lujosos candelabros colgaban del techo, iluminando con calidez el espacio. La música suave llenaba el ambiente, acompañando las conversaciones elegantes que sonaban como un murmullo cuidadosamente coreografiado. Caminaba al lado de Norah, adaptando mi paso al

suyo, aunque mis ojos estaban más en ella que en cualquier otra cosa.

Era un evento por el aniversario de una empresa aliada. Solo planeaba hacer acto de presencia, saludar a algunos conocidos y cumplir.

Al llegar, saludé al anfitrión con un abrazo y presenté a Norah como mi amiga, lo cual me frustraba enormemente.

La prensa ya había publicado que teníamos una hija, así que la mayoría de los presentes asumía que había algo entre nosotros, aunque yo nunca lo confirmara. A esas alturas, probablemente pensaban que yo la estaba engañando o algo así, con lo cual terminaría pareciendo un sinvergüenza frente a todos.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunté, acercándome para que me escuchara sobre la música.

—Cualquier cosa sin alcohol —respondió con una leve sonrisa.

Le pedí al camarero una copa de vino y una de jugo de uva. Le ofrecí la suya y nos quedamos un momento observando el salón. Yo notaba las miradas furtivas hacia ella, algunas de admiración, otras de curiosidad, y me pregunté si ella también lo notaba.

—Estás llamando mucho la atención —comenté con tono casual.

Ella me miró, sorprendida, y luego soltó una risita.

—No digas tonterías, Kerem. Esa gente ni sabe que existo.

—Ahora lo saben. Más con ese vestido. —Me acerqué, audaz, y le susurré al oído—: Quisiera tener la suerte de quitártelo esta noche… de verlo caer al suelo de mi habitación mientras estás desnuda en mi cama.

Ella se estremeció. Al menos eso. Luego respiró hondo y bebió su jugo como si fuera vino fuerte.

Luego, cuando estaba listo para decir algo más, vi a Cem. Caminaba hacia nosotros con su típica sonrisa relajada en el rostro y las manos en los bolsillos de su impecable chaqueta.

—¡Al fin los encuentro! —dijo, con esa energía agotadora de siempre.

Se detuvo frente a Norah y la escaneó sin pudor, admirando su vestido sin vergüenza.

—Guau, Norah. Estás absolutamente deslumbrante.

Me contuve de rodar los ojos, manteniendo mi expresión neutral.

—Cem —saludé con firmeza.

—Kerem, eres un hombre con suerte. Todos aquí te van a envidiar.

Apreté ligeramente la mandíbula, aunque traté de disimular.

—Sí… soy muy afortunado —murmuré.

Cem rió, como si no notara mi incomodidad, y volvió a mirar a Norah.

—Norah, debo repetirlo: fuiste increíble con la propuesta. Lo organizaste todo como si llevaras años con nosotros.

Ella sonrió, tímida.

—Solo hice lo que debía.

Yo bebía mi vino en silencio, observando la interacción. Cem siempre fue carismático, pero la forma en que la miraba y le hablaba me estaba colmando la paciencia.

Más aún porque Cem continuó de la misma manera, hablándole muy cerca, haciéndola reír y elogiándola.

Cuando Norah pidió permiso para ir al baño, mi cuerpo entero se relajó… y se tensó al mismo tiempo. Cem me observó con una sonrisa despreocupada. Sabía perfectamente que me estaba sacando de quicio.

—Te noto tenso, Kerem. ¿Será el vino? —provocó, bebiendo de su copa.

No respondí. Lo miré, impasible. Pero él continuó.

—Norah es especial —continuó—. Inteligente, amable, hermosa… una combinación peligrosa para tipos como nosotros.

—Cem… —mi voz salió baja, como una advertencia.

—¿Qué? Solo elogio a tu… —hizo una pausa, con teatralidad — *amiga.*

El hijo de puta realmente me estaba provocando y ni siquiera estaba tratando de ocultarlo.

Mi paciencia se estaba agotando rápidamente y antes de poder controlarme, me acerqué a él, manteniendo la voz lo suficientemente baja para que nadie más pudiera escucharme.

—Escucha —murmuré con voz firme y con un matiz de amenaza—. No sé cuáles sean tus intenciones, pero si cruzas la línea con ella, no te gustará lo que pase.

Cem arqueó una ceja y en lugar de parecer intimidado, se rió. Una risa corta, incrédula, pero llena de provocación.

—¿En serio, Kerem? ¿Me estás amenazando? —Dio un paso atrás y me miró como si fuera un niño en plena rabieta—. Mira, te respeto, pero está claro que estás perdiendo el control aquí. Si tanto

deseas a esta mujer, deberías asegurártela ahora. Porque si no lo haces, alguien vendrá y lo intentará.

Fue la gota que colmó el vaso. Antes de darme cuenta, mis manos agarraron el cuello de su camisa, acercándolo más cerca con fuerza. Cem abrió los ojos por un breve momento con sorpresa, pero rápidamente recuperó la compostura incluso con mi firme agarre.

—Kerem, cálmate. Vas a arrugar mi traje.

—Hijo de puta, deja de mirarla así —solté entre dientes.

Apreté tanto la mandíbula que dolía. Sabía que no debía hacerlo. El lugar estaba lleno. Pero, por suerte, nadie estaba lo suficientemente cerca para presenciar la escena.

Respiré profundo y lo solté de golpe. Cem se acomodó el cuello de la camisa y la corbata, pero su sonrisa seguía ahí, desafiándome.

—Vaya… interesante. Realmente tienes un problema, amigo.

No respondí. No quería darle la satisfacción de verme perder el control otra vez. Sin decir nada más, me di la vuelta y salí de la habitación, ignorando las miradas de quienes intentaban saludarme. Fui directo al jardín exterior, donde el aire fresco de la noche me golpeó como un soplo muy necesario.

Apoyando mis manos en la barandilla de hierro, respiré profundamente varias veces, tratando de calmar la ira hirviente que aún burbujeaba dentro de mí. Nunca fui de las que perdía los estribos de esa manera, pero algo en Cem (o tal vez la forma en que hablaba de Norah) me desequilibraba por completo.

Y si soy sincero conmigo mismo, no se trataba solo de Cem. Se trataba de ella. Sobre el miedo a perderla. Sobre el hecho de que, por mucho que quería aparentar que tenía el control de la situación, la verdad era que Norah era mi punto débil.

Y sabía que necesitaba abordar esto antes de que fuera demasiado tarde.

El ligero roce de una mano femenina en mi hombro me sacó de mis pensamientos turbulentos. Sabía que era Norah incluso antes de mirarla, como si su presencia fuera algo que mi cuerpo reconociera al instante.

Me enderecé lentamente, pero no me giré de inmediato. La sensación del frío metal bajo mis manos era como un contrapunto a la tormenta que rugía dentro de mí.

—Kerem —dijo, preocupada—. Cem dijo que saliste alterado. ¿Pasó algo?

Me giré, intentando no pensar en Cem, y allí estaba ella, iluminada por la tenue luz que venía del pasillo detrás de nosotros. Llevaba ese vestido que me volvía loco, con un brillo sutil que hacía que su piel luciera aún más radiante. Sus ojos buscaron los míos, confundidos, tratando de comprender qué estaba pasando.

Las palabras de Cem resonaron en mi mente como una provocación innegable: *"Si tanto deseas a esta mujer, deberías asegurártela de una vez por todas..."*

Antes de poder racionalizar lo que estaba haciendo, di un paso adelante. Con un movimiento rápido, mis manos agarraron su cintura, la hicieron girar y la presionaron contra la barandilla de hierro detrás de nosotros. Ella jadeó sorprendida, pero no se apartó. Sus ojos se abrieron, buscando los míos, y por un momento nos quedamos así, tan cerca que podía sentir el roce de su aliento contra mi piel.

—Kerem, ¿qué estás…?

No la dejé terminar. Mi boca encontró la suya en un beso firme e intenso, como si todas las palabras que no podía decir necesitaran ser traducidas en ese momento.

Era más que deseo.

Era necesidad. Era todo lo que no podía decir con palabras.

Sus labios eran tan suaves como los recordaba, y eso solo me hizo profundizar el beso, mi cuerpo presionando el suyo contra la barandilla, mis manos subiendo a su cuello, como si necesitara abrazarla para que no se escapara.

Cuando finalmente cedió, sentí como si algo dentro de mí se levantara, como si un peso invisible se levantara de mi pecho. Sus labios se movieron contra los míos con la misma urgencia, sus manos subieron para ahuecar los lados de mi rostro. Fue un beso que contenía todo lo que no habíamos dicho, todo lo que aún necesitábamos resolver.

El mundo que nos rodea ha desaparecido. No había fiesta, ni música, ni otras personas. Solo nosotros dos, en ese momento, como si el tiempo se hubiera detenido. Su sabor, la forma en que sus dedos se enredaban en mi cabello, la forma en que su cuerpo cedía bajo el mío... era todo.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estábamos jadeando y nuestras frentes se tocaban. Retrocediendo un poco más, mis ojos buscaron los de ella, y lo que encontré allí no fue solo confusión, sino algo más profundo, algo que reflejaba exactamente lo que sentía.

—Esto… —empezó ella, en un susurro—. Esto fue…

—Inevitable —completé, con voz ronca.

Ella era mía.

Y no iba a dejarla escapar.

Nunca más.

CAPÍTULO 38



NORAH

Al llegar a casa, después de asegurarme de que Rose dormía profundamente en su cuna, agradecí a la niñera y la despedí. Cerré con cuidado la puerta del cuarto de mi hija, tratando de silenciar el eco de mis propios pensamientos. El silencio de la casa amplificaba el caos que tenía dentro.

Ya en mi habitación, me quité el vestido con prisa, bajando el cierre y dejando que la tela se deslizara por mis hombros. Cayó al suelo como un recordatorio palpable de lo que había pasado más temprano. Eché la cabeza hacia atrás con un suspiro antes de dirigirme al baño.

El agua caliente cayó sobre mi cuerpo, lavando no solo el cansancio, sino también todo lo que sentía en ese momento. Cerré los ojos, apoyando las manos en la pared de azulejos, intentando ordenar las ideas que me golpeaban sin compasión.

Kerem.

Aún podía sentir su sabor en mis labios, el calor de sus manos, la fuerza con la que su cuerpo me había presionado contra la baranda del jardín. Todo era tan real que parecía estar ocurriendo de nuevo allí mismo, bajo el vapor del agua.

El beso había sido…

Dios mío, qué beso.

Cerré los ojos con más fuerza. Quise borrar el recuerdo, pero regresó con cruel claridad.

Ese beso estaba cargado de todo lo que evitábamos decirnos, de todo lo que temíamos admitir. La intensidad me tomó por sorpresa, pero lo que más me desarmó fue cómo cedí. Cómo mi cuerpo respondió sin resistencia, como si fuera lo más natural del mundo.

Pero no lo era, ¿cierto? No para nosotros. No después de todo lo que habíamos vivido.

Pasé las manos por mi cabello mojado, intentando apartar la mezcla de emociones que amenazaban con desbordarse.

Hace poco, él me había dicho que me amaba.

Esas palabras se grabaron en mí como un tatuaje invisible. Kerem no era un hombre de muchas palabras, y menos cuando se trataba de sentimientos. Saber que él las había elegido, que las pronunció con tanta vulnerabilidad, me revolvía por dentro.

Y había más. La inseguridad que vi en sus ojos antes de besarme, el miedo de que me fuera, de que él no fuera suficiente para mí... Eso quebró algo dentro de mí.

Nunca lo había visto tan humano.

Y todo por mí.

Con un suspiro, apagué la ducha y me envolví en una toalla. Me sequé el cuerpo y el cabello de forma automática, salí del baño y me senté en la orilla de la cama, mirando el vacío mientras mis pensamientos giraban como una espiral sin fin.

Kerem era una tormenta.

Y yo no sabía si estaba lista para enfrentarla de nuevo, después de haber sido abandonada.

Pero también sabía que, si no lo intentaba, quizás me ahogaría en la calma de una vida sin él.

Aún envuelta en la toalla, caminé hacia la cómoda y tomé la crema hidratante. Me senté en el borde de la cama, dispuesta a aplicarla en mis piernas y distraerme con esa rutina sencilla.

Fue justo cuando destapé el frasco y esparcí la crema entre mis manos que sentí un escalofrío en la nuca. Esa sensación inconfundible de estar siendo observada.

Intenté ignorarlo, seguí aplicando la crema, pero fue inútil. Levanté la mirada lentamente. Y ahí estaba Kerem, apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y la mirada clavada en mí.

Mi corazón se disparó.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —pregunté, más firme de lo que esperaba.

No respondió. Caminó hacia mí con esa determinación tranquila tan suya. Al llegar, me quitó el frasco de las manos sin decir nada y se arrodilló frente a mí, como si fuera lo más natural del mundo.

Tomó mi pie con suavidad y empezó a masajearlo, extendiendo la crema con dedos firmes pero delicados. Me quedé

paralizada, demasiado sorprendida para reaccionar.

Suspiré. La fuerza y la ternura en sus manos amenazaban con marearme.

El silencio entre nosotros era denso, cargado de todo lo que no estábamos diciendo. Lo observé mientras pasaba al otro pie, con movimientos lentos y meticulosos.

—No voy a disculparme por ese beso —dijo finalmente, con voz baja, pero segura.

No pude responder de inmediato. Él continuó, sin mirarme aún.

—¿Y por qué lo harías? —pregunté en un susurro.

Se detuvo y levantó la vista. Lo que vi en sus ojos me hizo contener el aliento.

—Porque he estado respetando tu tiempo —dijo con franqueza—. Sé que necesitas sanar. Y he tratado de darte ese espacio. Pero también sé que tú sientes algo por mí. No lo puedes negar.

No aparté la mirada. Se puso de pie frente a mí, tan cerca que su calor me envolvía.

—Y no puedo seguir fingiendo que esto no me afecta —continuó—. Si tú sientes lo mismo que yo… tenemos que enfrentarlo hoy.

Mi respiración se volvió inestable. La intensidad en su mirada era abrumadora. Kerem no jugaba. Si decía algo, lo decía en serio.

Sin decir una palabra, se posicionó entre mis piernas y llevó una mano a mi nuca, entrelazando sus dedos con mi cabello. Me miró, me estudió, como si quisiera memorizarme.

Yo ya no podía respirar. Ni siquiera me había tocado realmente, y ya me tenía temblando.

Luego se inclinó hacia delante, sentí su cálido aliento rozando mi piel mientras su nariz se deslizaba lentamente por un lado de mi cara, sin dejar de olerme. Ya no solo mi cabello, sino también mi cuello, lo que me ponía la piel de gallina.

—¿Sabes lo que me haces sentir? —murmuró.

No pude responder. Mi garganta estaba seca.

Kerem se apartó lo suficiente para mirarme nuevamente, con sus dedos aún en mi cabello. Su pulgar se deslizó por mi mandíbula, trazando un camino suave que me dejó sin aliento.

—Me vuelves loco, Norah —continuó, con la voz aún más ronca—. Loco al ver cómo te miraban con ese vestido. Y frustrado… porque no fui yo quien te lo quitó.

Tragué saliva. Estaba perdiendo el control.

Acercó sus labios a mi oído. El calor de su cuerpo me derretía.

—Te deseo... —susurró con deseo puro—. Pero no te voy a obligar. Solo quiero que lo sepas. Necesito que sientas lo mucho que me desequilibras.

Todo mi cuerpo se sentía como si estuviera en llamas, y mis manos, que hasta entonces habían estado apoyadas a mis costados, se movieron instintivamente, agarrando su camisa como si fuera un punto de apoyo.

Kerem retrocedió unos centímetros, lo suficiente para volver a mirarme a los ojos. Parecía saber exactamente lo que me estaba haciendo, como si estuviera jugando con cada reacción, con cada suspiro que dejaba escapar involuntariamente.

—¿Te has quedado sin palabras? —bromeó, y una sonrisa burlona apareció en sus labios—. Creí que eras más terca.

Intenté responder, pero mi voz no salía. Él sabía lo que me provocaba.
Y lo estaba usando a su favor.

Volvió a acercarse. Nuestros labios casi se tocaban, pero no daba el último paso.

—Dime que me deseas, Norah —murmuró, con su voz apenas por encima de un susurro—. O me detendré ahora.

Era una trampa y ambos lo sabíamos. Pero en ese momento, estaba lista para caer.

—Yo… te deseo —admití.

Kerem dejó escapar un suspiro que pareció más bien de alivio, entonces la mano en mi nuca se volvió más posesiva y se corrió con ansias, capturando mi boca en la suya y dominándome por completo en un beso voraz.

Arqueé mi cuerpo hacia atrás para recibirlo, dejando que Kerem me poseyera como siempre lo hacía cuando me tomaba así. Su beso era siempre muy intenso, de esos que podían hacer que las piernas de una mujer se debilitaran sin dificultad alguna.

Con una fuerza impresionante me levantó de la cama, agarrándome por los muslos y tirando de mí hacia arriba, para que quedara más en el medio de esta, luego quitó la toalla, abriéndola y dejando que sus ojos recorrieran cada centímetro de mí, como si me estudiara; como si estuviera leyendo un mapa, donde estaba decidiendo qué hacer primero.

Luego se quitó la camisa, se arrodilló en la cama y respiré profundamente al darme cuenta de que su cuerpo parecía haberse

desarrollado aún más. Como si hubiera pasado todo ese año descargando sus frustraciones en él y haciéndolo más musculoso.

Fue un deleite.

Todavía en la misma posición, tomó el frasco de crema y puso un poco en sus manos, llevándolas directo a mis pechos. El contacto de la sustancia fría con mis pezones fue suficiente para hacerme gemir suavemente y moverme en la cama. Con las manos ocupadas, los masajeó, apretándolos y frotando la palma de la mano sobre los pezones, que inmediatamente se pusieron duros.

Continuó extendiendo la crema, moviéndola hacia mi vientre, dejando también besos por donde pasaba su mano. Cuando llegó a mi cintura, apretó fuertemente ambos lados, y por un momento deseé que las marcas de sus dedos quedaran impresas en mi piel, para poder verlas al día siguiente y recordar cada uno de esos momentos.

Dependía de mí convertirlo en una rutina. Kerem estaba claramente dispuesto a convertirnos en una pareja, en una familia. Simplemente tenía que tomar una decisión.

Antes de poder pensar en nada más, me di vuelta en la cama y me puse boca abajo, casi gimiendo mientras sus poderosas manos tomaban mis hombros, masajeándolos.

—Estás tensa —susurró—. Relájate, *tatlılık.* Somos solo nosotros dos, como siempre ha sido.

Intenté hacer eso, mientras su mano bajaba por mi espalda, apretándola con sus pulgares, intentando sacarme de esa aprensión.

Todavía con la boca, bajó más y más, y mordiéndome el culo, mientras, con la otra mano, lo apretaba fuertemente.

Entonces sus dientes aterrizaron en mis muslos mientras levantaba mis caderas, colocándome en cuatro patas sobre la cama.

Kerem estaba debajo mío, bajándome lo suficiente para que estuviera a la altura correcta.

—Monta mi boca, amor —dijo en el tono más ronco y delicioso posible, que casi hubiera sido suficiente para hacerme acabar.

Cuando usó su lengua en mi clítoris, moviéndolo y chupándolo, grité.

Sabía que la noche apenas comenzaba.



KEREM

El sabor de Norah en mi lengua era afrodisíaco.

Maldita sea, cómo extrañaba sentirla así...

Ella se movía contra mi boca, como le pedí que hiciera, y rebotaba mientras empujaba mi lengua dentro de ella con deseo. Gemía y gemía, entregándose al momento, igual que yo.

—¡Kerem! —llamó fuerte, y yo gruñí contra su pelvis, imaginando su cara sonrojada y queriendo estar dentro de ella, golpeando el punto más profundo.

Chupando su clítoris con mi lengua, inserté dos dedos dentro de ella, frotándolos y recordando perfectamente qué puntos la estimulaban más.

—¡Oh, por favor, Kerem, más! —gimió ella y le di lo que pidió.

La masturbé más fuerte, llevándome un tercer dedo a su vagina, sintiendo cómo los humedecía hasta el punto en que se deslizaban fácilmente.

Chupé su clítoris con todas mis fuerzas, usando mi otra mano para capturar un pezón que colgaba, junto a su pecho que se balanceaba mientras ella se movía, buscando más placer.

Ella estaba prácticamente sentada alrededor de mi cuello, pero sin acomodarse realmente, para no asfixiarme.

No es que me importara. Sentirla así era todo lo que quería.

—¿Extrañabas que te penetrara con mi boca, amor? —dije sin dejar de empujar mis dedos dentro de ella.

—¡Ahhhh... s-sí! ¡S-sí!

Tan pronto como respondió, sentí que todo su cuerpo se tensaba. Ella estaba a punto de acabar, y la dejé, deleitándome con sus sonidos, su olor y sus movimientos, un poco más tensos por la liberación.

Salí de abajo de ella mientras me quitaba los pantalones, liberando mi verga inmediatamente y colocándola dentro de su concha, aprovechando la maravillosa posición en la que se encontraba.

Ese hermoso y alegre culo me volvía loco, y me deslicé dentro de ella lentamente, sin querer lastimarla, pero desesperado por estar dentro suyo.

—Mierda, Norah... No podré controlarme. Necesito penetrarte... no hacer el amor. Ahora no.

—¿Quién dijo que quiero hacer el amor?

Grité cualquier mala palabra que me vino a la mente y eso dio paso a una estocada muy profunda. Muy intenso.

Norah gritó fuerte y la aparté, agarrándola del cabello y colocando mi mano sobre su boca, cubriéndola.

—No queremos despertar al bebé, ¿verdad?

En esa posición, ella estaba como sentada sobre mí, y sentí que el movimiento más brusco, para callarla, la excitaba más.

No tuve piedad. Manteniéndola así, empujé con firmeza, envolviendo un brazo alrededor de su cintura y levantándola para que rebotara sobre mi verga, de una manera deliciosa que me hizo gruñir de placer.

Nuestros cuerpos se movían con total maestría, con una armonía inquebrantable. Era como si encajáramos tan perfectamente que era inevitable sentir una excitación cada vez más loca con cada movimiento.

Con mi otra mano, que no contenía sus gemidos, agarré más fuerte su cuerpo, atrayéndolo hacia mí, repartiendo besos en su espalda, su cuello, sus hombros.

Con cada beso, parecía gruñir contra su piel, mientras continuaba empujando y empujando, obligándola a moverse sobre mí.

Los murmullos y gemidos apagados que emitía contra mi mano, que la silenciaban, también me volvían loco. Por la forma en que estábamos teniendo sexo como animales, estaba seguro de que nos oirían a kilómetros de distancia.

Todo el edificio sabría que mi esposa estaba bien atendida esa noche.

Sentí que ella iba a acabar, así que me preparé para hacer lo mismo. Empujé más fuerte y más rápido, de modo que ambos terminamos con un fuerte orgasmo.

Incluso detrás de mi mano, pude escuchar su grito, que fue mi perdición.

Ambos caímos sobre la cama, al mismo tiempo que escuché un celular vibrar en alguna parte.

Solo podía ser de ella, porque el mío estaba en mi habitación, donde lo dejé.

Norah estaba acostada en la cama, agotada, así que hice un esfuerzo y me levanté para ir a buscarlo y atenderlo.

Vi el nombre de Louise en la pantalla, así que pensé que estaría bien.

—Hola, Louise. ¿Pasó algo? —Empecé a calcular la diferencia horaria, mientras miraba el reloj, y deberían ser alrededor de las cinco de la tarde en Maple Creek.

—Sí, ocurrió —respondió ella angustiada—. Willow fue atacado. George resultó herido y fue amenazado. Sabemos que fue Frank, pero él estaba detrás de Norah. Dijo que si ella no aparecía en la ciudad, mataría a todos los que ella amaba, uno por uno.

CAPÍTULO 39



NORAH

Mi corazón se aceleró en el mismo instante en que escuché a Kerem mencionar el nombre de Louise, tanto que prácticamente salté de la cama, ignorando el agotamiento después del sexo, y le arranqué el celular de las manos.

—¿Louise? ¿Qué pasó? —pregunté, con la voz temblando mientras me llevaba el teléfono al oído.

—¡Norah! Dios mío, Norah... —Louise sonaba desesperada, la voz quebrada por el llanto—. Fue horrible. Atacaron el Willow esta tarde. George está herido y todos están aterrados. Norah... fue Frank. Apareció en la ciudad y estaba buscándote.

Mi cabeza dio vueltas. Era como si el suelo se hubiera desvanecido bajo mis pies. Apreté el celular con más fuerza, intentando procesar lo que me decía.

—¿Me estaba buscando? —mi voz salió como un susurro—. ¿Qué... qué hizo?

—¡Amenazó a todos, Norah! —continuó Louise, sus palabras salían atropelladas—. Dijo que si no apareces, va a matar a todos los que amas, uno por uno. No estaba bromeando, Norah. Lo dejó muy claro. George intentó enfrentarlo y casi lo mata.

Sentí el estómago revolverse, la bilis subir por mi garganta. Mi cuerpo empezó a temblar de forma incontrolable. Cerré los ojos, intentando absorber el peso de esas palabras.

Frank.

No había terminado.

Estaba decidido a destruirlo todo.

A destruir... mi vida.

Miré a Kerem, que estaba de pie, ahora con el rostro sombrío, los ojos clavados en mí. En algún momento había tomado su propio

celular. No sé cuánto había escuchado, o si Louise le había dicho lo mismo, pero su expresión lo decía todo: estaba listo para actuar.

—Louise, tranquila. ¿Dónde estás ahora? ¿Estás a salvo? —pregunté, intentando que mi voz no se quebrara.

—Estoy con George en casa de Deborah. El Willow está cerrado. George necesitó atención médica, pero está fuera de peligro, gracias a Dios —Su voz aún temblaba—. Norah, sé que es mucho pedir, pero ¿puedes hablar con Kerem? ¿Él tiene contactos? ¿Puede hacer algo?

—Sí. Vamos a encargarnos de esto. Mantenme informada.

—Lo haré.

Apenas colgué, me volví hacia Kerem, decidida:

—Tenemos que ir a Maple Creek. No puedo dejarlos solos enfrentando esto, sabiendo que el problema soy yo.

Kerem, que parecía al borde de perder el control, dio un paso al frente, la mandíbula apretada.

—¿Qué? ¡Ni pensarlo, Norah! ¿Escuchaste lo que dijo tu amiga? Ese hombre está loco y es peligroso. ¡No vas a ponerte en riesgo por él!

Crucé los brazos, intentando no dejarme intimidar por su tono.

—¿Y qué quieres que haga, Kerem? ¿Fingir que no pasó nada? ¿Quedarme sentada mientras amenaza a las personas que amo? No puedo. George es como un padre para mí. Louise es como una hermana.

Él se pasó las manos por el rostro, exasperado, antes de apuntarme con un dedo.

—¡No vas a ir a ningún lado! No es negociable.

—¿Y tú quién eres para decidir eso? —respondí, elevando la voz—. Voy a ir, Kerem. Por las buenas o por las malas.

Sus ojos se entrecerraron y, por primera vez, parecía que estaba a punto de perder la paciencia por completo.

—¡Estás siendo irracional, Norah! —Dio otro paso, mirándome de frente—. Si crees que me voy a quedar aquí viendo cómo corres directo al peligro, estás muy equivocada.

—¿Irracional? —mi voz tembló, pero de indignación, no de miedo—. ¡Irracional es impedirme ayudar a quienes están sufriendo por mi culpa!

—Te hablo en serio, Norah —Su voz bajó, pero se volvió más amenazante—. Si hace falta, ¡te encierro en esta casa!

Me quedé boquiabierta, la rabia iba encendiéndose dentro de mí.

—¡Ni se te ocurra!

—Intenta salir... y verás.

La tensión entre nosotros era tan densa que se podía cortar con un cuchillo. Mi pecho subía y bajaba con rapidez, y mis puños estaban apretados.

—¡No soy tu prisionera, Kerem! ¡Y no soy la misma mujer asustada de antes! —grité, acercándome hasta quedar casi cara a cara—. Puedes intentar detenerme, pero iré, incluso si tengo que escaparme.

Él me sujetó del brazo, con firmeza pero sin hacerme daño, con su mirada llena de frustración.

—¿No lo entiendes? —su voz se quebró por un segundo—. ¡No intento controlarte, Norah! ¡Estoy tratando de protegerte!

—¿Y crees que protegerme es encerrarme? ¿Evitar que enfrente mis propias batallas?

—Yo... —abrió la boca, pero no encontró palabras. Parecía atrapado entre la rabia y el miedo—. No quiero perderte.

Mi respiración se detuvo un momento. Él soltó mi brazo poco a poco, como si sus propias palabras lo hubieran desarmado. Pero no podía ceder, no ahora.

—Entonces déjame hacer lo que tengo que hacer.

Desvió la mirada, pasándose la mano por el cabello en un gesto frustrado.

—No estoy de acuerdo con esto, Norah. Pero si vas a insistir... entonces voy contigo.

Kerem miró su celular, que vibraba en su mano, y lo contestó, activando el altavoz.

—Es Zayd. Les mandé un mensaje al grupo.

Respondió la llamada.

—¿Kerem? —la voz profunda e inconfundible de Zayd se escuchó al otro lado—. ¿Qué está pasando?

Kerem le explicó la situación, sin omitir que yo insistía en ir a Maple Creek y que él no estaba de acuerdo, pero que tendría que ir conmigo. Por supuesto, tendríamos que llevar a Rose.

Oh, Dios… Ni siquiera había pensado en eso.

—Voy con ustedes. Hablaré con los otros. Creo que todos vamos a querer estar ahí.

Sentí un alivio inmediato. Si todos los hermanos estaban con nosotros, podía creer que estaríamos seguros.

—¿Estás seguro, hermano?

—Sí. Le debo esto a Norah. Arruiné su vida. Ahora es mi turno de protegerla.

Me quedé mirando el celular, sorprendida. No esperaba que Zayd fuera tan directo, y menos conmigo. Kerem parecía dividido entre alivio y frustración por la intervención de Zayd.

—Zayd... —comencé, dudando.

—No me des las gracias todavía, Norah —dijo con seriedad—. Solo dime una cosa: ¿estás realmente dispuesta a enfrentar esto?

Tragué saliva, pero mi voz salió firme:

—Sí.

Hubo una breve pausa del otro lado, y entonces habló de nuevo:

—Perfecto. Denme unas horas para organizarme y les aviso sobre mi vuelo. Mientras tanto, contactaré a los otros. Imagino que pronto estaremos todos juntos otra vez.

Kerem frunció el ceño, como si quisiera protestar, pero se limitó a asentir, aunque Zayd no pudiera verlo.

—Está bien —dijo por fin.

Zayd colgó con un corto "nos vemos pronto". El silencio en la habitación fue casi ensordecedor después de eso.

Kerem se pasó la mano por la cara y soltó un suspiro profundo mientras yo permanecía sentada, intentando asimilar todo.

—Parece que este viaje será más agitado de lo que esperaba —murmuré, intentando aligerar el ambiente.

Pero la mirada de Kerem seguía sombría.

—Eso no significa que esté de acuerdo con que vayas allá —dijo, terco—. Pero ya que vas a insistir, al menos no será sin protección.

La noche fue un torbellino. Después de colgar, comencé a separar ropa mientras Kerem organizaba documentos y todo lo necesario para el viaje.

Entre una maleta y otra, cuidé de Rose, que despertó con un quejido, como si percibiera la tensión que nos rodeaba. Kerem, aún molesto, la tomó en brazos y la calmó con un suave susurro.

—Me encargaré de todo el tema del avión privado —dijo, mientras yo doblaba una de las ropitas de Rose y la ponía en la maleta.

—Gracias —respondí, intentando no pensar en el hecho de que, pese a todo, él seguía ahí, a mi lado, asegurándose de que todo saliera bien.

Las horas pasaron volando, y antes de que amaneciera, ya estábamos listos. Kerem sostenía a Rose, que se había vuelto a dormir, mientras yo organizaba los últimos detalles con la niñera que nos acompañaría durante el vuelo. Cuando todo estuvo preparado, salimos de casa con la certeza de que lo más difícil aún estaba por venir.



El jet privado de Kerem despegaba, cruzando el cielo rumbo a Maple Creek. El interior de la aeronave estaba en silencio. Rose, en el asiento junto a la niñera, dormía plácidamente, pero entre Kerem y yo, la tensión era palpable.

Yo miraba por la ventana, observando cómo las nubes pasaban rápidamente, mientras mi corazón se sentía dividido. Parte de mí sabía que enfrentar a Frank era necesario, pero otra parte temía profundamente lo que pudiera suceder.

Kerem, sentado a mi lado, parecía igual de inquieto. Tenía los brazos cruzados, los ojos fijos al frente, pero su mandíbula apretada revelaba la intensidad de sus pensamientos.

Cuando finalmente aterrizamos, alquilamos un coche y partimos hacia Maple Creek. Al llegar, el aire parecía más denso. No sabía si era el peso de la responsabilidad o la incomodidad de volver a un lugar que había intentado evitar.

Kerem no perdió tiempo. Ya había coordinado todo con el chofer, y fuimos directo a la casa de Deborah. Al llegar, Louise estaba en el patio, con los brazos cruzados y el rostro cargado de preocupación. Al verme, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Norah! —exclamó, corriendo hacia mí.

Solté el bolso que llevaba y la abracé con fuerza, sintiendo alivio de verla a salvo.

—¿Estás bien? —pregunté con voz temblorosa.

—Sí, sí... estoy bien.

George apareció en la puerta con el brazo vendado y sostenido por un pañuelo. Caminaba despacio, pero su expresión era firme.

—George... —susurré, acercándome a él, notando los hematomas en su rostro—. ¿Qué te hicieron?

George no era un hombre fácil de derribar, pero por lo que había hablado con Louise antes de llegar a la ciudad, fueron tres hombres. Una maldita cobardía.

Él esbozó una sonrisa cansada y me atrajo hacia un abrazo con su brazo bueno, ya que el otro estaba inmovilizado.

—Estoy bien, Norah. No te preocupes —dijo, intentando sonar más confiado de lo que en realidad estaba.

Kerem se mantenía en el fondo, con Rose en brazos, pero su postura era rígida, como si analizara cada rincón a nuestro alrededor, listo para intervenir ante el más mínimo signo de peligro. Zayd aún no había llegado, pero sabía que no tardaría.

Mientras abrazaba a George, sentí una oleada de determinación. No importaba cuán difícil fuera, iba a enfrentar a Frank.

Por mi familia.

Por todos los que amo.

CAPÍTULO 40



KEREM

El olor a cenizas y madera quemada todavía flotaba en el aire cuando bajé del auto. El Willow, o lo que quedaba de él, parecía un escenario de guerra. Las ventanas estaban hechas trizas, los muebles arrojados como si una tormenta hubiera arrasado el lugar. El sitio que alguna vez fue el bar de mi madre ahora era solo un montón de escombros y recuerdos rotos.

Me quedé quieto por un momento, observando la destrucción frente a mí. Parte de mí quería entrar de inmediato y comenzar a buscar respuestas, mientras que otra solo quería tomar a Norah y a Rose y desaparecer de allí.

Miré a Norah, que estaba unos pasos por delante. Ella parecía congelada, como si intentara asimilar la escena, pero yo sabía que eso era un golpe demasiado duro. Ese lugar fue el único que la acogió cuando más lo necesitó; el trabajo que la sostuvo cuando no tenía a nadie más.

Para mí también era fuerte. Era el negocio de mi madre; algo que ella deseó, compró, reformó y llevó adelante.

—Norah... —la llamé en voz baja, pero no respondió.

Avanzó, pisando sobre los vidrios esparcidos por el suelo. Yo la seguí, pero sin dejar de mirar a nuestro alrededor. Cada rincón del Willow parecía llevar la firma de Frank: destrucción calculada, un mensaje claro.

Apreté la mandíbula. No era solo un ataque al bar, era un ataque directo a Norah.

Ella se detuvo junto a la barra, pasando los dedos por la superficie resquebrajada como si quisiera encontrar algo familiar en medio del caos.

Quise decir algo, pero tenía un nudo en la garganta.

—Él nunca va a parar —dijo finalmente, con la voz baja y ronca—. Frank no quiere solo destruir cosas, quiere destruir personas.

Inspiré hondo, intentando contener la rabia creciente.

—Esto no va a quedar así, Norah.

Ella se dio vuelta para mirarme, con los ojos llenos de una mezcla de dolor y determinación.

—¿Y qué vas a hacer, Kerem? ¿Matarlo? Porque eso es lo que va a hacer falta. Frank no entiende de límites.

Di un paso al frente, dejando que mi voz saliera más firme de lo que esperaba.

—Si es necesario, sí. Pero esto termina aquí, Norah. No voy a dejar que te toque.

Antes de que Norah pudiera responder, el sonido de pasos firmes resonó en la entrada destruida del bar. Giré de inmediato, instintivamente poniéndola detrás de mí. Pero en cuanto reconocí

quiénes eran, me relajé, aunque solo un poco. Las circunstancias no permitían más que eso.

Zayd entró primero, con los ojos recorriendo el lugar con su intensidad habitual, seguido por Esteban y Petrus. Todos estaban serios, con esa expresión de quien ha visto demasiado en la vida y sabe exactamente qué hacer.

—El hijo de puta hizo un buen destrozo, ¿eh? —dijo Zayd, con voz grave y cargada de irritación.

Petrus caminó hasta la barra destruida, sus pasos sonaban sobre el suelo cubierto de astillas, vidrios y madera rota. Levantó un pedazo de metal retorcido, analizándolo como si fuera parte de un rompecabezas.

—Claramente no le interesa ser discreto —comentó con tono seco, tirando la pieza al suelo—. Esto es una declaración de guerra.

Norah dio un paso adelante, con voz firme:

—Esto no se trata de guerra. Se trata de control.

Esteban, apoyado contra una pared destrozada, negó con la cabeza.

—Quiere demostrar que puede alcanzarte donde sea. Y si logró conseguirlo hasta aquí, no va a parar.

Zayd, que había permanecido en silencio, finalmente habló, con los ojos puestos en Norah.

—¿Crees que intentará algo más grande?

—Estoy segura de eso —respondió ella sin titubear.

—Entonces necesitamos un plan —continuó Zayd, cruzando los brazos—. Algo que proteja a Norah y que acabe con Frank de una vez por todas.

—Y yo ya tengo un plan inicial... —dijo una voz femenina, y vi a Louise entrar al bar acompañada de varias personas. Todos traían herramientas, además de escobas, trapos y baldes—. Lo primero es que traje ayuda para limpiar el Willow.

Eran los clientes del bar. Reconocí algunas caras de los breves meses que viví en Maple Creek. La mayoría de ellos eran motoqueros o camioneros, grandes, barbudos, con chaquetas de cuero y chalecos, pero entraban con una misión clara.

—¿Qué es esto? —preguntó Norah a su amiga.

—Llamé a la banda para ayudar a que el Willow dejara de parecer que sobrevivió a un terremoto.

Miré a Norah y vi sus ojos llenarse de lágrimas. Pasé un brazo por sus hombros y la besé en la frente mientras veía a todos comenzar a moverse.

Petrus, Esteban y Zayd no tardaron en arremangarse también, y sonreí mientras me unía a ellos, susurrando a mi mujer:

—Todo va a estar bien.

Norah se unió a nosotros, y Louise puso música en la vieja rockola, llegando incluso a usar la escoba como micrófono para animar a todos.

Era imposible no notar cómo Petrus miraba a Louise, especialmente cuando ella comenzó a bailar mientras barría una buena cantidad de vidrios rotos.

Todos pusieron manos a la obra. Un verdadero trabajo comunitario, de esos que Norah nunca encontró en Maple Creek. Sabía que esa era una de las razones por las cuales estaba tan conmovida, con lágrimas en los ojos.

Esa ciudad nunca fue un hogar para ella, pero la forma en que la estaban acogiendo -no los indignos que siempre la juzgaron, sino otros, que demostraban que no toda la gente era igual- lo cambiaba todo.

El trabajo en equipo transformó el Willow. Claro, no quedó como si el bar hubiera sido mágicamente restaurado a su estado original, pero la diferencia era visible.

El suelo, antes cubierto de vidrios rotos y escombros, ahora estaba limpio. Las mesas que no fueron destruidas estaban en su sitio, y las sillas rotas fueron reemplazadas por bancos improvisados que trajeron los propios clientes.

Las paredes aún mostraban marcas del ataque, pero algunos motoqueros hábiles cubrieron los daños más visibles con tapices rústicos y placas metálicas decorativas, que probablemente sacaron de sus garajes.

Los candelabros aún colgaban, aunque uno de ellos se balanceaba de forma sospechosa, y las bombillas rotas fueron reemplazadas por linternas y luces de emergencia.

El bar no estaba perfecto, pero estaba en pie otra vez. Más aún: estaba lleno de vida.

Norah miró a su alrededor, los ojos todavía brillantes con la emoción que intentaba ocultar. Cuando uno de los motoqueros, enorme y con un chaleco de cuero gastado, colocó la última silla en su lugar, se giró hacia ella y sonrió.

—No es una obra de arte, pero creo que sirve, ¿no?

—Está increíble —respondió Norah, con voz suave, casi un susurro—. Gracias... a todos ustedes.

Me acerqué a Louise, poniendo una mano sobre su hombro.

—No sé ni cómo agradecerte.

Ella me guiñó un ojo.

—Soy buena arreglando cosas, señor turco. —Luego miró de reojo a Petrus—. No todas, claro. Algunos son demasiado tercos para darse cuenta de *que es posible arreglar sus* problemas.

Preferí no decir nada. Ellos dos eran adultos. Tenían que resolver sus cosas.

Pero ella tampoco insistió. Se alejó saltando hacia la puerta del bar, avisando:

—Voy a buscar a George, ¡tiene que ver esto!

Cuando salió, me acerqué a Norah otra vez, rozando su mano con la mía.

—¿Estás bien?

Ella asintió, todavía observando el entorno.

—Nunca imaginé ver algo así aquí. Crecí en esta ciudad, Kerem, y siempre pensé que a nadie le importaba realmente.

Le sonreí, apretando su mano.

—Parece que estabas equivocada.

Unos veinte minutos después, Louise regresó trayendo a George y a Deborah. Deborah tenía a la pequeña Rose en brazos, que miraba todo con curiosidad y movía sus manitos, como si supiera que algo especial estaba pasando.

Me apresuré a tomar a mi hijita en brazos, y ella pareció feliz de verme, lo cual siempre me derretía el corazón.

Cuando George entró, se quedó paralizado en la puerta, con los ojos muy abiertos al ver el Willow en ese estado renovado.

Permaneció así unos segundos, en silencio, mientras los demás comenzaban a aplaudir.

—Dios mío... —murmuró, finalmente caminando hacia el centro del bar—. ¿Ustedes hicieron esto?

Louise sonrió, acercándose a él y apoyando una mano en su hombro.

—Lo hicimos. No podemos dejar que Frank gane, George. Este lugar todavía tiene alma.

Los ojos de George estaban llenos de lágrimas, y se secó la cara con el dorso de la mano antes de sonreír con gratitud.

—Yo... no sé ni qué decir. Este lugar era la vida de Rose y se volvió mi vida después de que ella se fue. Y ustedes me lo devolvieron.

Norah se acercó a él y lo abrazó.

—Nunca estuviste solo, George. Y nunca lo estarás.

Él respiró hondo, mirándola a ella y luego a todos en el bar.

—Gracias. De verdad. Significa más de lo que imaginan.

Norah volvió a mi lado, se colocó junto a mí y a Rose, y apoyó su cabeza en mi hombro. Todos sonreían, compartiendo un momento de triunfo, incluso en medio del caos.

Entonces entendí por qué necesitaba tanto estar aquí, por más peligroso que fuera.

Permanecimos unas horas más en el Willow y luego fuimos a la casa de mi madre. El bar no abriría por unos días, por razones obvias, pero solo saber que estaba limpio y en camino, ya era una victoria.

Al llegar a casa, Pepper, mucho más grande que cuando dejé la ciudad, nos recibió saltando sobre mí, y lo abracé con emoción.

—Todavía se acuerda de mí —dije, con la voz un poco quebrada.

—Claro que sí. Los perros nunca olvidan —respondió Norah.

Nos duchamos, nos pusimos ropa cómoda y salimos a la entrada de la casa, como tantas veces habíamos hecho durante nuestra estadía aquí.

Rose estaba recostada sobre una mantita extendida en el suelo, entretenida con un pequeño sonajero, mientras los demás nos esparcíamos entre las sillas y los escalones, todos con cervezas frías en la mano, excepto Norah, claro. Louise estaba con nosotros y brindó con Esteban, bajo la mirada atenta de Petrus.

Pepper no se alejaba de nosotros, rodeándonos y oliendo a la pequeña Rose constantemente.

Esteban miraba al horizonte, donde el cielo comenzaba a teñirse de naranja con el atardecer. Movió la botella de cerveza en la mano y dio un trago largo antes de hablar:

—Extrañaba esto. Momentos en los que estamos todos juntos, sin prisa, sin grandes planes. Solo nosotros.

Petrus sonrió, recostado contra la baranda, y dio un codazo a Zayd.

—Nunca lo dudamos. Vos, siempre sentimental —se burló Petrus.

—¿Sentimental? —Esteban rió, arqueando una ceja—. ¿Eso lo dice el tipo que casi llora porque tuvo que compartir el postre en la última cena familiar, allá en Turquía?

—¡Era tiramisú, y tenía hambre! —retrucó Petrus, indignado, mientras el resto de nosotros estallábamos en carcajadas.

Louise, recostada en la pared, apuntó a Petrus con una sonrisa traviesa.

—¿Sabés qué? Creo que mañana voy a hacer tiramisú solo para ver si lloras de nuevo.

—Si haces eso, nunca más volveré a traer cerveza a estas reuniones —Petrus le dijo entrecerrando los ojos, pero sin poder ocultar la sonrisa.

Mientras seguían intercambiando bromas, Zayd, que había estado más callado, tomó a Rose en brazos y comenzó a mecerla suavemente, haciendo que soltara pequeñas risitas. Nos miró a mí y a Norah, con una sonrisa sincera.

—Están haciendo un gran trabajo con ella.

Norah, sentada a mi lado, pasó un brazo por el mío y apoyó su cabeza en mi hombro.

—Ella nos hizo mejores —respondí, completamente seguro.

Por un momento, todos guardamos silencio, como si cada uno se perdiera en sus propios pensamientos. El viento suave de la noche de Maple Creek movía las ramas de los árboles, y el sonido de los grillos a lo lejos creaba una melodía tranquila para ese instante.

—La vida es curiosa, ¿no? —dijo Esteban, rompiendo el silencio—. Pasamos tanto tiempo persiguiendo cosas grandes y, al final, son estos momentos los que se quedan en la memoria.

—Ahora tenemos a un filósofo —bromeó Zayd.

—Siempre lo fui. Solo que estaba muy ocupado intentando ser encantador y seductor para disimular mi inteligencia y

sensibilidad natural —Esteban se encogió de hombros, sonriendo con picardía.

Más risas, más bromas. Pero, en el fondo, el ambiente era otro. Era de paz. Una sensación rara y preciosa, especialmente después del caos.

Mientras los demás seguían conversando, miré a Norah y a Rose. Mi razón para luchar y seguir adelante. Tomé la mano de Norah y la sostuve con fuerza, como recordatorio de que, sin importar lo que viniera, tendríamos momentos como ese para recordar lo que de verdad importa.

En ese instante, con la luz del sol desvaneciéndose y la brisa envolviéndonos, todo estaba en su lugar.

Todo estaba bien.

Y eso, era suficiente.

CAPÍTULO 41



KEREM

El motor del coche rugía en la carretera desierta mientras conducía rumbo a la casa de Frank, en la noche del día siguiente. La tensión dentro del vehículo era casi palpable, cada uno de nosotros perdido en sus propios pensamientos mientras el peso de lo que estábamos a punto de hacer flotaba en el aire.

En el asiento a mi lado, Zayd tamborileaba los dedos contra su pierna, un ritmo constante que me recordaba el tic-tac de un reloj, como si estuviéramos contando los segundos hasta el enfrentamiento.

Esteban venía detrás en el segundo auto, junto a Petrus, y por el retrovisor podía ver el vehículo negro manteniendo nuestra misma velocidad, como un depredador silencioso acechando a su presa en medio de la oscuridad de la carretera.

Llegamos a la dirección que Jaden me había conseguido esa misma tarde. Ya no era la mansión del padre de Frank, esa de la que Norah me contó que él se jactaba en su adolescencia como símbolo de estatus. Ya no tenía cómo mantener aquel lujo, lo que hacía aún más simbólica su nueva residencia.

Una casa antigua, con la pintura descascarada y una cerca oxidada, en la zona más olvidada de Maple Creek. Una ironía perfecta.

Estacioné el auto, y Esteban hizo lo mismo detrás de mí. Ninguno de nosotros dijo una palabra mientras descendíamos. El sonido de las puertas al cerrarse resonó en el silencio de la calle.

Era como si estuviéramos sincronizados. Cada paso tenía un propósito. Caminamos hacia la entrada, los cuatro en una formación natural que irradiaba rabia contenida. Nuestros hombros alineados, nuestras expresiones duras. Incluso el viento pareció detenerse para observar.

Zayd vestía completamente de negro, su figura alta y musculosa imponía respeto. Esteban ajustó el cuello de su camisa,

pero su expresión seria dejaba claro que no estaba ahí para usar buenos modales. Petrus, fumando su cigarrillo, llevaba su chaqueta de cuero que le daba un aire a lo James Dean.

Y yo... bueno, yo estaba listo para lo que fuera necesario.

Llegamos a la puerta y, poco después de golpear, esta se abrió levemente. Una mujer joven, envuelta en una sábana, apareció en el marco, con expresión asustada.

—¿Está Frank? —mi voz salió más firme de lo que esperaba.

Ella parpadeó rápidamente, mirándonos a cada uno.

—Se acaba de ir. ¿Qué quieren?

La mujer mordió su labio, mirando hacia atrás como si temiera que alguien pudiera oírla.

Finalmente, dio un paso afuera, aún sosteniendo la sábana.

—No sé bien, pero un tipo vino más temprano... Dijo que ese bar, ¿cómo se llama? —Frunció el ceño, tratando de recordar.

—¿Willow? —sugirió Petrus, con tono cauteloso.

Ella asintió.

—Ese. Dijo que lo habían reformado, o algo así. Frank se puso como loco. Tomó las llaves y salió azotando la puerta.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Me giré hacia mis hermanos, la preocupación era evidente en sus rostros. Frank no era del tipo que simplemente "se enfurecía". Él actuaba, y casi siempre de forma estúpida y destructiva.

—Jaden está con Norah y Rose —recordó Zayd en voz baja, aunque no muy convencido—. Deberían estar bien.

—Aun así… —empecé, pero me detuve. No podíamos asumir nada. Teníamos que estar seguros.

Volví mi mirada a la mujer, intentando mantener la calma a pesar del torbellino en mi mente. Fue entonces que algo me llamó la atención. Un leve abultamiento bajo la sábana. Ella notó mi mirada y de inmediato ajustó la tela, cubriendo su vientre de manera protectora.

—¿Quién eres tú? —pregunté, entrecerrando los ojos.

Ella volvió a dudar, visiblemente incómoda con la pregunta. Sus ojos iban de los míos a los de mis hermanos, antes de murmurar:

—Soy su novia.

Esteban soltó una risa incrédula, pero se mantuvo en silencio, dejándome manejar la situación.

—¿Y el bebé? —pregunté, ya imaginando la respuesta.

Ella suspiró, claramente agotada por todo.

—Es de él.

La observé en silencio unos segundos, procesando sus palabras. La sábana apenas disimulaba el pequeño bulto en su vientre, y la idea de que Frank fuera padre me golpeó como un puñetazo. No es que fuera imposible, pero algo en ese escenario parecía aún más caótico de lo que yo estaba preparado para afrontar.

—Mira... —empecé, intentando que mi voz sonara neutral—. Necesito que te vistas. Tenemos una situación que hay que resolver.

Ella frunció el ceño, confundida.

—¿Qué?

—Es importante —expliqué, sin extenderme—. Podrías estar poniendo en riesgo la vida de una mujer y de un bebé.

Ella dio un paso atrás, sujetando con fuerza la sábana, como si necesitara protegerse. Nos miraba confundida, tratando de entender qué estaba pasando.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso? —preguntó, con voz cargada de desconfianza.

Esteban dio un paso al frente, pero levanté la mano, indicándole que se detuviera. No necesitábamos más tensión de la que ya había.

—Eres la única persona que puede ayudarnos con él ahora —insistí—. No venimos a hacerte daño, solo necesitamos tu ayuda.

Ella dudó, mordiéndose el labio mientras miraba la puerta detrás de sí, como si estuviera considerando cerrarla y terminar la conversación en ese instante. El silencio que siguió fue denso, cargado, mientras ella sopesaba su decisión...



NORAH

La risa de Rose llenaba la sala mientras agitaba sus bracitos sentada en el regazo de George. Ver a los dos juntos era una de esas pequeñas cosas que calentaban el corazón. Rose parecía completamente encantada con él, y George, con su torpeza tan característica, hacía todo lo posible por entretenerla.

Él era lo más cercano a un abuelo que ella podría tener.

George me miró, su expresión se suavizó al ver la felicidad reflejada en los ojos de Rose. Rió levemente, pero su voz sonó suave, con un toque juguetón.

—Parece que me ve como un payaso, pero lo acepto —dijo, encogiéndose de hombros con una sonrisa mientras acomodaba a Rose en su regazo, provocando aún más carcajadas—. Por ella, acepto lo que sea...

Me quedé un momento inmóvil, simplemente absorbiendo la escena, sintiendo un calor en el pecho al verlos tan conectados, tan cómodos. No podía ignorar cuánto parecía quererla George. Era algo hermoso, reconfortante.

—Voy a la cocina a revisar la lasaña —dije con una sonrisa, levantándome lentamente.

El aroma que salía del horno llenaba toda la casa, y mi estómago ya empezaba a rugir. Al mismo tiempo, un escalofrío recorría mi espalda al pensar en que Kerem y los demás habían salido y estaban tardando más de lo que esperaba.

O quizás no tanto… y yo solo estaba sintiendo el paso del tiempo de forma equivocada.

No me habían dicho a dónde iban, pero lo sospechaba.

Jaden estaba recostado en el sofá, observándolo todo con esa mirada vigilante que nunca parecía relajarse. Su presencia era tranquilizadora, y saber que él estaba cerca me daba una falsa sensación de seguridad… hasta ese momento.

Apenas entré en la cocina, noté un movimiento que me hizo detenerme en seco. Mis ojos recorrieron el lugar, y el pánico empezó a crecer dentro de mí cuando sentí una presencia justo detrás.

Antes de que pudiera reaccionar, una mano fuerte y áspera cubrió mi boca.

—Te atrapé, coja —susurró una voz familiar en mi oído, rebosante de desprecio.

Todo mi cuerpo se congeló, pero mi corazón latía tan rápido que parecía a punto de estallar.

Frank.

Estaba ahí. En mi cocina.

Intenté luchar, pero él me sujetaba con firmeza, empezando a arrastrarme hacia atrás. Mi mente gritaba que hiciera algo, cualquier cosa, pero el miedo me paralizaba.

Fue entonces cuando un sonido casi imperceptible se escuchó desde la sala. Un leve movimiento, quizás una respiración más fuerte o un paso mal dado, que hizo que Frank se detuviera un segundo.

Antes de que pudiera reaccionar, una figura apareció en la entrada de la cocina.

—Suéltala. Ahora —la voz de Jaden era fría y letal, mientras apuntaba un arma directamente a Frank.

Frank se quedó inmóvil, aún sujetando mi brazo, pero su postura cambió. Miró a Jaden con una mezcla de desprecio y cálculo, como si evaluara sus posibilidades.

—Si yo fuera tú, la dejaría ir antes de que este juego termine mal —continuó Jaden, con la voz baja pero llena de amenaza.

Sentía el corazón en la garganta, pero la presencia de Jaden me dio un destello de esperanza. No sabía qué pasaría en los próximos segundos, pero una cosa era segura: Frank ya no tenía el control absoluto.

—Norah, tranquila. George ya se fue con Rose.

Ese detalle me arrancó un suspiro de alivio. Saber que, al menos, mi hija estaba a salvo…

Eso era lo único que importaba.

Solo eso.

CAPÍTULO 42



KEREM

Cada llamada sin respuesta hacía que mi corazón latiera más rápido y la adrenalina corría libremente por mi cuerpo. El silencio al otro lado de la línea solo aumentaba mi angustia. Norah nunca ignoraba mis llamadas, y esa falta de respuesta era una señal clara de que algo andaba mal.

Zayd, en el asiento del acompañante junto a mí, me miró de reojo mientras intentaba de nuevo. No dijo nada, pero su mirada preocupada lo decía todo.

—Maldición, Norah, contesta... —murmuré entre dientes, mientras el tono de llamada resonaba en la cabina del auto.

Probé otro número, esta vez el de George. Contestó al segundo timbre, pero su voz sonaba tensa, entrecortada.

—¿Kerem?

—¿Dónde está Norah? ¿Qué está pasando? —pregunté directo, sintiendo todo mi cuerpo endurecerse.

—Tuve que salir corriendo de la casa —respondió, respirando agitado—. Jaden me dijo que me llevara a Rose. Él se quedó allá con ella, en la cocina. Algo pasó...

Apreté el volante con tanta fuerza que los nudillos se pusieron blancos.

—Ya vamos para allá...

Colgué sin decir nada más, pisando el acelerador hasta el fondo. A mi lado, Zayd ya había tomado su teléfono para avisar a Esteban y Petrus, que venían en el coche detrás del nuestro.

En el asiento trasero, la novia de Frank, que ahora sabíamos que se llamaba Sandra, observaba todo con una mirada nerviosa, pero no decía una palabra. Al llegar frente a la casa, Zayd fue el primero en abrir la puerta para ayudarla a bajar.

—Ven —dijo él con una gentileza sorprendente dada la urgencia del momento.

Sandra parecía dudosa, pero no tuvo tiempo para protestar. Esteban y Zayd la guiaron hasta la entrada con cuidado, mientras Petrus y yo entrábamos como un huracán.

El silencio en la sala era inquietante. La ausencia de Rose y George solo reforzaba la tensión en el aire. Fui directo a la cocina, con el corazón latiéndome como loco y la preocupación por Norah ahogando cualquier otra emoción.

Y entonces lo vi.

Frank estaba en medio de la cocina, claramente sorprendido por nuestra llegada. Su mirada pasó por mí y por mis hermanos, pero se detuvo al ver a Sandra.

También vi a Norah, que parecía completamente asustada, atrapada entre sus brazos y amenazada.

—¿Sandra? —dijo Frank, con la voz temblorosa, casi aterrorizada—. ¿Qué hacen con ella?

Su voz tembló y por un segundo pareció vulnerable. Pero no me dejé engañar. Di un paso adelante, con la ira desbordándose.

—Lo mismo que tú estás haciendo con Norah, con la diferencia de que no vamos a hacerle daño. Así que suéltala y lárgate de aquí antes de que terminemos contigo —gruñí, lleno de furia.

—Vas a tener un hijo, Frank... Piensa en eso —dijo Zayd, con calma.

Su expresión cambió de inmediato. Pasó de sorprendido a furioso en segundos, como si el peso de todo lo que cargaba hubiera explotado al ser confrontado.

—¡Yo podría darle una vida mucho mejor a mi hijo, pero ustedes me jodieron! ¡Arruinaron mi vida! —gritó, señalándonos con un dedo tembloroso. Sus ojos estaban enrojecidos y su voz era una mezcla de rabia y desesperación—. ¡Cuando denunciaron a mi padre... No tienen idea de lo que hicieron!

—Hicimos lo correcto —respondió Zayd, aún con voz firme—. Tu padre eligió su camino.

—¿Su camino? —Frank soltó una risa amarga, casi demente —. ¡Mi padre se suicidó en la cárcel por culpa de ustedes! ¡Ustedes destruyeron todo! ¡Todo! —repetía mientras gesticulaba frenéticamente.

—Norah no tiene nada que ver con eso. ¡Déjala en paz! —gruñí, mi paciencia pendía de un hilo. Mi mirada se fijó en su tensa figura, y la idea de que Norah estaba a merced de aquel lunático me hizo hervir la sangre.

Frank negó con la cabeza, riendo de nuevo con amargura.

—¡No voy a terminar en la cárcel como él! ¡No voy a acabar así!

Jaden dio un paso adelante, levantando las manos en señal de calma, su expresión controlada como siempre.

—Escucha, Frank —dijo, con tono pausado, como quien le habla a un animal acorralado—. Podemos resolver esto de otra forma. No tienes que terminar como tu padre. Podemos... ayudarte.

Frank vaciló, las manos temblaban. Pero aún había odio en sus ojos, mezcla de rabia y miedo.

—Suéltala, Frank —dije en voz baja pero con un tono amenazador—. Ahora.

Nos miró a todos, y creo que al fin entendió que no estábamos bromeando. No éramos solo hombres enfadados. Éramos hombres dispuestos a todo.

Estaba acorralado, y el pánico era evidente. Antes de que pudiera reaccionar, se oyó un ruido sordo desde el otro extremo de la casa. Apenas alcanzó a girarse cuando Petrus apareció y, con precisión quirúrgica, lo golpeó con un pedazo de madera.

El impacto fue inmediato. Frank tropezó hacia atrás y soltó a Norah. Ella no dudó un segundo: corrió hacia mí.

—¡Norah! —la llamé, abriendo los brazos.

Se lanzó sobre mí, abrazándome con fuerza, sollozando contra mi pecho. La sostuve como si mi vida dependiera de ello. Sentir su cuerpo contra el mío alivió, al fin, el nudo en mi garganta.

—Ya pasó —susurré, acariciando su cabello para tranquilizarla —. Estoy aquí.

Mientras tanto, Esteban aprovechó para arrebatarle el arma a Frank, girándola con destreza antes de guardarla en su bolsillo

trasero.

—Siempre dije que este tipo era un imbécil —murmuró con desprecio, mirando a Frank tambaleándose tras el golpe.

Mis tres hermanos se colocaron a su alrededor. El aire era denso de tensión.

—Creo que tenemos cuentas pendientes —dijo Petrus, cruzado de brazos, con tono sombrío.

Jaden levantó la mano para detenerlos.

—¡Ey, ey! —intervino, entrando de nuevo a la cocina—. Soy un hombre de la ley. No puedo permitir violencia, ustedes lo saben.

Todos lo miramos con frustración.

—Pero... —continuó, levantando las cejas—. Si me desaparezco diez minutos... quizá no vea nada. —Jaden tomó a Sandra, que empezaba a quejarse, y se la llevó de allí.

Petrus sonrió lentamente, mientras Esteban se tronaba los dedos.

—Creo que diez minutos alcanzan —murmuró Esteban, y se abalanzó sobre Frank.

Comenzaron sin piedad. Golpes, patadas y puñetazos hicieron que Frank se tambaleara, incapaz de defenderse. Mis hermanos se contenían, como si esperaran algo.

—Kerem, es tu turno —dijo Petrus, jadeando, mientras sujetaba a Frank por el cuello de la camisa.

Me forcé a soltar a Norah, aunque me dolía, pero tenía que terminar con esto.

Zayd tomó a Norah y la llevó a la sala, lejos de todo.

Me lancé sobre Frank como una tormenta. Cada golpe que le daba liberaba la rabia acumulada, el miedo que me había hecho sentir. Él intentó hablar, suplicar... pero yo no escuchaba nada.

—Esto es por lo que le hiciste a ella —gruñí entre golpes—. ¡Por atreverte a tocar a mi mujer!

Cuando por fin me detuve, Frank yacía en el suelo, gimiendo de dolor, con la cara hinchada y sangre en la nariz. Respiré hondo, alejándome, recuperando el control.

—Ya basta —dijo Jaden, regresando a la cocina con las manos en los bolsillos—. Se acabaron los diez minutos. ¿Alguien quiere confesar algo?

Todos jadeábamos, pero negamos con la cabeza. Frank se retorcía en el piso. Norah corrió hacia mí tan pronto como Zayd la soltó, y la abracé de nuevo, como si no quisiera soltarla nunca más.

—Se acabó, Norah —susurré—. Te lo prometo, se acabó.

Jaden levantó a Frank del suelo sin cuidado y el sonido de las esposas resonó en la cocina. Frank intentó resistirse, pero un tirón firme lo hizo callar.

—Defensa propia, Frank. Eso es lo que pondré en el informe. Y créeme, es más de lo que mereces —dijo Jaden con seriedad, empujándolo hacia la puerta.

Sandra, que había estado intentando pasar desapercibida, fue detenida por Zayd antes de que huyera.

—Tú también vienes —dijo con firmeza—. No creas que te olvidamos. Hay que saber si fuiste cómplice.

Mientras Jaden y Zayd los llevaban fuera, el sonido del coche de George entrando en la cochera nos hizo voltear. El alivio fue inmediato al verlo bajar con Rose en brazos y su rostro preocupado.

—Está bien, aunque un poco asustada —dijo, entregándosela a Norah.

Norah la abrazó como si fuera su ancla en el mundo, apretándola contra su pecho. Rose soltó un pequeño quejido antes de acomodarse en los brazos de su madre, claramente exhausta.

—Ya estoy aquí, mi amor. Mamá está contigo —susurró Norah, besando la cabecita de su hija.

Petrus cerró la puerta tras George y todos nos reunimos en la sala. El ambiente seguía tenso, pero lo peor ya había pasado. Norah estaba a salvo y Frank finalmente estaba fuera del camino.

—Eso estuvo cerca —dijo Esteban, hundiéndose en el sofá—. Pero no voy a negar que fue satisfactorio darle unos buenos golpes a ese imbécil.

—No va a molestar más —afirmó Petrus, recostándose en el sillón.

—No lo permitirá nadie aquí —agregó Zayd, observando a Norah con la niña.

La tensión empezó a disiparse. Aunque todos estábamos agotados, un sentimiento compartido de alivio flotaba en el aire.

En ese momento, rodeado de mi familia, con Norah a mi lado, me prometí a mí mismo que jamás permitiría que algo así volviera a pasar.

El silencio fue roto por Esteban, que con una sonrisa de medio lado murmuró:

—Entonces... ¿alguien más necesita una bebida?

Las risas llenaron la sala, disipando el peso de lo que acabábamos de vivir. Por ahora, estábamos a salvo.

Y juntos.

CAPÍTULO 43



NORAH

La música ambiental llenaba el espacio renovado del Willow, armonizando perfectamente con el sonido suave de conversaciones y risas que resonaban por las paredes. El lugar parecía nuevo, pero aún conservaba esa esencia cálida y familiar de antes. Estar allí de nuevo, después de todo lo que habíamos vivido, parecía irreal.

Recorrí con la mirada la amplia zona común. El bar, que antes parecía pequeño y anticuado, ahora era el centro de atención, con mostradores de madera pulida y detalles en metal negro que le daban un aire moderno y sofisticado. Las repisas de vidrio detrás del bar mostraban botellas cuidadosamente organizadas, iluminadas por luces cálidas que creaban un efecto casi mágico.

Las mesas redondas, que antes eran algo inestables y desgastadas por el tiempo, habían sido reemplazadas por muebles elegantes y cómodos. Las sillas, con tapizado gris claro, contrastaban con el suelo de madera oscura. En las paredes, cuadros con fotos antiguas de la ciudad rendían homenaje a las raíces del Willow.

—Increíble, ¿verdad? —la voz de Kerem a mi lado me sacó de mis pensamientos. Tenía las manos en los bolsillos, observándolo todo con esa sonrisa discreta que tanto amaba.

—Mucho más que eso —respondí, sintiendo cómo se me humedecían los ojos—. Convirtieron el *Willow* en algo... extraordinario.

En una esquina, vi a Petrus conversando con George, ambos riendo por algo. Zayd estaba cerca del bar, probablemente inspeccionando cada detalle para asegurarse de que todo estuviera perfecto. Y Esteban... bueno, estaba en su salsa, coqueteando descaradamente con una rubia que parecía completamente encantada con él.

Rose estaba en mi regazo, jugando con una servilleta mientras observaba todo con curiosidad infantil. Ella no entendía el significado de esa noche, pero su sonrisa despreocupada bastaba para hacerme sentir que todo lo que enfrentamos valió la pena.

Frank había sido procesado y cumplía su condena en prisión, sin perspectiva de reducción de sentencia. Sandra, por su parte, también fue procesada por tráfico de drogas como cómplice. Durante la investigación, se descubrió que su bebé no era de Frank, a pesar de haber mentido sobre ello para obtener protección.

Tras un análisis cuidadoso, su hermana -una joven que vivía en otra ciudad- aceptó hacerse cargo del niño, asegurando que tuviera un futuro lejos de la sombra de los crímenes cometidos por Sandra.

El salón estuvo en silencio por unos minutos, con solo nuestras voces resonando mientras admirábamos el nuevo *Willow*.

Era una sensación extraña, como si el lugar volviera a respirar, ahora lleno de vida y nuevas posibilidades.

Instantes después, la puerta principal del salón se abrió lentamente. Los primeros en entrar fueron los hombres y mujeres que nos ayudaron a limpiar y reorganizar el lugar después del desastre. Eran rostros familiares, cada uno con su forma única de expresar emoción: algunos sonreían abiertamente, otros mantenían una postura dura que sabía que era solo fachada.

—Bienvenidos al nuevo *Willow* —dijo George, con voz firme pero cálida.

Los pasos resonaban por el salón a medida que entraban, observando cada detalle. Algunos se veían sorprendidos, otros emocionados, aunque intentaran ocultarlo. Podía ver el brillo en sus ojos, especialmente al notar los detalles cuidadosamente pensados para conservar el alma del lugar.

—Dios mío... ¿Es el mismo sitio? —preguntó una mujer, sacudiendo la cabeza mientras miraba a su alrededor.

—Parece otro mundo —comentó uno de los hombres, con las manos en los bolsillos y una sonrisa discreta—. Aquí en Maple Creek no tenemos cosas tan elegantes. Hasta me siento mal vestido.

Sus reacciones fueron un mimo al alma. Era exactamente lo que queríamos: devolverles el *Willow*, transformado, pero con el mismo espíritu de siempre.

Rose, llena de energía como siempre, empezó a mover sus bracitos en mi regazo, atrayendo la atención de todos. Poco a poco, las miradas que antes recorrían el salón se centraron en ella, y en segundos, el lugar entero parecía haberse rendido ante ese pequeño encanto de ojos brillantes y sonrisa sin dientes.

—¿Quién lo diría, eh, Norah? Nuestra *muñequita* robándose la escena —bromeó Esteban, acercándose a mí y haciendo reír a Rose con muecas.

—Es un talento natural —respondí riendo mientras acariciaba sus rizos suaves—. Uno que yo nunca tuve.

—Ya, claro... una mujer tan guapa como tú.

—¡Esteban! —interrumpió Kerem de inmediato, con un tono reprendedor, rodeándome con su brazo.

—Solo estoy elogiando a tu hermosa mujer, Kerem. Muy pronto será como una hermana para mí.

Fruncí el ceño, mirando a Kerem en busca de una explicación. Él parecía incómodo y algo indignado, encogiéndose de hombros como si tampoco entendiera del todo lo que Esteban había querido decir.

Antes de que pudiera preguntar o Kerem decir algo más, el sonido de un golpecito en el micrófono captó la atención de todos. George estaba en el escenario, ahora completamente renovado, con una sonrisa serena.

El salón quedó en silencio de inmediato. Kerem se relajó a mi lado, y yo aproveché para entrelazar mis dedos con los suyos.

George echó un vistazo alrededor, como si quisiera grabar cada rostro presente antes de continuar.

—Muchos de ustedes saben lo que este lugar significa para mí... y para todos nosotros. El Willow no es solo un bar. Nunca lo fue. Es un hogar, un refugio. Aquí conocí a personas que se convirtieron en mi familia. Aquí viví los mejores años de mi vida.

Su voz tembló ligeramente, pero no se detuvo.

—Rosemary, la mujer más increíble que he conocido, era el corazón de este lugar. Tenía una forma única de hacer que todos se sintieran en casa, incluso cuando el mundo afuera se venía abajo. Y

cuando ella se fue... bueno, creo que todos sentimos que el Willow nunca volvería a ser igual.

Vi a Kerem tragar en seco a mi lado, con los ojos fijos en George. Me apretó la mano con más fuerza, y supe que esas palabras significaban mucho para él y sus hermanos.

—Pero hoy, al verlos a todos ustedes, ver en lo que se ha convertido este lugar, sé que ella estaría orgullosa. Rosemary vive en cada rincón de este bar, en cada risa, en cada canción que suene aquí. Y eso solo fue posible gracias a cuatro hombres increíbles que decidieron honrar su legado.

George miró directamente a los hermanos y su voz se quebró levemente.

—Kerem, Esteban, Petrus, Zayd... hicieron algo extraordinario. No solo restauraron el Willow, sino que nos devolvieron una razón para creer.

El salón estalló en aplausos, y los hermanos se miraron entre sí, visiblemente emocionados.

—Su madre estaría muy orgullosa de ustedes —concluyó George, antes de alzar su copa—. ¡Un brindis por el Willow, por Rosemary y por el legado que dejó!

Todos aplaudieron y levantaron sus vasos en honor a ella.

Kerem no dijo nada. Lo atraje más hacia mí, apoyando mi cabeza en su hombro.

—Tiene razón, ¿sabes? —susurré—. Ella estaría muy, muy orgullosa y feliz. Sobre todo al verlos unidos.

Asintió, y noté el brillo en sus ojos.

Poco después, los otros tres hermanos se unieron a nosotros, rodeándonos con los brazos. Todos nos abrazamos en un momento

de ternura que casi parecía sacado de un sueño, considerando lo duros que eran normalmente.

Cuando terminó el discurso, Louise subió al escenario, ajustando la correa de su guitarra mientras miraba al público. Se veía segura, pero sus ojos brillaban de emoción.

—Buenas noches a todos. Es un honor estar aquí esta noche tan especial. Hoy voy a cantar para celebrar la nueva vida del Willow y todo lo que significa para cada uno de nosotros. Espero que lo disfruten.

Las primeras notas suaves llenaron el salón, y una ola de silencio respetuoso se extendió mientras comenzaba a cantar. Su voz era clara y envolvente, como si cada palabra estuviera hecha para ese momento.

Pronto, algunas parejas comenzaron a moverse hacia el centro del salón, dejándose llevar por la melodía. El ambiente se volvió aún más mágico, con luces tenues creando una atmósfera íntima y acogedora.

Deborah apareció a mi lado, con una sonrisa traviesa y los brazos extendidos hacia Rose.

—Vamos, Norah. Entrégame a esta cosita preciosa. Ve a bailar con tu hombre.

Reí, algo reacia, pero finalmente le entregué a Rose. Deborah comenzó a mecerla en sus brazos, y Rose soltó un chillido de emoción, feliz con tanta atención.

Kerem me tendió la mano, una invitación silenciosa, y la acepté. Me condujo al centro del salón, entre las otras parejas. Al comenzar a movernos al ritmo de la música, noté que no apartaba los ojos de mí.

Así como Petrus no apartaba los ojos de Louise…

Pero eso era algo para después.

—¿Qué pasa? —pregunté, tratando de ocultar mi sonrisa.

Kerem sacudió la cabeza ligeramente, como si buscara las palabras.

—Tú —dijo en voz baja, cargada de emoción—. Tú lo eres todo para mí, Norah. Te amo tanto.

Mi corazón se aceleró, y mi sonrisa se ensanchó.

—Yo también te amo, Kerem —respondí, sintiendo la verdad de cada palabra.

Hizo una pausa en el baile, sujetando mis manos con fuerza, mirándome con una intensidad que me dejó sin aliento.

—Nunca pensé que merecería algo tan bueno. —Respiró hondo—. Me diste una nueva razón para vivir, Norah. Me diste una vida que jamás imaginé tener. Me diste a Rose... nuestra hermosa hija. Te amo más que a nada en este mundo, y quiero pasar cada día de mi vida demostrándotelo.

Mis manos temblaban ligeramente, y sentí las lágrimas formarse en mis ojos.

—Kerem...

Bajó una de sus manos y la metió en el bolsillo del saco. Mi corazón dio un vuelco. Cuando la sacó, sostenía una pequeña caja de terciopelo azul.

Me quedé sin aliento mientras se arrodillaba frente a mí. La música seguía sonando, pero en ese momento, todo a nuestro alrededor desapareció.

—Norah, fuiste lo mejor que me pasó en la vida. Cada momento contigo es un regalo. Eres mi fuerza, mi paz, mi amor.

Quiero pasar el resto de mi vida a tu lado, formar una familia, enfrentar lo que venga y celebrar cada victoria contigo. —Abrió la cajita, revelando un anillo deslumbrante—. ¿Te casarías conmigo?

Las lágrimas finalmente cayeron, y lo único que pude hacer fue asentir repetidamente antes de responder:

—Sí, Kerem. Sí, acepto.

Él deslizó el anillo en mi dedo y, al levantarse, me atrajo hacia un beso de esos que solo él sabía dar.

Los aplausos y silbidos de los invitados resonaron a nuestro alrededor, pero lo único que importaba era la sensación de sus brazos rodeándome y la certeza absoluta de que estábamos exactamente donde debíamos estar.

Que todo lo que pasamos... había valido la pena.

EPÍLOGO



KEREM

Un año y algunos meses después

El Willow rebosaba vida, justo como a mi madre le habría gustado.

Era el aniversario de su muerte, y nos habíamos reunido como hacíamos cada año, pero esta vez el ambiente era de celebración, no de tristeza. Me senté en un rincón del salón, observando a Norah reír mientras conversaba con Louise y Farrah —mis cuñadas.

Dios, qué hermosa era mi esposa. Llevábamos más de un año casados y aún tenía ese brillo que me dejaba sin aliento.

Rose corría de un lado a otro, sus rizos rubios rebotando mientras escapaba de los intentos de Petrus por atraparla. Él fingía estar exhausto, pero todos sabíamos que adoraba ese juego. Ella reía tan fuerte que parecía iluminar todo el lugar.

—¿Quién lo diría, eh, Kerem? —dijo Cem al acercarse por detrás y posar una mano en mi hombro—. Tú, casado, papá de una

niña y, por lo que veo, más blando que mantequilla al sol.

Puse los ojos en blanco, pero me reí, porque era cierto. Se sentó a mi lado con esa sonrisa relajada de quien siempre tiene una historia que contar.

—¿Cómo estuvo Nueva York? —pregunté, iniciando conversación.

—Como siempre. Agitada, cosmopolita y encantadora.

Mi amigo viajaba todos los años a Nueva York, porque tenía familia allá. Esta vez nuestras fechas coincidieron, y logré convencerlo de venir a conocer el pueblito donde vivió mi madre.

Antes de que pudiéramos seguir hablando, Zayd se unió a nosotros, trayendo dos vasos de whisky. Él estaba casado con Farrah, y se los veía más felices que nunca. Él seguía siendo el mismo estratega calculador, pero a su lado se lo notaba más relajado, con una ligereza que antes parecía imposible. Estaban esperando un bebé dentro de pocos meses.

Petrus, por su parte, estaba ahora oficialmente casado con Louise, completamente entregado a ella y al bebé que dormía en un cochecito cercano.

Y Esteban... bueno, seguía siendo Esteban: coqueteando con toda mujer guapa que se cruzara por su camino.

Cem fue el primero en sugerir que pidiéramos algo para brindar por nuestra madre. Asentí, pero Norah se negó.

—Para mí nada, gracias —dijo con naturalidad.

Un silencio curioso se adueñó del ambiente. Todos la miraron, pero fue Louise quien alzó una ceja y sonrió con ese estilo tan agudo que la caracterizaba.

—A ver, a ver... —dijo Louise, cruzándose de brazos—. No me digas que...

Norah sonrió, algo tímida, pero con los ojos brillando.

—Sí —respondió suavemente, colocando la mano sobre su vientre.

Por un instante, todo a mi alrededor se detuvo. Parpadeé varias veces, intentando procesar lo que acababa de decir. Mi mente conectaba los puntos, pero era como si el significado de sus palabras se negara a entrar.

—¿Espera... qué? —logré murmurar, con la voz más ronca de lo que me hubiera gustado.

Norah soltó una risita suave, con ese tono tierno que usaba cuando se burlaba de mí con cariño. Tomó mi mano y la colocó con delicadeza sobre su barriga.

—Kerem, vamos a tener otro bebé —dijo, con los ojos llenos de amor. Y entonces mi corazón dio un vuelco.

Sentí como si me hubieran arrebatado el aire de los pulmones. Miré su mano, luego su sonrisa, y supe que tenía la expresión más boba del planeta.

Pero sinceramente, no me importaba.

—¿Hablas en serio? —pregunté, aún sin creerlo del todo.

—Muy en serio, amor.

Fue como si una ola de emoción me invadiera de golpe. Me pasé las manos por la cara, riendo y parpadeando para contener las lágrimas que querían salir. La abracé con fuerza, sintiendo el corazón salirse de ritmo.

Le tomé el rostro entre las manos y la besé una y otra vez.

—Dios mío, Norah... —murmuré contra su cabello—. No lo puedo creer.

Ella rió de nuevo, apoyando la frente en la mía.

—Es verdad, Kerem. Serás padre otra vez.

Me alejé apenas lo justo para mirarla a los ojos.

—Te amo —le dije, con la voz algo quebrada—. Te amo a ti, a Rose, y ahora a este bebé. Me diste todo lo que nunca pensé que tendría.

Norah sonrió, también con los ojos llenos de lágrimas. Antes de que pudiera responderme, el bar estalló en aplausos y silbidos. Mis hermanos, siempre escandalosos, nos rodearon, abrazándome uno a uno.

Louise le dio un codazo suave a Norah, sonriendo.

—¡Lo sabía! Tenías cara de embarazada.

—¿Eso es bueno o malo? —preguntó Norah, riendo.

—¡Bueno, claro! —respondió Louise con un guiño.

Rose, curiosa, vino corriendo hacia Norah y le tomó la mano.

—¿Mamita, qué pasó?

Norah se agachó y la atrajo a su regazo.

—Vas a tener un hermanito o una hermanita, mi amor.

Los ojos de Rose se agrandaron.

—¿En serio?

—En serio —confirmó Norah, besándole la mejilla.

Miré a mi familia, a mis hermanos, todos reunidos a nuestro alrededor, y sentí que mi madre estaba con nosotros, de alguna forma. Ella habría amado todo esto. Y en ese momento, supe con certeza que estábamos exactamente donde debíamos estar.

En casa.

FIN

¿TE GUSTÓ EL LIBRO Y QUIERES VER LAS IMÁGENES DE CÓMO IMAGINO A LOS PERSONAJES? ¡ENTONCES CORRE A ESTE ENLACE!

https://ca.pinterest.com/biacarvalhoautora_romances/irmãos-bilionários/

¡APROVECHA Y SÍGUEME EN PINTEREST, QUE SIEMPRE COMPARTO IMÁGENES Y AVATARES DE LOS PERSONAJES ALLÍ!

También puedes unirte a mi grupo de lectoras para enterarte de todas las novedades antes que nadie: https://chat.whatsapp.com/CLfPLZ01xODARnRw9298HQ

A continuación, tendremos una escena extra del libro de Zayd. Les aclaro que son escenas creadas únicamente para que tengan una idea de lo que viene en el próximo libro de

la serie. Sin embargo, podrían sufrir algunos cambios en los detalles para ajustarse mejor a la obra, ¿ok?

CENA EXTRA – ZAYD



ZAYD

Esta escena ocurre unos dos meses después de que Kerem regresara a Turquía y tras el tiempo que Zayd pasó en Maple Creek.

Volver a casa *debería* haber sido un alivio. Durante meses en Maple Creek, estuve lejos de todo lo que conocía, lejos de las responsabilidades que habían pesado sobre mis hombros desde el momento en que nací como príncipe heredero de un país árabe.

Pero al cruzar los portones de mármol del palacio, lo único que sentí fue un vacío inmenso. No encontré consuelo en la majestuosidad de las cúpulas doradas, ni en el resplandor de las fuentes que adornaban los jardines.

Ese lugar, *mi hogar*, nunca me había resultado tan asfixiante.

Farrah.

Su nombre me persiguió durante todo el viaje de regreso. El recuerdo de sus ojos, ese velo de misterio, esa seducción natural que la envolvía…

Fue como un huracán en mi vida. Una fuerza imposible de ignorar.

Y luego, como todo huracán, simplemente desapareció.

Me pregunté -más veces de las que me gustaría admitir-si pensaba en mí tanto como yo pensaba en ella.

¿Por qué se fue?

¿Y por qué, incluso ahora, estando tan lejos, no podía olvidarla?

Pero ya no había tiempo para pensar en eso. No más. Mi padre apenas se aferraba a la vida en una cama condenada, y el deber me llamaba. Volver a Darqash no fue una elección; fue una orden. Un destino ineludible.

Caminé por los pasillos del palacio, cada paso resonaba en un silencio opresivo. Las pesadas tapicerías en las paredes, las reliquias doradas en cada rincón… todo parecía gritar: responsabilidad, sacrificio, legado. Nada de eso me agradaba.

Llegué a la puerta de la habitación de mi padre. La enfermera que estaba de guardia inclinó la cabeza en señal de respeto antes de abrirla, saludándome con un "su alteza". Entré, encontrando el cuarto sumido en una penumbra que reflejaba su estado de salud.

Estaba acostado en una cama inmensa, su cuerpo, antes imponente, ahora era frágil y delgado. Respiraba con dificultad, pero sus ojos, aunque cansados, aún conservaban esa determinación que yo conocía tan bien.

—Padre, estoy aquí —dije con voz baja.

Giró la cabeza lentamente para mirarme, y algo brilló en sus ojos. Tal vez alivio. Tal vez satisfacción al saber que por fin había obedecido.

—Zayd... —Su voz era áspera, apenas un susurro—. Volviste.

Asentí, acercándome a la cama.

—No tenía elección.

Soltó una risa débil, casi un gemido, que terminó en tos.

—Las elecciones… son una ilusión. Siempre lo han sido, hijo.

Me senté a su lado, observando cada línea en su rostro envejecido. Este hombre que gobernó Darqash con puño de hierro, ahora era solo un recordatorio del poder del tiempo.

—Es hora de cumplir tu destino, Zayd —dijo con voz áspera, aún cargada de autoridad a pesar de su evidente fragilidad—. Qué bueno que regresaste antes de que muriera. Debes casarte.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo. Pasé la mano por mi cabello, sintiendo cómo la irritación me subía por la espalda.

—No quiero casarme, padre —mi tono fue más áspero de lo que pretendía—. Puedo gobernar sin una esposa.

Sus ojos, aunque apagados, brillaban con la misma determinación de siempre.

—No es una cuestión de querer. Es lo que debe hacerse —Tosió de nuevo, su respiración era entrecortada—. El pueblo necesita estabilidad. Tú necesitas un heredero.

Fruncí el ceño, cerrando los puños a los costados.

—Siempre el mismo discurso...

Comenzó a agitarse en la cama, su mano delgada se movía como si intentara gesticular. Antes de que pudiera decir algo más, la enfermera entró rápidamente en la habitación y se inclinó para calmarlo.

—Será mejor que se retire, Alteza —me dijo con firmeza.

Pero él no paró, y estiró la mano hacia mí, decidido a darme un último mensaje:

—Tu prometida está aquí. —Sus palabras salieron entrecortadas, pero lo suficientemente claras como para congelarme en el lugar.

—¿Mi qué? —mi voz resonó en la habitación, llena de incredulidad.

Giró lentamente la cabeza hacia mí, con dificultad, pero sin perder la convicción.

—Está en el palacio. Vino en cuanto supo que ibas a regresar. Habla con ella.

¿Ella?

¿Él había seguido adelante con esa historia de comprometerme con una mujer de la que ni siquiera sabía el nombre?

¡Aquello era absurdo!

Por un momento, me quedé sin palabras, tratando de procesar lo que acababa de decir. La enfermera me lanzó una mirada de advertencia, indicándome que era hora de dejarlo descansar.

Sin decir más, me di la vuelta y salí de la habitación, con el corazón acelerado. Caminé por los amplios y familiares pasillos del palacio, cada paso retumbando en el silencio.

¿Quién era ella, al fin? Se hablaba tanto de ella, pero no sabía *nada*. Ni su rostro, ni su nombre, ni su edad.

¿Y por qué mi padre no creyó necesario informarme de su estancia en el palacio antes?

Mientras mis manos se cerraban en puños, oí pasos suaves venir desde una de las galerías. Giré la cabeza hacia el sonido y vi a una mujer de espaldas, mirando por una de las ventanas arqueadas. Vestía una túnica árabe tradicional, larga y elegante, que se deslizaba por el suelo. Llevaba un hijab verde que cubría su cabello.

Algo en su postura me llamó la atención. Algo que parecía... familiar.

—Oye, tú —llamé, con un tono brusco que salió casi sin querer.

La mujer se quedó inmóvil por un momento, antes de girarse lentamente.

Mi corazón se detuvo.

Era Farrah.

---

[1] Capullo: Expresión típica del español de España que significa "imbécil".

[2] Ezra es el protagonista de mi libro ***Despised by the Tycoon***, que pronto será traducido al español.

[3] Los **minaretes** son torres altas y delgadas que forman parte de la arquitectura de las mezquitas islámicas.

[4] Nombre de la empresa de Kerem.